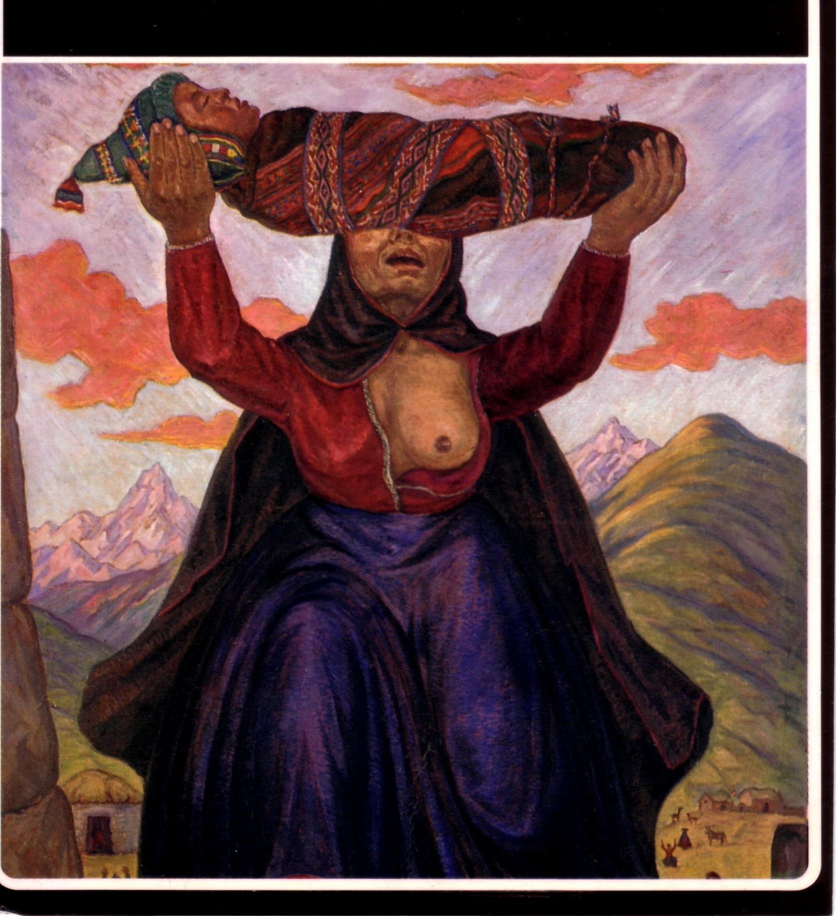
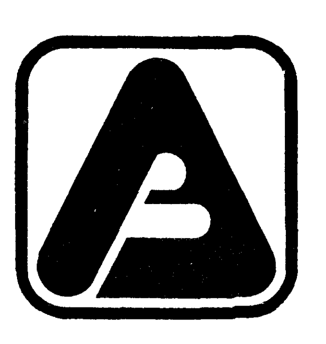
CLORINDA MATTO DE TURNER

AVES SIN NIDO



La BIBLIOTECA AYACUCHO
fue instituida por decreto ejecutivo
N° 407 (del 10 de septiembre de 1974)
dictado por el Presidente de la República
de Venezuela, señor CARLOS ANDRES PEREZ
para celebrar el Sesquicentenario
de la batalla de Ayacucho (Perú, 1824)
cuando las tropas patriotas, bajo la
conducción del Gran Mariscal venezolano
Antonio José de Sucre, sellaron la
independencia de la América del Sur.
El decreto expresaba que la celebración
de este hecho histórico debía formar
parte de un proceso general de la política
de los pueblos latinoamericanos para
reafirmar su independencia y su progreso
en la presente etapa de la vida del
Continente; añadiendo que entre los
propósitos conmemorativos no podían
quedar al margen las manifestaciones
que señalan el grado, madurez y
desarrollo de la cultura de los pueblos
latinoamericanos, como factores de la
unidad integral que debe regir las
relaciones entre ellos, vinculados
estrechamente por la historia y la
geografía.
Por eso, a través de esta colección se
busca poner en práctica un dispositivo
que se oriente a mantener la vigencia del
legado civilizador y colectivo de América
y que sirva a manera de aglutinación
dinámica de los intelectuales del
Continente, como estímulo para la
defensa, difusión y comunicación del
pensamiento y la formación de un área
común para la circulación de las ideas y
de los libros.
La BIBLIOTECA AYACUCHO,
en tal sentido, está destinada a recoger
las más importantes obras de la creación
y del pensamiento latinoamericano,
desde los orígenes hasta el presente,
cuidadas, prologadas y anotadas por
especialistas de reconocida competencia
en sus respectivos géneros.
La BIBLIOTECA AYACUCHO
es, en síntesis, un homenaje permanente
de Venezuela a la cultura de nuestra
América, a la vez que pretende
constituirse en el repositorio de su rica
tradición literaria, subrayando lo que
tiene de lección viva y presente para las
generaciones actuales y lo que en ella
convoca a una plena autonomía
intelectual y a una amplia unidad
continental.



AVES SIN NIDO

CLORINDA MATTO DE TURNER

AVES SIN NIDO

Prólogo
ANTONIO CORNEJO POLAR

Notas
EFRAÍN KRISTAL Y CARLOS GARCÍA BEDOYA

Cronología y bibliografía
EFRAÍN KRISTAL

BIBLIOTECA



AYACUCHO

Apartado Postal 14413
Caracas - Venezuela - 1010

ISBN 980-276-222-9 (rústica)
ISBN 980-276-223-7 (empastada)

Diseño: Juan Fresán
Fotocomposición y montaje:
Ediguías, C.A
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

AVES SIN NIDO
COMO ALEGORIA NACIONAL

BUENA PARTE de la literatura hispanoamericana de finales del siglo XIX puede leerse como una reflexión sobre la modernidad. No importa que a veces se le alabe y se suscite la urgencia inaplazable de realizarla socialmente o que a veces, a la inversa, se le tema por su capacidad de desestabilizar el orden tradicional: en uno y otro caso es el asunto que emerge como eje decisivo de ese tiempo. Su contexto tiene que ver con la extendida frustración que viven los países hispanoamericanos, salvo una débiles excepciones, luego de varias décadas de independencia.

POSTGUERRA Y MODERNIZACION

En el Perú la situación tiene un sesgo especialmente dramático por la catastrófica experiencia de la Guerra del Pacífico. La derrota fue la casi inevitable culminación de un proceso de deterioro económico, social, político y ético, y mostró —más que la obvia debilidad militar— la muy endeble constitución de la sociedad peruana, su desintegración sin atenuantes y el fracaso sustancial de los distintos (pero muy parecidos) proyectos nacionales que habían sido asumidos hasta entonces por las diversas (aunque también muy parecidas) fracciones de la clase-casta dirigente. Basadre señala que:

> [la derrota de 1879] fue el sacudimiento más tremendo que el hombre peruano sintió en ese siglo. Encendió todo el territorio, desde el sur hasta el norte, desde la costa hasta la sierra. Implicó una enorme pérdida fiscal y penetró en la esfera económica e industrial, en las ciudades, en los villorrios y en los campos, en los hogares y hasta en las comunidades indígenas. No hubo existencia de contemporáneo, joven o viejo, varón o mujer, que de un modo u otro no resultara tocada

por este drama [...] Había algo todavía peor que la desolación inmediata, la angustia económica privada y pública, la debilidad, la soledad y las asechanzas de los países vecinos: era el complejo de inferioridad, el empequeñecimiento espiritual, perdurable jugo venenoso destilado por la guerra, la derrota y la ocupación[1].

Clorinda Matto de Turner (1845-1909)[2] escribe toda su obra en este clima de postguerra. Curiosamente trata muy pocas veces el tema de manera explícita, pero es obvio que su vocación reformadora se nutre esencialmente de la experiencia de una nación vencida que tiene que encontrar alternativas sociales de reconstrucción. En este orden de cosas Matto se define a favor, aunque por cierto no sin ambigüedades, de la modernización del país.

No sin ambigüedades, en efecto, porque sus primeras opciones literarias la sitúan dentro del espacio intelectual presidido por la figura de Palma. Sus *Tradiciones cuzqueñas* (1884, 1886) llevan un benevolente prólogo de don Ricardo y sin duda están inspiradas en las célebres *Tradiciones peruanas;* sin embargo, por la cantera de la que las extrae, las de Clorinda Matto privilegian los asuntos prehispánicos y provincianos, precisamente aquéllos que el fundador del género no había tratado más que de una manera marginal.

Poco después, sin embargo, Matto de Turner se siente atraída por la ideología de González Prada, gran adversario de Palma. No está demás reseñar brevemente no el agrio enfrentamiento entre ambos, tan desdichado que a ninguno favorece, sino el sentido profundo de sus divergencias. A través de ellos se enfrentaban, mucho más que dos generaciones, dos maneras de entender y practicar la literatura y —lo que es decisivo— dos formas de pensar la sociedad y específicamente el sentido de la nación[3].

PALMA Y GONZALEZ PRADA

Palma imaginaba al Perú como una nación criolla, nacida con la Conquista, y buena parte de su notable tarea intelectual estuvo destinada a restaurar los vínculos entre la República y los siglos coloniales, *nacionalizando* esa experiencia y haciéndola parte del proceso de gestación del país. Ciertamente su visión de la Colonia es definidamente desproblematizadora, hasta el punto de crear algo así como un lugar y un tiempo amenos dentro de la historia nacional, pero de ninguna manera se puede insistir en la interpretación de Palma como figura del hispanismo arcaizante. En realidad, las *Tradiciones* lo que ofrecen es una visión mesocrática, tibiamente liberal y vagamente crítico-zumbona, de la sociedad peruana y del origen de su condición criolla. Sin duda, eso sí,

prefiere insertarse en la tradición, y renovarla cautelosamente, que imaginar proyectos de cambios sustanciales[4].

González Prada, en cambio, no sólo no cree en la tradición sino la considera esencialmente viciada. Del pasado nada debe ser salvado —porque nada fue valioso— y la nación tiene que fundarse otra vez, sobre nuevas bases, en el futuro. En este sentido, Prada es el portavoz más enfático de un proyecto modernizador radical, basado en las ideas del positivismo primero, y más tarde del anarquismo, que se enfrenta en todos los campos con el viejo orden oligárquico e hispanizante[5].

Paradójicamente, parte del pensamiento pradiano tiene un abierto sentido indigenista. En 1888, en su notable «Discurso en el Politeama», sostiene que el pueblo indígena tiene que ser salvado por la educación de la oprobiosa situación en que se encuentra (más tarde propondrá soluciones económico-sociales)[6] y relaciona la construcción de la nueva nación, encomendada a una *élite* juvenil capaz de encarnar los ideales de la razón, el progreso, la técnica y la ética laica, con la superación del primitivismo indígena. Generado por la explotación inmisericorde y no por el decaimiento de la raza, ese primitivismo (y su manifestación: el servilismo) debe desaparecer bajo el impulso del progreso. Por cierto, dentro de este orden de ideas, el pueblo indio aparece como el primer beneficiado por la transformación del país, pero no como sujeto de esta historia. Pese a lo anterior, en el mismo «Discurso», González Prada expresa que:

> no forman el *verdadero Perú* las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera[7].

Ciertamente se trata de una tesis mucho más radical, que invierte las imágenes nacionales prevalentes, y propone otra, cerradamente indígena, aunque en verdad su enunciado resulte algo así como una extrapolación dentro del sistema de ideas del «Discurso en el Politeama» y aunque su propio radicalismo verbal le reste efectividad. En todo caso, es una excelente muestra de la necesidad epocal de repensar el país y de ser más fieles a su realidad.

Las posiciones de González Prada reflejan bien las tensiones de su tiempo. Como está dicho, una de las graves situaciones que reveló más contundentemente la guerra del 79 fue la desarticulación de un país en el cual la mayoría de su población, la indígena, no se reconocía ni podía reconocerse. Durante la guerra, esa mayoría no sabía bien ni por quién ni por qué combatía; y sin embargo, episodios bien conocidos demostraban el heroismo de las «montoneras», formadas básicamente por indios, durante la resistencia. Se trataba, pues, de integrar al pueblo

indígena al cuerpo de la nación y de hacerlo —según la perspectiva de Prada— dentro de un proyecto global de modernización.

MATTO DE TURNER Y LA MODERNIDAD

Clorinda Matto de Turner no tenía la impetuosidad reformadora de González Prada, ni compartía del todo su ideología positivista, pero sin duda participaba de la conciencia acerca de la urgencia de transformar la sociedad y de la necesidad de articular a las masas indias en un plan de modernización del país. Como veremos luego, *Aves sin nido* obedece a estos requerimientos. Aparece bajo la sombra de Prada y solamente un año después del «Discurso en el Politeama».

Es bueno tener presente que Clorinda Matto de Turner quiso ser y fue una mujer moderna. Viuda y empobrecida, con formación y lecturas poco comunes en las mujeres de su tiempo, abandonó el pequeño pueblo de Tinta, en la sierra sur del Perú, y emprendió con voluntad firme una notable carrera periodística, asumida no como mero pasatiempo sino profesionalmente. El mismo año que publica *Aves sin nido* ocupa la dirección de *El Perú Ilustrado,* importante semanario limeño de la época. Interesa destacar que periodismo y novela son, precisamente, dos de los grandes vehículos de la modernidad, y en este caso tienen un carácter sintomático: expresan la coherencia con que Clorinda Matto integra sus ideales modernizadores con procedimientos, recursos y formas de igual signo. Leyendo su primera novela y examinando los ejemplares de *El Perú Ilustrado* que aparecieron bajo su dirección, es fácil encontrar contenidos más o menos tradicionales, por cierto, pero a nadie escapa que en ambos emerge como fuerza decisiva el discurso y los valores de la inaplazable modernización.

En otras palabras: cuando Matto enfrenta la escritura de *Aves sin nido* conoce por experiencia directa, de un lado, la realidad andina y en especial la situación del indio en las serranías del sur, pero también, de otro lado, los requerimientos de la modernidad; y en ambos están vigentes las necesidades de cambio social surgidas luego de la reveladora derrota del 79. Este es el lugar en el que se instala *Aves sin nido.* Después de todo, como se anotará más adelante, *Aves sin nido* permite una lectura que destaca su afán de producir una imagen del modo como el indio (en realidad algunos de ellos) podrían salvarse de la explotación que sufren en manos del sector más arcaico de las clases dominantes (los grandes señores serranos) integrándose al proyecto de la burguesía modernizadora.

LAS ESTRATEGIAS NARRATIVAS

La primera experiencia de Clorinda Matto con la prosa de ficción fue a través del cultivo del género tradición. En más de un sentido, la tradición se encuadra dentro del costumbrismo, aunque se distancia de él por extraer su materia no de la coyuntura actual, como en el cuadro, la estampa o el artículo costumbrista, sino del pasado. Podría decirse, en efecto, que la tradición es un cuadro de costumbres remitido a la historia. En la producción de su primera novela, Matto obvia este signo histórico pero preserva, de la dinámica lingüística de las tradiciones, lo que tienen precisamente de costumbrismo. No se trata solamente de que en el «Proemio» su autora diga de manera explícita que el lector tiene entre manos una «novela de costumbres», sino de algo más profundo: del empleo de la estrategia discursiva del costumbrismo.

A grandes rasgos, la prosa costumbrista se caracteriza por dividir su funcionamiento semántico en dos órdenes. El primero, narrativo y descriptivo, se propone ofrecer imágenes «reales» de la vida social; el segundo, claramente evaluativo, se encarga de juzgar lo que el primero ha revelado, a veces con fraseo más o menos independiente y a veces impregnando la totalidad o vastos sectores del discurso. En el «Proemio», Matto señala con claridad que *Aves sin nido* intenta «ser la fotografía que estereotipe los vicios y las virtudes de un pueblo, con la consiguiente moraleja correctiva para aquellos y el homenaje de admiración para estos». En su idea de novela, entonces, conviven la vocación realista, reflejada en la obvia metáfora de la «fotografía» (enfatizada casi de inmediato con la aclaración de que los «cuadros» que presenta el texto han sido tomados «con exactitud [...] del natural») y el sentido moralizador y ejemplarizante. Esta segunda vertiente es la que le permite pensar en la utilidad social de la novela.

Este doble manejo de la función novelesca, por igual referida al ser que al deber ser social, se complejiza a veces con la presencia de párrafos explicativos, casi todos tomados algo ingenuamente del positivismo que subyace en el modelo narrativo naturalista. *Aves sin nido* no es en modo alguno una novela naturalista, pero su eclecticismo permite la inclusión de algunos componentes de esa procedencia. Sus novelas posteriores los admitirán en mayor número, aunque nunca como sistema narrativo prioritario.

Con estos modestos pero eficaces recursos, a los que habría que añadir su frecuente entonación romántica, el narrador omnisciente de *Aves sin nido* relata episodios de la vida de un pequeño pueblo serrano, obviamente representativo de la realidad andina global. No es necesario

analizar el contenido y estructura de esta historia[8]. Basta decir que pone de relieve la profunda escisión del mundo andino, dividido entre los «notables», inmisericordemente abusivos, y los indios, miserablemente explotados, escisión que tratan de suturar (y fracasan en su empeño) los forasteros que se insertan temporalmente en esa sociedad portando los ideales de la civilización y el progreso.

La imagen que *Aves sin nido* ofrece de los indios tiene rasgos marcadamente románticos y de alguna manera se asocia con el estereotipo del «buen salvaje». Los indios son alabados por la «encantadora sencillez de sus costumbres», y aparecen siempre como seres inocentes, buenos y candorosos («cuando hace algo malo [...] es obligado por la opresión, desesperado por los abusos»), pero esa misma bondad natural los hace singularmente vulnerables frente a la codicia de los potentados y de las autoridades de la región. Clorinda Matto anota insistentemente, además, las deficiencias educativas que hacen imposible imaginar siquiera el progreso de la que varias veces llama «la desheredada raza».

De esta manera la interpretación del indio fluctúa según sea el estrato con el que se relaciona. Si es con los «notables», se pone énfasis en sus virtudes naturales, que de nada sirven frente a la prepotencia de aquéllos, pero que —de cualquier forma— los sitúan moralmente en un plano superior. Si es con los forasteros, se pone de relieve su ignorancia y su espíritu servil y quejumbroso. La bondad natural se lee, entonces, como condición similar a la de la niñez, e implica la obvia necesidad ética de «proteger» a una raza que se debate en un mundo difícil como un niño indefenso. Obviamente, los forasteros intentarán asumir una condición paternal con respecto a los indios.

El estrato de los «notables», formado por las autoridades civiles y religiosas, aparece consistentemente criticado a lo largo de toda la novela. Casi analfabetos, inmorales y abusivos, los jueces, gobernadores y curas (a los que González Prada había calificado en 1888 como la «trinidad embrutecedora del indio»)[9] no tienen otra meta que preservar sus injustas prebendas y los beneficios sociales y económicos que extraen sin límite de la explotación de los indios. Es curioso que en el diseño narrativo de este estrato no aparezcan los terratenientes (grandes personajes de la novela indigenista posterior) y que los comerciantes en lana sean una presencia poderosa pero elusiva. De alguna manera, la focalización del problema en las autoridades, y no en los propietarios de la tierra y el ganado, muestra que Clorinda Matto todavía interpreta el conflicto en los Andes en términos más éticos, educativos, administrativos y gubernamentales que como una situación de base y contenido económico-social.

Obviamente el estrato de los «notables» es el más severamente juzgado en la novela. Ellos son realmente los bárbaros que explotan sin derecho y sin piedad a los indios y a los que se niegan a obedecer las normas que provienen del grupo moderno representado por la familia Marín. Desde esta perspectiva, es posible leer *Aves sin nido* como un relato instalado en la lucha ideológica entablada entre las oligarquías serranas (y sus conexiones con el poder central) y una emergente burguesía moderna[10]. Buena parte del sentido ejemplar de la novela tiene como función primera precisamente desacreditar el proyecto arcaizante y retardatario de aquellos grupos —malvados e ignorantes— y alabar sin medida las potencialidades de la burguesía en ascenso. No es nada casual, en este orden de cosas, la consistente alabanza de la ciudad (como espacio de la modernidad), del símbolo universal del Progreso (el ferrocarril) o de instituciones económicas también modernas (las sociedades anónimas, por ejemplo). La figuración de estas tensiones puede impregnar niveles del discurso que aparentemente no tienen significados sociales.

La novela narra también la malventura de un amor candoroso que se frustra al descubrirse su índole incestuosa, lo que remite precisamente, como se verá luego, a los vicios de los «notables».

NOVELIZACION DEL ANDE

Como no hay novela sin historia ni historia sin cambios, la producción de un relato de esta naturaleza implica la posibilidad de imaginar un espacio cuyas tensiones y conflictos desemboquen en un proceso de transformaciones más o menos profundas. Obvia en casi todos los casos, esta condición resulta problemática en buena parte de la novela indigenista, sobre todo porque su productor (que nunca es un indio) no todas las veces es capaz de percibir el mundo andino como historia. De hecho, para poner un ejemplo de bulto, el modernismo vio esa realidad —especialmente la indígena— mucho más como parte de la naturaleza que de la historia.

Aves sin nido comienza por situar al mundo andino fuera de la historia. Muy al principio de la novela, apenas se conocen las atrocidades que cometen los «notables» en contra de los indios, la narradora exclama:

> ¡Ah! Plegue a Dios que algún día, ejercitando su bondad, decrete la extinción de la raza indígena, que después de haber ostentado la grandeza imperial, bebe el lodo del oprobio ¡Plegue a Dios la extinción, ya que no es posible que recupere su dignidad, ni ejercite sus derechos!

Se trata, sin duda, de una interpretación de la situación indígena cerradamente escéptica, pero lo que interesa ahora es observar hasta qué punto la percepción inicial del relato retira del referente la más escueta posibilidad de cambio y —por consiguiente— de historia. Casi al concluir la novela, esta vez en palabras de dos personajes indios, se repite la misma certidumbre:

> —Nacimos indios, esclavos del cura, esclavos del gobernador, esclavos del cacique, esclavos de todos los que agarran la vara del mandón.
> —¡Indios, sí! ¡La muerte es nuestra dulce esperanza de libertad!

La vida de todo el pueblo indígena y la de cada uno de sus hijos aparece, pues, como un constante e inevitable sufrimiento que sólo la muerte podría suprimir. Se trata de una imagen sin movimiento, congelada en su oscura reiteración, que impediría todo manejo propiamente narrativo. Tal vez podría ser materia de mitos, tragedias o elegías, pero no —o muy difícilmente— de novelas.

Precisamente el uso privilegiado de la novela (género moderno por antonomasia) por el movimiento indigenista es uno de los signos más claros de su paradójica constitución como una literatura instalada en el cruce de dos sociedades y dos culturas fuertemente diferenciadas: la europeizada y la indígena, ambas coexistiendo dentro de las fronteras de las naciones andinas o de otras que también son multiculturales y plurilingües. De hecho, la novela indigenista es el ejemplo más definido de las «literaturas heterogéneas»[11], y en el caso de *Aves sin nido* se hace evidente que está ubicada en un proceso de producción cultural en el cual casi todos los componentes (productor, texto, lectores) pertenecen a ese sector moderno de las sociedades andinas y sólo uno (el referente) tiene que ver con el mundo indio.

Por cierto, en el desarrollo del género se ensayaron numerosos procedimientos ideológico-estéticos para hacer productiva esta contradicción insalvable (piénsese en la extrema complejidad de las novelas de José María Arguedas), pero en la obra de Clorinda Matto toda esta densa problemática aparece simplificada. Es claro que se trata de un discurso sobre o acerca de lo indio, generado en otro espacio socio-cultural, hasta el punto de que el propio referente no es más que la figuración de lo indio creada por la observación de un testigo piadoso y compadecido pero inocultablemente ajeno. Esta modalidad de la producción cultural tiene repercusiones muy nítidas, como acaba de insinuarse, en la constitución del tiempo y de la historia de la primera novela de Matto.

Aves sin nido tiene que comenzar, por esto, con la irrupción en el solidificado espacio andino de una fuerza exterior, radicalmente

desestabilizadora, y capaz de producir las tensiones necesarias para construir con ellas —y con los cambios que suscitan— un relato novelesco. Esta función la cumple el matrimonio Marín, recién llegado a Kíllac y de inmediato dispuesto a enfrentarse con las costumbres de los «notables» y a defender a los indios explotados; a protagonizar, como varias veces se lee en la novela, «la sangrienta batalla de los buenos contra los malos». Su protección a los indios desencadena el acontecer que narra *Aves sin nido.*

Es interesante advertir que los forasteros están caracterizados minuciosamente en función de lo que los distingue no sólo de los indios sino también —y sobre todo— del cura, el gobernador o el juez. Citadinos, con un alto grado de instrucción y una moral impecable, los Marín representan los más elevados ideales que promueve la novela y —dentro de ella— son obvios portavoces de Clorinda Matto. Sin duda representan el valor de la modernidad y no estaría descaminado filiarlos en la fracción de la burguesía más dispuesta a realizar su propia conciencia de progreso social enfrentándose con el viejo orden oligárquico, casi feudal, que dominaba al país en su conjunto pero sobre todo la vida andina, según lo ya dicho. Desde este punto de vista, su figura implica la conflictiva incorporación de la civilización en el mundo de la barbarie.

Pero no se trata solamente del hecho de que esta perspectiva sea radicalmente ajena a los distintos estratos étnico-sociales andinos, sino que es su incorporación como parte del referente narrativo lo que hace posible la novela como tal. En otras palabras: sin los Marín, sin su intervención en la vida andina, no habría ninguna historia que contar. Por consiguiente, en la base misma de *Aves sin nido* subyace el supuesto de que la realidad de los Andes sólo ingresa en la historia mediante el impacto del lado más moderno de la sociedad peruana, el único capaz de romper (o de intentar romper) el helado círculo de la explotación y el sufrimiento permanentes.

Para que no haya dudas al respecto, la novela se prolonga exactamente hasta que concluye la estada de los Marín en Kíllac. Fracasado su proyecto de salvación de los indios (en realidad es un proyecto más piadoso que justiciero), los Marín abandonan la sierra y todo se recompone en su estado anterior, en la misma solidez sin historia previa a la visita de los forasteros. Junto con los Marín, la historia se aleja de Kíllac y la novela concluye. Es como si nada quedara por relatar del indio y en el mundo andino.

De alguna manera, aunque indirectamente, esta deshistorización del indio se relaciona con la estética coetánea y posterior del modernismo. También el modernismo, en efecto, se complace en la construcción

de viñetas que inmovilizan la vida social en personajes estereotipados: el pastor de llamas o el tañedor de quena; y, más frecuentemente aún, en la figuración legendaria de celebridades del imperio incaico. No solamente José Santos Chocano, pero sobre todo él, encontrará en este ejercicio de ancestro parnasiano un riquísimo filón para una poesía que a más de suspender el tiempo en los Andes, o tal vez precisamente por eso, los exotiza consistentemente.

Por supuesto, las opciones que subyacen en el modernismo no son las que sostienen la construcción de *Aves sin nido,* pero no deja de ser sintomático que en ambos casos la captación artística del mundo andino, y en especial del indio, no pueda percibir más que lo estático y siempre repetido. Es como si con las ideologías de la época no se tuviera todavía la capacidad de interpretar esa realidad en sus difíciles y dramáticas mudanzas históricas.

NACION Y FAMILIA

El fracaso de los Marín es en algún modo paliado por su decisión de adoptar a las dos hijas de Juan y Marcela Yupanqui, muertos al defender la casa de sus protectores. Los portadores de la civilización no logran modificar el implacable orden social andino, pero al menos salvan de él a Margarita y Rosalía, las «aves sin nido» de la primera parte de la novela. En la segunda parte, a más de reiterar las denuncias sociales sobre la explotación de los indios, la novela narra los cándidos amores de Margarita y Manuel y su final desgraciado: descubren que ambos son hijos del obispo Pedro Miranda y Claro, años antes párroco de Kíllac, con lo que al cerrarse la novela son ellos las nuevas y aún más desamparadas «aves sin nido».

Sin duda se trata de un argumento inocultablemente melodramático, aunque nada inusual en la novela hispanoamericana del XIX, que parece agotarse en su propia truculencia, en la crítica al relajamiento moral del clero y —en la novela de Matto de Turner— al celibato sacerdotal. Tiene, sin embargo, otros y más profundos significados. Para poderlos considerar es necesario tomar en cuenta que en el siglo XIX nuestra novela produjo una muy compleja alegoría de la nación[12] y sus problemas a través de la imagen de la familia y de las relaciones interpersonales que la fundan y la rodean, sin que sea necesario asumir que en esto hubo un propósito deliberado. De cierto modo, el universo de la familia podía representar bien los conflictos (y las eventuales soluciones) de sociedades agobiadas por su profunda heterogeneidad: metonímica y/o metafóricamente, el microcosmos familiar podía sig-

nificar, en sus propios términos, la problemática del macrocosmos nacional. Desde este punto de vista cabe leer la línea melodramática de *Aves sin nido* y otros asuntos similares bajo las luces de un nuevo y enriquecedor código.

Por lo pronto es evidente que *Aves sin nido* privilegia la caracterización de los núcleos familiares (los Marín, los Pancorbo, los Yupanqui, los Champi), hasta el punto de que casi no hay personajes que se presenten sin ese contorno inmediato. La gran excepción es el cura Pascual (y su antecesor Miranda, ahora obispo), pero se trata de una excepción que precisamente refuerza la importancia de los vínculos familiares: los vicios del clero y las tragedias que suscitan derivan del celibato al que están antinaturalmente obligados los religiosos —tal como se lee desde el «Proemio» y en varias otras páginas de la novela. Paradójicamente, las familias que aparecen en *Aves sin nido* o son incompletas (la de los Marín no tiene hijos) o guardan en su seno algún secreto terrible como la escondida filiación de Manuel y Margarita y la violencia sufrida por sus madres.

Pero leer los significados que encarna la familia en la novela de Clorinda Matto implica vincular este tema con otro, el de las relaciones inter-raciales, que lo cruza de parte a parte. De alguna manera, tal como la presenta *Aves sin nido,* la familia es el espacio privilegiado de las alianzas o los conflictos étnicos. El énfasis puesto en ese vínculo entre familia y raza hace aún más clara la posibilidad de interpretar todo este núcleo de significación en una clave más social que ética (aunque contenidos de este tipo sean obvios) que finalmente conduce a reflexionar sobre el asunto central de XIX: la formación de la nacionalidad.

Por lo pronto, la preocupación de Matto por el destino del pueblo indígena se plasma con evidencia en la decisión de los Marín (sus portavoces narrativos) de adoptar a las hijas del matrimonio Yupanqui. Puesto que la novela relata la muerte o el sufrimiento continuado de los indios, la adopción de Margarita y Rosalía implica de manera tangencial, pero muy expresiva, que *Aves sin nido* efectivamente no logra percibir ningún futuro para la raza indígena, pero que es algo menos escéptica si se trata de la suerte de algunos individuos aislados. Ciertamente la adopción, con el consiguiente cambio de apellido (de Yupanqui a Marín), es una figura especialmente vigorosa de la construcción de una nueva identidad y del carácter salvador de este proceso. Por supuesto, el acto de la adopción es seguido por un proceso educativo que deberá concluir con la cancelación de los rasgos de la primera identidad: de hecho en *Herencia* (que es una novela que continúa en parte la trama de *Aves sin nido),* Margarita no puede distinguirse de otras jóvenes de la alta sociedad limeña. Su nueva identidad está consolidada.

Más allá de la intención de Clorinda Matto y al margen también de los estereotipos del melodrama romántico, en la transformación radical de las Yupanqui en Marín subyace un significado turbador: la salvación del indio depende de su conversión en otro, en criollo, con la consiguiente asimilación de valores y usos diferenciados; y depende también, como es claro, de la generosidad de quienes hacen posible esa metamorfosis étnico-social. De alguna manera, la historia de la adopción es un emblema de las convicciones de la época sobre el poder de la educación, como fuerza transformadora de la sociedad, pero a la vez de un concepto pedagógico que sólo entiende esta materia como una forma de occidentalización del pupilo. Lo primero estaba explícitamente mencionado en el «Discurso en el Politeama». En él González Prada decía:

> Enseñadle a leer y escribir [al indio] y veréis si en un cuarto siglo se levanta o no a la dignidad del hombre[13].

Dentro del marco de la «conciencia posible» de entonces la educación no podía considerarse más que como un proceso que favorecía la realización de los ideales europeos. Como recurso eficaz para la homogeneización del país, la educación no sólo no preveía ni pluralismos ni contrastes sino que, al contrario, los condenaba abiertamente. En *Aves sin nido* se habla, en efecto, de «la verdadera civilización» como de un sistema único y de la educación como vía para acceder a sus principios ordenadores. La filiación *blanca* de las niñas Yupanqui implica no sólo la adopción, entonces, sino también la educación, aunque dentro del relato ésta aparezca confundida con la experiencia del hogar bien constituido. En este orden de cosas, *Aves sin nido* propone algo así como una categoría totalizadora: adoptar un hijo supone un acto de nominación trascendente porque con el nombre de los nuevos padres viene la configuración de la nueva persona. Basada en la piedad, la adopción de las niñas indias es una forma puramente espiritual de la procreación de nuevos seres.

Habría que añadir, complementariamente, que en sus novelas posteriores, en *Indole* (1891) y *Herencia* (1893), Clorinda Matto vuelve a trabajar el tema educativo, ahora en claro contrapunto con el de la herencia, para dejar constancia, aunque nunca sin algunos titubeos, de que la educación es más poderosa que la impronta genética. Es importante anotar esta concepción de Matto porque echa luces sobre el sentido del proceso de adopción-educación que narra *Aves sin nido.*

Metáfora integradora, entonces, la adopción de Margarita y Rosalía expresa el deseo de una nación homogénea, abarcadora de la disidencia indígena a través de la educación aculturadora de sus miembros, obviamente considerados como menores de edad. Pero esta muy expre-

siva alegoría de la constitución imaginaria de un país integrado bajo el modelo de sus estratos más europeizados y modernos tiene, sin embargo, un envés sorprendente. Dicho en bulto: son las muchachas indias las que permiten que la familia Marín se realice bajo su propia ideología y cumpla su función básica de reproducción. En toda la novela, en efecto, se pone énfasis en el carácter sagrado de la paternidad y la maternidad y se establece una y otra vez que la familia es el único espacio donde ambas pueden realizarse con ese carácter. Al mismo tiempo, con raciocinio complementario, una familia sin hijos no es realmente tal y un hombre o una mujer infértiles no alcanzan la plenitud de su función humana y sagrada.

Como en *Aves sin nido* la perspectiva educativa es recurrente, la función reproductora de la familia se expande más allá de la procreación de los hijos y se convierte en un dispositivo mucho más extenso. En realidad la familia es la gran máquina reproductora de los comportamientos y valores socialmente aceptados o —si se quiere— de la argamasa ideológica que permite el buen funcionamiento de la sociedad dentro de un orden determinado. Naturalmente los hijos son el engranaje de este mecanismo. La transformación de las Yupanqui en Marín demuestra la eficiencia de este proceso, pero a la vez tiene el significado que acaba de mencionarse: sólo gracias a ellas los Marín cumplen su función como familia y por consiguiente adquieren valor como reproductores del sistema social. Es, sin duda, una notable paradoja de la novela.

Paradoja tanto más curiosa porque poco antes de concluir *Aves sin nido* se anuncia que Lucía está esperando al «primogénito» de la familia, información que luego se olvida. En *Herencia* los Marín siguen siendo un matrimonio sin hijos. ¿Simple error en la construcción de la trama? Pudiera ser, pero en todo caso el borramiento de este dato (o mejor, su cancelación) parece funcionar de una forma en cierto sentido ambigua. En efecto, si por una parte hace más plausible la decisión de adoptar a las niñas Yupanqui y de algún modo la normaliza (es «natural» que un matrimonio sin hijos opte por adoptar alguno), por otra parte enfatiza la importancia de esa decisión y echa mayor luz sobre la extrañeza de su condición interétnica. En cualquier caso, cabe preguntarse si de la misma manera que la adopción de las muchachas indias puede leerse como una alegoría de la homogeneización del país (o más exactamente, del deseo de esa homogeneidad), el otro hecho, relativo a la defectividad de los Marín como familia si no se hubiera producido la adopción, podría interpretarse de manera homóloga; esto es, como representación simbólica de la urgencia del sector social que representan de asumir un cierto compromiso con otros grupos para poder realizar su propio proyecto social.

Padres y educadores de los indios, los Marín parecen reconocer que su representatividad social y nacional tiene como condición la absorción de los otros —cierto que en términos de dependencia— como «hijos». A la larga, si se emplea la perspectiva inversa, parecerían no tener el poder de reproducirse dentro de su propio espacio social, y mucho menos de imponerse al conjunto de la nación, sin una alianza ciertamente asimétrica con otros grupos. Algo así como un consenso ganado por la asimilación, en posición subordinada, de los otros. Sobra aclarar que esta lectura, obviamente hipotética, no implica en modo alguno la presunción de un nivel de conciencia autorial. Las alegorías nacionales suelen instalarse en el discurso literario mediante mecanismos mucho más complejos que la intencionalidad de los escritores. Son figuraciones del imaginario social, más bien difuso, y suelen construirse en los márgenes de un lenguaje que asimila las pulsiones colectivas.

Pero el sistema alegórico de la familia en *Aves sin nido* tiene otras dimensiones. Es bueno anotarlas. Por lo pronto, la caracterización de Margarita pone de relieve, desde un primer momento, su excepcionalidad. Aunque Marcela, su madre, es presentada como una mujer «notable por su belleza peruana», los Marín se desconciertan frente a Margarita y consideran que «su belleza es trasunto de esa mezcla del español y la peruana que ha producido hermosuras notables en el país», aun cuando en ese momento creen que sus padres son indios. No piensan todavía en la adopción, pero sí en aceptarla como ahijada. Al final del relato, como está dicho, se descubre que Margarita es hija de un cura español y que efectivamente, como lo suponían los Marín, es mestiza. Esta revelación final tiene un efecto complejo sobre la lectura anterior: por una parte, aleja la relación entre los Marín y los indios, pues la adopción se ejerce sobre una joven mestiza, no india, en cuyo origen resuenan además memorias que remiten de alguna manera al primer mestizaje, al de la conquista, pero —de otra parte— el que la adopción incluya también a la pequeña Rosalía, hija de Juan y Marcela Yupanqui, preserva el sentido anterior. Ella sí es india.

La tardía confirmación de la condición mestiza de Margarita tiene que ver no sólo con asuntos directamente ideológicos, lo que es bastante evidente, sino también, algo más sesgadamente, con el sistema de la verosimilitud del relato. Como Margarita es un personaje mucho más importante que Rosalía y como es ella la única que adquiere presencia en la continuación de *Aves sin nido,* es claro que su absoluto y abrupto «blanqueamiento» resultaba un factor disturbador de la credibilidad de la historia y generaba, así, un conflicto potencial con el lector. No está demás recordar que años después, en *Matalaché* (1928) de Enrique López Albújar, sucede algo similar: su protagonista, un negro esclavo,

deviene en mulato, descendiente directo de un noble blanco, poco antes de consumar su amor con la bella hija de su amo[14].

De cualquier manera, la distinta filiación original de ambas niñas fortalece el sentido homogeneizador de la imagen familiar: los Marín asumen su condición de autoridad en un hogar que acoge a mestizos e indios. Es claro, sin embargo, que con respecto a estos últimos la novela es más bien elíptica. Rosalía es casi sólo un nombre y el lector sabe muy poco de ella, situación que se hace definitiva en *Herencia,* donde desaparece del todo. Sin duda la novela privilegia el significado de la adopción de Margarita y desde esta perspectiva parece evidente que hay una bien definida predilección, aunque no excluyente, por el estrato mestizo. En cierto sentido, tomando en cuenta la borrosidad de Rosalía, habría que pensar que *Aves sin nido* necesita generar primero una espectativa de reconciliación entre los extremos (Marín/Yupanqui), diluir después su radicalidad y enfatizar la importancia del eslabón intermedio, mestizo (Marín/Miranda y Claros-Yupanqui), pero conservando como sugestivo aunque poco perceptible telón de fondo (a través de Rosalía) la propuesta inicial.

Por lo demás, los insistentes conflictos que cruzan los espacios familiares en *Aves sin nido* parecen ser síntomas —si se acepta la asociación entre nación y familia— de los problemas que agobian a la sociedad peruana de fines del XIX. En el fondo, las imágenes familiares que ofrece la novela tienen casi siempre su eje conflictivo en el asunto de la filiación: Margarita y Manuel no saben quién es su verdadero padre y el descubrimiento es trágico no sólo porque corta su amor bajo la terrible pena del incesto sino porque la figura del padre sacrílego es un punto ciego, sin solución posible, que remite la sacralidad de la filiación a la violencia y al pecado. Es como si, en su conjunto, la alegoría apuntara a un orden mal constituido, deforme, que sólo puede ser transformado por la voluntad y la acción de quienes, como los Marín, deciden extirparlo (otorgando filiación y legitimidad) a la vez que corrigen (con la adopción) su propia incompletud, su esterilidad. Alegoría desgarrada de la nación, sin duda, pero también esperanzadora: desde la perspectiva de los Marín, la familia (la nación) puede recomponerse bajo su amparo. Son la fuerza que ofrece hogar a quienes no lo tienen.

PARA FORMAR UNA NACION

Las primeras ediciones de *Aves sin nido* consignan como subtítulo: «novela peruana», y en el «Proemio» —que es, como se sabe, un texto programático— Clorinda Matto se queja de que la realidad nacional no sea tratada literalmente y expresa su confianza en que la lectura de su

novela sirva para señalar algunos «puntos de no escasa importancia para los progresos nacionales». Añade, con énfasis, que con *Aves sin nido* está «*haciendo,* a la vez, literatura peruana».

Tomando en consideración las ideas literarias de la época[15], parece indudable que el carácter nacional que Matto de Turner asigna a su obra privilegia tres órdenes de ideas: en primer lugar, el uso de la vida nacional como argumento, tema o referente del texto; luego, la crítica de los problemas sociales más urgentes; y, finalmente, los beneficios que puede extraer la república de obras de esta naturaleza. Con alguna que otra indecisión, *Aves sin nido* cumple este programa, y todo indica que su efecto —al menos en lo inmediato— tuvo repercusiones saludables en un país profundamente arcaico y dominado por las fuerzas más conservadoras. De hecho su enfrentamiento con el clero fue en más de una ocasión frontal.

Pero la lectura de *Aves sin nido* como una alegoría de la nación, o mejor de su proceso formativo, permite situarla no sólo dentro del complejo y variado discurso que enfocó esta temática desde el origen mismo de la república y que —ciertamente con grandes modificaciones— sigue operando hasta nuestros días, sino también dentro de las configuraciones imaginarias, rara vez explícitas, que transfieren la problemática nacional a otras esferas, incluyendo las de la vida privada. En todo caso, de manera directa, *Aves sin nido* se relaciona con las preocupaciones nacionales del XIX.

En este orden de cosas, confirma que a lo largo del siglo pasado realmente nunca estuvo amenazada la hegemonía de la interpretación de la nación como nación criolla, inclusive para quienes tenían una honrada preocupación por la desastrosa situación de los indios. Es sólo a partir de la segunda década de nuestro siglo que esa conciencia hegemónica comienza a perder fuerza, pero eso no debe hacer olvidar que dentro de este supuesto consensual —o casi— se cruzaran opciones múltiples y a veces contradictorias. Matto prefirió una de índole humanista.

Percibió agudamente la heterogeneidad de la sociedad peruana y ciertamente observó que la disidencia mayor —con respecto a la hegemonía criolla— estaba constituida por el pueblo indígena. Para los sectores más conservadores era «natural» que el orden de la nación se fundara en la explotación de los indígenas y al efecto disponían de un vasto arsenal ideológico —que a fines del XIX se refuerza con las tesis genéticas del positivismo racista. González Prada atacó directamente esta ideología y es claro que Clorinda Matto —aunque con menos énfasis— también la rechazó. Recusó especialmente, sobre todo con criterios morales, aunque probablemente también a partir de ciertas intuiciones económico-sociales, la explotación y la miseria de los indios.

De cualquier manera, de lo que se trataba era de saber cómo podía integrarse a la nación esa masa mayoritaria que parecía haber quedado fuera de la historia. Matto de Turner tenía la certeza de que la república no podía seguir funcionando socialmente con tan grave quiebra interna e imaginó que la única solución posible consistía en asimilar dentro del espacio criollo al pueblo indígena. Para cumplir ese fin creyó que sólo había un camino disponible: la educación, y todos sus escritos son de alguna forma una proclama en favor de la educación de lo que ella llamaba la «raza desheredada»[16]. Habría que anotar, complementariamente, que Clorinda Matto fue también una activa propulsora de la educación de la mujer.

Por supuesto, como se ha dicho antes, se trataba en el caso del pueblo indígena, de una educación aculturadora, explícitamente destinada a borrar los rasgos de su *otredad* y de hacer posible un nivel suficiente de homogeneidad en el cuerpo de la nación. Hoy esta propuesta parece gravemente insatisfactoria, hasta retrógrada, pero en el XIX la idea principal tenía que ver directamente con el problema de la desintegración del país. En todas las naciones de Hispanoamérica esta idea termina siendo, en el fondo, la misma: lo que impide el progreso es la falta de cohesión social. No extraña, entonces, que Clorinda Matto de Turner se esforzara por estimular una extendida convicción acerca de la imperiosa necesidad de suturar el espacio social de la nación, aunque nunca perdiera de vista que el efecto de homogeneidad no implicaba en modo alguno una situación simétrica e igualitaria entre los dos segmentos de la nación.

La eficiencia del mensaje de Matto, de *Aves sin nido* pero también de sus otras obras indigenistas, necesitaba basarse en una previa reivindicación de ciertos aspectos propios del pueblo indígena. Tenía que acabar con muchos prejuicios y permitir que su idea central —afirmativa de la necesidad nacional de integrar a los indios a la vida republicana— fuera socialmente aceptada. Usó por cierto el repertorio de la idealización del imperio incaico, pero se preocupó especialmente por demostrar, como lo hace en *Aves sin nido*, que los indios son naturalmente buenos y que podían progresar a través de la educación. Tal vez, en última instancia, quería evitar el temor frente a la potencial barbarie de esos hombres humillados, para construir, en cambio, una espectativa de armonía social. Una armonía hecha con la paulatina dilución de lo indígena y fundada en una sólida e indiscutida jerarquía social: no más la de los abusivos e ignorantes «mandones» de la sierra, pero sí, sin asomo de dudas, la de los benevolentes, ilustrados y generosos padres modernos.

ANTONIO CORNEJO POLAR

NOTAS

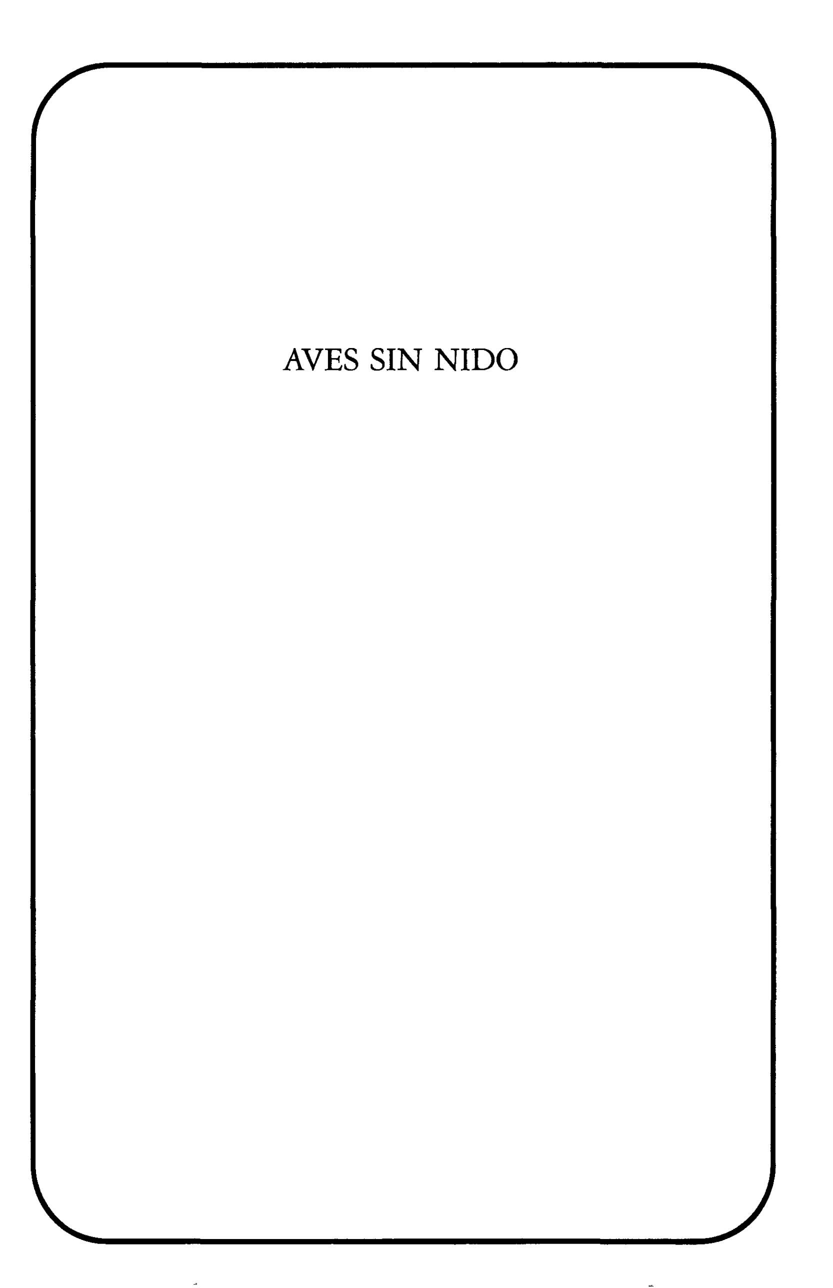
1 Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú* (Lima Universitaria, 1968-1970) IX, 9-11
2 La bibliografía de y sobre Clorinda Matto (elaborada por Efraín Kristal) aparece al final de este volumen
3 Sobre el enfrentamiento entre Palma y Prada puede leerse Luis Alberto Sánchez, *Nuestras vidas son los ríos Historia y leyenda de los González Prada* (Lima San Marcos, 1977) y Bruno Podestá, «Ricardo Palma y Manuel González Prada historia de una enemistad», en *Revista Iberoamericana,* XXXVIII, 78, Pittsburgh, enero-marzo 1972
4 He trabajado el tema en mi libro *La formación de la tradición literaria en el Perú* (Lima CEP, 1989) La más sagaz interpretación sigue siendo la de José Carlos Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (Lima Amauta, 1928)
5 Sobre el pensamiento de González Prada, cf Augusto Salazar Bondy, *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo* (Lima Moncloa, 1965), Eugenio Chang Rodríguez, *La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre* (México ~~de~~ Andrea, 1957), Hugo García Salvatecci, *El pensamiento de González Prada* (Lima Arica, s/f)
6 En «Nuestros indios», que sólo aparece en la segunda ed de *Horas de lucha* (Callao Luz, 1924) pero con fecha en 1904
7 «Discurso en el Politeama», en *Páginas libres* (Madrid Pueyó, s/f), p 78 Subrayado nuestro
8 Cf mi estudio «Aves sin nido indios, notables y forasteros», en *La novela peruana siete estudios* (Lima Horizonte, 1977), 2ª ed ampliada con el título de *La novela peruana* (Lima Horizonte, 1989)
9 La frase se lee en el «Discurso en el Politeama», ya citado, y aparece en el título de la breve novela de José T Itolararres (seud de José Torres y Lara) *La trinidad del indio* (Lima Bolognesi, 1885)
10 Precisiones importantes sobre esta materia se encuentran en el libro de Efraín Kristal, *The Andes Viewed from the City Literary and Political Discourse on the Indian in Peru, 1848 1930* (New York Peter Lang, 1987)
11 He trabajado esta categoría en varios estudios recopilados en *Sobre literatura y crítica latinoamericanas* (Caracas Universidad Central de Venezuela, 1982)
12 Empleo muy libremente la categoría trabajada por Frederic Jameson, «Third World in the Era of Multinational Capitalism», en *Social Texts,* 15, New York, Fall 1986, inteligentemente discutida por Aijaz Ahmad en «Jameson s Rhetoric of Otherness and the 'National Allegory », en el Nº 17 de la misma revista Agradezco a la profesora Doris Sommer el haberme hecho conocer los originales de los estudios que está realizando alrededor de este problema Cf su libro *One Master for Another Populism as Patriarchal Rhetoric in Dominican Novels* (Lanham UPA, 1984)
13 *Op cit*, p 78
14 He estudiado el tema en «Matalaché las muchas formas de la esclavitud», en *La novela peruana, op cit* Cf también, Tomás G Escajadillo, *La narrativa de López Albújar* (Lima CONUP, 1972)
15 Es singularmente esclarecedor al respecto el ensayo de Mercedes Cabello de Carbonera, *La novela moderna* (Lima Hora del Hombre, 1948) cuya primera edición data de 1892
16 De allí su devoción, explícita en la novela, por el programa del presidente Pardo que insistía en las virtudes de la «instrucción popular» Cf Jorge Basadre, *op cit*, tomos VI y VII

CRITERIO DE ESTA EDICION

Aves sin nido tuvo un temprano y excepcional éxito editorial. Se publicó dos veces en 1889, en Lima por la Imprenta del Universo de Carlos Prince y en Buenos Aires por la de Félix Lajouane Editor, y poco después volvió a aparecer (¿en 1908?) en Valencia por la Compañía Sempere. Tuvo además una pronta e inusual (1904) traducción al inglés. Sin embargo, la crítica pronto se olvidó de ella —o la maltrató dura e injustamente. En realidad la novela de Clorinda Matto entró al curso mayor de la literatura hispanoamericana sólo después de que en 1934 fuera reivindicada por la profesora Concha Meléndez. Desde entonces hay numerosas ediciones de *Aves sin nido.*

Esta edición transcribe la primera limeña de 1889. La preferimos porque debió ser cuidada por su autora. Hemos modernizado ortografía, puntuación y acentuación (excepto en nombres propios), corregido los errores que la misma edición consigna en una fe de erratas y algunos otros muy obvios.

A. C. P.



AVES SIN NIDO

PROEMIO

SI LA HISTORIA es el espejo donde las generaciones por venir han de contemplar la imagen de las generaciones que fueron; la novela tiene que ser la fotografía que estereotipe los vicios y las virtudes de un pueblo, con la consiguiente moraleja correctiva para aquéllos y el homenaje de admiración para éstas.

Es tal, por esto, la importancia de la novela de costumbres que en sus hojas contiene muchas veces el secreto de la reforma de algunos tipos cuando no su extinción.

En los países en que, como el nuestro, la *Literatura* se halla en su cuna, tiene la novela que ejercer mayor influjo en la morigeración de las costumbres; y por lo tanto, cuando se presenta una obra con tendencias levantadas a regiones superiores a aquellas en que nace y vive la novela cuya trama es puramente amorosa o recreativa, bien puede implorar la atención de su público para que extendiéndole la mano la entregue al pueblo.

¿Quién sabe si después de doblar la última página de este libro se conocerá la importancia de observar atentamente el personal de las autoridades, así eclesiásticas como civiles, que vayan a regir los destinos de los que viven en las apartadas poblaciones del interior del Perú?

¿Quién sabe si se reconocerá la necesidad del matrimonio de los curas como una exigencia social?

Para manifestar esta esperanza me inspiro en la exactitud con que he tomado los cuadros del natural, presentando al lector la copia para que él juzgue y falle.

Amo con amor de ternura a la raza indígena, por lo mismo que he observado de cerca sus costumbres, encantadoras por su sencillez, y la abyección a que someten esa raza aquellos mandones de villorrio que si

varían de nombre no degeneran siquiera del epíteto de tiranos. No otra cosa son, en lo general, los curas, gobernadores, caciques y alcaldes[1].

Llevada por este cariño, he observado durante quince años multitud de episodios que, a realizarse en Suiza, la Provenza o la Saboya, tendrían su cantor, su novelista o su historiador que los inmortalizase con la lira o la pluma; pero que, en lo apartado de mi patria, apenas alcanzan el descolorido lápiz de una hermana.

Repito que al someter mi obra al fallo del lector, hágolo con la esperanza de que ese fallo sea la idea de mejorar la condición de los pueblos chicos del Perú; y aun cuando no fuese otra cosa que la simple conmiseración, la autora de estas páginas habrá conseguido su propósito, recordando que en el país existen hermanos que sufren, explotados en la noche de la ignorancia, martirizados en esas tinieblas que piden luz; señalando puntos de no escasa importancia para los progresos nacionales; y *haciendo,* a la vez, literatura peruana.

---

1 En su discurso del teatro del Politeama Manuel González Prada había tildado al cura, el juez de paz y el gobernador, la «trinidad embrutecedora del indio». En *Aves sin nido* Clorinda Matto achacará a estas tres instancias la explotación del indio peruano.

PRIMERA PARTE

I

ERA UNA MAÑANA sin nubes en que la Naturaleza, sonriendo de felicidad, alzaba el himno de adoración al Autor de su belleza.

El corazón, tranquilo como el nido de una paloma, se entregaba a la contemplación del magnífico cuadro.

La plaza única del pueblo de *Kíllac* mide trescientos catorce metros cuadrados, y el caserío se destaca confundiendo la techumbre de teja colorada, cocida al horno, y la simplemente de paja con alares de palo sin labrar, marcando el distintivo de los habitantes, y particularizando el nombre de *casa* para los *notables* y *choza* para los *naturales*.

En la acera izquierda se alza la habitación común del cristiano, el templo, rodeado de cercos de piedra, y en el vetusto campanario de adobes, donde el bronce llora por los que mueren y ríe por los que nacen, anidan también las tortolillas cenicientas de ojos de rubí, conocidas con el gracioso nombre de *cullcu*. El cementerio de la iglesia es el lugar donde los días domingos se conoce a todos los habitantes, solícitos concurrentes a la misa parroquial, y allí se miente y se murmura de la vida del prójimo como en el tenducho o en la era, donde se trilla la cosecha en medio de la algazara y el copeo.

Caminando al sur media milla, escasamente medida, se encuentra una preciosa casa-quinta notable por su elegancia de construcción, que contrasta con la sencillez de la del lugar: se llama «Manzanares», fue propiedad del antiguo cura de la doctrina don Pedro de Miranda y Claro, después Obispo de la diócesis, de quien la gente deslenguada hace referencias no santas, comentando hechos realizados durante veinte años que don Pedro estuvo a la cabeza de la feligresía, época en que construyó «Manzanares», destinada, después, a la residencia veraniega de su Señoría Ilustrísima[2].

El plano alegre rodeado de huertos, regado por acequias que conducen aguas murmuradoras y cristalinas; las cultivadas pampas que le circundan y el río que le baña, hacen de Kíllac una mansión harto poética.

---

2 Con esta alusión anticlerical Clorinda Matto de Turner se inscribe en una tradición literaria que remonta a la primera novela peruana, *El padre Horán* (1848) de Narciso Aréstegui.

La noche anterior cayó una lluvia acompañada de granizo y relámpagos, y descargada la atmósfera dejaba aspirar ese olor peculiar a la tierra mojada en estado de evaporación: el sol, más riente y rubicundo, asomaba al horizonte, dirigiendo sus rayos oblícuos sobre las plantas que, temblorosas, lucían la gota cristalina que no alcanzó a caer de sus hojas. Los gorriones y los tordos, esos alegres moradores de todo clima frío, saltaban del ramaje al tejado entonando notas variadas y luciendo sus plumas reverberantes.

Auroras de diciembre, espléndidas y risueñas que convidan al vivir; ellas, sin duda, inspiran al pintor y al poeta de la patria peruana.

II

En aquella mañana descrita, cuando recién se levantaba el sol de su tenebroso lecho, haciendo brincar, a su vez, al ave y a la flor, para saludarle con el vasallaje de su amor y gratitud, cruzaba la plaza un labrador arreando su *yunta* de bueyes, cargado de los arreos de labranza y la provisión alimenticia del día. Un *yugo,* una *picana* y una *coyunta* de cuero para el trabajo; la tradicional *chuspa,* tejida de colores, con las hojas de coca y los bollos de *llipta* para el desayuno.

Al pasar por la puerta del templo, se sacó reverente la monterilla franjeada, murmurando algo semejante a una invocación; y siguió su camino, pero, volviendo la cabeza de trecho en trecho, mirando entristecido la choza de la cual se alejaba.

¿Eran el temor o la duda, el amor o la esperanza, lo que agitaban su alma en aquellos momentos?

Bien claro se notaba su honda impresión.

En la tapia de piedras que se levanta al lado sur de la plaza, asomó una cabeza, que, con la ligereza del zorro, volvió a esconderse detrás de las piedras, aunque no sin dejar conocer la cabeza bien modelada de una mujer, cuyos cabellos negros, largos y lacios, estaban separados en dos *crenchas,* sirviendo de marco al busto hermoso de tez algo cobriza, donde resaltaban las mejillas coloreadas de tinte rojo, sobresaliendo aún más en los lugares en que el tejido capilar era abundante.

Apenas húbose perdido el labrador en la lejana ladera de *Cañas,* la cabeza escondida detrás de las tapias, tomó cuerpo saltando a este lado. Era una mujer rozagante por su edad, y notable por su belleza peruana. Bien contados tendría treinta años, pero su frescura ostentaba veintiocho primaveras a lo sumo. Estaba vestida con una *pollerita* flotante de bayeta azul oscuro; y un corpiño de pana café adornado al cuello y bocamangas con franjas de plata falsa y botones de hueso, ceñía su talle.

Sacudió lo mejor que pudo la tierra barrosa que cayó sobre su ropa al brincar la tapia; y en seguida se dirigió a una casita blanquecina cubierta de tejados, en cuya puerta se encontraba una joven, graciosamente vestida con una bata de granadina color plomo, con blondas de encaje, cerrada por botonadura de concha de perla, que no era otra que la señora Lucía, esposa de don Fernando Marín, matrimonio que había ido a establecerse temporalmente en el campo.

La recién llegada habló sin preámbulos a Lucía y la dijo:

—En nombre de la Virgen, *señoracha,* ampara el día de hoy a toda una familia desgraciada. Ese que ha ido al campo cargado con las *cacharpas* del trabajo, y que pasó junto a ti, es Juan Yupanqui, mi marido, padre de dos muchachitas. ¡Ay *señoracha*! él ha salido llevando el corazón medio muerto, porque sabe que hoy será la *visita del reparto,* y como el cacique hace la faena del sembrío de cebada, tampoco puede esconderse porque a más del encierro sufriría la multa de ocho reales por *la falla,* y nosotros no tenemos plata. Yo me quedé llorando cerca de *Rosacha,* que duerme junto al fogón de la choza, y de repente mi corazón me ha dicho que tú eres buena, y sin que sepa Juan vengo a implorar tu socorro por la Virgen, *señoracha* ¡ay, ay!

Las lágrimas fueron el final de aquella demanda que dejó entre misterios a Lucía, pues residiendo pocos meses en el lugar, ignoraba las costumbres y no apreciaba en su verdadero punto la fuerza de las cuitas de la pobre mujer, que desde luego despertaba su curiosidad.

Era preciso ver de cerca aquellas desheredadas criaturas, y escuchar de sus labios, en su expresivo idioma, el relato de su actualidad, para explicarse la simpatía que brota sin sentirlo en los corazones nobles, y cómo se llega a ser parte en el dolor, aun cuando sólo el interés del estudio motive la observación de costumbres que la mayoría de peruanos ignoran y que lamenta un reducido número de personas.

En Lucía era general la bondad y creciendo desde el primer momento el interés despertado por las palabras que acababa de oír, preguntó:

—¿Y quién eres tú?

—Soy Marcela, *señoracha,* la mujer de Juan Yupanqui, pobre y desamparada —contestó la mujer secándose los ojos con la bocamanga del jubón o corpiño.

Lucía púsole la mano sobre el hombro con ademán cariñoso, invitándola a pasar y tomar descanso en el asiento de piedra que existe en el jardín de la casa blanca.

—Siéntate Marcela, enjuga tus lágrimas que enturbian el cielo de tu mirada, y hablemos con calma —dijo Lucía vivamente interesada en conocer a fondo las costumbres de los indios.

Marcela calmó su dolor, y acaso con la esperanza de su salvación, respondió con minucioso afán al interrogatorio de Lucía; y fue cobrando confianza tal que la habría contado hasta sus acciones reprensibles, hasta esos pensamientos malos que en la humanidad son la exhalación de los gérmenes viciosos. Por eso en dulce expansión la dijo:

—Como tú no eres de aquí, *niñay,* no sabes los martirios que pasamos con el cobrador, el cacique y el *tata* cura, ¡ay! ¡ay! ¿Por qué no nos llevó la *peste* a todos nosotros, que ya dormiríamos en la tierra?

—¿Y por qué te confundes, pobre Marcela? —interrumpió Lucía— habrá remedio; eres madre y el corazón de las madres vive en una sola tantas vidas como hijos tiene.

—Sí *niñay* —replicó Marcela— tú tienes la cara de la Virgen a quien rezamos el *alabado,* y por eso vengo a pedirle. Yo quiero salvar a mi marido. El me ha dicho al salir: «uno de estos días he de arrojarme al río, porque ya no puedo con mi vida, y quisiera matarte a ti antes de entregar mi cuerpo al agua», y ya tu ves *señoracha* que esto es desvarío.

—Es pensamiento culpable, es locura, ¡pobre Juan! —dijo Lucía con pena, y dirigiendo una mirada escudriñadora a su interlocutora, continuó: ¿Y qué es lo más urgente de hoy? Habla Marcela como si hablases contigo misma.

—El año pasado —repuso la india con palabra franca— nos dejaron en la choza diez pesos para dos quintales de lana. Ese dinero lo gastamos en la *Feria* comprando estas cosas que llevo puestas, porque Juan dijo que reuniríamos en el año vellón a vellón, mas esto no nos ha sido posible por las *faenas* donde trabaja sin socorro; y porque muerta mi suegra en Natividad, el *tata* cura nos embargó nuestra cosecha de papas por el entierro y los rezos. Ahora tengo que entrar de *mita* a la casa parroquial, dejando mi choza y mis hijas, y mientras voy, ¿quién sabe si Juan delira y muere? ¡quién sabe también la suerte que a mí me espera, porque las mujeres que entran de *mita* salen... mirando al suelo!

¡Basta! no me cuentes más —interrumpió Lucía, espantada por la gradación que iba tomando el relato de Marcela, cuyas últimas palabras alarmaron a la candorosa paloma, que en los seres civilizados no encontraba más que monstruos de codicia y aun de lujuria.

—Hoy mismo hablaré con el gobernador y con el cura, y tal vez mañana quedarás contenta —prometió la esposa de don Fernando, y agregó como despidiendo a Marcela: —Anda ahora a cuidar de tus hijas, y cuando vuelva Juan tranquilízalo, cuéntale que has hablado conmigo, y dile que venga a verme.

La india, por su parte, suspiraba satisfecha por la primera vez de su vida.

Es tan solemne la situación del que en la suprema desgracia encuentra una mano generosa que le preste apoyo, que el corazón no sabe si bañar de lágrimas o cubrir de besos la mano cariñosa que le alargan, o sólo prorrumpir en gritos de bendición. Eso pasaba en aquellos momentos en el corazón de Marcela.

Los que ejercitan el bien con el desgraciado, no pueden medir nunca la magnitud de una sola palabra de bondad, una sonrisa de dulzura que para el caído, para el infeliz, es como el rayo de sol que vuelve la vida a los miembros entumecidos por el hielo de la desgracia.

III

En las provincias donde se cría la *alpaca* y es el comercio de lanas la principal fuente de riqueza, con pocas excepciones, existe la costumbre del *reparto antelado* que hacen los comerciantes potentados, gentes de las más acomodadas del lugar.

Para los adelantos forzosos que hacen los *laneros* fijan al quintal de lana un precio tan ínfimo que el rendimiento que ha de producir el capital empleado, excede del quinientos por ciento; usura que agregada a las extorsiones de que va acompañada, casi da la necesidad de la existencia de un infierno para esos bárbaros.

Los indios propietarios de alpacas emigran de sus chozas en las épocas de reparto, para no recibir aquel dinero adelantado, que llega a ser para ellos tan maldito como las trece monedas de Judas. Pero ¿el abandono del hogar, la erraticidad en las soledades de las encumbradas montañas, los pone a salvo? No...

El cobrador, que es el mismo que hace el reparto, allana la choza, cuya cerradura endeble, en puerta hecha de vaqueta, no ofrece resistencia: deja sobre el batán el dinero, y se marcha en seguida para volver al año siguiente con la *lista* ejecutoria, que es el único juez y testigo para el desventurado deudor forzoso.

Cumplido el año se presenta el cobrador con su séquito de diez o doce *mestizos,* a veces disfrazados de soldados; y extrae, en romana especial con contrapesos de piedra, cincuenta libras de lana por veinticinco. Y si el indio esconde su única hacienda, si protesta y maldice, es sometido a torturas que la pluma se resiste a narrar, a pesar de pedir venia para los casos en que la tinta varíe de color.

La pastoral de uno de los más ilustrados obispos que tuvo la Iglesia peruana, hace mérito de estos excesos, pero no se atrevió a hablar de las lavativas de agua fría que en algunos lugares emplean para hacer declarar a los indios que ocultan sus bienes. El indio teme

aquello más aún que el ramalazo del látigo, y los inhumanos que toman por la forma el sentido de la ley, alegan que la flagelación está prohibida en el Perú, mas no la barbaridad que practican con sus hermanos nacidos en el infortunio.

¡Ah! plegue a Dios que algún día, ejercitando su bondad, decrete la extinción de la raza indígena, que después de haber ostentado la grandeza imperial, bebe el lodo del oprobio. ¡Plegue a Dios la extinción, ya que no es posible que recupere su dignidad, ni ejercite sus derechos!

El amargo llanto y la desesperación de Marcela al pensar en la próxima llegada del cobrador, era, pues, la justa explosión angustiosa de quien veía en su presencia todo un mundo de pobreza y dolor infamante.

IV

Lucía no era una mujer vulgar.

Había recibido bastante buena educación, y la perspicacia de su inteligencia alcanzaba la luz de la verdad estableciendo comparaciones.

De alta estatura y color medianamente tostado, lo que se llama en el país color *perla;* ojos hermosos sombreados por espesas pestañas y cejas aterciopeladas; llevaba además ese grande encanto femenino de una cabellera abundante y larga que, cuando deshecha, caía sobre sus espaldas como un manto de carey ondulado y brillante. Su existencia no marcaba todavía los veinte años, pero el matrimonio había dejado en su fisonomía ese sello de gran señora que tan bien sienta a la mujer joven, cuando sabe hermanar la amabilidad de su carácter con la seriedad de sus maneras. Establecida desde un año atrás con su esposo, en Kíllac, habitaba «la casa blanca» donde se había implantado una oficina para el beneficio de los minerales de plata que explotaba en la provincia limítrofe, una Compañía de que don Fernando Marín era accionista principal y en la actualidad Gerente.

Kíllac ofrece al minero y al comerciante del interior, la ventaja de ocupar un punto céntrico para las operaciones mercantiles en relación con las capitales de departamento; y la bondad de sus caminos presta alivio a los peones que transitan cargados de los capachos del mineral en bruto, y a las *llamas* empleadas en el acarreo lento.

Después de su entrevista con Marcela, Lucía se entregó a combinar un plan salvador para la situación de la pobre mujer, que era harto grave, atendidas sus revelaciones.

Lo primero en que pensó fue en ponerse al habla con el cura y el gobernador, y con tal propósito les dirigió, a entrambos, un recadito suplicatorio solicitando de ellos una visita.

La palabra de don Fernando en esos momentos podía ser eficaz para realizar los planes que debían ponerse en práctica inmediata, pero don Fernando había emprendido viaje a los minerales, de donde volvería después de muchas semanas.

Una vez que Lucía resolvió llamar a su casa a los personajes de cuyo favor necesitaba, púsose a meditar, intranquila, sobre la manera persuasiva como hablaría a aquellas notabilidades de provincia.

—¿Y si no vienen? Iré en persona —se preguntó y respondió simultáneamente, con la rapidez del pensamiento que envuelve en sus giros la intención y la ejecución, y se puso a sacudir los muebles, arreglando ésta y aquella silleta hasta que, llegando junto a un sofá, tomó asiento y tornó a sus combinaciones de discurso en la forma más interesante, aunque sin los giros de retórica que habría necesitado para un caballero de ciudad.

Entregada a este teje y desteje del pensamiento, sentía los minutos pesados, cuando tocaron a la puerta, y abriéndose suavemente el portón de vidrios dio paso al cura y al gobernador del poético pueblo de Kíllac.

V

Estatura pequeña, cabeza chata, color oscuro, naríz gruesa de ventanillas pronunciadamente abiertas, labios gruesos, ojos pardos y diminutos; cuello corto sujeto por una rueda hecha de mostacillas negras y blancas, barba rala y mal rasurada; vestido con una imitación de sotana de tela negra, lustrosa, mal tallada y peor atendida en el aseo, un sombrero de paja de Guayaquil en la mano derecha; tal era el aspecto del primer personaje que se adelantó y a quien saludó, la primera, Lucía, con marcadas manifestaciones de respeto, diciéndole:

—Dios le de santas tardes, cura Pascual.

El cura Pascual Vargas, sucesor de don Pedro Miranda y Claro en la doctrina de Kíllac, inspiraba desde el primer momento serias dudas de que, en el Seminario, hubiese cursado y aprendido Teología ni Latín; idioma que mal se hospedaba en su boca, resguardada por dos murallas de dientes grandes, muy grandes y blancos. Su edad frisaba en los cincuenta años, y sus maneras acentuaban muy seriamente, los temores que manifestó Marcela cuándo habló de entrar al servicio de la casa parroquial de donde, según la expresión indígena, las mujeres salían *mirando al suelo.*

Para un observador fisiológico el conjunto del cura Pascual podía definirse por un nido de sierpes lujuriosas, prontas a despertar al menor ruido causado por la voz de una mujer.

Por la mente de Lucía cruzó también enérgica la pregunta de cómo un personaje tan poco agraciado había podido llegar al más augusto de los ministerios; pues en sus convicciones religiosas estaba la sublimidad del sacerdocio que en la tierra desempeña el tutelaje del hombre, recibiéndolo en la cuna con las aguas del bautismo, depositando sus restos en la tumba con la lluvia del agua lustral, y durante su peregrinación en el valle del dolor, dulcificando sus amarguras con la palabra sana del consejo, y la suave voz de la esperanza.

Olvidaba Lucía que, siendo misión dependiente de la voluntad humana, quedaba explicada su propensión al error, y ella no sabía cómo son generalmente los Pastores de los curatos apartados.

El otro personaje que seguía al cura Pascual, envuelto en una ancha capa española, cuya mención consta en cláusula de catorce testamentos, lo cual podía constituir sus títulos de antigüedad, cuando no su árbol genealógico posesivo, era don Sebastián Pancorbo, nombre que recibió su señoría en bautismo solemne, de cruz alta, capa nueva, salero de plata y voz de órgano, administrado a los tres días de nacido.

Don Sebastián, sujeto bien original comenzando a juzgarlo por su vestido, es alto y huesudo; a su rostro no asoman nunca las molestias masculinas en forma de barba ni mostachos; sus ojos negros, vivos y codiciosos, denuncian en mirada inclinada a la visual izquierda que no es indiferente al sonido metálico, ni al metal de una voz femenina. El dedo meñique de la mano derecha se le torció siendo mozo, al dar un bofetón a un amigo, y desde entonces usa un medio guante de vicuña, aunque maneja con gracia peculiar aquella mano. El hombre no tiene átomo de nitroglicerina en su sangre: parece formado para la paz, pero su debilidad genial lo pone con frecuencia en escenas ridículas que explotan sus comensales. Rasga la guitarra son falta de oído y de ejecución tales, que le hacen *notabilidad,* aunque bebe como un músico de ejército.

Don Sebastián recibió instrucción primaria tan elemental como lo permitieron los tres años que estuvo en una escuela de ciudad; y después, al regresar a su pueblo, fue *llavero* en *Jueves Santo;* se casó con doña Petronila Hinojosa, hija de un *notable;* y en seguida lo hicieron gobernador; es decir, que llegó al puesto más encumbrado que se conoce y a que se aspira en un pueblo.

Los dos personajes arrastraron su respectiva poltrona, señalada por Lucía, donde tomaron cómodo descanso.

La señora de Marín hizo acopio de amabilidad y razonamiento para interesar a sus interlocutores en favor de Marcela, y dirigiéndose particularmente al párroco, dijo:

—En nombre de la Religión cristiana que es puro amor, ternura y esperanza; en nombre de vuestro Maestro que nos mandó dar todo a

los pobres, os pido, señor cura, que déis por perdonada esa deuda que pesa sobre la familia de Juan Yupanqui. ¡Ah! tendréis en cambio doblados tesoros en el cielo...

—Señorita mía —repuso el cura Pascual arrellenándose en el asiento, y apoyando ambas manos en los brazos del sillón— todas esas son teorías bonitas, pero, en el hecho ¡válgame Dios! ¿quién vive sin rentas? Hoy con el aumento de las contribuciones eclesiásticas y la civilización decantada que vendrá con los ferrocarriles, terminarán los emolumentos; y... y... de una vez doña Lucía, fuera curas; nos moriremos de hambre...

—¿A eso había venido el indio Yupanqui? —agregó el gobernador, en apoyo del cura, y con tono de triunfo terminó recalcando la frase para Lucía— francamente, sepa usted, señorita, que la costumbre es ley, y que nadie nos sacará de nuestras costumbres, ¿qué?...

—Caballeros, la caridad también es ley del corazón —arguyó Lucía interrumpiendo.

—¿Con que Juan, eh? francamente, ya veremos si vuelve a tocar *resortitos* el pícaro indio —continuó don Sebastián pasando por alto las palabras de Lucía, y con cierta sorna amenazante que no pudo pasar inadvertida para la esposa de don Fernando, cuyo corazón tembló de temor. Las cortas frases cambiadas entre ellos habían puesto en transparencia el fondo moral de aquellos hombres, de quienes nada debía esperar y sí temerlo todo.

Su plan fue desconcertado en lo absoluto; pero su corazón quedó interesado de hecho por la familia de Marcela, y estaba resuelta a protegerla contra todo abuso. Su corazón de paloma sintió su amor propio herido y la palidez sombreó su frente.

En aquel momento era precisa una salida decisiva, y ésta la halló Lucía en la energía con que respondió.

—¡Triste realidad, señores! ¡Y bien! Vengo a persuadirme de que el vil interés ha desecado también las más hermosas flores del sentimiento de humanidad en estas comarcas, donde creí hallar familias patriarcales con el amor de hermano a hermano. Nada hemos dicho; y la familia del indio Juan no solicitará nunca ni vuestros favores ni vuestro amparo. Al decir estas últimas palabras con calor, los hermosos ojos de Lucía se fijaron, con la mirada del que da una orden, en la mampara de la puerta.

Los dos potentados de Kíllac se desorientaron con tan inesperada actitud, y no viendo otra salida para reanudar una discusión de la que, por otra parte, estaba en sus intereses huir, tomaron sus sombreros.

—Señora Lucía, no se de por ofendida con esto, y créame siempre su capellán —dijo el cura, dando una vuelta al sombrero de paja que tenía entre las manos; y don Sebastián se apresuró a decir secamente:

—Buenas tardes, señora Lucía.

Lucía acortó las fórmulas de la despedida empleando sólo una inclinación de cabeza, y viendo salir a aquellos hombres después de dejar la más honda impresión en su alma de ángel, se decía temblorosa y vehemente:

—No, no; ese hombre insulta al sacerdocio católico; yo he visto en la ciudad seres superiores, llevando la cabeza cubierta de canas, ir en silencio, en medio del misterio, a buscar la pobreza y la orfandad para socorrerla y consolarla; yo he contemplado al sacerdote católico abnegado en el lecho del moribundo; puro ante el altar del sacrificio; lloroso y humilde en la casa de la viuda y del huérfano; le he visto tomar el único pan de su mesa y alargarlo al pobre, privándose él del alimento y alabando a Dios por la merced que le diera. Y ¿es ese el cura Pascual?... ¡ah! ¡curas de villorrios!... El otro, alma fundida en el molde estrecho del avaro, el gobernador, tampoco merece la dignidad que en la tierra rodea a un hombre honrado. Márchense en buena hora que yo sola podré bastarme para rogar a mi Fernando, y llevar las flores de la satisfacción a nuestro hogar.

Cinco campanadas tañidas por la campana de familia anunciaron a Lucía las horas transcurridas, y la notificaron que la comida estaba servida.

La esposa del señor Marín, con los carrillos encendidos por el calor de sus impresiones, atravesó varios pasadizos y llegó al comedor, donde tomó su asiento de costumbre.

El comedor de la casa blanca estaba pintado, en su techo y paredes, imitando el roble; de trecho en trecho pendían lujosos cuadros de oleografía representando ya una perdiz medio desplumada, ya un conejo de Castilla listo para echarlo a la cacerola del guisante. En la testera izquierda alzábase un aparador de cedro con lunas azogadas que duplicaban los objetos de uso colocados con simetría. A la derecha se veían dos pequeñas mesitas, una con un tablero de ajedrez, y otra con una ruleta; como que aquel era el lugar que los empleados de los minerales habían elegido para sus horas de solaz. La mesa de comer, colocada al centro de la habitación, cubierta con manteles bien blancos y aplanchados, lucía un servicio de campo, todo de loza azul con filetes colorados.

La sopa exhalaba un espeso vapor que con su fragancia notificaba ser la sustanciosa *cuajada de carne,* preparada de lomo molido con especias, nueces y bizcocho, todo disuelto en el *aguado* y caldo; siguiendo a ésta tres buenos platos entre los que formaba número el sabroso *locro colorado.*

Servían el café de Carabaya que, claro, caliente y cargado, despedía su aroma inspirador desde el fondo de pequeñas tazas de porcelana, cuando se presentó un *propio* con una carta para Lucía, quien la tomó

con interés y reconociendo la letra de don Fernando, rompió el sobre y se puso a leerla de ligero. Las impresiones de su semblante podían revelar al observador el contenido de aquella misiva, en la cual decía el señor Marín que en la madrugada del día siguiente estaría de regreso en su casa, pues los derrumbes ocasionados por las repetidas nevadas en la región andina, habían paralizado por un tiempo los trabajos en los minerales, y que le enviasen un caballo de refresco por estar sin herraduras el que lo conducía.

VI

Cuando Marcela volvió a su choza llevando un mundo de esperanzas en el corazón, ya sus hijas estaban despiertas, y la menorcita lloraba desconsolada al encontrarse sin su madre. Fueron suficientes algunos halagos de ésta y un puñado de *mote,* para calmar a esa inocente predestinada que, nacida entre los harapos de la choza, lloraba, no obstante, las mismas lágrimas saladas y cristalinas que vierten los hijos de los reyes.

Marcela tomó con afán los *tacarpus* donde se coloca el telar portátil que, ayudada por su hija mayor, armó en el centro de la habitación, dejando preparados los hilos del fondo y la trama, para continuar el tejido de un bonito poncho listado con todos los colores que usan los indios, mediante la combinación del *palo-brasil,* la cochinilla, el achiote y las flores del *quico.*

Jamás tomó la cuotidiana labor con más alegría de ánimo, ni nunca hizo la pobre mujer más castillos en el aire sobre la manera de participar a Juan las buenas nuevas que le esperaban.

Las horas, por esta misma razón, se hicieron largas; pero al fin llegó el crepúsculo vespertino abarcando con sus sombras tenues el valle y la población, y despidiendo de los campos a las cantoras palomas que revoloteaban en distintas direcciones en busca de su árbol bienhechor. Con éstas volvió Juan, y no bien hubo sentido los pasos de su esposo, salió Marcela en su alcance: le ayudó a atar la yunta de bueyes en la cerca, echó la granza en el pesebre, y cuando su marido se sentó en un poyo de la vivienda comenzó ella a hablarle con cierta timidez, que revelaba su desconfianza, acerca de si Juan recibiría con agrado las noticias.

—¿Tú conoces, *Juanuco,* a la *señoracha* Lucía? —preguntó la mujer.

—Como que voy a la misa, *Marluca,* y allí se conoce a todos —respondió Juan con indiferencia.

—Pues yo he hablado con ella hoy.

—¿Tú? ¿y para qué? —preguntó sorprendido el indio mirando con avidez a su mujer.

—Estoy apenada con todo lo que nos pasa; tú me has hecho ver claro que la vida te desespera...

—¿Vino el cobrador? —interrumpió Juan a Marcela, quien repuso con calmosa y confiada expresión:

—Gracias al cielo que no ha llegado; pero, óyeme, *Juanuco,* yo creo que esa *señoracha* podrá aliviarnos; ella me ha dicho que nos socorrerá, que vayas tú...

—Pobre flor del desierto, *Marluca* —dijo el indio moviendo la cabeza y tomando a la chiquilla Rosalía que iba a abrazar sus rodillas— tu corazón es como los frutos de la *penca:* se arranca uno, brota otro sin necesidad de cultivo. ¡Yo soy más viejo que tú y yo he llorado sin esperanzas!

—Yo no, aunque me digas que imito a la *tuna,* pero, *ayalay,* mejor así que ser lo que tú eres, la pobre flor del mastuerzo que tocada por la mano se marchita y ya no se levanta. A ti te ha tocado la mano de algún brujo; pero yo he visto la cara de la Virgen lo mismo, lo mismito que la cara de la señora Lucía —dijo la india y rió como una chiquilla.

—Será —respondió melancólico Juan— pero yo llego rendido del trabajo sin traer un pan para ti, que eres *mi virgen* y para estos pollitos —y señaló a las dos muchachas.

—Te quejas más de lo preciso, hombre; ¿acaso no te acuerdas que cuando el *tata* cura llega a su casa con los bolsillos llenos con la plata de los responsos de *Todosantos* no tiene quien le espere, como te espero yo, con los brazos abiertos ni con los besos de amor con que te aguardan estos angelitos?... ¡Ingrato!... piensas en el pan; aquí tenemos *mote* frío y *chuño* cocido que con su olor nos convida desde el fogón... ¡comerás ingrato!...

Marcela estaba demudada. Las esperanzas que Lucía le infundió la hicieron otra; y su lógica, mezclada con la voz del corazón, que es inherente al corazón de la mujer, era irresistible, y convenció a Juan, quien atrajo hacia sí a sus dos hijas, y a Marcela que tomaba en esos momentos dos ollas de barro negro colocadas en el fogón; y todos en grupo compartieron de una cena agradable y frugal.

Terminada la cena y ya envuelta la choza en las tenebrosas sombras de la noche, y sin otra lumbre que la tenue llama de los palos de molle que de vez en cuando se levantaba del fogón, tomaron descanso en una cama común colocada en un ancho poyo de adobes; duro lecho que para el amor y la resignación de los esposos Yupanqui tenía la blandura confortable de las plumas que el Amor deslizó de sus blancas alas.

Lecho de rosas donde el amor, como el primitivo sentimiento de ternura, vive sin los azares y sin los misterios de media noche que la ciudad comenta en voz baja, no alcanzando tampoco que esto sea un secreto.

Una vez que esta historia llegue a los relatos de la ciudad más opulenta del Perú, donde se dirigen los protagonistas; tal vez tendremos ocasión de poner en paralelo el despertar del campo y el trasnochar de la capital...

No bien asomó la hora conveniente, la familia de Juan dejó el humilde *chuze* tejido con florones de castilla; rezó el *alabado,* santiguóse la frente, y comenzó las faenas del nuevo día.

Marcela, en cuya mente bullían las ideas, fue la primera en decir:

—*Juanico,* yo me voy luego donde la señora Lucía. Tú estás desconfiado y taciturno, pero mi corazón me está hablando sin cesar desde ayer.

—Anda, pues, Marcela, anda, porque hoy de todos modos vendrá el cobrador; yo lo he soñado, y no nos queda otro recurso —contestó el indio en cuyo ánimo parecía haberse operado una transición notable, bajo el influjo de las palabras de su mujer y la superstición avivada por su sueño.

VII

Aquella mañana la casa blanca respiraba felicidad, porque la vuelta de don Fernando comunicó alegría infinita a su hogar donde era amado y respetado.

Empeñada Lucía en hallar los medios positivos para llevar a realidad sus propósitos de socorrer a la familia de Juan Yupanqui, pensó, desde luego, explotar la poesía y la dulzura que encierra para los esposos la primera entrevista después de una ausencia. Ella, que horas antes parecía lánguida y triste como las flores sin sol y sin rocío, tornóse lozana y erguida en brazos del hombre que la confió el santuario de su hogar y de su nombre, el arca santa de su honra, al llamarla esposa.

La cadena de flores que sujetó dos voluntades en una, estrechó de nuevo a los esposos Marín, sujetando los eslabones el dios del Amor.

—Fernando, alma de mi alma —dijo Lucía, poniendo las manos sobre los hombros de su marido, y reclinando la frente con cierta coquetería en la barba— voy a cobrarte una deuda, pero... ejecutivamente.

—De modo que hoy estás muy bachillera, hija; habla, pero ten en cuenta que si la deuda no consta legalmente me pagarás... multa —contestó don Fernando con sonrisa intencionada.

—¡Multa!, si es la que cobras siempre, goloso, pagaré esa multa. Lo que debo recordarte es una solemne oferta que me tienes hecha para el 28 de Julio.

—¿Para el 28 de Julio?...[3].

—¿Te haces el olvidadizo? ¿No recuerdas que me tienes ofrecido un vestido de terciopelo que luciré en la ciudad?

—Cabales, hijita: y lo cumpliré, pues he de encargarlo por el próximo correo. ¡Oh! ¡qué linda estarás con ese vestido!

—No, no, Fernando. Lo que quiero es que me dejes disponer del valor del vestido, a condición de presentarme el 28 de Julio tan elegante como no me has visto desde nuestro casamiento.

—¿Y qué?...

—Nada, hijo, no admito interrogatorio; di sí o no —y los labios de Lucía sellaron los labios de don Fernando, el cual satisfecho y feliz, respondió:

—*¡Adulona!* ¿qué puedo negarte si me hablas así? ¿Cuánto necesitas para este capricho?

—Poca cosa, doscientos soles.

—Pues —dijo don Fernando sacando su cartera, arrancando una hoja y escribiendo con lápiz unas líneas— ahí tienes la orden para que el cajero de la compañía te mande los doscientos soles. Y ahora déjame ir al trabajo para recuperar los días que he perdido en el viaje.

—Gracias, gracias, Fernando —repuso ella tomando el papel contenta como una chiquilla.

Al salir don Fernando de la habitación de Lucía en dirección al escritorio de trabajo, iba con el pensamiento sumergido en un mar de meditaciones dulces, despertadas por aquel pedido infantil de su esposa, comparándolo con los derroches con que otras mujeres victiman a sus maridos en medio de su afán por gastar lujo; y esa comparación no podía dejar otro convencimiento que el de la influencia de los hábitos que se dan a la niña en el hogar paterno, sin el correctivo de una educación madura, pues la mujer peruana es dócil y virtuosa por regla general.

Pocos momentos después de las escenas anteriores, Marcela cruzaba el patio de la casa blanca, acompañada de una tierna niña que la seguía. Aquella muchacha era un portento de belleza y de vivacidad, que desde el primer momento preocupó a Lucía, haciendo nacer en ella la curiosidad de conocer de cerca al padre, pues su belleza era el trasunto de esa mezcla del español y la peruana, que ha producido hermosuras notables en el país.

---

3 Las fiestas patrias del Perú se celebran el 28 de Julio para conmemorar la independencia de España en 1821.

Mirando acercarse a la muchacha, se dijo para sí la esposa de don Fernando:

—Este será, indudablemente, el ángel bueno de Marcela en su vida; porque Dios ha puesto un brillo peculiar en los semblantes por donde respira un alma privilegiada.

VIII

Cuando el cura y el gobernador salieron de casa de la señora de Marín, después de la entrevista de la tarde en que los llamó para abogar en favor de la familia Yupanqui; entrevista de cuyos detalles nos hemos enterado en el capítulo V, ambos personajes se fueron platicando por la calle en estos términos:

—¡Bonita ocurrencia! ¿qué le parecen a usted, mi don Sebastián, las pretensiones de esta señorona? —dijo el cura sacando de la petaca un cigarro *corbatón* y desdoblando las extremidades del torcido.

—No faltaba más, francamente, mi señor cura, que unos foráneos viniesen aquí a ponernos reglas, modificando costumbres que desde nuestros antepasados subsisten, francamente —contestó el gobernador deteniendo un poco el paso para embozarse en su gran capa.

—Y déles usted cuerda a estos indios, y mañana ya no tendremos quien levante un poco de agua para lavar los pocillos.

—Hay que alejar a estos foráneos, francamente, señor cura, porque los indios en teniendo apoyo se hacen insufri... bles, francamente; —dijo don Sebastián pegando un tropezón en una piedra saliente del nivel en el empedrado de la calle.

—¡Jesús! —se apresuró a decirle el cura, y tomando de nuevo el hilo de sus confidencias, continuó:

—Cabalmente es lo que iba a insinuar a usted, mi gobernador. Aquí entre nos, en familia, nos la pasamos regaladamente, y estos forasteros sólo vienen a observarnos hasta la manera de comer, y si tenemos mantel limpio y si comemos con cuchara o con *topos;* —terminó el cura Pascual, arrojando una bocanada de humo.

—No tenga usted cuidado, francamente, mi señor cura, que estaremos unidos, y la ocasión de botarlos de nuestro pueblo no se dejará esperar; —repuso Pancorbo con aplomo.

—Pero mucho sigilo en estas cosas, mi don Sebastián. Hay que andarse con tientas; estos son algo bien relacionados y pudiéramos dar el golpe en falso.

—Cuenta que sí, mi señor cura, francamente, que ellos están buscándole tres pies al gato. ¿Se acuerda usted lo que dijo un día don Fernando?

—¡Cómo no! Querer que se supriman los *repartos* diciendo que es injusticia, ¡ja! ¡ja! ¡ja! —contestó el cura riendo con sorna y arrojando el pucho del cigarro, que había consumido en unos cuantos chupones de aliento.

—Pretender que se entierre de balde alegando ser pobres los dolientes, y todavía que se perdonen deudas... ¡bonitos están los tiempos para entierros gratuitos! Francamente, señor cura —dijo don Sebastián, cuyo eterno estribillo de *francamente* lo denunciaba como un hipócrita o como un tonto; y habiendo llegado ambos amigos a la puerta de la casa de gobierno o consistorial, el gobernador invitó al cura a pasar adelante; y al penetrar al salón de recibo encontraron allí reunidos a varios vecinos notables comentando, cada cual a su modo, la llamada del párroco y del gobernador a casa del señor Marín, pues la noticia ya se sabía en todo el pueblo.

Cuando entraron los recién llegados, todos se pusieron en pie para cambiar saludos, y el gobernador pidió en el momento una botella de *puro de Majes.*

—Es preciso, mi señor cura, que ahoguemos *la mosca* con un traguito, francamente —dijo con sorna el gobernador, quitándose la capa que doblada en cuatro colocó sobre un escaño de la sala.

—Cabales, mi don Sebastián, y usted que lo toma del bueno —contestó el cura frotándose las manos.

—Sí, mi señor cura, es del bueno, francamente; porque me lo manda doña Rufa antes de *bautizarlo.*

—¿Así que nos lo brinda usted *morito*?

—*¡Morito!* —repitieron riendo todos los circunstantes; y en tales momentos se presentó un *pongo* con una botella verde surtida de aguardiente, y una copita de cristal rayado.

El menaje de la sala, típico del lugar, estaba compuesto de dos escaños -sofá forrados en hule negro, claveteados con tachuelas amarillas de cabeza redonda; algunas silletas de madera de Paucartambo[4] con pinturas en el espaldar, figurando ramos de flores y racimos de fruta; al centro, una mesa redonda con su tapete largo y *felpado* de *castilla* verde claro, y sobre ella, bizarreando con aires de civilización, una salvilla de hoja de lata con tintero, pluma y arenillador de peltre.

Las paredes empapeladas con diversos periódicos ilustrados, ofrecían un raro conjunto de personajes, animales y paisajes de campiñas europeas.

---

[4] Paucartambo: distrito de la provincia de Cuzco llamado así por el río Paucartambo que riega espesos bosques.

Allí estaban empapelados Espartero y el Rey Humberto, junto a la garza que escuchó los sermones de San Francisco de Asís; más allá Pío IX y la campiña de Suiza, donde departen sus regocijos campestres, la alegre labradora y la vaca que lleva un cascabel en el pescuezo.

El suelo cubierto completamente con las esteras tejidas en *Ccapana* y *Capachica*[5], ofrecía una vista simpática en el color de la paja en su mejor estado de conservación.

La reunión constaba de ocho personas.

El cura y el gobernador; Estéfano Benites, un mozalbete vivo y de buena letra que, aprovechando de las horas de escuela algo más que los condiscípulos, es ya figura importante en este juego de villorrio; y cinco individuos más, pertenecientes a familias distinguidas del lugar, todos hombres de *estado* por haber contraído matrimonio desde los diecinueve años, edad en que se casan en estos pueblos.

Estéfano cuenta veintidós años debajo del sol; es alto y su flacura singular, unida a la palidez de la cera que muestra su semblante, cosa rara en el clima donde ha nacido, recuerda la tisis que consume el organismo en los valles tropicales.

Estéfano tomó la botella dejada por el *pongo* en la mesa de centro, y sirvió a cada uno su respectiva copita de aguardiente, que los concurrentes fueron tomando por turno.

Cúpoles la ración de dos copas por estómago; a la segunda quedó abierto el *apetito del copeo* y las botellas fueron llegando una tras otra a pedimento de don Sebastián.

El cura y el gobernador, que se sentaron juntos en el sofá de la derecha, hablaban en secreto no sin la respectiva muletilla de Pancorbo, que se dejaba oír a menudo, mientras los otros razonaban también en grupo. Pero, como la confianza reside en el fondo de la botella, ésta no tardó en saltar a la lengua, mojada por el *puro de Majes,* y aquí fue la de hablar claro de pe a pa.

—No debemos consentir por nada, francamente, mi señor cura; y si no ¡que digan estos caballeros! —dijo don Sebastián levantando la voz y golpeando la mesa con el asiento de la copa que acababa de vaciar.

—¡Chist! —repuso el cura sacando un pañuelo de *madrás* a grandes cuadros negros y blancos, y sonándose las narices más por disimulo que por necesidad.

—¿De qué se trata señores? —preguntó Estéfano, y todos volvieron con ademán hacia el párroco.

El cura Pascual tomó entonces cierto aire de gravedad y repuso:

---

[5] Capachica y Ccapana (hoy Canana) ciudades entonces productoras de textilería indígena.

—Se trata... de que la señora Lucía nos ha llamado para abogar por unos indios taimados, tramposos, que no quieren pagar lo que deben; y para esto ha empleado palabras que, francamente, como dice don Sebastián, entendidas por los indios *nos* destruyen de hecho *nuestras* costumbres de *reparto, mitas, pongos* y demás...

—¡No consentiremos! ¡qué *caray!* —gritaron Estéfano y todos los oyentes, y don Sebastián agregó con refinada malicia:

—Y hasta ha propuesto el entierro gratuito para los pobres, y así, francamente, ¿cómo se queda sin *cumquibus* nuestro párroco?

La declaración no tuvo en el auditorio el efecto que produjo la perorata del cura Pasual; lo que es fácil de explicarse atendiendo a que en el fondo había conveniencias de un *yo* fatal y ejecutivo. Sin embargo, habló Estéfano en nombre de todos, concretándose a decir:

—¡Vaya con las pretensiones de esos foráneos!

—De una *vez* por todas debemos poner remedio a esas malas enseñanzas; es preciso botar de aquí a todo forastero que venga sin deseos de apoyar nuestras costumbres; porque nosotros, francamente, somos hijos del pueblo; —dijo don Sebastián alzando la voz con altanería y llegándose a la mesa para servir una copa al párroco.

—Sí señor, nosotros estamos en nuestro pueblo.

—Cabales

—Como nacidos en el terruño

—Dueños del suelo

—Peruanos legítimos.

Fueron diciendo los demás, pero a nadie se le ocurrió preguntar si los esposos Marín eran peruanos por haber nacido en la capital.

—Cuidadito no más, cuidadito, no hacerse sentir y... trabajar; —agregó el cura marcando la doctrina hipócrita que engaña al hermano y desorienta al padre.

Y aquella tarde se pactó en la sala de la autoridad civil, en presencia de la autoridad eclesiástica, el odio que iba a envolver al honrado de don Fernando en la ola de sangre que produjo una demanda amistosa y caritativa de su mujer.

IX

Luego que Marcela estuvo cerca de Lucía, ésta no pudo contener la pregunta sorpresiva de

—¿Esta es tu hija?

—Sí *niñay,* —respondió la india, —tiene catorce años y se llama Margarita y va a ser tu ahijada.

La respuesta iba acompañada de satisfacción tal, que cualquiera la habría interpretado así: esa mujer se baña en el aroma de *santo orgullo* en que se sumergen las madres cuando comprenden que sus hijas son admiradas.

Santa vanidad maternal que orna la frente de la mujer, sea en la ciudad alumbrada por focos eléctricos, sea en la aldea iluminada por la melancólica viajera de la noche.

—Bien Marcela, has acertado en venir con esta linda niña. A mí me gustan mucho las criaturas. Son tan inocentes, tan puras —agregó la señora de Marín.

—*Niñay,* es que tu alma florece para el cielo; —respondió la mujer de Yupanqui cada momento más encantada por haber encontrado el amparo de un ángel de bondad.

—¿Has hablado con Juan? ¿cuánta plata necesitan ustedes para pagar todo y vivir en paz? —preguntó con interés Lucía.

—¡Ay *señoracha*! ni a contarla acierto; sin duda será mucha, mucha plata, porque el cobrador, si accede a que se le devuelva en plata su reparto, pedirá por cada quintal de lana sesenta pesos, y en dos son... —y comenzó a contar en los dedos, pero Lucía aligerándole la operación aritmética le dijo:

—Dí ciento veinte.

—Pues así, *señoracha*. ¡Ciento veinte! ¡ah, cuánta plata!...

—Y ¿cuánto me dijiste que adelantaron?

—Diez pesos, *niñay*.

—¿Y por diez cobran ahora ciento veinte? ¡Inhumanos!...

Decía esto cuando llegó el marido de Marcela confundido y sudoroso.

Entró sin etiqueta ninguna, y se fue a arrojar a los pies de Lucía. Marcela al verlo se levantó azorada del asiento que poco ha tomó, y Lucía sin darse cuenta dijo:

—¿Qué te pasa? ¿qué es lo que ha sucedido? ¡habla!

Y el pobre indio entre sollozos y fatiga, apenas pudo dejarse comprender estas palabras:

—¡Mi hija, *niñay!*... ¡el cobrador!...

Marcela entonces fuera de sí prorrumpió en gritos casi salvajes y se abalanzó a los pies de Lucía, diciéndole:

—¡Misericordia, *niñay!* el cobrador se ha llevado a mi hija, la menorcita, por no haber encontrado la lana, ¡ay! ¡ay!

—¡Temerarios! —exclamó Lucía sin poder comprender el grado de inhumanidad de aquellos comerciantes esbirros de la usura, y dando la mano a esos desventurados padres quiso aún calmarlos diciéndoles con voz cariñosa:

—Pero si sólo han sacado a la chica ¿por qué se desesperan así? luego la devolverán. Ustedes les llevarán la plata y todo quedará en paz, y alabaremos a Dios por consentir el mal para mejor apreciar el bien. ¡Cálmense!...

—No, *señoracha,* no —repuso el indio algo repuesto de su confusión; —pues si vamos tarde ya no volveremos a ver más a mi hija. ¡Aquí las venden a los *majeños* y se las llevan a Arequipa!...

—¡¡Es posible, gran Dios!! —exclamaba Lucía empalmando las manos al cielo, cuando apareció en la puerta la simpática figura de don Fernando, alcanzando a escuchar las palabras de su esposa, y quedándose un tanto irresoluto para proseguir sus pasos al ver los semblantes de los indios que rodeaban a Lucía, quien, al verle, fue a arrojarse en sus brazos diciéndole:

—¡Fernando, Fernando mío! ¡Nosotros no podemos vivir aquí! Y si tú insistes, viviremos librando la sangrienta batalla de los buenos contra los malos. ¡Ah! ¡salvémoslos! Mira a estos desventurados padres. ¡Para socorrer a éstos te pedí los doscientos soles, pero aún antes de haber hecho uso de ellos les han arrebatado su hija menor y se la llevan a la *venta!* ¡Ah! ¡Fernando! ayúdame porque tú crees en Dios, y Dios nos ordena la caridad antes que todo.

—¡Señor!

—¡Wiracocha!

Dijeron a una voz Juan y Marcela estrujando sus dedos mientras Margarita lloraba en silencio.

—¿Sabes dónde ha ido el cobrador llevando a tu hija? —preguntó don Fernando dirigiéndose a Juan, y disimulando las emociones que se traslucían en su semblante, pues él no ignoraba los medios que empleaban aquellas gentes notables como uso corriente.

—¡Sí señor! donde el gobernador han ido —contestó Juan.

—Pues, vamos, sígueme —ordenó don Fernando con manifiesta resolución, y salió seguido de Juan.

Marcela iba a precipitarse también tras ellos con Margarita, pero Lucía la detuvo tomándola de la mano y la dijo:

—Madre desventurada, tú no vayas; ofrece tu dolor al Autor de la resignación. Tus asuntos se han de arreglar hoy; te lo ofrezco por la memoria de mi madre bendita. Siéntate. ¿Cuánto debes al señor cura?

—Por el entierro de mi suegra, cuarenta pesos, *niñay.*

—¿Y por esto te embargó la cosecha de papas?

—No, *niñay,* por los réditos.

—¿Por los réditos? así que ustedes habrían quedado eternamente deudores? —preguntó con gesto significativo la señora de Marín.

—Así es, *niñay,* pero la muerte también le puede jugar *chaco* al *tata* cura, pues ya hemos visto morir muchos curas que duermen en el *campo santo* sin cobrar sus deudas —repuso Marcela recobrando gradualmente su apacible actitud.

La sencilla filosofía de la india que llevaba tintes de un desquite, hizo sonreír a Lucía, quien llamó a un sirviente y le entregó la orden escrita que tenía, mandándole traer el dinero en el momento.

Entre tanto, ofreció a Marcela una copita de Ginebra como reparador de sus fuerzas abatidas; tomó una rebanada de pan que estaba sobre un canastillo de alambre, y le presentó a Margarita diciéndole:

—¿Te gustan las golosinas? éste es un pan de dulce con canela y ajonjolí; es muy rico.

La niña tomó el regalo con ademán melancólico y agradecido, y todos se pusieron a esperar la vuelta de alguno de los seres que aguardaban.

El sirviente fue el primero que volvió con el dinero, y tomando Lucía cuarenta soles fuertes los entregó a la india diciéndole:

—Toma, pues, Marcela, estos cuarenta soles, que son cincuenta pesos. Anda, paga la deuda al señor cura; no le hables de nada de lo que sucede con el cobrador; y si te pregunta de dónde tienes esta plata, respóndele que un cristiano te la ha dado en nombre de Dios, y nada más. No te detengas y procura volver pronto.

Eran tales las emociones de la pobre Marcela, que le temblaban las manos de modo que apenas pudo contar el dinero, dejando caer las monedas a cada momento, en una, tres, y cuatro piezas.

X

Ataquemos las costumbres viciosas de un pueblo sin haber puesto antes el cimiento de la instrucción basada en la creencia de un Ser Superior, y veremos alzarse una muralla impenetrable de egoísta resistencia, y contemplaremos convertidos en lobos rabiosos a los corderos apacibles de la víspera.

Digamos a los *canibus* y *huachipairis* que no coman las carnes de sus prisioneros, sin haberles dado antes las nociones de la humanidad, el amor fraternal y la dignidad que el hombre respeta en los derechos de otro hombre, y pronto seremos también reducidos a pasto de aquellos antropófagos, diseminados en tribus en las incultas montañas del Ucayali y el Madre de Dios.

Juzgamos que sólo es variante de aquel salvajismo lo que ocurre en Kíllac, como en todos los pequeños pueblos del interior del Perú, donde la carencia de escuelas, la falta de buena fe en los párrocos, y la deprava-

ción manifiesta de los pocos que comercian con la ignorancia y la consiguiente simisión de las masas, alejan, cada día más, a aquellos pueblos de la verdadera civilización que, cimentada, agregaría al país secciones importantes con elementos tendentes a su mayor engrandecimiento.

Don Fernando se presentó en compañía de Juan en casa del gobernador, quien se encontraba rodeado de gente, despachando asuntos que él llamaba de *alta importancia,* gente que fue desfilando sin etiqueta hasta dejar solos a Pancorbo y el señor Marín.

Casi a la entrada de la casa estaba en cuclillas una chiquilla de cuatro años de edad, que al ver a Juan se abalanzó a él como perseguida por una jauría de mastines.

Don Fernando penetró serio y pensativo.

Vestía un terno gris de tela tejida en las fábricas de casimir de *Lucre,* confeccionado con todo el arte del caso por el más afamado sastre de Arequipa.

La persona de don Fernando Marín era distinguida en los centros sociales de la capital peruana, y su fisonomía revelaba al hombre justo, ilustrado en vasta escala, y tan prudente como sagaz. Más alto que bajo, de facciones compartidas y color blanco, usaba patilla cerrada y esmeradamente criada al continuo roce del peine y los aceitillos de Oriza[6]. Ojos verde claro, nariz perfilada, frente despejada y cabellos *taíño* ligeramente rizados y peinados con cuidado.

Cuando penetró al salón-despacho del gobernador, se descubrió con política, tomando en la mano izquierda su sombrero de paño negro, y alargándole la diestra a Pancorbo, dijo:

—Excúseme don Sebastián si interrumpo sus labores, pero el cumplimiento de un deber de humanidad me trae a solicitar de usted que le sea devuelta a este hombre la hijita que le han tomado sin duda en rehenes por una deuda, y que sea castigado el autor de ese delito.

—Tome usted asiento, mi don Fernando, y hablemos despacio: estos indios, francamente, no deben oír esas cosas —respondió don Sebastián variando de lugar, y sentándose casi junto a don Fernando, continuó en voz bien baja:

—Verdad que le han traído la hijita, ahí está pues, pero eso, francamente, es sólo un *ardí* para obligarlo que pague unos dos quintales de *alpacho* que debe desde ahora un año.

—Pues a mí me ha asegurado, señor gobernador, que esa deuda dimana de unos diez pesos que, *forzosamente* le dejaron en su choza el año pasado, y que ahora le obligan a pagar dos quintales de lana,

---

[6] Aceitillos de Oriza. Aceite fino y perfumado. Se usaba para alisar y dar brillo al cabello.

cuyo valor aproximado es de ciento veinte pesos —replicó don Fernando con seriedad.

—¿No sabe usted que esa es costumbre y comercio lícito? Francamente, yo aconsejo a usted no apoyar a estos indios; —arguyó Pancorbo.

—Pero don Sebastián...

—Y por último, para aclarar todo, francamente, mi don Fernando, ese dinero es de don Claudio Paz.

El señor don Claudio es mi amigo; yo hablaré con él...

—Esa es otra cosa; así que, francamente, por el momento hemos terminado —dijo don Sebastián levantándose de su asiento.

—No creo, señor Pancorbo, porque deseo que usted haga devolver la hija al padre. Si usted acepta mi garantía por el dinero...

—Corriente, mi don Fernando; allá que se la lleve Juan a la muchachita, y usted firmará una garantía —respondió don Sebastián acercándose a la mesa de donde tomó un pliego de papel, que colocó en situación de escribir, e invitando a don Fernando, agregó —Estas cosas no son desconfianza, mi amigo; pero, francamente, son necesarias, pues reza el refrán que cuenta y razón conservan la *amistá.*

Don Fernando acercó una silleta a la mesa, escribió algunos renglones y después de rubricarlos pasó el pliego a don Sebastián. Este se dio un golpecito en el bolsillo cartera del chaqué y dijo:

—¿Mis anteojos?...

Los anteojos estaban colocados al borde de la salvilla de peltre; los vio don Sebastián y calándoselos repasó la escritura; después dobló el papel, lo guardó en el bolsillo, y dirigiéndose a don Fernando le dijo:

—Muy bien, francamente, estamos arreglados señor Marín; mis respetos a mi señora Lucía.

—Gracias, adiós —repuso don Fernando con amabilidad, alargando la mano que estrechó el gobernador, y salió sacudiendo el polvo de aquella factoría de abusos. Con él salió Juan llevando en sus brazos a la pequeña Rosalía.

Apenas dejó don Fernando la sala del gobernador, entró la mujer de éste, y tomándole el brazo con cierta dureza le dijo:

—¡Si no puedo ya contigo Sebastián! Tú me vas a hacer tan desgraciada como a la mujer de Pilatos, condenando tanto justo y poniendo tus garabatos en tanto papel que más provecho te dejara no leerlo siquiera.

—¡Mujer! —dijo con aspereza por toda respuesta don Sebastián; pero su esposa continuó:

—Estoy al cabo de todo lo que ustedes fraguan contra este pobre don Fernando y su familia, y te pido que te apartes. ¡Apártate, por Dios, Sebastián! Acuérdate de... nuestro hijo, se avergonzaría mañana.

—Quítate, mujer, tú siempre estás con estas cantaletas. Francamente, las mujeres no deben mezclarse nunca en cosas de hombres, sino estar con la aguja, las calcetas y los *tamalitos,* ¿eh? —contestó enfadado Pancorbo; pero doña Petronila insistió en la réplica.

—Sí, eso dicen todos los que para acallar la voz del corazón y del buen consejo, echan a un diantre nuestras sanas prevenciones. ¡Acuérdate *Chapaco!* —agregó con intención, golpeando la mesa con la palma de la mano; y salió haciendo una mueca desdeñosa.

Don Sebastián lanzó un ¡uff! parecido a un bufido, y se puso a torcer tranquilamente un cigarro.

XI

Doña Petronila Hinojosa, casada según el ritual romano con don Sebastián Pancorbo, tocaba en los umbrales de los cuarenta años, edad en que había adquirido la propiedad de un cuerpo robusto y bien compartido, grueso sin llegar a los límites de la obesidad.

Su fisonomía revelaba, al primer examen, un alma bonachona que, en el curso de la vida y en un centro mejor que aquel en que le cupo la suerte de nacer, podía despuntar de noble y en aspiraciones elevadas.

Su vestido es de lo más distinguido que se gasta en Kíllac y sus comarcas.

Lleva los dedos cuajados de sortijas de poco valor; de sus orejas penden enormes *chupetes* de oro con círculo de diamantes finos; su pollerón de merino café claro luce cinco filas de volantitos menudamente encarrujados; y su mantón de cachemira a grandes cuadros grana y negro, con fleco largo rizado, va sujeto a la derecha con un prendedor de plata en forma de águila.

Con este conjunto doña Petronila es el tipo de la serrana de provincia con su corazón tan bueno como generoso, pues que obsequia a todo el mundo, y derrama lágrimas por todo el que se muere, conózcalo o no. Tipo desconocido en las costas peruanas, donde la elegancia en el vestir y el refinamiento de las costumbres, no permiten dar una idea cabal de esta clase de mujeres, que poseen corazón de oro y alma de ángel dentro de un busto de barro mal modelado.

Doña Petronila, con educación esmerada, habría sido una notabilidad social, pues era una joya valiosa perdida en los peñascales de Kíllac.

Si la mujer, por regla general, es un diamante en bruto, y al hombre y a la educación les toca convertirlo en brillante dándole los quilates a satisfacción, también a la naturaleza le está confiada mucha parte de la explotación de los mejores sentimientos de la mujer cuando llega a

ser madre. Doña Petronila lo era de un joven que revelaba inteligencia notable, y que debía ser el heredero de las virtudes de su madre, pues, sea por gracia de predestinación, sea por haber ganado la batalla su ángel bueno en la lucha con el mal, se libró de ser contaminado en la corriente de depravación opresiva que existe en los *pueblos chicos,* llamados con fundada razón y justicia, *infiernos grandes.*

XII

Marcela, que se encaminó a la casa del párroco seguida de su graciosa Margarita, llevando los cuarenta soles de plata, halló al cura Pascual sentado junto a la puerta de su pequeño gabinete, cerca de una mesa de pino tosca y añosa, cubierta con un paño que dejaba sospechar haber sido azul en sus tiempos de estreno. Tenía en la mano izquierda el breviario con el dedo índice metido a la mitad del volumen entre foja y foja, y recitaba, aunque maquinalmente, el rezo del día.

Marcela llegó con paso tímido, y dio el saludo así:

—*Ave María Purísima* tata curay —y se inclinó a besar la mano del sacerdote, enseñando a Margarita que hiciese otro tanto.

El cura, fijándose en la muchacha y sin apartar la vista repuso:

—*Sin pecado concebida* —y luego agregó —¿de dónde me has sacado, bribona, esta chica tan guapa y tan rolliza?

—Es, pues, mi hija tata curay —respondió Marcela.

—¿Y cómo no la conozco yo? —preguntó el cura Pascual *agarrando* con los tres primeros dedos de la mano derecha el carrillo izquierdo de la muchacha.

—Es que vengo poco a esta *estancia* por no haber cumplido con nuestra deuda, y por esto no la reconoces tata curay a la *huahua.*

—¿Y cuántos años tiene?

—Yo... he contado como catorce años desde su óleo, señor.

—Ah, entonces, no le eché yo el agua, porque apenas ha seis años que vine; ¡y bien! este año ya la pondrás al servicio de la iglesia, ¿no? ya puede entrar a lavar los platos y los calcetines.

—¡Curay!...

—Y tú roñona, ¿cuándo haces la *mita?* ¿no te toca ya el turno? —preguntó el cura clavando los ojos en Marcela, y palmeándole las espaldas con ademán confianzudo.

—Sí curay —respondió temblorosa la mujer.

—¿O has venido ya a quedarte? —insistió el cura Pascual.

—Todavía no, señor; ahora vengo a pagar los cuarenta pesos del entierro de mi suegra, para que quede libre la cosechita de papas...

—Hola, hola, con que plata tenemos, ¿eh? ¿quién durmió anoche en tu casa?

—Nadie, tata curay.

—¿Nadie, eh? alguna roña le has hecho a tu marido, y yo te enseñaré a entrar en esas picardías con bandoleros dando mal ejemplo a esta chiquilla...

—No hables así, tata curay —suplicó la mujer bajando los ojos ruborizada, y poniendo al mismo instante los cuarenta soles sobre la mesa. El cura al ver la plata distrajo su primera intención, soltó el breviario que había colocado distraído debajo del brazo, y se puso a recontar y examinar la ley de las monedas.

Luego que se hubo persuadido de la cantidad y calidad de la plata, abrió un enorme escaparate de madera con chapa de cerrojo corredizo, donde guardó el dinero, y volviéndose en seguida a Marcela, le dijo:

—Bien; son los cuarenta soles, y ahora, háblame hija ¿quién te ha dado esta plata? ¿quién ha ido anoche a tu casa?

—No hables así, tata curay, el juicio temerario cuando sale de los labios oprime el pecho como piedra.

—India *bachillera,* ¿quién te ha enseñado esas gramáticas?... háblame claro.

—Nadie, tata curay, mi alma está limpia.

—Y ¿de dónde has sacado esa plata? a mí no me engañas; yo quiero saberlo.

—Un cristiano, tata curay —respondió Marcela bajando los ojos y tosiendo con ficción.

—¡Cristiano! ¿No ves? Gato encerrado tenemos; habla... porque yo... quiero devolverte esa plata.

—La señora Lucía me ha prestado, y dáme el vuelto para retirarme —dijo la madre de Margarita, tímida por quebrantar con aquella revelación el primer mandato de su benefactora. Y el cura Pascual al oír el nombre de la esposa de Marín dijo, como picado por la víbora del despecho:

—¿Vuelto?... ¡qué vuelto! otro día te lo daré —y mordiéndose los labios con pasión reprimida, murmuró —¡Lucía! ¡Lucía!

El cura volvió a tomar su asiento preocupado y sin parar ya mientes en la despedida sumisa de Marcela, y Margarita, a quienes vio alejarse mascullando frases entrecortadas. Acaso tomaba de nuevo el hilo de sus rezos interrumpidos por la esposa de Juan Yupanqui.

XIII

La entrada de don Fernando a su casa fue un motivo de regocijo. Volvía triunfante con Juan y Rosalía; iba a recibir todas las manifestaciones de gratitud de su esposa; iba a saborear la satisfacción del bien

practicado, a aspirar el aroma edénico que perfuma las horas siguientes a esas en que se consuela una desgracia o se enjuga una lágrima.

Lucía lloraba de placer.

Su llanto era la lluvia bienhechora que da paz y dicha a los corazones nobles.

Juan se arrodilló ante la señora Marín, y mandó a Rosalía besar las manos de sus salvadores.

Don Fernando contempló por segundos el cuadro que tenía delante, con el corazón enternecido, y dirigiéndose al sofá se echó de costado apoyando la espalda con firmeza y diciendo a su esposa:

—Pocas veces me engaño, hija; creo que don Sebastián ha quedado profundamente herido en su amor propio por mi intervención a favor de éstos.

—No lo dudes, Fernando; yo lo creo a pie juntillas, pero también ¿qué puede hacer en represalia? —contestó Lucía acercándose a su esposo, pasándole la mano, y acariciándole la cabellera.

—Mucho, ángel mío, mucho; estoy verdaderamente pesaroso de haber invertido capitales en esta sociedad minera, en la inteligencia de que sería cuestión de un año a lo sumo.

—Sí, Fernando mío; pero acuérdate de que estamos al lado de los buenos —respondió Lucía con sencillez.

—Ya encontraré forma de arreglar todo —decía el señor Marín, cuando se presentaron Marcela y Margarita llevando la alegría por divisa, y ambas se entregaron a vivos trasportes de afecto ya con Juan, ya con Rosalía, a quien creían vendida y exportada.

—Señor, señora, Dios les pague —decía Margarita dirigiéndose al esposo y la esposa.

—*¡Juanuco! ¡Rosaco!* ¡ay! ¡ay! ¿dónde te hubiesen llevado, hija mía, sin la caridad de esta señora y este Wiracocha? —decía la madre con acento de ternura, tomando en brazos a su hija y cubriéndola de besos. Lucía deseosa de saber el resultado de su comisión preguntó a Marcela:

—¿Cómo te fue? ¡y qué contentas vienen ustedes!

Marcela dejó a un lado a Rosalía y poniéndose en actitud respetuosa, contestó:

—*¡Señoracha,* el tata cura, tiene su alma vendida a *Rochino!*

—Y ¿quién es ese Rochino? —preguntó interesada Lucía e interrumpiendo a la mujer; pero Juan fue el que repuso sonriente:

—Rochino, *niñay,* es el brujo verde que dicen vive en la *quebrada de los suspiros,* con olor a azufre, y compra las almas para llevarlas a vender en mejor precio en el *Manchay-puito.*

—Jesús, ¡qué brujo! me da miedo —dijo Lucía riendo, y dirigiéndose a su esposo le preguntó:

—¿Sabes, Fernando, lo que es el *Manchay-puito?*

—Infierno aterrador —respondió don Fernando cuya curiosidad también fue picada por el comienzo que Marcela daba a su relato, y a su vez dijo:

—Bien, y ¿por qué dices que el cura ha vendido su alma a Rochino?

—¡Ay *wiracocha*! cuando le dije que iba a pagarle me empezó a examinar que quién había dormido anoche en mi casa, que era un bandolero con quien hice roña a Juan...

—¿Eso te dijo el cura? —interrumpió Lucía espantada.

—Sí, *niñay,* y dijo otras cosas para hacerme declarar.

—¿Y qué?

—Tuve que declararle.

—¿Qué cosa declaraste? —preguntó Juan interesado en grado que hizo reír a don Fernando y Lucía.

—La verdad, claro.

—¿Y qué verdad fue esa?, habla —insistió Yupanqui.

—Que la señora Lucía nos ha prestado la plata.

—¿Le has dicho? —preguntó la señora Marín con enojo alzando del suelo un pañuelo que dejó caer.

—Sí, *niñay;* perdóname mi desobediencia, pero, de otro modo no me deja salir de su casa el tata cura —respondió Marcela con ademán suplicante.

—Mal hecho, muy mal hecho —dijo Lucía contrariada y moviendo la cabeza.

—Esto es más claro que lo del gobernador, hija, porque si don Pascual se convino en transigir ¿qué te importa que sepa él ser tú la dueña del dinero? —aclaró don Fernando.

—Así es, señor, y hasta el vuelto dijo que otro día me lo daría; y quedó contento de la gracia de Margarita, a quien dice que pronto la he de poner al servicio de la iglesia —explicó Marcela con llaneza.

—¿A Margarita? ¡Jesús! —dijo Lucía sin disimular su contrariedad.

—Sí, *niñay* —repuso Marcela tomando a Margarita de la mano y presentándola a don Fernando y su esposa.

Don Fernando detuvo la mirada con insistencia escudriñadora sobre el rostro y el porte de la niña, y dijo a su esposa:

—¿Has reparado la belleza tan particular de esta criatura?

—¿Y que no, Fernando? Desde que la vi estoy profundamente interesada por ella

—Esta niña debe educarse con esmero —dijo don Fernando tomando con cariño la mano de Margarita, que silenciosa como un clavel, mostraba su belleza y esparcía el aroma de sus encantos.

—Va a ser nuestra ahijada, Fernando; me ha hablado para esto Marcela ¿no? —dijo Lucía dirigiendo su final a la madre de Margarita.

—Sí, *niñay.*

—Sí.

Respondieron a una voz Juan y Marcela.

—Hablaremos de ello mañana; por hoy, váyanse a descansar tranquilos —agregó don Fernando, levantándose y dando dos suaves palmaditas en los carrillos a Margarita y Rosalía simultáneamente; y toda la familia Yupanqui salió renovando su gratitud con esas sublimes frases.

—¡Dios les pague!

—¡Dios les bendiga!

—Adiós; vengan cuando gusten —les dijo Lucía con ademán amistoso.

Tras de los esposos Yupanqui y sus hijas, cerró don Fernando la mampara y preguntó a Lucía:

—¿Cuántos años tendrá Margarita?

—Su madre dice que tiene catorce, pero su talla, su belleza, el fuego de sus ojos negros, todo revela en ella los tintes que la mujer adquiere entrada ya en los linderos de la pubertad.

—No es extraño, hija; este clima es exuberante. Pero ahora debemos pensar en otra cosa. Acuérdate que debemos varias visitas a doña Petronila, y deseo que vayamos esta noche. Así quedará ella desimpresionada de lo que pueda haberle contado don Sebastián.

—Como gustes, Fernando; doña Petronila es una excelente señora. En eso del dinero, te suplico que arregles con el gobernador pagándole. Estos se enconan cuando se les escapa un duro de entre las manos.

—Bien los conoces, hija.

—¿No ves como quedó en paz el cura? Ahí tengo el resto de los doscientos soles que te pedí.

—¡Ocurrencia la tuya! descuida, hija; eso lo tomaré yo a cargo, y no habrá molestia alguna por la falta de entrega.

—¡Fernando, cuán bueno eres! Así se lo voy a decir a doña Petronila, si se ofrece. Y a propósito, me dicen que su hijo está próximo a llegar.

—Lo siento, porque un joven acá se malogra.

—Voy pues a cambiarme la bata —dijo Lucía dirigiéndose al interior —no te haré esperar siglos.

XIV

Tan luego como Marcela salió de la casa parroquial y el cura acabó sus rezos, llamó al *pongo* y le dijo:

—*Pégate* una carrerita donde don Sebastián, y dile que precisa mucho que me vea, en el momento; que venga con los amigos.

—Sí, tata curay.

—Y después te pasas donde don Estéfano, y le dices que venga; y después, pones la calentadora al fogón, y la chocolatera al rescoldo y dices a Manuela y Bernarda que aticen.

—Sí, tata curay —repuso el *pongo,* y salió con paso de postillón conductor de valija.

Don Sebastián estaba, casualmente, saliendo de su casa embozado en su eterna capa, cuando se le acercó el enviado del párroco y después de escuchar atento el recado del cura Pascual, dijo al *pongo:*

—Regrésate de aquí no más; yo diré a los amigos —y dirigió sus pasos hacia la casa de Estéfano.

No obstante, el *pongo* para cumplir exactamente con las órdenes de su patrón, llegó también donde Estéfano, y con su andar ligero se puso, otra vez, en dos trancos, en la casa parroquial, yéndose en derechura a la cocina donde cumpliría la segunda parte del mandato.

Cuando Pancorbo entró en casa de Estéfano Benites, éste se encontraba en una *sala-tenducho,* sentado alrededor de una pequeña mesa cubierta con un poncho de vicuña, jugando a *la brisca* en compañía de los mismos sujetos que conocimos trincando el *morito* en casa del gobernador.

Luego que Estéfano oyó el recado del cura Pascual, tiró las barajas sobre la mesa, y dijo:

—Vamos, compadres, la iglesia nos llama.

—Y yo que tenía la *cala* segura —murmuró uno, llamado Escobedo, rascándose la cabeza con la mano izquierda, y acariciando las cartas que tenía abiertas en la diestra.

—¿Cúyo era el dos? —preguntaron varios levantándose simultáneamente, y disponiéndose a marchar.

—Si el dos estaba todavía en la *baza* —contestó Estéfano arreglándose el sombrero que tenía echado hacia la nuca; y todos salieron en grupo, apareciendo don Sebastián que entraba al mismo tiempo, quien saludó diciendo:

—Cuando se mienta al ruin de Roma...

—Luego soma —concluyeron todos a una voz, y don Sebastián riendo con jovialidad contestó:

—*Ajá,* y me place encontrar a todos ustedes reunidos, francamente, nuestro cura nos necesita.

—Vamos, pues, compadritos, que tal vez falte ayudante para un *Dominus vobiscum* —agregó con ademán picaresco Benites; y todos riendo de la ocurrencia, continuaron el camino.

La influencia ejercida por los curas es tal en estos lugares, que su palabra toca los límites del mandato sagrado; y es tanta la docilidad de carácter del indio, que no obstante de que en el fondo de las cabañas, en la intimidad, se critica ciertos actos de los párrocos con palabras veladas, el poder de la superstición conservada por éstos avasalla todo razonamiento y hace de su voz la ley de los feligreses.

La casa de Estéfano Benites dista sólo tres cuadras de la parroquial; así que el cura no tuvo mucho que aguardar y al oír el tropel salió a la puerta de la vivienda a recibir a sus visitas.

—Santas tardes *caballerazos;* así me gusta la gente, cumplida —dijo el cura alargando la mano a unos y otros.

—Para servir a usted, mi señor cura —contestaron todos en coro sacándose los sombreros.

—Tomen ustedes asiento... Por acá mi don Sebastián... don Estéfano, acomódense, caballeritos —dijo el cura Pascual señalando éste y aquel asiento, y haciendo lujo de amabilidad.

—Gracias, así estamos bien.

—Mi cura, francamente, es usted muy amable.

—Pues, señores, las cosas se desgalgan, y he tenido que molestar a ustedes —continuó el cura dando una vuelta como quien busca algo.

—No es molestia ninguna señor cura —repusieron todos con esa manera de hablar en coro que se usa entre la gente de provincia.

—Sí, señores; pero no hemos de hablar a secas —dijo don Pascual sacando una sarta de llaves del bolsillo derecho de la cuasi-sotana, abriendo el escaparate donde estaban también los cuarenta soles de Marcela; y sacando un par de botellas con unas copitas, y poniéndolas sobre la mesa, agregó:

Este es un licorcito con *escorzonera* y anís; no nos hará daño para el flato.

—Es usted muy amable, mi cura, pero, francamente, usted se molesta; que sirvan estos jóvenes —dijo don Sebastián— y poniéndose en pie Estéfano, corrió a recibir del cura la botella con que principiaba a servir, diciendo:

—Déme usted, señor, yo haré esto.

—Corriente —repuso el cura alargando la botella, y se fue a sentar en su sillón de vaqueta, al lado de don Sebastián.

—A la salud de ustedes.

—A la suya, señor cura.

Fueron las frases cruzadas, y se apuró la primera copa.

Don Sebastián haciendo el gesto respectivo y escupiendo el rezago dijo:

—Qué *traguito* tan confortable, francamente, que es... ¡buenazo!

—Buen gusto le da la *escorzonera.*

—Yo sólo siento el anís.

—Estarás con catarro, ¡bah!

Tales fueron las palabras que simultáneamente se dejaron oír, y alcanzando su copa vacía don Pascual, dijo:

—Pues, hijos, se me ha humillado como a un cualquiera, haciéndome botar a las barbas los reales que me debía el tal indio Yupanqui, de que ustedes ya tienen noticia por lo que hablamos la otra tarde.

—¿Cómo?

—¿Qué?

—Ya es insoportable esto, mi cura, francamente; esto mismo ha pasado hoy conmigo —repuso don Sebastián; y Estéfano, siempre listo, dijo:

—Es un ataque directo a nuestro cura y a nuestro gobernador, pero...

—¡No lo consentiremos! —repusieron todos a una.

—Debemos castigarlos, francamente —dijo don Sebastián, y golpeando el suelo con el tacón de su bota, agregó:

—Y estando las cosas calientitas...

—Sí, hijos; lo demás es dejarse meter los dedos a *los ojos de la cara* y uno no está muerto —apoyo el cura.

—Resolvamos en el acto: ustedes digan qué podemos hacer —dijo Escobedo acercándose a servir una copa, sin dar explicación alguna de este comedimiento, pero diciendo en voz baja a Estéfano —¡Qué chambonazo! Dejaste la botella sin tapa.

—Yo dirigiré la campaña; ¡que *caray!* —gritó Estéfano ardiendo en entusiasmo.

—Si ustedes quieren, también yo, francamente, estoy listo —observó el gobernador.

—Procedamos por partes —aclaró el cura, recibiendo de Escobedo la copa que le brindaba, y desde aquel momento todos bebían de su cuenta y voluntad, obligando en breve a que se abriese de nuevo el escaparate para surtir las botellas.

El ánimo exaltado por el licor comenzó a producir discursos acalorados, y el cura Pascual llamando al *pongo* le dijo en secreto:

—¿Ya hirvió el agua?

—Sí, tata curay; también la señora ha venido.

—Bueno, díle que pase pues a la alcoba, que me aguarde, y tú trae todo listo.

El *pongo* ágil como bien ejercitado en esta clase de servicios, no tardó en colocar a la mesa las tazas y una tetera de loza blanca surtida de té en estado de reposo, quedando en la puerta las dos mujeres mitayas Manuela y Bernarda, de la servidumbre de la casa parroquial.

—Tomaremos una tacita de té, caballeros —dijo el cura Pascual.

—Tanta molestia —respondieron varios.

—A ver; yo me encargaré de esto —dijo Escobedo agarrando la tetera por el asa.

—Con bastante *tranquita raspada,* ¿eh? hace un friecito, francamente —observó don Sebastián, frotándose las manos y fingiendo cierta tosecita.

—Ahora que vamos a tratar a lo serio, hemos hecho muy mal de venir todos reunidos —hizo notar Estéfano.

—Ciertamente. Es preciso salir disimulando —opinó Escobedo.

—Conviene llamar al campanero para explicarle en falso la cosa —dijo el cura apurando dos tragos de té y colocando la taza sobre el platillo.

—Lo bueno es dar... francamente, golpe final y decisivo.

—Sin que nos salga el tiro errado como la vez que atacamos al francés.

—Entonces la culpa fue de la mala disposición.

—La cosa es atacar y tomarlos sin salida a don Fernando y doña Lucía y...

—¡¡Matarlos!!

—¡¡Bravo!!

El sonido de varias tazas soltadas sobre los platillos formó coro a la última voz de aquel diálogo criminal de donde salió la sentencia de muerte de don Fernando Marín y su esposa.

El cura dijo:

—Esa prevención al campanero es indispensable para que yo no aparezca, ¿eh?

—Sí, señor cura; le diremos que *se dice* que unos bandoleros piensan atacar la Iglesia, y que esté listo para tocar a rebato en el momento necesario —dijo Benites.

—Muy bien. Yo me encargo de la seña —repuso Escobedo dando un salto.

—Lo que conviene es esparcir la noticia en todo el pueblo, en varias formas: francamente, debemos tomar toda precaución para las averiguaciones posteriores —dijo Pancorbo; a lo que siguieron estas frases:

—Yo diré que piensan robar la casa cural.

—Yo que viene un batallón disperso.

—¡Tontos! yo digo que unos arequipeños se quieren llevar a nuestra Virgen Milagrosa.

—¡Magnífico! Pero, francamente, las gentes irán a la iglesia —observó Pancorbo.

—No, señor; eso es para reunirlas, y después se dice que los asaltadores se han refugiado donde don Fernando, y... ¡cataplum! —aclaró Estéfano Benites.

—Sí, está bien así: lo demás se desgalga porque el pueblo exaltado no razona —reflexionó el cura Pascual alargando una copa a Estéfano y otra a Escobedo.

—No olvidemos comprometer al Juez de Paz.

—Francamente eso, eso es de no descuidarse.

—El Juez de Paz tiene su *querencia* donde la *quiquijaneña,* yo iré por allá ahora, y lo engatuzo —ofreció Benites.

—Ahora, vamos —dijeron todos, y comenzaron a dar la mano al cura, que los despidió diciéndoles:

—Prudencia, pues, hijos —y salieron uno por uno tomando diferentes direcciones.

El cura se quedó hablando en secreto con el gobernador, no sin menudear el licorcito de su recomendación, y dijo:

—¡Ese muchacho Benites vale plata! audaz y prevenido.

—Cabales, mi cura; francamente, que eso del Juez de Paz se nos iba escapando.

—Sí, bien dicen que los jóvenes de este tiempo saben mucho.

—Y de seguro que lo halla ahora al tuno donde la *quiquijaneña;* francamente, ¡qué rabisalsera y buena mozota que es! Creo que usted también mi cura estaba rondando esos barrios, francamente —dijo con aire de chanzoneta don Sebastián, a lo que él repuso riendo:

—¡Qué mi gobernador! —y le dio una palmadita en el hombro.

—Adiós, pues, mi cura, es hora de retirarse, y francamente que la noche está friecita como *puna.*

—A ver un *gorrito* para la cabecera, usted se irá a roncar —dijo el cura Pascual sirviendo dos copas llenas y alcanzando una a Pancorbo.

—¡Qué a roncar! francamente, yo ni voy a mi casa; me quedaré por ahí, por donde la Rufa, para ver mejor cómo se portan los *muchachos.*

—Bueno, bueno mi don Sebastián; así que, hasta prontito —repuso el cura dándole un apretón de manos a su amigo.

Un cuarto de hora después, en todos los tenduchos donde se vendía licor se oía algazara, disputas, glosas de *marineras* con acompañamiento de guitarra y bandurria, y los jaleos del baile, como que corría abundante el zumo de la vid.

Y las víctimas signadas para el sacrificio con la paz en el alma y la felicidad en sus amantes corazones, se dirigían en aquellas mismas horas a casa de don Sebastián, de su oculto verdugo, en busca de la esposa de éste.

XV

El sol de la felicidad alumbraba la casa de doña Petronila con los más puros de sus rayos.

Doña Petronila era la madre venturosa porque había estrechado en sus brazos, después de larga ausencia, a su querido Manuel, al sueño de sus horas dormidas, al delirio de sus días tristes; al hijo de su corazón.

Manuel que salió niño de Kíllac, había vuelto convertido en todo un hombre de bien, no habiendo perdido un día en las labores escolares.

Manuel se encontraba sentado junto a su madre, teniendo las manos de ésta entre las suyas, contemplándola embelesado de satisfacción y departiendo las confidencias de familia.

Don Fernando y Lucía aparecieron en la puerta, y al verlos pusiéronse de pie doña Petronila y Manuel, quien fue presentado por su madre con ese lenguaje inventado por las buenas madres. Así, dijo:

—Señora Lucía, señor Marín; éste es pues Manuelito, mi niño, tan chiquito como se fue...

—Señora Petronila.

—Señor don Manuel —dijeron a su vez los esposos Marín.

—Señora, a los pies de usted... caballero —repuso Manuel. Y doña Petronila continuó con la llaneza de su alma:

—Ustedes no le conocen, pues, si recién viene después de siete años y ocho días. Tomen, pues, asiento —dijo señalando con ademán el sofá.

—Qué joven tan simpático es su hijo, doña Petronila —repuso Lucía.

—Permítame usted su sombrero, don Fernando —dijo Manuel recibiendo el sombrero que aquél tenía en la mano y colocándolo sobre la mesa. Todos quedaron sentados, próximos unos a otros, y la conversación comenzó expansiva y franca.

Manuel era un joven de veinte eneros, de estatura competente, es decir, ni alto ni bajo; de semblante dulce y voz cuyo timbre sonoro le atraía las simpatías de sus oyentes. Sus labios rojos y delgados estaban sombreados por un bigote muy negro y sus grandes ojos resaltaban por un círculo ojeroso que los rodeaba. Su palabra fácil y su porte amanerado completaban el conjunto de un joven interesante.

—¿Ha elegido usted profesión? —preguntó don Fernando dirigiéndose a Manuel.

—Sí, señor Marín, estudio segundo año de Derecho; pienso ser abogado, si la suerte me protege —respondió con modestia el hijo de doña Petronila.

—Le felicito amigo; el vasto campo de la Jurisprudencia ofrece encantos a la inteligencia —dijo don Fernando; a lo que Manuel repuso:

—Cualquiera de las otras profesiones también lo ofrece, señor, cuando se les consagra la voluntad y el cariño...

Iba a continuar Manuel, cuando se oyó la detonación de un arma de fuego que hizo brincar a las señoras, y sobresaltó a los hombres.

Lucía como herida por un rayo tomó el brazo de su esposo y le dijo:

—Vamos, vamos, Fernando.

—Sí, señorita, váyanse de ligero, y cierren bien las entradas de su domicilio —dijo confundida doña Petronila.

—¿Y qué puede ser? —preguntó Manuel sin dar mucha importancia.

—Es raro esto acá —repuso don Fernando; a lo que Lucía observó:

—¿Si serán ladrones?

—Vamos, sí —dijo don Fernando ofreciendo el brazo a Lucía; pero Manuel se interpuso en ese momento pidiéndole que le permitiese acompañar a su señora, y dando el brazo a ésta, con galante sonrisa aceptado, salieron los tres.

Doña Petronila se dijo:

—Mi corazón de madre no puede quedar tranquilo estando fuera de casa mi Manuelito —y se fue siguiendo el grupo a cierta distancia, con paso cauteloso.

Manuel que desde el primer momento había simpatizado fuertemente con los esposos Marín, dijo a Lucía:

—Señora, yo que al llegar a Kíllac creí morirme de tristeza en este villorrio, lo he encontrado embellecido por la presencia de usted y la de su esposo.

—Gracias, caballero; bien ha aprovechado usted de las galantes frases de la ciudad —contestó Lucía con amable sonrisa.

—No, señora, mis palabras carecen de esa galantería de fórmula; sin ustedes y sin mi madre ¿con quién podía yo tratar aquí? —repuso Manuel, y agregó con pena: —esta tarde he conocido a los vecinos del pueblo y me han dado compasión.

—Eso es muy cierto don Manuel, pero usted tiene a sus padres y nos tendrá por amigos.

—Sí, don Manuel; para un joven que viene de la ciudad esto es tristísimo, le doy la razón —dijo a su vez don Fernando, como el marido celoso que notificaba estar prestando atención a lo que conversaba su esposa.

—Sólo siento que tal vez no permanezcamos ya mucho tiempo acá, porque los negocios de Fernando creo que se arreglarán pronto —contestó Lucía.

—Tanto peor para mí si tuviese que alargar mi permanencia, que sólo debe ser de cuatro o seis meses —repuso Manuel.

Don Fernando adelantó dos pasos ganando a la pareja para abrir la puerta de calle, pues ya habían llegado a su casa.

—Pasará usted a descansar Manuel —dijo Lucía soltando el brazo de su acompañante.

—Gracias, no señora. Mi madre tendría cuidados si me demorara y quiero ahorrarle esas molestias —contestó Manuel sacándose el sombrero en ademán de despedida.

—Pero la casa es muy suya amigo —ofreció don Fernando.

—Sí, mil gracias, lo sé, y pronto les haré una visita. Buenas noches —repitió Manuel estrechando la mano de sus amigos, y desapareció en las oscuras calles de la villa transitadas por uno que otro hombre embriagado.

Lucía y don Fernando tomaron algunas precauciones de seguridad como encareció doña Petronila; pero viendo que todo seguía tranquilo, se fueron a dormir.

La superficie de un lago cristalino donde se retrata la imagen de las gaviotas no es tan apacible como el sueño con que los narcotizó el Amor batiendo sus nacaradas alas sobre la frente de Lucía y don Fernando. Sus corazones estrechados bajo la atmósfera de un solo aliento, latían también acompasados y felices.

Mas ese descanso no fue como el eterno sopor de la materia. El espíritu que no duerme y se agita, luchó con la fuerza del presentimiento, ese aviso misterioso de las almas buenas; sacudiendo el organismo de Lucía la despertó y le inspiró vacilación, temor, duda, todo ese engranaje complicado de sensaciones mixtas que acuden en las noches de insomnio.

Lucía sentía aquellos estremecimientos nerviosos, que no alcanzaba a ver ni a explicarse ante un peligro para ella desconocido; y su pensamiento voló al recuerdo de aquellos ruidos de media noche que, semejantes al rozar de alas o crujir de puertas, llevan al temor primero y después al recuerdo de los seres más amados, sea que estén ausentes o estrechen el cuello con el abrazo de sus afectos.

Esa fuerza nerviosa que obedece al impulso espirítico, todavía desconocido a pesar de las explicaciones de Allan Kardec[7], que amedrenta con la idea de la presencia virtual de un ser superior o temido, y que está en las investigaciones de la ciencia, cuyo dominio ofrece trocar la faz del mundo con la sorprendente lucidez de Charcot, Maira y Benavente en sus revelaciones de hipnotismo, ejerció todo su imperio aquella noche en la organización de la esposa de don Fernando Marín.

---

[7] Allan Kardec Seudónimo de Hipólito Rivail (1803-1869), espiritista francés. Estudioso de fenómenos sobrenaturales.

Ella velaba.

El viejo y único reloj del pueblo dio el duodécimo martillazo que marca la media noche, y en el momento vibró en los espacios la sonora voz de la campana del templo. Su acento de bronce no convocaba a la oración pacífica y al retiro del alma; llamaba al vecindario a la batalla y al asalto con la imponente señal de convenio entre Estéfano Benites y el campanero que aguardaba en la torre.

Y como el granizo que las negras nubes arroja en medio de celajes eléctricos, comenzó a llover piedra y bala sobre el indefenso hogar de don Fernando.

Mil sombras cruzaban en diferentes direcciones, y la algazara comenzó a levantarse como la ola gigante que la tempestad alza en el seno de los mares, para romperla en la playa con un bramido ronco y formidable.

El motín era aterrador.

Las voces de mando, bárbaras y contradictorias, ya en castellano, ya en quechua, se dejaban percibir no obstante el ruido de las piedras y la fusilería.

—¡¡Forasteros!!

—¡Ladrones!

—*¡¡Súhua!! ¡¡súhua!!*

—¡Entremetidos! —decían éstos y aquéllos.

—¡Mueran, mueran!

—*¡Huañuchiy!*

—¡¡Matarlos!! —repetían mil voces. Y la acompasada vibración de la campana tocando a rebato, era la respuesta a toda la vocería.

Lucía y don Fernando abandonaron el lecho del descanso, cubiertos con sus escasas ropas de dormir, y lo poco que tomaron al paso para huir o caer en manos de sus implacables sacrificadores, para encontrar muerte cruel y temprana, en medio de esa muchedumbre ebria de alcohol y de ira.

XVI

Juan Yupanqui y Marcela que, después de los sucesos que conocemos, se fueron de casa de Lucía, llegaron, pues, a la suya con Margarita y Rosalía, esas dos estrellas rientes de la choza cuyos destinos estaban señalados con la marca que Dios pone en cada predestinado en el mapa de las evoluciones sociales.

En el cerebro de Juan Yupanqui, no podían ya cobijarse los criminales pensamientos de la víspera.

Ya no tocaría el tétrico umbral del suicida, cuya acción cubre de luto el corazón de los que quedan y mata las esperanzas de los que creen.

Dios puso a Lucía para que Juan volviese a confiar en la Providencia, arrancada de su corazón por el cura Pascual, el gobernador y el cobrador o cacique, trinidad aterradora que personificaba una sola injusticia.

Juan creía de nuevo en el bien, estaba rehabilitado, e iba a entrar en la faena de la vida con nuevo afán, para probar gratitud eterna a sus bienhechores.

Marcela ya no sería la viuda de un suicida, de un desertor de la vida, cuyo cadáver, sepultado en la orilla de un río o al borde de un camino solitario, no invocase de los suyos paz, suspiros, ni oraciones.

Sentado en la choza dijo Juan a su mujer:

—Recemos el Alabado, y ahora te juro entregar mis fuerzas y mi vida a nuestros protectores.

—*¡Juanuco!...* ¿no te dije? yo también los serviré hasta vieja.

—Y yo también *mama* —agregó Margarita; y todos tres se pusieron a instruir a Rosalía, explicándole que esos *hombres* no se la llevaron por la súplica del *wiracocha* Fernando y la señora Lucía de la casa grande. Y haciéndola arrodillar en el fondo de la vivienda, con las manitas empalmadas al cielo, la hicieron repetir las sublimes frases del Bendito y Alabado.

—Ahora atiza el fogón —dijo Juan a Margarita.

—Asaremos unas papas, aquí hay ají —repuso Marcela sacando unas hojas de maíz envueltas y atadas con un pedazo de hilo de lana.

—Mañana hemos de matar gallina, Marcela; estoy contentísimo, y nuestro compadre nos ha de prestar unos dos pesitos —dijo alegre Juan.

—Así me gustas *tata.* ¿O pediremos el vuelto que tiene el cura? —respondió la mujer colocando junto a su marido dos platos de barro vidriados.

—¡Qué vuelto! ¿para qué tanto? —repuso Yupanqui.

—Qué linda estará nuestra Margarita cuando sea la ahijada de la *señoracha* Lucía, ¿eh? —dijo la mujer variando el giro de la conversación.

—Ni lo dudes; *¡jay!* ella la vestirá con las ropas que usan.

—Pero me duele el corazón cuando me acuerdo que ya no nos mirará como ahora, cuando Margarita sea una *niña* —dijo suspirando Marcela y acercándose a poner un palo de leña al fogón.

—¿Qué estás pensando en eso? la señora Lucía la enseñará a respetarnos —respondió el indio.

—¡Bendígala *Pachacamac!* —agregó Marcela con recogimiento.

—Mamá ¿y cuando sea mi madrina la señora Lucía me voy con ella? —preguntó Margarita.

—Sí, hija —contestó la madre.

—¿Y tú, y mi Juan y mi Rosalía? —insistió Margarita.

—Iremos a verte todos los días —repuso Marcela sin dejar de atender a lo que estaba preparando, mientras que Juan acariciaba entre las rodillas a Rosalía, el mismo que dijo a su mujer:

—Parece que se te ha soltado la lengua.

—Así parece —respondió Marcela dando una vuelta a las papas que se asaban; pero Margarita volvió a preguntar:

—¿Y me llevarán las frutas de la mora y los nidos de los gorriones?

—Sí; todo eso te llevaremos si aprendes a coser y tejer las labores tan lindas que dice sabe la señora Lucía —respondió Marcela sacando al mismo tiempo las papas y poniéndolas en los platos que estaban junto a su marido.

La cena fue apetitosa y frugal; pero la oración de Rosalía llegó al cielo alcanzando sueño reparador para la familia de Juan Yupanqui, que descansaba sin el comején de las dudas en el humilde lecho de las satisfacciones.

Un profundo bostezo de Juan hizo notar a Marcela que su marido estaba completamente dormido y que las hijas habían seguido su ejemplo quedándose la choza en silencio absoluto.

Y mientras aquí moran los manes de la Quietud veremos lo que pasa en la casa parroquial.

XVII

Una sombra negra, sobresaltada e impaciente paseaba de un extremo a otro en la habitación completamente oscura, pues faltó valor para encender la lámpara de aceite de linaza allí usada o la vela de sebo fabricada por el velero lugareño con sus adminículos de arrayán y romero hervido, que da blancura y consistencia a la grasa animal.

El crimen siempre se acomoda con la negrura de la noche.

Al frente casi de una pequeña ventana con balaustres y hojas de madera, pintada con tierra amarilla, estaba colocada una antigua *cuja* hecha de madera de *zumbaillo* con toldilla cubierta por unos cortinajes de damasco de seda, cuya antigüedad explicaba el mismo sitio en que se lucían.

La cama ancha y confortable con su curioso *tapador* hecho de mil muestras de cachemira de diversos colores, pero, ingeniosamente combinadas por la curiosidad de alguna mujer hacendosa o por la mano de alguna beata de ciudad, estaba entreabierta y en cierto grado de desorden. Junto a ella se hallaba sentada en una banca de madera, y un tanto reclinada hacia las almohadas, una mujer clandestinamente recibida, y

a quien anunció el *pongo* desde las primeras horas de la noche cuando el cura estaba en el conciliábulo.

El cura Pascual esperaba el resultado de las tremendas combinaciones fraguadas por él, y lo aguardaba entre tinieblas, por no arrojar ni la más pequeña sospecha sobre sí, encontrándose despierto y con luz en altas horas de esa noche; y de vez en cuando asomaba el oído a las rendijas de la ventana.

—¿Qué te pasa, hombre de Dios? Nunca te he visto tan desasosegado como ahora —aventuró a decir la mujer.

—¿No oíste ese tiro? —repuso el cura balbuciente, pues el licorcito de *escorzonera* estaba en acción y la palabra no salía franca.

—Ese tiro; pero si de eso han pasado tantas horas, y todo está en paz —arguyó la mujer.

—Pueden robar la Iglesia, malas noticias me han traído esta tarde los vecinos —dijo el cura a secas con propósito de desorientar por completo la malicia de la mujer, pues la idea de aparecer inocente bullía en su cerebro.

—¿Ladrones en Kíllac, ladrones para la Iglesia? ¡jajay! —respondió la mujer en voz bien alta y soltando la risa.

—Calla, mujer de mis pecados —contestó el cura con ira manifiesta golpeando el suelo con el pie.

—Pero, hombre, ven; recuéstate un momento...

—Calla, demonio —interrumpió el cura Pascual.

—No seas torpe otra vez, después de... las torpezas que has hecho —replicó la mujer como deseando armar gresca; y el cura no tuvo otro medio de evitar que hablase en voz alta, voz acusadora, que ir a su lado y recostarse junto a ella, sacando del bolsillo un pañuelo de seda con que se amarró la cabeza.

Y un búho cruzó por los tejados de la casa parroquial, dejando percibir su siniestro aleteo, y pregonando el mal agüero en ese lúgubre graznido que es el terror de las gentes sencillas.

Y un búho cruzó por los tejados de la casa parroquial, dejando percibir su siniestro aleteo, y pregonando el mal agüero en ese lúgubre graznido que es el terror de las gentes sencillas.

....

Don Sebastián no se había recogido a su casa.

Doña Petronila llamó dos sirvientes para mandarlos en busca de su marido, a fin de que le sirviesen de compañía, pero Manuel dijo tomando su sombrero y un bastón de *huarango*.

—Yo iré, madre.

—De ningún modo lo consentiré. ¡Ay hijo! no sé qué me anuncia el corazón. Ese tiro de escopeta, la ausencia prolongada de tu padre, las

andanzas de Estéfano, todo me tiene preocupada —dijo con triste acento doña Petronila; pero Manuel, inspirándose en la nobleza de sus sentimientos, y tal vez en un doble deseo, repuso:

—Por lo mismo, madre, a mí me toca ir en busca de don Sebastián, y alejarlo del peligro o de compromisos...

—Sería inútil, hijo mío: tú no conoces su genio testarudo ¡ah!... ¡Te ruego, Manuel! —agregó doña Petronila abrazando a su hijo con afecto, el cual se quedó pensativo y taciturno por unos segundos; y doña Petronila aprovechando del silencio, insistió suplicante.

—Tu deber te manda cuidarme, Manuel; ¡soy tu madre, no me dejes sola! ¡Por Dios te lo ruego!...

—No saldré, madre —repuso Manuel con energía arrimando a la pared el bastón que levantó y sacándose el sombrero.

—¡Ahora sí, ahora sí, Manuelito! Tal vez podré dormir. Vamos.

—Sí, acuéstate, madre; la noche está muy fría, y la hora avanzada.

—Recógete, pues, a tu cuarto, y hasta tempranito —dijo doña Petronila mirando con satisfacción a su hijo.

XVIII

A las primeras campanadas y disparos de armas, los capataces de don Fernando huyeron despavoridos en busca de seguridad, porque comprendieron que allí era el ataque.

Don Fernando se preparaba para la defensa, y fue en mangas de camisa a tomar un rifle de caza que tenía bien provisto de municiones; pero Lucía se interpuso suplicante repitiendo angustiada:

—¡No, Fernando mío, no! ¡Sálvate, sálvame, salvémosnos!...

—¿Y qué hacer, hija? No hay otro remedio, porque moriremos indefensos —repuso don Fernando intentando calmar las impresiones de su esposa.

—Huyamos, Fernando —dijo Lucía aprovechando de las últimas palabras de su marido.

—¿Por dónde, Lucía querida? las entradas de la casa están ya ganadas —respondió don Fernando tomando una caja de cápsulas de *Remington,* y echándosela al bolsillo del pantalón.

Las voces se repetían en la calle cada vez más aterradoras e implacables.

—¡Bandoleros!

—¡Advenedizos!

—¡Forasteros!

—Sí, ¡la muerte! ¡la muerte!...

Eran las palabras que se alcanzaban a percibir en ese torbellino de la asonada.

De improviso se dejó oír una voz nueva, fresca, sin los gases del alcohol, que con toda la arrogancia y serenidad del valor dijo:

—¡Atrás, miserables! ¡Así no se asesina!

Y otra voz apoyó la anterior, diciendo:

—Nos han engañado ¡miserables!

—No hay tales ladrones —observó la misma voz que apoyó a la primera.

—Por acá la gente honrada —gritó uno con valor.

—¡Vengan por este lado! —ordenó la primera voz, y en aquel momento llegó una mujer con un farol de vidrio provisto de una vela de sebo que proyectaba luz tenue.

Los fuegos y las campanadas habían cesado.

Los pelotones de gente comenzaron a diseminarse en distintas direcciones, y la reacción de la turba fue completa.

La entrada de la casa de don Fernando estaba totalmente destrozada, y grandes piras de piedras formadas al acaso, yacían junto a las puertas convertidas en astillas.

—¡A ver ese farol por acá! —gritó un hombre abriéndose paso por entre la multitud; y a la escasa luz del farol que llegó, reconoció Manuel a doña Petronila.

—Madre, ¿tú aquí? —dijo Manuel con sorpresa.

—¡Hijo, estoy a tu lado! —repuso doña Petronila con el semblante lleno de pavor alcanzando el farol a su hijo, y juntos comenzaron a reconocer a los muertos y heridos.

El primer cadáver que encontraron fue el de un indio a cuyos pies estaba una mujer bañada también en sangre y lágrimas, gritando con desesperación:

—¡Ay! ¡han muerto a mi marido! ¡habrán muerto también a mis protectores!

Juan y Marcela acudieron desde los primeros tiros en auxilio de la casa de don Fernando.

Juan cayó traspasado por una bala que entrándole por el pulmón derecho, salió rompiendo la segunda costilla y rozando el hígado.

Marcela con una herida también de bala en el hombro, arrojaba un chorro de sangre, y junto a ella yacían tres cadáveres de indios indefensos.

—¡Madre! —dijo Manuel llamando la atención de doña Petronila —esta india acabará en algunos momentos más sin asistencia inmediata.

—Separémosla de aquí, que la vea el barchilón —contestó doña Petronila.

—¡A ver unos hombres! —dijo Manuel; y varios se presentaron ofreciéndose para conducir a Marcela.

El intrépido joven que desafiando la ira de un populacho ebrio se abrió paso y contuvo el motín, se dijo al ver la solicitud de todos para recoger a los muertos y atender a los heridos.

—¡Está visto! la asonada es fruto de un error más digno de perdón que de castigo.

Varios hombres levantaron a Marcela completamente débil, para llevarla a medicinarse.

—Despacio, con cuidado no más —dijo doña Petronila.

—¡Ay! ¡ay!... ¿dónde me llevan? —preguntó Marcela agarrándose la herida con la otra mano, y agregó con lamento:

—¡Mis hijas! ¡Rosacha! ¡Margarita!...

—¿Qué habrá sido de don Fernando y Lucía? —dijo Manuel con interés creciente; y en aquellos momentos asomaba la aurora de un nuevo día para alumbrar la cara de los culpables.

XIX

Había alguno interesado como Manuel en saber la suerte que hubo corrido la pareja Marín.

Este era el cura Pascual, quien hizo prodigios de inventiva para allanar explicaciones con doña Melitona, que así se llamaba la mujer que fue a acompañarlo en esa noche siniestra.

Luego que las campanas quedaron mudas y cesaron los disparos, el cura Pascual dijo para sí:

—Esta es la hora en que ya se ha arribado a un resultado cualquiera. —Y dirigiéndose a Melitona, agregó con disimulo:

—Parece que toda esa bulla ha concluido, ¿eh?

—Sí, creo que ha pasado *curay*. ¡Jesús! ¡y qué sustos los que he tenido! —respondió Melitona haciendo aspavientos, a lo que el cura repuso:

—Y los míos no han sido pocos desde la hora en que sentí el primer disparo, creyendo que atacasen la Iglesia, y tú que porfiabas...

—Felizmente nos persuadimos pronto de que era en otra parte, y ¿cómo te hubiese consentido salir?

—¡Jesús me ampare! bien hecho que me atajaste Melitonita; si bien dicen que las mujeres...

—Y ¿qué habrá sido, *curay*? —preguntó con inocencia la mujer.

—Serán cosas de política; gracias a Dios que no salí, gracias, gracias —repetía el cura en cuyo corazón estaba creciente la ansiedad

por saber el resultado, aunque alcanzaba a dominar sus emociones aparentando calma.

Melitona se quedó dormida sin más explicaciones, pero el cura velaba aguardando inquieto la llegada de la aurora.

No bien hubo rayado el crepúsculo matutino y se sintieron los pasos de la gente que transitaba por las calles, tosió fuertemente el cura, desprendiéndose el pañuelo con que había atado su cabeza, y colocándolo debajo de la almohada, dijo:

—Vete, pues, Melitonita; tú que eres mujer debes ser harto curiosa; infórmate de lo que en realidad ha pasado anoche en este vecindario, que, como hemos calculado, ha sido... me parece en la dirección de la casa de don Fernando; yo voy a prepararme para celebrar.

—*Ahoritita, curay* —respondió doña Melitona dándose por satisfecha de la comisión; santiguóse tres veces, se vistió, prendióse el mantón de cachemira morada con guardas negras, y salió.

Las primeras gentes con quienes se encontró le dieron razón casi exacta del asalto a la casa de don Fernando Marín; pero deseosa de llevar a la casa parroquial noticias comprobadas por sus ojos, se introdujo al mismo teatro del suceso.

—¡Jesús! ¡qué temeridad! ¡qué herejes habrán hecho esto! ¡pobre señor Marín! ¡pobrecita señorita Lucía!... ¡ay, vean, pues, todo pedazos! —decía caminando por entre las ruinas, y contemplando los despojos.

Lucía y don Fernando se encontraban sanos y salvos rodeados de gente en el gabinete de su casa, y Manuel con toda la indignación de su corazón puro, y con todo el fuego de su edad, decía en alta voz:

—Es inconcebible iniquidad igual, señor don Fernando. Este pueblo es un pueblo bárbaro, y la salvación de ustedes ha sido milagrosa. Cuéntenos cómo salvaron.

—El milagro es de Lucía —respondió con tono seco don Fernando, anudándose la corbata que por distracción tenía suelta, y dando grandes pasos por la habitación.

—¡¡Señora Lucía!! —dijo por toda respuesta Manuel dirigiendo la vista hacia el sofá donde estaba un tanto recostada aquélla, profundamente emocionada, y aspirando de rato en rato sales encerradas en un frasquito de cristal de Bohemia, cuya tapa entreabría con cuidado.

Don Fernando, como siguiendo el curso de sus ideas dijo:

—¡Qué horror! Muchos sabrán lo que es despertar en la bulla del desorden, el tiroteo y la matanza, porque en el país se soportan y se presencian con frecuencia esos levantamientos y luchas civiles, que ya en nombre de Pezet, Prado o Piérola, lle
sea en el aura de una revolución, sea en l(
¡Pero lo que pocos sabrán es el despert

entre el plomo homicida y la voz de degüello lanzados en los muros de su propio dormitorio!

—¡Basta, don Fernando! ¡basta! —gritaron varias voces en coro.

—¡Qué atrocidad! —agregó Manuel pasándose la mano por bajo del pelo, y don Fernando, contestanto a la primera pregunta de Manuel, desatendida en medio de ese tumulto natural de pensamientos, dijo:

—Estuve resuelto, don Manuel, a ofrecerme al sacrificio, y morir matando. Pero las lágrimas de mi buena y santa esposa me hicieron pensar en salvarme para salvarla también. Ambos huimos por la pared de la izquierda y fuimos a refugiarnos detrás de unos cercos de piedras, fronterizos, precisamente, del lugar del ataque; y desde ahí hemos presenciado impasibles el asalto a nuestra casa, el heroísmo de usted, la abnegación maternal de doña Petronila, el fin de nuestro pobre Juan, y la victimación de la desgraciada Marcela.

—¡Pobre Juan! ¡pobre Marcela! ahora que la desventura nos ha hermanado, mis afanes serán para ella y sus hijas —dijo Lucía suspirando con profunda pena e interrumpiendo a su marido.

—¡Oh sí! Margarita, Rosalía, desde hoy esas palomas sin nido hallarán la sombra de su padre en esta casa —afirmó don Fernando.

—Hagamos conducir aquí a Marcela para medicinarla con esmero —dijo Lucía enternecida, y dirigiéndose particularmente al joven, agregó:

—Manuel, se lo suplico en nombre de la amistad. Encárguese usted de eso —a lo que Manuel respondió con vehemencia juvenil:

—Ahora mismo, señora; usted, ángel de los buenos, restañará las heridas de una madre; y nosotros, don Fernando, tomaremos cuentas a los culpables. Al decir esta última frase, una palidez mortal bañó su fisonomía, porque el nombre de don Sebastián cruzó por su mente; de don Sebastián, el esposo de su madre, el hombre a quien él daba el nombre de padre.

Tomó su sombrero maquinalmente, se inclinó y salió con paso apresurado, cruzándose en el camino con doña Melitona, que estaba escuchando todo desde la puerta, sin perder palabra.

Don Fernando se sentó junto a Lucía y sacó un cigarro para fumar.

Como doña Melitona creía saber lo suficiente, volvió a desandar lo andado para informar al cura, que esperaba impaciente la llegada de su *parientita* para irse a celebrar.

Melitona dijo entrando y desprendiéndose el mantón:

—Traigo todo calientito, *curay.*

—Sí, Melitonita, y ¿cómo había sido eso? —preguntó el cura Pascual.

—Dicen que don Fernando tuvo no sé qué asunto de cuentas con unos laneros, y que don Sebastián metió la mano a favor de no sé

quiénes y luego de ahí vino el disgusto, y se armó gresca, y que otros creyeron que eran ladrones y tocaron las campanas —relató Melitona con ademanes y movimientos de cabeza.

—¿Conque eran asuntos de particulares? Buena *raspa* he de echarle al campanero para que no sea ligero con sus campanas —repuso el cura con maña.

—Así aseguran, *curay,* pero el hijo de don Sebastián, un joven recién llegado, está ahí, donde don Fernando, muy de la casa, y ha dicho que él castigará a los culpables —aclaró Melitona.

—¿Eso ha dicho? —preguntó el cura; y mordiéndose el labio, agregó para su capote: —¡Joven imberbe! ¿y cuando tu padre te diga: «calla, aquí estoy»?... y aún sin esto, quien más vive, más sabe...

Y a poco rato se oyó la campana del pueblo llamando a misa.

XX

La entrada de Marcela, conducida en una camilla de palos, herida, viuda y seguida de las dos huérfanas, a la misma casa de donde el día anterior salió contenta y feliz, impresionó tan vivamente a Lucía, que se hallaba sola en aquellos momentos, que no pudo contener sus lágrimas y se fue llorando hacia Marcela.

Hizo colocar la camilla en una vivienda aseada; tomó entre los brazos a Rosalía, acarició a Margarita y llamó a entrambas, diciéndolas: hijas, pobrecitas, preciosas. Luego habló a Marcela sentándose junto a ella y la dijo:

—¡Oh, hija mía! ¡cuánta resignación necesitas! Te ruego que te calmes, que tengas paciencia...

—*Niñay* ¿no te has asustado de protegernos? —dijo la india con voz débil y mirada lánguida, pero Lucía sin contestar a esta pregunta, continuó:

—¡Qué débil está! —y dirigiéndose a dos sirvientes que estaban hacia la puerta, ordenó:

—Que le preparen un poco de caldo de pollo con algunas rebanadas de pan tostado y un huevo batido; ustedes han de cuidarla con todo esmero.

El semblante de Marcela revelaba sus terribles sufrimientos, pero las palabras de Lucía parecían haberle dado alivio. Era tal la influencia benéfica que ante ella ejercía aquella mujer tan llena de bondad, que, a pesar de haber declarado el barchilón de Kíllac que la herida era mortal y de término inmediato, porque la bala permanecía incrustada en el

omoplato, adonde había llegado atravesando el hombro izquierdo, y la fiebre ya invadía el organismo, Marcela fue alentándose visiblemente.

Así transcurrieron dos días, dando ligeras esperanzas de salvar a la enferma.

Acababa de entrar de la calle don Fernando, a quien preguntó Lucía con grande interés:

—Fernando ¿y los restos de Juan?

—Han sido ya conducidos al campo santo con todos los honores que he podido hacerle tributar, corriendo yo con los gastos, y los han depositado en una sepultura provisional —contestó don Fernando satisfaciendo con palabra minuciosa la pregunta de Lucía, quien dijo:

—¿Y por qué provisional, hijo?

—Porque es probable que los jueces hagan practicar un nuevo reconocimiento, dudando del que he mandado hacer —contestó don Fernando sacando un papel del bolsillo.

—¡Qué formulas, Dios mío! Y ¿qué dice ese certificado? ¿a ver?

—Aquí consta —repuso don Fernando desdoblando el papel y leyendo: —*«que Juan Yupanqui sucumbió instantáneamente por la acción del proyectil lanzado de cierta altura, y que rompiendo la escápula derecha, había atravesado oblícuamente ambos pulmones destrozando las gruesas arterias del mediastino».*

—¿Ese informe arrojará luz para la averiguación y descubrimiento del autor? —preguntó Lucía con intención.

—¡Ay hija! poca esperanza debemos abrigar de conseguir nada —repuso don Fernando, volviendo a doblar y guardar el papel.

—Y el cura Pascual ¿qué dice?

—¡Pist! no ha tenido inconveniente en depositar un responso sobre la tumba de Juan Yupanqui, como no lo tuve yo para colocarle su humilde cruz de palo —contestó don Fernando torciéndose el bigote.

—¿Acaso ignorará los pormenores del asalto que hemos sufrido?

—¡Que lo ignore! estás disparatando, hija. Yo lo creo complicado.

—¿Sí? ¡No faltaba más para renegar de estos hombres! ¿Y los jueces? —insistió Lucía indignada.

—Los jueces y las autoridades han tomado algunas medidas, como las de *depositar* las piedras hacinadas en nuestras puertas como *cuerpos* del delito —contestó don Fernando riendo y dando en seguida a su fisonomía un gesto de tristeza que revelaba su honda decepción; acaso el escepticismo que todos aquellos acontecimientos hacían nacer en su corazón noble y justiciero.

Conversando así, atravesaron los esposos Marín el pasadizo que conduce de una vivienda a otra, y llegaron al cuarto de Lucía donde se

sentaron fronterizos, Lucía en el sofá y don Fernando en un sillón, recostándose y cruzando las piernas; dijo éste a su esposa:

—Voy a molestarte, hija; creo que hay un poco de chicha de *quinua* con arroz, dame un vaso.

—Al momento, hijito —repuso Lucía poniéndose de pie y saliendo de la habitación.

Un minuto después volvía la señora de Marín con un vaso de cristal colocado en un platillo de loza, conteniendo una leche espesa espolvoreada con canela molida, que provocaba por la vista y el olfato, y lo presentó a su marido.

Don Fernando apuró la chicha con avidez, puso el vaso sobre la mesa, limpió sus bigotes con un pañuelo perfumado, y volvió a su primitiva actitud, diciendo a Lucía:

—Qué bebida tan confortable, hija. No sé cómo hay gentes que prefieren a ésta la tan horrible cerveza del país.

—De veras, hijo; yo no puedo ver esa cerveza que hacen donde Silva y Picado.

—Y volviendo a recordar al pobre Juan, ¿sabes, hija, que ese indio me ha despertado aún mayor interés después de su muerte? Dicen que los indios son ingratos, y Juan Yupanqui ha muerto por gratitud.

—Para mí, no se ha extinguido en el Perú esa raza con principios de rectitud y nobleza, que caracterizó a los fundadores del imperio conquistado por Pizarro. Otra cosa es que todos los de la calaña de los *notables* de aquí, hayan puesto al indio en la misma esfera de las bestias productoras —contestó Lucía.

—Hay algo más, hija —dijo don Fernando, está probado que el sistema de alimentación ha degenerado las funciones cerebrales de los indios. Como habrás notado ya, estos desheredados rarísima vez comen carne, y los adelantos de la ciencia moderna nos prueban que la actividad cerebral está en relación de su fuerza nutritiva. Condenado el indio a una alimentación vegetal de las más extravagantes, viviendo de hojas de nabo, habas hervidas y hojas de *quinua,* sin los albuminoides ni sales orgánicas, su cerebro no tiene dónde tomar los fosfatos y la lecitina sin ningún esfuerzo psíquico; sólo va al engorde cerebral que lo sume en la noche del pensamiento, haciéndole vivir en idéntico nivel que sus animales de labranza.

—Creo como tú, querido Fernando, y te felicito por tu buena disertación, aunque yo no la entiendo, pero que a ponerla en inglés te valdría el dictado de *doctor* y aún de sabio en cualquiera Universidad del mundo —contestó Lucía riendo.

—¡Picarona! pero aquí sólo me ha valido tu risa —dijo don Fernando coloreándose ligeramente, pues las palabras de su esposa le

hicieron notar que había echado un párrafo científico acaso pedantesco o fuera de lugar.

—No, hijo, ¿qué? si yo me río es sólo... por la formalidad con que hemos venido a disertar acerca de estas cosas sobre la tumba de un indio tan raro como Juan.

—Raro no, Lucía; si algún día rayase la aurora de la verdadera autonomía del indio, presenciaríamos la evolución regeneradora de la raza hoy oprimida y humillada —contestó don Fernando volviendo a su expansión de la palabra.

—Tampoco te contradigo, hijito, pero discutiendo aquí sobre los muertos, estamos olvidando a los vivos. Voy a ver si han dado su alimento a Marcela —dijo Lucía y salió con paso ligero.

XXI

Manuel no tuvo ni una hora de descanso verdadero desde que se iniciaron los funestos acontecimientos que traían conmovida a la población de Kíllac.

Luego que ordenó la traslación de Marcela a casa de Lucía y la presenció en partes, se consagró a practicar averiguaciones prudentes, empleando para ello la sagacidad, patrimonio que deja la buena educación de un colegio sistemado y celoso. Por esta misma prudencia, huía de una inmediata explicación con don Sebastián, y se impuso alejamiento momentáneo de casa del señor Marín.

Pero todo acontecimiento va a su desenlace.

Una mañana, al regresar a su casa, taciturno y caviloso, absorbido por una sola idea, halló a su madre preparando unos *suches* que, abiertos medio a medio con su respectiva provisión de pimienta, cebollas picadas, sal, ají y manteca, extendidos en una sartén de barro, aguardaban ir al horno para su cocimiento.

Al ver a su hijo doña Petronila dijo:

—Manuelito, ¡cómo te gustaban los *suches* asados al horno! ¿recuerdas, *tatay?* por eso estoy arreglándolos yo misma ¿quién había de cocinar para mi hijo?...

—Gracias, madre. Despacha esa golosina al horno y óyeme en tu cuarto —dijo Manuel, para cuyo corazón fue un bálsamo aquella sencilla escena de familia, diciéndose en seguida al caminar hacia la habitación de doña Petronila:

—¡Benditas las madres! Quien no ha *sentido* los mimos y las caricias de su madre, ni recibido los besos de la que nos llevó en su seno, ¡oh! no sabe lo que es amor.

Entrado en la alcoba, arrastró una silleta junto a la mesa, se sentó en ella con fuerza, apoyó los codos y dejó caer la cabeza en la palma de las manos, en actitud meditabunda.

¡Qué combinaciones las que hacía!

Todos los hilos que tomó en las investigaciones practicadas con las personas que a él se asociaron le conducían a entrever a los verdaderos autores del asalto armado a la casa de don Fernando Marín; y allí se destacaban las figuras de don Sebastián, el cura Pascual y Estéfano Benites.

Llegó doña Petronila y dando una palmada en el hombro de Manuel, dijo:

—¿Te has dormido Manuelito?

Manuel dejó caer los brazos sobresaltado, alzó los ojos y fijándolos con cariñosa expresión en su madre se puso de pie y le contestó:

—Nada de eso, madre; el espíritu intranquilo sólo va a la vigilia. Siéntate, hablaremos —y arrastrando otra silla junto a la suya la ofreció a su madre.

—No, hijo, yo me sentaré aquí no más en este banquito, aquí estoy más cómoda —repuso doña Petronila rechazando la silleta, sentándose en un asiento bajo de su preferencia, cubierto con una alfombra, y arreglándose las faldas del vestido.

—Como gustes —dijo Manuel sentándose a su vez.

—Ya adivino de lo que me quieres hablar. ¡Jesús! qué cosas las que han pasado, ¿no? Hasta ahora no me vuelve el alma al cuerpo; estoy viendo no más las caras de los indios muertos, bañados en sangre, cubiertos de tierra ¡Jesús! ¡Jesús!

—¡Ah, madre mía! ¡Con qué fatal estrella he vuelto para presenciar estos sucesos! Pero son lamentaciones inútiles, hagamos de tripas corazón, y vamos a remediar algo, y tratar de que don Sebastián salve —contestó Manuel iniciándose las confidencias entre madre e hijo.

—¡Ay, hijo mío, ay! ¿para qué te contaría todo? desde que lo hicieron gobernador a tu padre, se ha vuelto otro, y... ya no puedo con él...

—Sí, lo sé. Todo lo he comprendido, madrecita, desde el primer momento.

—Háblale, pues, tú; a ti te oirá.

—¡Temo que no! Si yo fuese su hijo verdaderamente, hablaría en él la voz del amor paterno, pero... tú... tú lo sabes...

—¿Y para qué traes a colación esas cosas? —dijo doña Petronila enfadada.

—Perdona, madre. Y vamos al grano. Tú tienes que ayudarme, pero con cariño, sin palabras amargas, sin cargos, nada de eso; simple-

mente debemos hacer que deje la gobernación y, por lo demás, yo echaré sobre mis hombros los resultados; lo tengo meditado. Ahora he de verme con el pícaro cura.

—No hables así de un sacerdote. ¡Jesús! ¡El *descomulgado* se desgracia!

—Madre, el hombre que prostituye su ministerio merece desprecio; pero no hablemos de él, tratemos de don Sebastián. Entra a verlo a su cuarto, y procura hablarle preparándole el ánimo para que me reciba después.

—¿Ahora mismo? —preguntó doña Petronila levantándose al propio tiempo.

—Sí, madre, no hay horas que perder —repuso Manuel abrochándose el botón del saco, y doña Petronila salió pausadamente. Al llegar a la puerta de la habitación de don Sebastián se detuvo unos segundos, santiguó su frente y entró.

Manuel quedó dando paseos en el cuarto de su madre, entregado a sus combinaciones, porque la entrevista con don Sebastián tenía que ser algo dura para él.

En el curso de sus paseos, de repente fijó su vista en un vaso de arcilla que estaba colocado en una esquinera, el cual le llamó tan vivamente la atención que examinándolo, dijo:

—Este debe ser un *huaco* de mucha importancia; qué tierra tan fina... y estos dibujos tan admirablemente ejecutados; que bien hechas las labores de la *lliclla* de la *ccoya* y las sombras del manto que lleva flotante el indio, que será algún cacique.

—Manuelito, parece que *Chapaco* está en su buen rato —dijo doña Petronila entrando alegre.

—¿Qué le has dicho sobre el asunto? —preguntó con interés Manuel colocando el *huaco* en su mismo sitio.

—Yo nada le he querido porfiar, por tus mismos encargos; pero le he dicho que conviene que deje la *gobernatura* porque han de venir disgustos con motivo de apresar a los factores de la otra noche y demás.

—¿No le has dicho que él está señalado como partícipe?

—¿Para qué le iba a decir eso? ¡Jesús! Habría brincado de rabia; ¡yo no me atrevo!...

—Pero ¿qué respondió al fin?

—Yo sabré lo que me hago, me ha respondido, pero con buenas *mañas*. Anda, no más —dijo doña Petronila tomando la mano de su hijo.

Manuel besó en la frente a su madre, y se dirigió a la habitación de don Sebastián Pancorbo, gobernador de Kíllac.

XXII

Don Sebastián se encontraba recostado en un sillón envuelto en un poncho felpado, la cabeza atada con un pañuelo carmesí de seda, cuyas puntas, formando nudo, quedaban hacia la frente. Estaba visiblemente preocupado.

—Buenos días, señor —dijo Manuel al entrar.

—Buenos días, ¿de dónde apareces Manuel? francamente, desde que has llegado no nos hemos visto más que tres veces —respondió don Sebastián disimulando su preocupación.

—La culpa no es mía, señor; usted no ha estado en casa.

—Francamente, estos amigos, y el cargo que desempeño; ya uno no se pertenece; tienes razón Manuelito —dijo el gobernador, y como buscando forma de sincerar su conducta, agregó:

—Lo que es la otra noche, francamente, hijo, he estado en mucho peligro sin poder contener el desorden que hubo ¿qué se va a hacer sin fuerza armada?... pero tú te portaste muy bien... y, francamente, este don Fernando no más también tiene la culpa.

—Yo vengo a hablar con usted seriamente sobre lo ocurrido la otra noche. Yo no puedo quedarme con los brazos cruzados cuando veo que acusan a usted.

—¿A mí? —dijo Pancorbo pegando un brinco.

—A usted, señor.

—¿Y quién es ese? a ver ¿quién? francamente, quiero conocerlo.

—No se exalte usted, señor; cálmese y hablemos entre padre e hijo, aquí nadie nos oye —replicó Manuel mordiéndose los labios.

—Pues, y tú ¿qué dices? ¡habla! también, francamente, me gusta la ocurrencia.

—De todas las averiguaciones que he practicado resulta... casi la evidencia de que el cura Pascual, usted y Estéfano Benites, han tramado y dirigido esto contra don Fernando, por devoluciones de dinero de reparto y de entierro.

Don Sebastián iba cambiando de colores a cada palabra de Manuel, y pálido al final, presa de un temblor nervioso, sin poderse ya dominar, dijo:

—¿Eso dicen? francamente, ¡nos han vendido!

—No eran ustedes solos; otros individuos pertenecían al complot; y las tramas que se hacen entre muchos y entre copas, no llevan el sello del secreto —repuso Manuel con calma.

Será el Escobedito, francamente, a mí me daba mala espina ese mocito.

—Alguno habrá sido, don Sebastián; pero ya no es tiempo de conjeturas sino de poner a usted en salvo.

—¿Y qué cosa has ideado, hijo? —preguntó don Sebastián cambiando de tono.

—Que usted deje la gobernación inmediatamente —repuso el joven.

—¡Eso no, francamente, eso no! ¿dejar de ser yo autoridad en el pueblo donde he nacido? no, no, ni me propongas esas cosas, Manuel —contestó don Sebastián enfadado.

—Pero, tendrá usted que hacerlo antes que lo destituyan, y yo se lo pido, se lo aconsejo, usted ha sido llevado por la corriente, el principal autor es el cura, yo me entenderé con él y usted firma su renuncia, don Sebastián. Desde niño le he dado el nombre de padre, todos me creen su hijo, y usted no puede dudar de mi interés, ni despreciar mis consejos; todo lo hago por amor a mi madre, por gratitud a usted —dijo Manuel agotando su arsenal persuasivo, y secando su frente por donde corría el sudor de la discusión en que tuvo que mencionar nuevamente su paternidad desconocida para la sociedad.

Don Sebastián estaba conmovido; abrazó a Manuel diciéndole:

—Haz, pues, como piensas, francamente... pero, el cura que no se quede sin su ración.

—Todo se arreglará lo mejor posible para usted, señor, y más tarde iremos juntos a donde don Fernando, porque conviene que ustedes queden de acuerdo. Ahora me voy a donde el cura Pascual, hasta luego —dijo Manuel tomando su sombrero. Y salió en dirección a la casa parroquial, mientras que don Sebastián repetía entre dientes, moviendo la cabeza:

—¡Escobedito, o Benites... mocitos!...

. . . .

El cura Pascual tomaba en aquellas horas tranquilamente su desayuno rodeado de dos gatos, uno negro y otro amarillo con blanco; un perro lanudo dormitaba con la cabeza entre las dos patas delanteras, estirado largo a largo en el umbral del cuarto, y el *pongo,* con los brazos cruzados en ademán humilde, esperaba de pie junto al perro las órdenes de su amo.

Cuando sintió pasos y vio a Manuel, el cura alzó un plato sopero y volcándolo tapó otro plato en que había un pichón aderezado a la *criolla,* con dos tomates partidos sobre las alas y una rama de perejil en el pico.

—Señor cura —dijo Manuel al entrar, descubriéndose con política.

—Jovencito Manuel ¿a qué feliz casualidad debo el gusto de verlo por acá? —repuso el cura.

—La causa de mi venida no le debe ser desconocida, señor cura —respondió Manuel con sequedad y enfado, pues iba preparado a no usar de cumplimientos con el cura Pascual.

—Caballerito, me sorprende usted —dijo el cura variando de tono y levantando distraído un tenedor de la mesa.

Manuel, que permanecía de pie, tomó el primer asiento y contestó:

—Sin preámbulos, señor cura; la asonada que antenoche ha cubierto de vergüenza y de luto este pueblo, es obra de usted...

—¿Qué dice usted, insolentito? —dijo el cura moviéndose en su asiento, sorprendido al oír por la primera vez un lenguaje gastado de igual a igual y en tono acusador.

—Nada de calificativos, señor cura; acuérdese usted que no es la sotana la que hace respetar al hombre sino el hombre quien dignifica ese hábito que así cubre a buenos sacerdotes como a ministros indignos —replicó Manuel.

—¿Y qué pruebas tendrá usted para semejante acusación?

—Todas las que un hombre necesita para acusar a otro hombre —repuso con llaneza el joven.

—¿Y si en mi lugar se encontrase usted con otra persona ante cuya presencia tuviese que bajar la cabeza avergonzado? —dijo el cura Pascual, tirando sobre la mesa el tenedor que aún conservaba en la mano, y creyendo haber dado un golpe decisivo a Manuel; pero éste sin perder su serenidad respondió con aplomo:

—Esa persona a quien usted alude, señor cura, ha sido infeliz máquina de usted, como han sido los otros...

—¿Qué dice usted, colegial? —dijo colérico el cura, por cuya mente cruzó la duda de esta forma: —¿Se lo habrá revelado el bergante de Pancorbo?...

—Lo que usted oye, señor cura, y seamos breves —agregó Manuel.

—Más breve será usted marchándose —contestó el cura colérico.

—Antes de tiempo, antes de llenar mis propósitos, no lo espere usted, señor cura.

—¿Y qué es lo que pretende usted? —preguntó el párroco cambiando el tono de la voz, y dominando sus ímpetus de cólera.

—Que usted y don Sebastián reparen el daño que han hecho, antes que la justicia reclame a los delincuentes.

—¿Qué oigo? ¡santo cielo! ¡don Sebastián, débil y afeminado ha vendido!... —exclamó el cura vencido totalmente por Manuel, quien acababa de mencionar a su padre. Mas, como quien encuentra un nuevo reducto de defensa, dijo:

—¿Será usted un hijo desnaturalizado que acuse a su propio padre?

—Claro que no, desde que voy en busca de la reparación prudente y meditada para atenuar la falta, que de todos modos habrá de tenerla, pues nuestras creencias religiosas nos enseñan que sin la previa remisión del mal no hallaremos abiertas las puertas del cielo.

—¡Aja! ¿eso le han enseñado a usted sus maestros para no reparar en la acusación de su padre? —preguntó con ironía el cura empeñado en su labor de zapa.

—Algo más, señor cura, me han enseñado que sin la rectitud de acción, no hay ciudadano, ni habrá patria, ni familia; y le repito que yo no acuso a don Sebastián; busco satisfacción para atenuar su falta...

Iba a continuar el joven, cuando apareció un sirviente de casa de don Fernando, todo azorado y descompuesto, gritando desde la puerta:

—Señor, señor, auxilios para un moribundo.

—Vaya usted, señor cura, a cumplir esos deberes del sacerdote, y... en seguida hablaremos —dijo Manuel, reparando en que había un testigo, e inclinándose salió.

El cura fue a tomar su sombrero, y mirando a Manuel que se marchaba, dijo con desprecio:

—¡Pedazo de masón!

En seguida fue a destapar el plato que había preservado del aire y oliéndolo murmuró a media voz:

—Se me ha enfriado el pichoncito... en fin, al regreso lo tomaré.

XXIII

Los esposos Marín no omitían gastos ni asistencia esmerada para alcanzar la salvación de la enferma, pero desgraciadamente ésta empeoraba por grados, acortándose los momentos de su vida.

Lucía encontrábase en aquella hora junto a don Fernando, con quien platicaba en dulce intimidad, y le dijo:

—¿Qué misterios son éstos, Fernando? Marcela llegó a nuestro hogar tranquilo y dichoso en busca de un amparo que halló en nombre de la caridad; nosotros nos gozamos en el bien, ¡y de estas acciones buenas, elevadas y santas, ha resultado el infortunio de todos!...

—Acuérdate, hija, que la faena de la vida es de lucha, y que la sepultura del bien la cava la ignorancia. ¡El triunfo consiste en no dejarse enterrar!...

Margarita apareció en la puerta como un meteoro, gritando:

—Madrina, madrina, mi madre te llama.

—Allá voy —contestó Lucía; y dirigiéndose a su marido con una palmadita en el hombro:

—Adiós, hijito —dijo; echóse a andar hacia la habitación de Marcela.

Esta se encontraba medio sentada, apoyada en varios almohadones de cotí rosado. Al ver a Lucía se le llenaron los ojos de lágrimas y con voz desfallecida y entrecortada, exclamó:

—*¡Niñay!...* voy a... morirme!... ¡ay!... ¡mis hijas!... palomas sin nido..., sin árbol... y sin... madre!... ¡ay!...

—¡Pobre Marcela, estás muy débil, no te agites! No quiero ahora repetirte discursos para probarte los misterios de Dios, pero tú eres buena, tú... eres cristiana —dijo Lucía arreglando las cobijas de la cama un tanto rodadas.

—¡Sí... *niñay!...*

—Si te ha llegado tu hora, Marcela, ¡parte tranquila! Tus hijas no son las aves sin nido: ésta es su casa, ¡yo seré su madre!...

—¡Dios... te pague!... quiero... revelarte... un secreto... para que... se pierda en tu corazón... hasta la hora precisa —dijo la enferma esforzándose para hablar seguido.

—¿Qué? —preguntó Lucía acercándose más. Y Marcela, aplicando sus labios casi helados a los oídos de la esposa de don Fernando, murmuró frases que por varias veces hicieron volver los ojos a Lucía para fijarlos con asombro en la enferma, quien al terminar preguntó:

—¿Prometes... *niñay?*

—Sí, te lo juro por Cristo mi Señor muerto en la Cruz —respondió Lucía conmovida.

Y la pobre mártir para quien las horas de agonía se aproximaban, agregó en medio de un hondo suspiro que parecía ser su despedida de los negocios del mundo:

—¡Dios te pague!... ahora..., quiero confesarme... después... ¡la muerte ya me... espera!...

Anunciaron la llegada del cura Pascual, cuyo saludo correspondió Lucía con frialdad, llevándose de la mano a Rosalía y Margarita, a quienes iba a distraer para que no presenciasen la eterna partida de su madre.

El párroco llegando al lecho de la moribunda, escuchaba las confidencias sacramentales de su víctima.

Margarita ya no podía dejarse engañar.

Sus ojos estaban enrojecidos por el llanto.

Tenía que llorar aún, cuando viese sacar a su madre en hombros extraños para dejarla por siempre en el suelo húmedo del cementerio.

¡Pobre Margarita!

Sin embargo, en su dolor, ella no medía la magnitud de su desventura.

Lucía al sacar a las muchachitas y entregarlas a una sirviente para que les pusiesen los vestidos que les estaban cosiendo en la máquina «Davis»[8], se dijo:

—¡Adorable candidez la de los niños! ¡Ah! la niñez todo lo dora al calor de un sol refulgente, mientras que la vejez todo lo hiela con el frío del escepticismo. ¿Tienen razón de ser escépticos los viejos, conociendo a la humanidad? Niñas —agregó en alta voz— vayan con Manuela que ha de darles bizcochos y bonitos trajes —y se dirigió en busca de don Fernando, que estaba ocupado en su escritorio. Casi al mismo tiempo llegaban Manuel y don Sebastián. Cuando los vio Lucía, estrujándose los dedos entrelazados, se preguntó asombrada:

—¿Qué va a suceder hoy en esta casa donde en tan pocos días se han desarrollado acontecimientos tan trágicos y cuya extensión aún no es posible medir? ¿Qué nuevo drama va a presentarse en mi hogar donde una mano invisible reúne ahora a los principales actores, perseguidores y perseguidos, culpables e inocentes, en presencia de una madre que se halla en los bordes del sepulcro abierto por estos *notables,* que en un supuesto ataque a sus costumbres, sólo persiguen fines particulares, sin desdeñar medios inícuos? ¡Dios mío!...

—A los pies de usted, señora Lucía —dijo Manuel encontrando a la esposa del señor Marín casi a la puerta del escritorio, donde entraron seguidos de don Sebastián.

—Caballeros —repuso Lucía con manifiesto desagrado para don Sebastián, quien descubriéndose dijo:

—Muy buenos días, señora... señor...

—*Hola,* don Manuel; adiós, don Sebastián —repuso don Fernando, dominando el mal efecto que le produjo la presencia del segundo; pero Manuel, calculando de antemano aquel efecto, y para atenuar las cosas, fue el primero en comenzar la conversación, diciendo:

—Señor don Fernando, hemos venido para acordar con usted la manera como podrá recibir la más explícita satisfacción de un pueblo que le ha ofendido con la misma ignorancia con que ofende un perro rabioso.

—Satisfacerme a mí, don Manuel, no es cosa difícil, a la verdad; yo, más o menos, he estudiado el carácter de este pueblo, que se desarrolla sin los estímulos del buen ejemplo y del sano consejo; que a costa de su propia dignidad va a conservar lo que él llama la *legendaria costumbre.* Pero ¿cómo se reparan los daños causados en tanta víctima? —contestó el señor Marín, dando a sus palabras la severa acentuación de la verdad y del reproche.

---

[8] La compañía «Davis» publicaba anuncios publicitarios en el *Perú Ilustrado.*

—Y, francamente ¿cuántos muertos *han* habido? —se atrevió a preguntar don Sebastián con voz temblorosa.

—¡Y qué! ¿usted lo ignora don Sebastián? ¿usted que es la autoridad local? ¡Cosa extraña, por demás extraña! —dijo don Fernando por toda respuesta, dando un paso hacia el asiento que ocupaba su esposa.

—Su natural extrañeza —se apresuró a decir Manuel, quedará satisfecha, don Fernando, al saber que mi padre no ha salido de casa después de los sucesos que me cupo la suerte de contener, habiéndose encargado del puesto el Teniente Gobernador como llamado por la ley.

—Esa diligencia precautoria y muy pensada, no lo pone a salvo de responsabilidades —observó Lucía con su natural vivacidad femenina; pero Manuel, siempre listo, repuso:

—Señora, yo que he venido en momentos tan trágicos para Kíllac, para este pueblo de mi nacimiento, no podía permanecer indiferente; debía buscar reparos, prevenir nuevos males, y he persuadido a mi padre de que renuncie al puesto que... no ha sabido sostener. Voy en pos de alguna reparación.

—¿Y va usted a entrar en pugna con vicios que gozan del privilegio de arraigados, con errores que fructifican bajo el árbol de las *costumbres,* sin modelos, sin estímulos que despierten las almas de la atonía en que las ha sumido el abuso, el deseo de lucro inmoderado y la ignorancia conservada por especulación? Me parece cosa difícil, don Manuel —dijo el señor Marín.

Manuel no estaba ni derrotado ni persuadido, y replicó:

—Esa, precisamente, ésa es la lucha de la juventud peruana desterrada en estas regiones. Tengo la esperanza, don Fernando, de que la civilización que se persigue, tremolando la bandera del cristianismo puro, no tarda en manifestarse constituyendo la felicidad de la familia, y como consecuencia lógica, la felicidad social.

—¿Y sus fuerzas serán suficientes, joven Manuel? ¿cuenta usted con otros apoyos a más del que le ofrece su madre y le brindamos nosotros sus amigos? —preguntó don Fernando deteniendo el paseo que daba en esos momentos, y botando a la puerta un pedacito de papel que estaba estrujando como una pelotilla durante la discusión.

Lucía cruzó los brazos como cansada, y don Sebastián permanecía firme como un palo plantado bajo su capa histórica.

—Cuento con que este pueblo no ha tocado en la abyección, sus masas son dóciles; me lo ha probado el suceso mismo que lamentamos, y me parece fácil guiarlo por el buen sendero —repuso Manuel con calor.

—No contradigo a usted, Manuel, pero...

—El error también tiene remedio, francamente, mi señor —aventuró a decir don Sebastián.

—Es claro, cuando ese error no ha traspasado los dinteles de la eternidad, don Sebastián: tenemos siete heridos, cuatro muertos, y la desventurada Marcela próxima a expirar dejando a sus hijas; en suma, huérfanos, viudas...

—¿De qué modo rectificará usted esos errores? —preguntó Lucía enderezando los pies y saliendo en apoyo de su marido.

Don Sebastián se tapó la cara con ambas manos como un niño; Manuel palideció secándose el copioso sudor que invadía su frente, y la voz desesperada de Margarita llegó a todos:

—¡Misericordia!... ¡madrina, padrino, favor!...

—¡Vamos! —dijo Lucía poniéndose de pie con la velocidad del pensamiento y ordenando a los presentes con la vista.

Todos corrieron junto al lecho de la esposa mártir, cuya vida se extinguió en un suspiro, resbalando por sus mejillas la última lágrima blanquecina con que se da el adiós al valle del dolor.

Marcela acababa de volar a las serenas regiones de la paz perdurable, dejando su vestidura mortal, para que el hombre discuta en su presencia la teoría de la descomposición orgánica que proclama la *nada,* y los principios de la perfección mecánica movida por un *algo,* cuyo comienzo y cesación de funciones reclama una mano constructora, revelando al Autor de la Naturaleza.

¡Ahí estaba el cadáver!

Y don Sebastián y el cura Pascual, los únicos responsables de las las calamidades ocurridas en Kíllac, presentes ante los despojos de la muerta.

XXIV

La chismografía y los comentarios corrían de boca en boca, exactos unos, desfigurados los más; y los indios, avergonzados de la docilidad con que acudieron al llamamiento de las campanas y cayeron en el engaño para atacar el pacífico hogar de don Fernando Marín, vagaban por los alrededores del pueblo taciturnos y miedosos.

Estéfano Benites reunió a los suyos en el mismo *despacho* de su casa donde los encontramos jugando a la baraja, y al persuadirse de que sus cómplices vacilaban, les dijo para animarlos:

—Compadritos, a lo hecho, pecho.

—Yo no creí que el tiro saliese sin *puntero* —respondió Escobedo sacudiendo un *lloqque* que tenía entre las manos.

—Si vienen *las justicias,* ya saben ustedes lo que hay que hacer —instruyó Estéfano.

—¿Y qué? ¿y si nos llevan a declarar con juramento? —observó Escobedo.

—No saber nada, compadre, y... eso lo acordaremos bien cuando comiencen las cosas; vale que soy el *secretario* del Juez de Paz.

—Culpemos a los indios muertos —opinó uno.

—Entregaremos al campanero; ese indio tiene vacas y puede pleitear —dijo otro.

—Hombre ¿y tú hablaste con *Rajita* esa noche? —preguntó Escobedo al primero de los opinantes.

—Yo no, el que habló fue don Estéfano —repuso el aludido.

—Sí, yo hablé con él —afirmó Benites.

—¿Y cómo fue eso? yo pienso citarlo a *Rajita* porque es muy mi amigo, y porque tenemos pendiente un negocio de molienda de trigos —dijo con interés Escobedo.

—Bueno, lo que lo dije fue: Santiago, estate sobre aviso, que por *unos papeles* sé que han llegado unos bandoleros a las cercanías, robando iglesias, y como la custodia del pueblo es rica, hay que guardarla.

—Está bien; *Rajita* me quiere mucho; es capaz de seguirme al purgatorio —apoyó Escobedo sonriendo y dándose golpecitos en los pies con el *lloqque.*

—No se descuiden, pues, de averiguar lo que pasa ¿eh? Yo me voy donde don Sebastián para que hagamos los *apuntes* —dijo Benites despidiéndose de sus colegas, y cada cual se fue a su *mentidero,* que así se llaman las esquinas de la plaza, nombre dado por ellos mismos en un momento de inspiración.

La asonada había pasado, pues, tal como se fraguó en la casa parroquial, aunque sin los resultados perseguidos por aquellos ciegos conservadores de sus costumbres viciadas.

Reunidas las gentes, se señaló la casa de don Fernando como el refugio de los supuestos bandoleros, y como los momentos de excitación del populacho nunca son de reflexiones, creyeron y atacaron. Esa fue la tragedia.

Después, la palabra valerosa de un joven casi desconocido en el pueblo, seguido de una mujer tan respetable y querida como doña Petronila, impuso la tregua a que siguió la calma; y luego con ese cambio rapidísimo de sentimientos populares, vino el arrepentimiento, el horror a lo ya ejecutado, que con los tornasolados celajes de la aurora se contempló como la farsa más inicua.

La autoridad judicial se apersonó en el lugar del siniestro, y dos peritos nombrados *ad hoc,* expidieron su informe en términos tan técnicos como oscuros para llegar a la investigación de la verdad.

A la entrada de don Fernando, Lucía, don Sebastián y Manuel, al cuarto de Marcela, que acababa de morir, el cadáver, aún tibio, yacía tendido en un ligero catre de fierro sin toldilla, cubierto con una frazada blanca de listas azules y carmesí, tejida en el lugar, y sus brazos extendidos sobre la cama dejaban descubierta una parte del hombro.

Arrodillado junto al lecho mortuorio, con el rostro escondido entre las manos, estaba el cura Pascual.

Margarita, casi totalmente transformada, con una batita negra de percal, los cabellos sueltos y los ojos reverberantes con las lágrimas que brotaban desde su corazón, agarraba una de las manos de la muerta.

Lucía sacó del bolsillo de su bata un pañuelo blanco, y con él cubrió el rostro de la difunta, con el respeto que le inspiraba aquella mártir de su amor de madre, de su gratitud y de su fe.

En el cerebro de Lucía bullían las revelaciones que Marcela le confió en sus últimos momentos. Don Fernando y don Sebastián se quedaron en medio de la habitación, y Manuel, fijándose en Margarita, sintió agolparse a su corazón toda la sangre de sus venas.

¿Entraba en aquella habitación en el momento psicológico que se resuelven las grandes pasiones del corazón humano? ¿Era que conocía a Margarita en situación tan solemne y cuando su alma estaba predispuesta por tantas sensaciones encontradas al estallido de la más grande de las pasiones? ¿Era una confusión de sentimientos, o la belleza notable de Margarita, lo que sojuzgó el corazón del estudiante de segundo año de Derecho?

No lo sabemos, pero el arquero Niño infiltró el alma de Margarita en el corazón de Manuel; y junto al lecho de muerte nació el Amor que, rodeado de una valla insuperable, iba a conducir a aquel joven nacido, al parecer en esfera superior a la de Margarita, a los umbrales de la Felicidad.

En la habitación mortuoria nunca es animada la palabra.

Frases dichas a media voz, pasos cautelosos y cuchicheos como si todavía se velase a un enfermo; tal es el cuadro donde todos imitan el silencio sepulcral.

Por esta vez fue el cura Pascual quien dejando su actitud de recogimiento, con mirada vaga y voz clara, dijo:

—Alabad todos a Dios, porque dando hoy la gloria a una santa en el cielo, redime a un pecador en la tierra. ¡Hijos míos! ¡hijos míos! ¡perdón! ¡Pues yo prometo en este templo augusto, aquí, frente a las reliquias de una mártir, que para este pecador comenzará una era nueva!

Todos quedaron estupefactos, y miraban al cura Pascual creyendo que estaba loco.

Pero él, sin darse cuenta, continuó:

—No creáis que en mí hubiese muerto la semilla del bien que deposita en el corazón del hombre la palabra de la madre cristiana. ¡Desdichado el hombre que es arrojado al desierto del curato sin el amparo de la familia! ¡Perdón! ¡Perdón!...

Y volvió a caer de rodillas entrelazando las manos en actitud suplicante.

—Desvaría —dijo uno.

—Se ha vuelto loco —observaron otros.

Don Fernando, adelantando varios pasos, tomó del brazo al cura Pascual, lo levantó y le condujo a su escritorio o cuarto de trabajo, para ofrecerle un descanso.

Lucía dirigiéndose a los presentes, dijo:

—¡Dios mío!... pero... ¡Vamos! dejemos en paz a quien no es ya de aquí —y señaló al cadáver de Marcela.

Manuel, tomando de un brazo a Margarita, contestó con voz dulce:

—¡Señora, si Marcela ha partido al cielo arrancando lágrimas, esta niña viene de allá infundiendo esperanzas!

—Dice bien Manuel. Margarita, si no pude hacer felices los días de tu madre, haré colmados de dicha los años de tu existencia: ¡tú serás mi hija! —repuso Lucía dirigiéndose a la huérfana.

Aquellas palabras cayeron como lluvia vivificante sobre el joven, que mirando a Margarita se repetía interiormente:

—¡Qué linda! ¡es un ángel! ¡ah! yo también trabajaré por ella.

—¡Vamos! —repitió Lucía tomando del brazo a don Sebastián que parecía una estatua de sal. —Tenemos que cumplir los últimos deberes con la que fue Marcela. Y le sacó dejando que Manuel llevase a la huérfana, que por una misteriosa combinación salía de la vivienda mortuoria de su madre conducida por el hombre que tanto iba a amar en la vida.

XXV

Positiva es la influencia simpática que ejerce ante sus semejantes el hombre que reconociendo la mala senda se detiene para desandar lo andado y pide el amparo de los buenos.

Por descorazonado y egoísta que sea el actual siglo, es falso que el arrepentimiento no inspire interés y merezca respeto.

Las palabras del cura Pascual habrían conmovido los nobles sentimientos de don Fernando Marín, en grado tal que adquiriese completa disposición para apoyar, o mejor dicho, defender al párroco de las complicaciones que sobreviniesen en el curso de los acontecimientos iniciados con la intervención del juzgado; pero el señor Marín era hombre

de mundo, conocedor del corazón humano, y en la actitud del cura Pascual vio una faz diferente de la que el vulgo veía, y dijo para sí:

—Esta es la explosión del susto, el sacudimiento nervioso que produce el miedo; yo no puedo tener fe en las palabras de este hombre.

Mientras tanto, el cura Pascual, como adivinando por intuición el pensamiento del señor Marín, dijo a éste:

—No quiero detenerme don Fernando. Las resoluciones acompañadas de vacilación se desvirtúan. He sido más desgraciado que criminal. Mienten los que, sentando una teoría ilusoria, buscan la virtud de los curas lejos de la familia, arrojados en el centro de las cabañas, cuando la práctica y la experiencia como dos punteros de la esfera, que han de señalar infaliblemente la hora, nos marcan que es imposible conseguir la degeneración de la naturaleza y del hombre.

—Usted ha apodido ser un sacerdote ejemplar, cura Pascual —contestó el esposo de Lucía casi apoyando las últimas palabras de su interlocutor.

—Sí, en el seno de la familia, don Fernando, pero hoy, ¡puedo decirlo delante de usted!, solo, en el apartado curato, soy un mal padre de hijos que no han de conocerme, el recuerdo de mujeres que no me han amado nunca, un ejemplo triste para mis feligreses. ¡Ah!...

La voz del párroco estaba ahogándose; gruesas gotas de sudor corrían por su frente y su mirada infundía, más que respeto, miedo.

—Cálmese, cura Pascual ¿a qué tanta exaltación? —dijo don Fernando con ademán compasivo, a la vez que con la fisonomía demudada por la sorpresa, pues aquél que tenía delante no era el cura Pacual que vio y trató tantas veces; era el león despierto del letargo con el dolor de una herida mortal, desgarrándose sus propias entrañas.

—La revelación de Marcela —dijo el cura por toda respuesta, tapándose la cara con ambas manos, y volviéndose a descubrir para levantarlas al cielo como sobrecogido de espanto.

¿Eran horribles, acaso de magnitud y trascendencia, aquellas palabras de la revelación sacramental? Indudablemente.

Cualesquiera que ellas fuesen, cayendo sobre un ánimo ya preparado por el terror que le infundió el resultado de la asonada y la sobreexcitación cerebral producida por el licor y los placeres que apuró en brazos de Melitona, agregándose a esto las palabras que lanzó Manuel como un tremendo reto, todo debía producir su estallido.

En tales situaciones el hombre va a los dos extremos de la vida social: la virtud o el crimen.

Pero el pobre organismo del cura estaba gastado totalmente, y la reacción para el bien no podía ser indicio de perseverancia. Aquél era el *delirium tremens* que asalta el cerebro, mostrándole fantasmas

que hablan y amenazan. Sus labios estaban secos, su respiración quemaba; mas el cura, continuando su discurso interrumpido por una lucha interior, dijo:

—La mujer es como la miel: tomada en cantidad agota la salud... ¡Estoy... resuelto don Fernando!...

El cura Pascual deliraba y cayó al suelo completamente privado, de donde lo levantaron presa de una fiebre *tifoidea,* y fue preciso conducirlo a su casa, desierta de los afectos y cuidados de familia y de todo auxilio.

No había para el infeliz más asistentes que su *pongo* y sus *mitayas* forzosas, ni más cariño que el de su perro.

XXVI

Todas las elevadas cumbres de las montañas que rodean Kíllac estaban cubiertas de esa palidez que a veces derrama el astro rey al hundirse en el ocaso, y que en el país se ha dado en llamar el *sol de los gentiles.*

Estaba tranquila la tarde y las cigarras comenzaban a cruzar el espacio anunciando la llegada de la noche con ese zumbido del *qqués-qqués.*

Lucía y Manuel, en presencia de don Sebastián, se ocupaban de los últimos arreglos para el entierro de Marcela, cuando entró don Fernando, a quien dijo su esposa:

—¡Fernando! ¿qué cosas, no? ¿Sigue el arrepentimiento del pobre cura?

—Hija, el cura Pascual se está muriendo con fiebre y en el delirio dice cosas que *estremecen el alma* —contestó don Fernando pasándose la mano por la frente. Don Sebastián al oír esto saltó como mordido por una víbora, gritando:

—¡Dios me ampare y me favorezca! Ahora no falta más que vengan *las justicias;* francamente, esto es horrible ¡horrible! —repetía golpeándose la frente con la palma de la mano.

—Calma, don Sebastián, no vaya usted a ponerse malo —dijo don Fernando llevando la mano al hombro del gobernador.

En aquel momento lanzó su primer clamor la campana del templo, tocando a muerto y pidiendo en su *doble* una oración por Marcela, mujer de Yupanqui...

. . . .

Lucía que tenía cerca a Margarita la atrajo hacia su corazón y estrechándola contra su pecho la dijo:

—Vamos a buscar a tu hermanita Rosalía; hace tantas horas que no la vemos —y dirigiéndose a su marido agregó: —Fernando, tú en-

tiéndete con ellos, yo voy a preparar el albergue prestado para las dos *aves sin nido.*

—¡Margarita! ¡Margarita! —murmuró Manuel al oído de la niña—. ¡Lucía es tu madre,... yo seré... tu hermano!

Y resbaló una lágrima por el rostro del joven, como la perla valiosa con que su corazón pagaba a Lucía el cariño por la huérfana, cuyo altar de adoración ya estaba levantado en su alma con los lirios virginales del primer amor.

¡Amar es vivir!

SEGUNDA PARTE

I

El *CORAZÓN* del hombre es como el cielo cargado de nubes: infinito en sus fenómenos e igual en el curso de sus sacudimientos tempestuosos.

Después de la noche de tormenta clarea el día de luz y de sol.

Tras de los sucesos tristes que dejamos narrados en la primera parte de esta historia, la población de Kíllac entró en un período de calma, semejante al desfallecimiento que sigue al trabajo inmoderado, aunque la tempestad levantada en el corazón de Manuel tomaba proporciones considerables, impulsada por la soledad y la falta de ocupación consiguientes.

Transcurrieron así meses y meses.

Instaurado el juicio respectivo para descubrir a los verdaderos culpables del asalto, las diligencias preparatorias, con su tecnicismo jurídico, no habían podido señalarlos, ni averiguar nada de lo que nosotros sabemos; siguiendo el proceso con la *lentitud* alentadora del reo, lentitud con que en el Perú se procede dejando impune el crimen, y tal vez amenazada la inocencia.

Sin embargo, el expediente engrosaba: cada día se añadían pliegos de papel sin sellar con el respectivo *cargo* de reintegro oportuno, constando en autos extensas declaraciones de testigos que ni al expresar su edad, estado y religión, decían verdad convincente.

Citaron al señor Marín al juzgado para prestar una instructiva como perjudicado, y no obstante el propósito que le asistía de no empeñarse en aquel juicio, se presentó, obedeciendo la citación, al juzgado de paz comisionado por el de primera instancia para instruir el *sumario.*

El Juez de Paz que era don Hilarión Verdejo, hombre ya entrado en años, viudo de tres mujeres, alto y *cacarañado,* actual propietario de «Manzanares» que compró a la testamentaría del Obispo don Pedro Miranda y Claro, estaba gravemente sentado en el despacho ante una mesa de pino, en un sillón de vaqueta y madera, de los que se fabricaban en Cochabamba (Bolivia) hace cuarenta años, y que hoy son, en las ciudades del Perú, una rareza de museo.

Acompañaban a Verdejo dos hombres, de los que sabían rubricar, quienes iban a servir de testigos de actuación, y no tardó en llegar el señor Marín, a quien recibió el Juez alargándole la mano y diciéndole:

—*Usté* perdonará mi señor don Fernando que lo *haiga* hecho venir *pacá;* yo hubiese ido *pallá;* pero, el señor *Jués de istancias...*

—Nada de excusas, señor Juez, está muy en orden —contestó el señor Marín, y don Hilarión comenzó la lectura de algunos documentos que persuadieron a don Fernando, una vez más, de que sería risible de su parte proseguir aquel juicio digno de ser tratado por gente seria.

—¿Vamos a la actuación, señor Juez? —preguntó don Fernando.

—Esperemos otro poquito, mi señor; no tardará mi plumario *pa quescriba* —repuso Verdejo algo turbado, acomodando su sombrero en una esquina de la mesa y dirigiendo miradas ansiosas hacia la puerta por donde, al fin, apareció Estéfano Benites llevando la pluma sobre la oreja derecha. Saludó muy de prisa y arrastrando una silleta, dijo:

—Mucho me he tardado, señor; usted dispense —tomando al mismo tiempo la pluma, *sopándola* en el tintero y colocándose en actitud de trasladar al papel que tenía delante el dictado de don Hilarión, que dijo:

—Ponga *usté* el *encabezonamiento* don Estéfano, con buena letra, *qués* cosa de nuestro amigo el señor Marín.

Benites, después de llenar algunos renglones, contestó:

—Ya está, señor.

Entonces don Hilarión tosió para afinar la voz, y con tono magistral, o mejor como escolar que repite su lección de memoria, comenzó así:

—Preguntado si sabe y le *costa* que *hubieron* desórdenes con armamentos de fuego en este pueblo, la noche del *sinco* del mes *corrientes,* respondió...

—Que sí sabe y le consta por haber sido su domicilio atacado —se apresuró a contestar don Fernando deseoso de ahorrarle algunos aprietos de redacción al Juez.

—*Conesta* declaración los mata *usté* a sus enemigos, mi don Fernando —dijo Verdejo haciendo paréntesis en el dictado.

Don Fernando se concretó a callar, y el Juez continuó:

—Preguntado si sabe *quienes atacó* la casa o conoce los *fautores* del atentado...

—Que sí —dijo don Fernando con firmeza.

Al escuchar esta respuesta, Estéfano levantó la cara con la sorpresa consiguiente a tan inesperado golpe, observando el semblante del señor Marín, y aunque en él no pudo descubrir nada que le hiciese sospechar que estaba al cabo de su participación, desde aquel momento varió algo la forma de su letra, lo que demostraba que su pulso no iba firme.

Los testigos cruzaron entre sí una mirada significativa, y el Juez no dejó de observar:

—Siendo *estoasí,* condenados tendremos —y creyendo haber trabajado lo suficiente, agregó: —Por hoy basta, don Fernando: mañana

continuaremos si Dios *nordena* otra cosa, porque *mestán* esperando *pa* un deslinde ¡Jesús! qué *ocupao* vive un *jués*... y *toavía* sin... —dijo rascando la palma de la zurda con los dedos de la diestra.

—Como usted guste, señor Juez, a mí no me urge esto —respondió don Fernando Marín tomando su sombrero y despidiéndose. Iba a salir cuando se le llegó Estéfano con aire misterioso y le dijo a media voz:

—Señor Marín, dispense usted ¿quién me abonará mis derechos de... *secretario*?

—No sé, amiguito —contestó don Fernando moviendo la cabeza, y abandonó el santuario de la ley.

Luego que se encontraron solos observó Verdejo, dirigiéndose a su plumario:

—Ha dicho que los conoce, ¿eh?

—Sí, don Hilarión; pero en la prueba están las tantas muelas, como habría dicho el *Cachabotas* —respondió Benites limpiando la pluma con un pedacito de papel.

—Eso también he *pensao* yo, don Estéfano, que *pa* algo, pues, sirve llevar tantos años de *judicatura,* e siquiera queda experiencia.

—Y ahora que recuerdo, señor; para que todo vaya bien aparejado, hay que decretar primeramente el embargo del ganado del campanero, porque hasta el presente *folio* resulta el único comprometido en esto —instruyó Benites obedeciendo a un plan ya preconcebido.

—*Ajá,* ya *meiba* olvidando, ponga usted el decreto *fuerte.*

Autorizó el Juez, y Benites redactó en seguida una especie de auto de embargo de las vacas, ovejas y alpacas de Isidro Champi, campanero de Kíllac, para quien aquel ganado representaba la suma de sacrificios sin nombre soportados por él y su familia durante su vida. Después de escribir consultó Estéfano al Juez y dijo:

—El depositario que exige la ley puede ser nuestro amigo Escobedo, es persona abonada, honrada y toda nuestra, señor Juez.

—¿Escobedo?... —repitió don Hilarión rascándose la oreja, y después de una ligera pausa —sí, *siestá* bien, ponga *usté* a Escobedo —respondió Verdejo ordenando los papeles desparramados sobre la mesa y tomando en seguida su sombrero para salir...

II

La situación de Manuel era de las más complicadas.

Encerrado en su cuarto por largas horas, durante el día y casi toda la noche, se decía en frecuentes soliloquios:

—Por mucho que el nombre de don Sebastián no conste todavía en los autos, él está repetido de boca en boca, signado por acusación y prueba. Las explicaciones de mi conducta dadas a los extraños que me vean frecuentar la casa de don Fernando Marín, no podrán ser satisfactorias por el momento, ni honrosos para mí los comentarios que se hagan. Será, pues, necesario fortalecerse; iré también al sacrificio para ser algún día digno de ella...

Dejaré de visitar la casa, pero, ¡en qué momentos me impongo este alejamiento! ¡Dios mío! ¡Cuando mi corazón pertenece a Margarita, cuando mi anhelo es poder participar de los arreglos que la señora Lucía proyecta para la buena educación de la huérfana! ¡Dolor del alma! ¡tú te llamas Fatalidad, y yo soy tu hijo!...

Al decir estas últimas palabras cayó Manuel sobre el sofá de su pequeño cuarto, y con la cabeza apoyada en las palmas de las manos y los codos sobre las rodillas, permaneció como quien se abisma en los mares sin orilla de la duda y la meditación.

Manuel, indudablemente que tenía un plan concebido en su cerebro, acaso dictado por su corazón, y ejecutarlo era la exigencia ineludible.

Había comenzado a preparar el campo para realizar ese plan concebido por él.

Un día, después de reñidas vacilaciones, el sentimiento avasalló a la voluntad, y se dijo:

—Sea tiempo de arrostrar todo comentario, y esta noche voy.

Y por la primera vez desde su llegada, puso esmero en su peinado y vestido. Sacó unos guantes que estaban en el fondo del baúl y que fueron de estreno en sus exámenes universitarios, preparó sus botas de charol, y se fue a *hacer tiempo* en el jardín de su casa.

El pensamiento de Margarita lució vivo entre las flores, y todo el hombre absorbido por sueños ilusorios, cogió una porción de las lindas *violetas rellenas* que en tanta abundancia se producían debajo de las enramadas del arrayán, formó con ellas un perfumado ramillete, y lo guardó en el bolsillo de la pechera interior de su gabán, diciendo:

—Las violetas son las flores que representan la modestia, y la modestia es virtud que resalta más en una mujer hermosa, porque la fea debe serlo. ¡Para mi Margarita las violetas! Cuando a mi edad se las arranca, en medio de los rayos de luz que alumbran el corazón enamorado, involuntariamente se va dejando un pedazo del alma en cada flor para que toda ella vuele a juntarse con el alma del ser amado. Los veinte años son, dicen, la poesía de la existencia, las flores sus rimas y el amor la propia vida. ¡Oh! ¡yo siento, sé que vivo desde que amo!

Llegó por fin la ansiada hora y Manuel, calándose los guantes y perfumando su ropa, se lanzó por en medio de las oscuras calles de

Kíllac, cuyo empedrado desigual devoró con pasos de gigante, y llegó a casa de don Fernando con el corazón palpitante de emociones, que para él trascendían ambrosía.

Al entrar al salón de recibo, encontró a Lucía dando las últimas puntadas a una relojera de raso celeste en que había bordado con sedas matizadas de colores una flor *no me olvides* con las iniciales de su esposo al extremo.

Cerca de ella estaba Margarita, más linda que nunca, con su cabellera suelta sujeta a la parte de la frente con una cinta de listón, y se ocupaba de acomodar en una caja de cartón las fichas del *tablero contador* en el cual ya conocía todas las letras.

Rosalía, junto con una muchachita de su edad, reía, lo más alegre del mundo, de una muñeca de trapo a la que acababan de lavar la cara con un resto de té que había en una taza.

Manuel se quedó extasiado por algunos segundos contemplando aquel hermoso cuadro de familia, donde Margarita representaba para su corazón el ángel de la Felicidad.

Lucía volvió la cabeza creyendo encontrarse con don Fernando, pero, al ver a Manuel, dijo sorprendida y dejando su labor:

—¡Ah! ¿era usted, Manuel?

—Buenas noches, señora Lucía. Y, ¡cómo se ha sorprendido usted con mi presencia! ¿si iré a morirme? —repuso Manuel con ademán alegre, descubriéndose y dando la mano a la señora Marín.

—No diga usted eso; si me he sorprendido es por que usted se ha perdido tantos días —contestó con amabilidad la esposa de don Fernando correspondiendo la salutación de Manuel, e invitándole un asiento con la mano.

—Razón demás para que ustedes hayan vivido a toda hora en mi memoria y en mi corazón —repuso el joven fijando la vista en Margarita, a quien saludó en ese momento, diciéndole: —Y, ¿cómo está la dichosa ahijada? —Y tomó la diminuta mano, que al rozar la suya, produjo para ambos jóvenes el efecto del contacto de dos almas.

—Bien, Manuel, ya conozco todas las letras del tablero —contestó la niña sonriendo de contento.

—¡Bravísimo!

—Parece broma, pero cada día me siento más satisfecha de mi ahijada ¿no? —dijo Lucía mirando a la huérfana.

—¿A ver? quiero someterte a examen —dijo Manuel tomando la caja. Y vaciando las fichas comenzó a escoger letras enseñándoselas a Margarita.

—A, X, D, M —decía la niña con viveza encantadora.

—Aprobada —dijo riendo Lucía.

—Ahora ya debes combinar, yo seré tu maestro —propuso Manuel, tomando seis letras, y después nueve; y colocándolas en orden, dijo:

—¡Mira!... y le hizo deletrear:

—*Margarita, Manuel.*

Lucía conoció la intención de Manuel, y con tono amable, acompañado de una sonrisa, le dijo:

—Buen maestro, no se desentiende de sus intereses, quiere grabar su nombre en la memoria de las discípulas.

—A algo más llega mi audacia, señora; quisiera grabarlo en el corazón —contestó Manuel en tono de broma.

Margarita no apartaba la vista del tablero. Sin arriesgar apuesta, parece que podíamos asegurar que ya sabía combinar aquellos dos nombres. Manuel se encontraba emocionado por el giro que tomaban las cosas, y como quien disimula preguntó:

—Señora, ¿don Fernando no está en casa?

—Sí está; cabalmente a la entrada equivoqué a usted con él, y no debe tardar. Pero a todo esto ¿por qué se ha alejado usted de casa? —preguntó Lucía.

—Señora, no quiero enfadarla con explicaciones dolorosas; he creído prudente hacerlo mientras duran estos asuntos judiciales.

—Es usted precavido, Manuel, pero nosotros, que estamos al corriente de todo, que usted nos salvó...

—No por ustedes, sino por los demás —se apresuró a decir Manuel, sin desatender el interés que Margarita manifestó para oír las palabras de su madrina.

En estos momentos entró don Fernando, colocó su sombrero en una silleta y alargó la mano a Manuel, quien se puso de pie para recibirle.

III

El cura Pascual salvó milagrosamente del ataque de tifoidea que le tuvo siete días postrado en el lecho del dolor, de donde lo arrancó la asistencia caritativa.

Su convalescencia iba a ser tardía, no obstante la benignidad del clima y la abundancia de leche y alimentos nutritivos. Su cerebro necesitaba cambio de lugar, de objetos y de costumbres para quedar desposeído de las imágenes que en él vivían con todo ese comején de los remordimientos, y resolvió ir a la ciudad en busca de un facultativo y de algún consuelo, dejando temporalmente el curato a un fraile exclaustrado de los antiguos franciscanos, que llegó a Kíllac casi al mismo tiempo que la nueva autoridad nombrada por el Supremo Gobierno

para regir la Provincia. Elegido fue el Coronel Bruno de Paredes, hombre conocidísimo en todos los partidos del Perú, así por gozar de influjos conquistados en *torneos del estómago,* o banquetes, como por sacar con frecuencia las manos del plato de la Justicia. Paredes era, además, antiguo camarada de don Sebastián, y hasta compañero de armas en una revuelta que hubo en pro, no sabemos asegurar si de don Ramón Castilla o don Manuel Ignacio Vivanco[9].

La edad de don Bruno pasaría de los cincuenta y ocho años; sin embargo, estaba conservado y *mozo* con ayuda de un poco de tinte de Barry para el pelo y los trabajos del dentista Christian Dam[10] para la boca, novedades que él llevó de Lima en la primera vez que marchó de la capital como diputado dual por los *Sacramentos.*

Alto y grueso, de facciones vulgares y color más que *modesto,* cuando reía a carcajada descompuesta dejaba ver la dentadura ajena por debajo de sus labios resguardados por unos mostachos atusados en forma de cepillo. Vestía pantalón negro, chaleco azul cerrado hasta el cuello por botones amarillos *de la patria,* que también lucía, aunque más grandes, en la levita de paño café oscuro con enormes presillas de Coronel; y gastaba un sombrero faldón de paño negro, con un herraje de caballo en miniatura como remache del cintillo ancho, de gro rayado. Nunca hizo ninguna clase de estudios militares, es verdad; pero las circunstancias le pusieron los galones el día menos pensado, y él tampoco cometió la candorosidad de despreciarlos. Su instrucción pecaba de pobre y su habla se resentía de pulcritud.

A su llegada a Kíllac se puso en relación inmediata con su antiguo camarada, don Sebastián, a cuya casa se dirigió; supo los acontecimientos ocurridos en la población, y sostuvo el siguiente diálogo, donde rebosaba la confianza de otras épocas.

—¡Qué diantres! y ¿usted, mi don Sebastián, todo un hombre que viste calzones se ha dejado manejar por un muchacho de escuela como es Manuelito? Pues, no faltaba más.

—Mi Coronel, francamente, declaro a usted que no se puede de otro modo. Ese muchacho me ha reflexionado como un libro, y *Petruca* ha remachado el clavo con sus lloros...

—¡Bonita va la cosa! Llévese usted de lloros de mujeres, y veremos como anda la Patria. No, señor: usted se planta en sus trece, y yo le sostengo; sí, señor.

---

9 Castilla y Vivanco fueron caudillos militares del primer período de la república peruana.

10 La compañía Barry anunciaba sus productos cosméticos en el *Perú Ilustrado,* la revista que dirigía Clorinda Matto.
El dentista Christian Dam también anunciaba sus servicios en el *Perú Ilustrado.* Dam llegó a editar periódicos anarquistas y fue amigo de Manuel González Prada.

—Es que mi renuncia ya se está tramitando en la Prefectura, francamente, mi Coronel...

—¡Caracoles! Usted parece niño de teta, don Sebastián, ¿no sabe usted que quien tiene padrino se bautiza? ¿dónde está esa bravura de otro tiempo? sí, señor...

—¿Y cómo arreglaríamos? Pues, francamente, esto es serio —respondió don Sebastián revelando alegría inusitada.

—Lo arreglamos en dos patadas, sí, señor, usted retira o no retira su renuncia y yo le nombro otra vez Gobernador —dijo el Coronel poniendo ambas manos en los bolsillos del pantalón, suspendiendo éste como quien lo sujeta a la cintura, y paseándose con calma.

—Francamente... —observó don Sebastián, pasándose la mano por debajo del pelo como quien busca ideas, y agregó: —La Pascua está cerca, también podemos mandar un torillo a la Prefectura; pero... francamente, ¿y don Manuel, mi Coronel?

—Ríase usted de Manuel. No tiene usted para qué darle a saber nada. Y, usando de nuestra antigua franqueza, voy a decirle claro a usted, mi don Sebastián: necesito de su brazo; he venido contando con usted. Esta Subprefectura tiene que sacarme de ciertos *apuritos,* sí, señor; usted sabe que el hombre gasta, hace cinco años que persigo este puesto, como usted no ignora, y mis planes son bien meditados.

—Así la cosa, francamente, ya varía de cara —repuso don Sebastián acercándose más a su intelocutor.

—¡Y qué! ¿me ha creído usted un tonto, don Sebastián? Yo sé que cuando se alquila una vaca lechera se devuelve bien exprimida. ¿Acaso han sido pocos mis empeños para conseguir esto?

—Esa es mucha verdad, mi Coronel, ¿tantos tísicos no engordan aquí...? pero, a todo esto, francamente, ¿y eso del juicio de la tal asonada...?

—¿Lo del juicio? ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡Cómo se conoce que es usted bisoño, serrano a las derechas! ¡Teniendo miedo al juicio! Sí, señor, deje usted que sus tataranietos *digan de nulidad,* y no pensemos más en el juicio.

—¡Mi Coronel, francamente, usted me ensancha!...

—Y ¿qué es del cura Pascual?

—Nuestro cura, mi Coronel, ha ido a la ciudad a convalecer; francamente, casi se nos muere.

—Lo siento, pues el curita habría sido un buen apoyo para nuestros proyectos; tenemos que juntar buenos soles este año —dijo don Bruno sacando ambas manos de los bolsillos.

—¡Cómo no, pues, mi Coronel! Francamente, el cura Pascual nos convenía, tan bueno, tan condescendiente como es!

—¿Y sigue enamoradizo...?

—Eso, mi Coronel, maña y figura hasta la sepultura, y francamente, también uno es hombre...

—Sí, señor, uno es hombre. ¿Y Estéfano Benites, y los otros amigos de aquí? —preguntó don Bruno con manifiesto interés.

—Todos buenos, mi Coronel, y, francamente, a mí me gusta mucho Benites.

—Pues hágalos llamar, don Sebastián. Yo quiero dejar todo nuestro plan administrativo acordado para seguir mi viaje, porque no debo demorar mi *juramento.*

—En el *istante,* mi Coronel, aunque francamente, no tardarán en venir a felicitar a usted; ya en el pueblo se sabrá su llegada —repuso don Sebastián que se sentía totalmente reanimado.

Todos los escrúpulos que las palabras de Manuel levantaron en su alma, habían desaparecido al influjo de la voz del Coronel Paredes, con la misma rapidez con que se cambian los dorados celajes de verano, o las buenas ideas ante la superioridad moral de quien las combate.

IV

La visita de Manuel a casa de don Fernando resolvió uno de los puntos importantes de su vida, como se verá más adelante.

Don Fernando Marín refirió a Manuel los pormenores de lo ocurrido en el juzgado, y terminó así:

—Y todo esto ¿no le da a usted la más triste idea de lo que son estas autoridades, don Manuel?

—¡Don Fernando! tengo el *alma herida* y cada nueva de estas pone el dedo en la llaga. ¡Ah! ¡si yo pudiese arrancar a mi madre! —dijo el joven conmovido, colocando sobre la mesa una ficha del tablero de Margarita, que por distracción tenía entre las manos.

—Por esto, Manuel, hemos resuelto mandar a las chicas a educarlas a otra parte —dijo Lucía interesándose en la conversación.

—Y ¿qué lugar han elegido ustedes? —preguntó Manuel vivamente interesado.

—Lima, por supuesto —respondió don Fernando.

—¡Oh, sí, Lima! allá se educa el corazón y se instruye la inteligencia; y luego creo que Margarita en un par de años hallará un buen esposo. Con esa cara y esos ojos no se alarga ningún solterío —dijo Lucía riendo a satisfacción; pero Manuel, palideciendo, volvió a preguntar:

—¿Han resuelto ya ustedes la fecha del viaje de las chicas?

—No está aún resuelto el día, pero será en todo este año —contestó don Fernando, poniéndose de pie y dando algunos paseos.

—Viajar a Lima es llegar a la antesala del cielo, y ver de ahí el trono de la Gloria y de la Fortuna. Dicen que nuestra bella capital es la ciudad de las Hadas —respondió Manuel disimulando sus emociones; y desde aquel momento se fijó en su mente la idea de ir también a Lima en seguimiento de Margarita.

Lucía hizo un ligero aparte con su esposo, que acercándosele permanecía de pie junto a ella; y Manuel aprovechó de esa pequeña distracción para entregar a Margarita su ramillete de violetas, diciéndole con voz apagada y muy ligero:

—Margarita, estas flores se parecen a ti; quisiera encontrarte siempre modesta como ellas. Guárdalas.

Margarita tomó con ligereza el ramillete y lo escondió en el seno con la agilidad infantil que hace ocultar el juguete codiciado por otro niño.

¿Por qué el amor se inicia con ese sigilo instintivo? ¿Por qué brota la flor de la simpatía entre la maleza del egoísmo, del disimulo y de la ficción? ¿Quién había podido decir a Margarita que era acción vedada aceptar las flores de un joven, ofrecidas con el rocío del afecto?

¡Ese es el misterio de las almas!

Se lo dijo el fuego de las pupilas de Manuel, que partiendo de sus ojos fosforescentes fue a incendiar el corazón de la niña, corazón de virgen que comenzaba a sentir esos ligeros estremecimientos, que pasando inadvertidos al principio, acaban por dejar temblorosa en las pestañas la lágrima que arranca el amor.

¡Lágrima de felicidad!

Lágrima que anuncia al corazón la hora del sentir; lluvia que rocía la flor de las esperanzas.

El corazón de la mujer es corazón de niña desde que nace hasta que muere, si no lo han helado las dos únicas tempestades terribles: la incredulidad y la depravación.

Lucía, cambiando por completo el tema de la conversación, dijo a su esposo:

—¿Sabes, Fernando, que Manuel tiene mil escrúpulos para seguir visitándonos?

—Ante nosotros, hija, no tiene por qué, pero ante los demás, sí tiene razón; sin embargo —dijo dirigiéndose al joven— puede usted venirse en las noches.

—Gracias, señor Marín.

—Y me dicen que hoy ha llegado la nueva autoridad ¿sabe usted, Manuel, dónde tomará alojamiento? —preguntó don Fernando, a quien replicó Manuel.

—Sí, señor, estuvo hoy en casa; pero continuó su camino en seguida. Yo le ví y saludé muy de ligero; me parece que no hemos simpatizado. El me conoció niño...

—Lo siento, un joven como usted vale por veinte de los viejos de esa calaña. No es lisonjearlo, pero creo que la autoridad ganaría más con la amistad de usted.

—¡Gracias por tantas bondades, don Fernando! pero los que nos conocieron en pañales rara vez nos quieren ver de otro modo —contestó Manuel sonriendo y tomando su sombrero para salir.

—Buenas noches, señora, señor Marín, Margarita —dijo Manuel.

—Buenas noches —repitieron los demás y Margarita agregó, con vocecita suplicatoria:

—Manuel, volverás ¿no?

En breve se halló Manuel entregado a su pensamiento en medio de las lóbregas calles de Kíllac, cuyo silencio infundía pavor al espíritu de quien recordase las trágicas escenas del cinco de agosto y el cuadro de la muerte de Juan Yupanqui. Pero Manuel estaba profundamente preocupado con los efluvios que, partiendo de su corazón, invadían su cabeza, para poder pensar en nada extraño a su amor. Hablaba consigo mismo, es decir, pensaba en alta voz, y decía:

—¡Sí! ¡me iré a Lima! dentro de tres años ya seré abogado, y Margarita una bella mujer de dieciséis o diecisiete abriles, risueños y floridos... ¡Qué linda se pondrá Margarita con ese clima suave y puro de Lima, donde las flores brotan purpurinas y olorosas!... y entonces... ¿y ella sabrá pagar mi amor?... ¡ah!... ¿me verá como al hijo del victimador de sus padres?... ¡gracias, Dios mío, gracias!... por la primera vez de mi vida me siento satisfecho de mi verdadero padre. Pero... ¿por qué no puedo llevar su apellido, ese apellido que todos respetan y veneran?... ¡no es mandato de Dios, es aberración humana, es ley cruel, ley fatal!... Margarita, Margarita mía... yo... no tendré inconveniente en declarárselo a don Fernando, y entonces ¡serás mi esposa! ¡El amor estimula mis aspiraciones; quiero ser abogado cuanto antes!... Llegaré a Lima tras ella; en la famosa Universidad de San Marcos estudiaré con desvelo, sin tregua ¡Sí! ¡la voluntad lo puede todo!... pero ella, ¡es preciso que me ame!... ¡ah! ¡tal vez sueño!... ella me ama porque ha acogido mis violetas con todo el entusiasmo del amor, y al despedirme ¡me ha pedido que vuelva!... ¡acaso deliro!... Si ya fuese una mujer le podría revelar todo mi pensamiento, pero Margarita aún es niña y esa niña me ha robado el alma. ¡Sí! ¡yo seré digno de la ahijada de esa angelical señora, de Lucía!

Manuel parecía un loco rematado; tal era el fuego con que hablaba en momentos en que el ladrido de un perro que amenazaba devorar sus pantorrillas, lo sacó de su abstracción, mostrándole que estaba en las puertas de su casa, abiertas porque el cariño de doña Petronila esperaba su regreso con el supremo amor de madre, que no se doblega ante la vigilia ni ante el sacrificio.

Aquella casa no estaba tranquila, pues a los primeros pasos que avanzó Manuel en el zaguán, advirtió una algazara de Dios es Cristo.

V

La reunión de los vecinos en casa de don Sebastián se verificó rápidamente como éste lo presumía, calculando el tiempo en que se generalizase la noticia del arribo de la nueva autoridad a Kíllac.

Los vecinos que iban llegando se dirigían al Subprefecto, que esperaba gravemente apersonado en el salón de don Sebastián, en estos términos:

—Mucho *nos* alegramos al saber que *usía* venía, mi Coronel —dijo uno.

—Sí, *usía*. Ahora sí tendremos buena autoridad —agregó otro.

—*Felicitamos* a *usía* todos los vecinos notables del lugar —aclaró el de más allá.

Y todos daban razones del caso sin abandonar el tratamiento de usía, confundido tal vez por otro, y se expresaban con su manera de hablar colectivamente o en coro.

El Coronel les contestó arreglándose el sombrero faldón:

—Yo vengo con las más sanas intenciones, trayendo el firme propósito de apoyar en todo a los del lugar.

—Eso es lo que queremos —gritaron varios.

En tales momentos llegó Estéfano Benites.

El Subprefecto agregó:

—A mi vez, espero que ustedes me apoyarán también, caballeros... ¡Hola amigo Benites! —terminó don Bruno, reparando en el recién llegado.

—Cuente con nosotros *usía* y tenga muy santas tardes —contestó Estéfano alegre como un villancico.

—Sí, *usía,* somos de *usté* —dijeron varios.

—Yo voy a dejar mis instrucciones al señor Gobernador, espero que mis amigos le apoyen y le secunden —dijo el Coronel señalando a don Sebastián.

—¿Sigue siempre de Gobernador don Sebastián, *usía?* —preguntaron en coro.

—Sí, caballeros, me parece que no estarán ustedes descontentos —respondió el Subprefecto.

—¡Ahora sí! eso mismo les dije yo que convenía —repuso Estéfano mirando a un lado y otro.

—Y bien, debemos aprovechar de la estación para hacer nuestro *repartito* moderado ¿eh? en lo legal a mí no me gustan abusos —dijo el Coronel velando su intención y mirando los retratos del empapelado.

—Sí, eso es justo, francamente, y así lo acostumbran todos los subprefectos, mi Coronel —dijo don Sebastián apoyando.

—Sí, pues, ¿qué tiene eso? es costumbre, y también se protege a los indios comprando aquí mismo —opinó Escobedo que estaba presente.

—¿Y sabe *usía* de las bullangas con don Fernando Marín? —preguntó Estéfano Benites, como para asegurarse de un punto de partida según la respuesta.

—Mucho que las sé; pero ustedes han sido mal... aconsejados; esas cosas no se hacen así; para otra vez hay que... tener prudencia —dijo el Subprefecto variando la primera forma de su pensamiento, pues comprendió que iba a decir una inconveniencia.

—Eso mismo les manifesté, *usía;* pero la culpa solamente la tiene el bribón del campanero que fue a tocar las campanas y alborotar la población —objetó Estéfano alcanzando la admiración de sus colegas, que dijeron:

—Esa es la verdad, como ya consta del juicio.

—¿Eso está probado ya en el expediente? —preguntó con vivo interés el Subprefecto.

—Sí, *usía,* y hasta ahora no se toma ninguna medida con el indio campanero, y están comprometidos sólo los nombres de personas respetables —repuso Estéfano, y don Sebastián agregó, listo:

—Mi Coronel, francamente, sin la ocurrencia del campanero no habría habido nada; porque también, francamente, don Fernando es buen hombre no más.

—¿Y quién es el campanero? —dijo don Bruno.

—Un indio Isidro Champi, *usía,* muy *liso* y muy metido a gente, porque tiene bastantes ganados —repuso Escobedo.

—Pues, mi Gobernador, ahora mismo ponga un oficio al Juez excitando su celo; ordene usted la captura de Isidro Champi, y póngalo en la cárcel a disposición del juzgado y... a mi regreso arreglaremos —dijo el Coronel.

—Eso es, hay que proceder con energía y con justicia —observó Estéfano.

—*Muy magnífico,* mi Coronel, francamente, también el indio Champi debe pagar su culpa —apoyó don Sebastián.

—¡Bien! y ahora a las órdenes de ustedes. ¿Mi caballo? —dijo el Coronel saliendo a la puerta de la sala.

Durante aquellos acuerdos, los agentes y *comisarios* de don Sebastián habían preparado un gran acompañamiento para la salida del nuevo Sub-

prefecto, y en el patio de la casa aguardaban ya muchos caballos ensillados y una banda de música con tamboriles, clarines, bocinas y clarinete. Un alcalde, vestido de gala con su sombrero de vicuña, sol de plata en el pecho, manto negro, vara alta con canutillos de plata y la trenza de sus cabellos cuajada de hilos de vicuña, se presentó trayendo de las riendas un brioso alazán en que cabalgó el Coronel don Bruno de Paredes.

En la calle aguardaba una cuadrilla de *wífalas,* indios disfrazados con enaguas y pañuelo de color terciado al hombro llevando otro pañuelo amarrado a un carrizo, que tremolaban al son del tamboril, bailando para la autoridad y siguiendo el paso de los caballos.

—¡Viva el Subprefecto, Coronel Paredes!...

—¡Vivaaa! —gritaron multitud de voces.

El Subprefecto oía satisfecho su nombre vitoreado por aquellas turbas desgraciadas, hinchado como la rana de la fábula, envanecido como todo ser que llega a un puesto que no merece; y con tan brillante séquito tomó la orilla izquierda del río para seguir el camino aguas abajo.

Don Sebastián hizo seña a Estéfano para que se quedase, y ambos combinaron la forma de cumplir las órdenes del Subprefecto.

—Pues mi don Estéfano, francamente que es usted de comérselo —dijo don Sebastián estrechándole la mano a Benites.

—Me place que mi salida haya sido tirada de veterano —repuso Estéfano satisfecho.

—¡Ahora sí que nos salvamos! francamente, una vez en la *petaca* el indio Champi, ya no habrá quien diga *chus* ni *mus.*

—Cabales, vamos pues a redactar el oficio.

—Qué oficio ni qué *purisimitas,* don Estéfano, francamente, váyase usted en el acto con dos alguaciles, y póngalo preso, que todos han oído aquí la orden del señor Subprefecto —contestó el Gobernador, y Estéfano salió afanoso y contento en busca de los alguaciles de Gobierno.

Don Sebastián quedó solo; pero no estaba contento porque pensó inmediatamente en que tenía que presentar nueva batalla doméstica. Su mujer y su hijo no tardarían en esgrimir las armas de las reflexiones y acaso terminarían por desvanecer el nuevo fantasma de ambición, en cuyos brazos dormía el sueño de gratísimas ilusiones, ensanchándose el corazón del ex Gobernador con las alentadoras promesas del Coronel Paredes y la oportuna salida de Estéfano Benites.

¿Caería derrotado otra vez, tristemente derrotado?

Era preciso armarse, levantar trincheras, fabricar reductos y esperar resuelto. Para esto apeló don Sebastián al supremo refuerzo de los cobardes, y golpeando la mesa con tono altanero, dijo:

—¡Qué canarios! ¡Francamente, *aura* ya no me hago el chiquito ya! *¿Pongo?* —gritó con todo el garbo de un hombre dueño de algunas

pesetas, voz a que obedeció el consabido indio presentándose en la puerta, y a quien ordenó don Sebastián:

—Anda, pega un brinco, y dile a doña Rufa que me mande... francamente, una botella, y que apunte.

El indio salió y volvió como una exhalación, con una botella de cristal verde y un vaso.

Don Sebastián se sirvió una ración respetable, y la apuró murmurando la frase sacramental de los que rinden culto a la vid:

—«Manojito de canela, en mi pecho te guardo» —dijo; llevó el vaso a los labios, agotó el licor, hizo un gesto medio feo, se limpió la boca con un extremo de la sobremesa, y continuó:

—Que vengan pues; francamente, *¡aura* nos veremos cara a cara!...

Lo que bebió don Sebastián no era siquiera un licor de uva; era alcohol de caña de azúcar ligeramente dilatado con agua, que le dio un viso blanquizco. Sus efectos debían ser instantáneos; por eso no tardó el brebaje en evaporarse por el organismo, invadiendo la razón en sus asilos cerebrales, y en doblegar al hombre dejando al bruto.

Doña Petronila observaba con atención las evoluciones de su casa, desde la llegada de la nueva autoridad, ante quien no se presentó ella; y cuando vio entrar al *pongo* con la provisión de bebida al cuarto de su marido, iba a lanzarse sobre él, arrebatarle la botella y estrellarla contra el suelo. Pero una ráfaga de buen sentido iluminó su espíritu, moderando el primer ímpetu, y se dijo:

—No *tatay,* mejor aguardaré a Manuelito, que él tiene modos —y se puso a dar vueltas en el interior de la casa sin sospechar que su hijo estuviese recogiendo todas las violetas del jardín, cultivadas por ella, entregado al amparo de los dioses alados, y con el corazón impregnado de esa suprema ambrosía que exhala el amor.

Estos son, pues, los espejismos de la vida.

Mientras que doña Petronila tejía planes con todo el prosaísmo de la tierra para impedir que don Sebastián bebiese, Manuel soñaba sueños de topacio.

Dichosa juventud, porque puede amar.

Edad venturosa del hombre igualado a la rosa en botón con sus distintivos de edad, aroma y unión, sumando felicidad.

¡Dichosa época en que la ventura pende en el rozar de un vestido, en la duración de una flor arrancada a los cabellos, en la dulzura de una mirada que envía su alma en busca de otra alma!

Si la madre de Manuel hubiese podido distinguir el *color de los sueños* de su hijo, los habría velado sin atreverse a despertarle; y tal vez su pecho habría ahogado aquel suspiro tierno que en su vago murmurio dice: Amor de madre, sacrificio de mujer.

Estaba avanzada la noche.

De improviso oyóse una voz ronca que decía:

—¡Qué caracho! ¡francamente, a mí no me manda nadie!

Y al mismo tiempo sonó un golpe como de una silleta derribada con fuerza.

Doña Petronila acudió presurosa, y entrando en la habitación, contempló por algunos segundos a don Sebastián, que seguía gritando como un loco:

—¡Sí, señor! ¡qué! ¡francamente, nadie... sí, nadie me manda a mí!

Su lengua se resistía a expresar la palabra con claridad y sus pies tambaleaban. Cuando don Sebastián distinguió a doña Petronila, lo primero que hizo fue gritar:

—¡Aquí está la fiera!... ¡fuego, señor, francamente!... —Y agarrando una silleta la lanzó en dirección de su esposa.

Doña Petronila, impasible, contestó:

—Hombre de Dios, parece que me desconoces... voy a llevarte a tu cama... es ya tarde.

Y asiéndolo de un brazo intentó conducirlo; pero don Sebastián, tomando aquella acción por un acto despótico, pegó una brusca sacudida y, agarrando la botella ya vacía y todo lo que pudo coger, lo arrojó sobre doña Petronila con gritos y bulla infernal.

—¡Mujer de los diablos!... *aura* no... francamente, ¡nadie me ensilla!...

—Dios mío, ¿qué es lo que ha sucedido?

—¡Soy Gobernador sobre sus barbas, francamente, qué canarios!...

—¿Qué es esto? ¿qué ha entrado en este pueblo? ¡Sebastián, cálmate por Dios! —repetía suplicante doña Petronila; mas Pancorbo, con esa tenacidad del crapuloso, repuso:

—Nadie me manda, ¿eh?

Y cayó otra silleta junto a doña Petronila, que huía el cuerpo de un lado a otro, enjugando sus lágrimas con el extremo de su pañolón.

A la bulla acudieron algunos vecinos, y en aquellos momentos también se recogía Manuel, quien entrando precipitadamente, como lo vimos, tomó a don Sebastián por la cintura, lo levantó cuan alto era, y se lo llevó al dormitorio.

VI

No empleó mucho tiempo ni tuvo mayores trabajos Estéfano Benites para encontrar a los alguaciles de vara y servicio, y en el momento fue con su gente a la choza de Isidro Champi, quien se estaba despidien-

do de su familia porque debía ir a la torre y estar listo para el toque del *Ave María* que se da con la campana grande, al cerrar la tarde.

Isidro Champi conocido con el sobrenombre de *Tapara,* era un hombre alto, fornido y ágil, con cuarenta años de edad, una mujer y siete hijos, de los que cinco eran varones y dos mujeres.

Aquella tarde vestía su único terno de ropa, formado de pantalón negro con *campachos* colorados, chaleco y camiseta grana, y chaqueta verde claro. Su larga y espesa cabellera caía sobre la espalda sujeta en una trenza cuyo remate estaba hecho de cintillas tejidas de hilo de vicuña, y su cabeza cubierta por la graciosa monterilla andaluza traída por los conquistadores y conservada en uso por la afición que existe entre los indios a los vestidos de fantasía y de colores vivos.

La aparición de Estéfano y su séquito en la casa de Isidro, alarmó grandemente a toda la familia, porque, habituados estaban a ver aquella clase de visitas como el presagio de fatalidades puestas en *ejecución inmediata.*

Estéfano habló el primero y dijo:

—Bueno, pues, Isidro, tienes que ir a la detención, por orden del nuevo Subprefecto.

Un rayo caído en la choza no habría producido el efecto que la palabra de Benites en los indios, recelosos y suspensos desde que lo vieron.

Las mujeres se arrodillaron a los pies de Estéfano empalmando las manos en ademán suplicante, anegadas en llanto, los hijos se abalanzaron a su padre, y en medio de semejante confusión apenas pudo decir Isidro:

—¡*Niñoy* wiracocha, y qué!...

—En vano son estos alborotos, marcha no más y no tengas miedo —interrumpió Estéfano, y dirigiéndose a la mujer la dijo: —Y tú también que empiezas con estos gritos; no es nada, vamos a aclarar eso de las campanadas, y basta.

Al oír esto la conciencia limpia de Isidro le infundió confianza y dijo a su mujer:

—Tranquilízate, pues, y más tarde llévame los ponchos —y se adelantó con resolución al lugar donde le condujeron los alguaciles.

El corazón de la mujer de Isidro no podía tranquilizarse porque era corazón de mujer, de madre y esposa amante, que todo lo teme cuando se trata de los seres que son suyos; y llamando a su hijo mayor, habló así:

—Miguel, ¿no te dije cuando rebalsó la olla y se cortó la leche, que alguna desgracia iba a sucedernos?

—Mamá, también yo he visto pasar al cernícalo como cinco veces por los techos de la troje —repuso el indiecito.

—¿De veras? —preguntó la india cuyo rostro apareció velado por la palidez del terror.

—Deveritas, mamá; ¿y qué hacemos?

—Voy, pues, donde nuestro compadre Escobedo; él puede hablar por nosotros —contestó la mujer tomando sus *lliclias* de *puito,* y salió de la casa seguida de dos perros lanudos a los que Miguel llamó acompañando cada nombre con un silbido particular.

—*¿Zambito?... ¿Desertor?... ¡is! ¡is!*

Zambito, dócil a la voz de Miguel, regresó moviendo la cola con ligereza, y *Desertor*, inobediente, o tal vez más leal, siguió las huellas de su ama mostrando la lengua de rato en rato, con la respiración jadeante.

VII

Don Fernando se iba preocupando cada día más seriamente acerca del porvenir que le aguardaba en Kíllac, sin fiar en la calma del momento, que él juzgaba aparente, pues empleaba dinero en practicar averiguaciones secretas y estaba al corriente de lo que pasaba en el vecindario, aunque no lo comunicaba a Lucía, cuyo estado era delicado.

La Providencia iba a bendecir aquel hogar con la intervención de un vástago, circunstancia que hacía pensar con frecuencia al futuro padre en la necesidad de tomar una resolución definitiva, transcurriendo en medio de vacilaciones tres meses desde cuando Manuel hizo la visita de que salió llevando un mundo de proyectos.

Un día cruzaron por la mente de don Fernando ideas fijas, y se dijo:

—Los progresos de Margarita, la docilidad de Rosalía que promete ser una buena muchachita, el estado de mi Lucía, todo me muestra una nueva faz encantadora para la familia. Estoy llamado a no despreciar la ocasión, y ser cuanto más feliz sea posible en la vida con una esposa como Lucía. ¡Sí! ¡he de resolverme!

En esos días la nueva autoridad, después de prestar el juramento de ley, recorría los pueblos de su jurisdicción política, donde los subalternos le ofrecían mesa suculenta a costa de contribuciones de víveres, que imponían a los indígenas.

En la República se agitaban cuestiones de alta trascendencia, nada menos que las elecciones de Presidente y de Representantes de la Nación.

Cuando don Fernando supo que el campanero de Kíllac yacía sepultado en la cárcel, tembló más de indignación que de horror.

—Ese es débil, ese es el indefenso, y sobre él caerá la cuchilla preparada para los culpables —se decía, cuando una voz fatídica repercutió por los ámbitos de la patria relatando la sangrienta victimación de los hermanos Gutiérrez, cubriendo el rostro de la civilización una nube de ceniza humana. El relato hizo pues temblar a don Fernando, quien abrigaba sospechas fundadas de que podía repetirse un asalto

igual al de la noche del 5, pues no le eran desconocidas las palabras alentadoras, pronunciadas en corta frase por el Coronel Paredes en su entrevista con don Sebastián. Después la actitud profundamente melancólica de Manuel, que se mantenía en estudiada reserva, confirmó su juicio, porque adivinó que había lucha tenaz entre el joven estudiante de Derecho y don Sebastián, naciendo al mismo tiempo en la mente del señor Marín las sospechas de que ese honrado y pundonoroso joven no podía ser hijo del abusivo Gobernador de Kíllac.

—Voy a cortar este nudo gordiano con el *filo de una voluntad inquebrantable* —dijo don Fernando golpeando su frente con la palma de la mano, y se fue en busca de Lucía para comunicarle la resolución que acababa de adoptar.

Cuando don Fernando entró al dormitorio de su esposa, ésta se hallaba delante de un espejo de cuerpo entero que proyectaba su superficie límpida desde la puerta de un armario negro de caoba perfectamente charolado y en cuya claridad se retrataba la figura esbelta de la esposa de Marín, con una ancha bata de piqué, y su blonda cabellera suelta sobre los hombros en graciosas ondas de seda.

Acababa de salir del baño.

Al pisar el umbral de la habitación, don Fernando apareció también duplicado por el espejo, y al verle sonrió Lucía y volvió la cara para recibir al original que llegaba en actitud de abrazarla.

—Vengo a darte una buena noticia, hijita mía —dijo Marín tomándola entre sus brazos.

—¿Buenas nuevas en tiempos tan calamitosos? ¿de dónde las sacas, Fernando mío? —preguntó ella correspondiendo al abrazo.

—De mi propia voluntad —repuso él retirándose hacia el centro de la habitación.

—Claro, pero explícate mejor...

—Este lugar estorba nuestra felicidad, querida Lucía; vas a ser madre, y no quiero que el primer eslabón de nuestra dicha halle la vida aquí.

—¿Y qué?...

—Partiremos para siempre dentro de veinte días, sin falta alguna.

—¡Tan presto! ¿y a dónde Fernando?

—No arguyas, hija. Todo lo tengo meditado, y sólo vengo a prevenirte que prepares los pocos objetos que debes llevar como equipaje.

—¿Y a dónde vamos, Fernando? —volvió a preguntar la esposa, cada vez más sorprendida de una resolución tan repentina.

—He de llevarte a una región de flores donde respires la dicha colocando la cuna de nuestro hijo en la bella capital peruana —contestó don Fernando, acercándose a Lucía y tomando mientras hablaba una guedeja de los cabellos sueltos de su esposa, enredando sus dedos en ellos y volviéndolos a soltar.

—¡A Lima! —gritó entusiasmada Lucía.

—¡Sí, a Lima! y después que el hijo que esperamos tenga vigor suficiente para resistir la larga travesía, haremos un viaje a Europa, quiero que conozcas Madrid.

—¿Y Margarita y Rosalía? ¿que será de las huérfanas sin nosotros? tenemos que cuidar de su existencia por gratitud, querido *Fernan*...

—Ellas son nuestras hijas adoptivas; ellas irán con nosotros hasta Lima, y allá, como ya lo teníamos pensado y resuelto, las colocaremos en el colegio más a propósito para formar esposas y madres, sin la exagerada mojigatería de un rezo inmoderado, vacío de sentimientos —repuso Marín con llaneza.

—Gracias, Fernando mío, ¡cuán bueno eres! —dijo Lucía volviendo a abrazar a su esposo.

En aquellos momentos sonaron dos suaves y acompasados golpes dados a las mamparas.

—¡Adelante! —dijo don Fernando apartándose un poco de su esposa, y apareció la simpática figura de Margarita, embellecida aún más notablemente por la estimación y los cuidados.

—Madrina —dijo la niña— está en la sala Manuel y dice que quiere hablar con mi padrino.

—¿Hace rato que espera?

—Sí, madrina.

—Allá voy —dijo don Fernando y salió dejando juntas a la madrina y a la ahijada. Lucía contempló embebecida a Margarita por algunos momentos diciéndose interiormente:

—Alguien ha dicho que las mujeres responden más que cualquier otro ser al engreimiento y trato fino; ¡ah! mi Margarita es la realidad de ese pensamiento.

En efecto.

Engreída y estimada, la mujer gana un ciento por ciento en hermosura y en cualidades morales. Si no, acordémonos de esas infelices mujeres hostigadas en los misterios del hogar por los celos infundados, gastadas por la glotonería de los maridos, reducidas a respirar aire débil y tomar alimento escaso, y al punto tendremos a la vista la infeliz mujer displicente, pálida, ojerosa, en cuya mente cruzan pensamientos siempre tristes, y cuya voluntad de acción duerme el letárgico sueño del desmayo.

VIII

Para conservar la hilación de los sucesos en esta historia, necesitamos retroceder en busca de los personajes que hemos dejado rezagados.

Los elevados sentimientos de cristiana reforma, la confesión que hizo ante el lecho mortuorio de Marcela, y el estado grave en que condujeron a su desierta casa al cura Pascual, obraron naturalmente en el corazón generoso de Lucía, despertando vivo interés por la suerte de aquel ser desamparado.

El barchilón de Kíllac, eximio combatiente contra el *tifus,* enfermedad endémica del lugar, atendió y salvó al enfermo que, una vez declarado en convalescencia, pensó en viajar a la ciudad quedando en su lugar el *inter.*

En las naturalezas carcomidas por el vicio, es casi imposible la duración de lo que pide la santidad moral.

Quien ha enlodado su juventud en el fango de los desórdenes que tanto distan del placer encerrado en los moderados goces del amor casto; quien ha gastado su fuerza nerviosa en esas emociones materiales que van aflojando los resortes del organismo hasta dejarlo sin fuerza ni armonía para desempeñar las funciones que le señaló la naturaleza con cálculo perfecto; quien no conserva el vigor de su organismo, sujetándolo a la práctica de esa ley moral que rige la naturaleza del hombre, y abusando sólo del instinto brutal, consume su existencia en el libertinaje, es un enfermo grave, que no puede encontrar la salud codiciada en el momento que se proponga.

Con todo, la rehabilitación de un hombre proscrito de la faena de los buenos, está en el terreno de lo posible cuando en su corazón no se han paralizado aquellas fibras delicadas que, en dulce sensación, responden a los nombres de Dios, patria, familia.

El cura Pascual dejó por algunos días el uso del licor y la amistad de las mujeres, y esta abstención brusca excitó grandemente su sistema nervioso, dando más elemento motor a la fantasía, que durante su viaje por las laderas y los pajonales le presentaba con mayor vivacidad cuadros que pasaban ante sus ojos con la rapidez de mágicas representaciones.

Fantasmas voluptuosos con fisonomías risibles unos, aterradores otros, llevando el sello de la orgía; ángeles de alas blancas ostentando la verde palma del triunfo y batiéndola sobre la inmaculada frente de una madre o una esposa, ya junto al hijo de la santa unión, ya al pie de los altares que tenían inscrito en el ara el nombre de Dios... ¡Oh!... ¡cuánto pasaba por aquel cerebro próximo a desquiciarse en semejante lucha fantasmagórica!

Si el cura Pascual hubiese estado bajo la acción de un clima enervante y débil, su planta habríase dirigido al manicomio; pero el aire helado de las cordilleras andinas, prestando tonicidad a sus órganos encefálicos, los aseguró contra los trastornos violentos y decisivos de una locura.

¿Ese hombre saldría victorioso de la lucha, purificado o mártir?...

El cura Pascual, aterrado por todos los sucesos que presenció y de que era factor directo; oyendo a cada instante la revelación misteriosa de Marcela; midiendo y comparando su propia conducta, estaba desesperado y quiso huir desde el primer día del teatro de sus tristes hazañas, y en las horas en que determinamos su estado mental habría querido huir de sí mismo.

La conciencia, ese gran argumento puesto en la válvula de respiración llamada corazón contra los seres desgraciados que descifran el problema de la vida con la nada de la muerte, la conciencia duerme tranquila a veces, pero ¡ay! que al despertar golpea con martilleo incesante el alma del hombre.

El cura Pascual pudo correr del teatro del crimen, podía recorrer el universo todo; pero su juez inexorable le hablaba a toda hora el lenguaje pavoroso del remordimiento, para el cual no hay otra réplica que la reforma.

Y en esta desoladora actitud de ánimo iba el cura tragando leguas y devorando distancias al paso llano de su *macho,* cuando llegando a la ladera del «Tigre» distinguió la posta con la hermosa dueña a la puerta.

Aplicó espuela a los ijares del bruto, y en diez minutos se apeaba pidiendo una botella de *refresco,* que sediento apuró, no sin invitar a la posadera.

Y allí, ¡adiós ensueños de reforma! Las alegres palabras de otros días brotaron de sus labios y fueron a herir los oídos de la dueña de la posta; y el alcohol tomó posesión de su antigua residencia, y a los sueños reflexivos siguieron los delirios del beodo.

El marido de la posadera, que era maestro de postas, llegó y dijo:

—Se ha *venteau* este caballero y subámoslo a su jaco.

—Sí, Leoncito, que en este caso más sabe el jaco que el hombre, y se lo llevará en derechura a su querencia —repuso la posadera.

Pensado y hecho.

Cuando el cura Pascual se vio acomodado en su silla, enderezó la cintura y aplicó espuelas y correa a su cabalgadura, que siguió la ruta conocida sin oponer resistencia.

Aquella era la última posta y en dos horas más llegaba el viajero a la esperada ciudad cuyas elevadas torres y minaretes aparecieron para él como otros tantos fantasmas en ademán amenazante, vacilando su razón en el claroscuro de la realidad y la ilusión, cuando de súbito dio un quite su bestia y salió a corcovos descompuestos, haciendo cabriolas y dando saltos y coces.

Lo primero que voló al aire fue el sombrero del cura Pascual renovando la nerviosidad del macho que se *espantó* con los pendones de

unas ventas de picante que flameaban; tambaleó el jinete por unos minutos y por fin, perdido el equilibrio, cayó por tierra privado de sentido.

Sucedía esto en las cercanías del convento de los Descalzos. Muchas gentes curiosas se agolparon, y la conmiseración condujo al desconocido hacia las puertas del convento, donde la caridad de los frailes recibió al enfermo.

El Guardián era un fraile grave, en cuyo corazón Dios sabe qué misterios de bondad se escondían.

Este conoció al cura Pascual en repetidas veces que estuvo de tránsito en Kíllac; le prodigó su asistencia, y cuando recobró los sentidos, le dijo:

—¡La misericordia de Dios es grande, hermano! —Y le señaló una celda para alojamiento.

En el silencio del claustro viose el cura Pascual de nuevo desnudo moralmente, solo, absolutamente solo en el mundo. ¡Ah! ¡no! le seguían sus fantasmas, y tornó al delirio calenturiento, diciendo entre sollozos y frases entrecortadas:

-¡Sí, Dios mío!... ¡Tú has hecho al hombre sociable; has puesto en su corazón los vínculos del amor, de la fraternidad y la familia. El que renuncia, el que huye, huye de tu obra, execra tu ley natural y... cae abandonado... como yo en el apartado curato!...

¿Quién? ¿quiénes han salvado sin quebrantos en esa huida fatal?... ¡aquí!... ¡en la soledad, en estos claustros de piedra!... ¿cuántos?... ¿uno?... ¿mil?... ¿han ceñido su frente con la diadema virginal, sanos o enfermos?...¡no!... ¡no!... —Y batía las manos.

Ya eran incoherentes las palabras del cura Pascual.

Sus ojos estaban inyectados de sangre, sus labios secos, su respiración quemante como el vapor que despide la brasa sumergida por instantes en el agua. Las venas de las sienes se levantaban visiblemente, y la sed que devoraba su pecho le impulsó a apurar un vaso de agua que distinguió junto al velador de la cama.

—Este será un *trago* que alargue la vida —dijo tomando el vaso con sus temblorosas manos y llevándolo a los labios, apenas pudo beberlo en medio de ese castañeteo que produce el movimiento convulsivo de los dientes sobre el cristal. Agotó la última gota, y sin alcanzar aún a colocar el vaso en su sitio, cayó al suelo lanzando un grito. Tendido cuan largo era su cuerpo, agitóse estertoroso, y un ¡ay! tenue y final dejó en su rostro la rigidez de la muerte.

Un lego que pasaba cerca al oír la voz exánime del enfermo entró a la celda, y viendo tendido al alojado, tocó una campanilla colocada hacia la puerta principal, con golpes tan acelerados, que no tardaron en presentarse varios frailes y entre ellos el Guardián.

—¡Se ha insultado! —dijo uno.

—¡Está helado, Santo Dios, absolvámosle! —dijo otro repitiendo las palabras sacramentales.

—Toquen a comunidad; tal vez podamos prestarle los últimos auxilios —ordenó el Guardián mientras los otros levantaban el cuerpo sobre la cama.

—¿Ha muerto ya? ¡Dios misericordioso! —exclamó el Guardián empalmando las manos y alzando los ojos al cielo.

—*¡Requiescat in pace!* —dijo con gravedad quien repitió la fórmula de la absolución. Mientras tanto, la comunidad ya estaba reunida; se cantó la vigilia de estilo derramándose el agua lustral.

El Guardián, llamando a un lego, dijo:

—Hermano Pedro, prepare una mortaja y váyase con el hermano Cirilo a disponer la sepultura. Y salió de la celda mortuoria en compañía de otro fraile, ambos platicando de este modo:

—Por mucho que el materialismo pregone lo contrario en *Fuerza y Materia* la verdad, Reverendo Padre, es que la clase de muerte del sujeto, y los respetos tributados a sus restos, forman un epílogo a la vida y a la manera de ser del individuo.

—Según esto —repuso el otro fraile jalándose la capucha— el cura Pascual ha debido ser un buen cristiano, puesto que muere tranquilo y halla manos piadosas que le sepultan; y los comentarios que se cruzan son tan diversos, Padre Guardián...

—Dios nos libre de muerte repentina; pero juzgando con caridad cristiana, el arrepentimiento sincero es la puerta de la salvación, y ese sacerdote acaso ha expirado en alas de la contrición —contestó el Guardián colocando las manos cruzadas dentro de los manguillos de su largo hábito.

—La muerte repentina podrá ser cómoda para quien no cree en un más allá, o para el justo que a toda hora se halla dispuesto a partir; pero para los que ni estamos preparados, ni dudamos que existe en el hombre un espíritu motor e inmortal, es aterradora verdad de a folio también que se muere como se vive —reflexionó el fraile llegando ambos a la celda de la guardianía, en cuya puerta se separaron.

Ignoraban estos filósofos los crueles momentos que pasó el cura Pascual antes de entregar su espíritu a Dios. La tortura de su alma comprendiendo la posibilidad de haber sido un hombre moral y útil, sin las aberraciones de las leyes humanas contrarias a la ley natural; sus angustias sin una mano amiga que dulcificase tanta amargura, ni una palabra que consolase sus congojas, ¿podían constituir los dolores de una prolongada agonía?...

La muerte repentina del cura Pascual ha sido una verdadera desgracia para nosotros que esperábamos explotar en mucho el curso de

su vida. Tal es, sin embargo, la realidad humana. La muerte asalta de improviso y hiere en los momentos en que más necesaria es la existencia, cuando entregados los hilos de la vida a la urdiembre social comenzaba a tejerse la tela humana en sus formas diversas.

La única palabra que podemos pronunciar en la solitaria tumba de aquel cura desgraciado, sin familia legal y sin los vínculos de afecto que le arrancó la ley de los hombres, es el lacónico:

¡Descanse en paz!

Volvamos a Kíllac.

IX

Atendida la debilidad de carácter de don Sebastián, después de la conferencia que tuvo con el Subprefecto y los incidentes ocurridos con doña Petronila, era natural que su situación se complicase.

Para Manuel fueron humillantes las escenas ocurridas en el dormitorio de don Sebastián, cuando le llevó por fuerza para salvar a su madre de las torpezas de un hombre beodo.

Sin embargo, Manuel sabía que hay escenas de familia que realizadas bajo el techo paterno no humillan, y así soportó con serenidad varonil las invectivas del esposo de su madre, no tardando el sueño en cerrar los párpados de don Sebastián y poner paz entre padre e hijo.

Cuando Pancorbo se quedó completamente dormido, Manuel fue en busca de su madre, a quien encontró llorando. Besó su frente, enjugó sus lágrimas, y le dijo:

—Valor, madre, guarda tus lágrimas para cuando falte yo a tu lado.

—¡Hijo mío, es que soy muy desgraciada! —contestó entre sollozos doña Petronila.

—¿Desgraciada tú, madre? ¡blasfemas de Dios! ¿No te ha dado un hijo, no tienes mi corazón y la sangre de mis venas, que derramaré por ti? —repuso con calor y a la vez con cierto aire de resentimiento el joven.

—¡Sí, sí blasfemo, pero Dios me perdonará como me perdonas tú por haber olvidado tu nombre, hijo Manuelito, hijo mío, sí, soy madre! —dijo doña Petronila tomando de las manos a su hijo y haciéndole sentar a su lado.

—¡Pobre madre! —articuló Manuel lanzando un suspiro y contradiciendo su primer pensamiento.

—¡Pobres mujeres, debes decir, Manuelito! Por felices que parezcamos, para nosotras no falta un gusano que roa nuestra alma —contestó doña Petronila, ya un tanto calmada, pasando los dedos por la flecadura de su pañolón.

—*Madrecita,* dejémonos de quejas y hablemos con calma, tratemos de algo real.

—¿Qué quieres? ¡habla!

—Deseo que veamos la renta de nuestra casa. En este mundo no se puede dar un paso, madre, sin tocar esa puerta que llaman de *«fondos»* y *«entradas».*

—¡Qué! ¿acaso quieres volverte al colegio, dejándome envuelta en esta Babilonia? —preguntó sorprendida doña Petronila.

—No te adelantes, madre. Yo, como tú dices, soy un niño; pero acuérdate que el trato con los libros y con los hombres nos envejece, dándonos experiencia y enseñándonos a pensar. ¡Yo me creo un hombre! —dijo Manuel con aire arrogante.

—¡Vamos, eres un hombre! —afirmó doña Petronila fijando una mirada orgullosa en el rostro de su hijo.

—Sí, madre; quiero decir que, habiendo pensado con madurez, espero llevar a cabo lo que proyecto en provecho de tu porvenir y el mío; lo demás...

Iba a decir una frase dura; pero el nombre de Margarita cruzó por su mente como el suave rayo de luna que se refleja sobre la superficie de un manso lago, dejándole suspenso y arrancándole un hondo suspiro.

—¡Qué gusto tengo de oírte hablar así, hijo mío! Sí, con razón don Fernando y doña Lucía me han felicitado tanto por ti.

Manuel cobró nuevo aliento después de ligera vacilación y repuso:

—Deseo saber, madre, a cuánto asciende nuestra renta; pero... sin contar para nada la de don Sebastián.

—¿Nuestra renta? —repitió doña Petronila tomando de nuevo los flecos de su pañolón y jugando distraída con ellos. —¿Cómo podré calcular nuestra renta? Tenemos buenos topos de terrenos que producen maíz, trigo, cebada, ocas, habas, papas, choclos y quinua; tenemos algunos cientos de ovejas, vacas, alpacas y yeguas cerreras que trillan la cosecha; yo cultivo los campos, reduzco vellones y graneros a plata, y parte de eso va para ti al colegio. ¿Te parece bien la cuenta?

Manuel escuchaba a su madre atento y satisfecho, y cuando llegó al final fue a besarle la frente silencioso y pensativo llevando en su corazón la plegaria de gratitud y adoración que pedía aquella santa abnegación y amor de madre. La cuenta, en verdad, no dejaba números redondos en limpio para los cálculos que se había forjado, y con timidez volvió a preguntar.

—¿Y no has guardado nada?

—¿Qué? ¿me has creído una despilfarradora? ¿no sé que tengo hijo? ¿no te tengo a ti para cuidar tu porvenir? ¿no pienso en que alguna vez

querrás tomar estado? ¡Guá! ¡guá! yo... he ahorrado una mitad y ahí tengo bien escondiditas cinco talegas de a dos mil soles flamantitos, tú no pasarás *vergüenzas* como otros que se casan sin camisa.

—¡Benditas sean las madres como tú! ¡para ustedes la dicha está en el bien de los hijos! Tomaré, pues, por base de mis cálculos los diez mil soles. Pienso proponerte un plan, y... ni un segundo más —dijo Manuel con resolución.

—Eso es, lo que dije, querrás dejarme...

—Recuerda, madre, que un año perdido en mis estudios sería tal vez la pérdida de la profesión que he abrazado; pero no partiré solo ni tampoco iré a la Universidad menor de San Bernardo.

—Será, pues, como quieras; pero antes de nada, acuérdate que soy la esposa de Sebastián, y a quien me liga... la gratitud, y a quien tú tienes que respetar como... a un padre verdadero —contestó doña Petronila bajando la vista por dos veces.

—No lo olvidaré madre mía; y ahora vamos a descansar de tan afanoso día —repuso Manuel besando la mano de su madre como despedida nocturna.

X

Una vez encerrado en la cárcel el campanero Isidro Champi, las puertas no volvieron a abrirse para restituirle la libertad.

Sepamos lo que pasó con su mujer la tarde en que se dirigió a casa de su compadre Escobedo, en demanda de apoyo y consejos.

—¿Conque está preso mi compadre? —dijo Escobedo después de cruzados los saludos y comunicada la noticia por la india.

—Sí *compadrey,* wiracocha. ¿Y qué hacemos pues? socórrenos tú —repuso la mujer compungida; a lo que Escobedo respondió dándole una suave palmada en el hombro.

—*¡Ajá!* Pero, a pedir favor no se viene así... con las manos limpias... y tú que tienes tanto ganado, ¿eh... *comadritay?*

—Razón tienes, wiracocha compadre, pero, salí de mi casa como venteada por los brujos, y mañana, más tarde... no seré mal agradecida como la tierra sin agua...

—Bueno, bueno, *comadritay,* eso ya es otra cosa; mas para ir a hablar con el Juez y el Gobernador, debes decirme qué les ofrecemos...

—¿Les llevaré una gallina?

—¡Qué tonta! ¿qué estás hablando? ¿tú crees que por una gallina habían de despachar tanto papel? Mi compadre ya *está en los expe-*

dientes por esas bullas donde murieron Yupanqui y los otros —dijo con malicia Escobedo.

—¡Jesús! *¡compadritoy!* ¿qué es lo que dices? —preguntó ella estrujándose las manos.

—Claro; eso es cierto, pero, habiendo empeños, lo sacaremos. Dime ¿cuántas vacas tienes? Con unas cuatro creo que...

—¿Con cuatro vacas saldrá libre mi Isidro? —preguntó toda confundida la mujer

—Cómo no, *comadritay;* una daremos al Gobernador, otra al Juez, otra al Subprefecto, y la última, quedaría, pues, para tu compadre —distribuyó Escobedo paseando de un extremo a otro de su habitación, mientras que la india, sumida en una noche de dudas y desolación, repasaba en su mente uno a uno los ganados, determinándolos por sus colores, edad y señales particulares, confundiendo a veces los nombres de sus hijos con los de sus queridas terneras.

—¡Caray! ¡cómo piensas roñona! ¿parece que tú no quieres a tu marido? —interrumpióla Escobedo.

—¡Dios me libre de no quererlo, *compadritoy,* a mi Isidro con quien hemos crecido casi juntos, con quien hemos pasado tantos trabajos!... ¡ay!... pero...

—Bueno, dejémonos de eso, yo tengo mucho que hacer —dijo Escobedo precisando el desenlace.

—Perdóname, pues, mis majaderías, wiracocha *compadritoy,* y... digo que sí, daremos las cuatro vacas, pero... serán vaquillas ¿eh? yo me iré a separar las dos castañitas, una negra y la otra afrijolada, ¿pero tú lo sacas bien a mi Isidro? ahora...

—Ahora sí, ¿cómo no? Lueguecito me pongo a las diligencias, y mañana, pasado, dentro de tres días, todo estará arreglado; mira que tengo que hablar primero con ese don Fernando Marín que es el que sigue el pleito.

Al oír el nombre de Marín, un rayo de luz cruzó por las tinieblas de la mente de la mujer del campanero, y se dijo:

—¿Por qué no he acudido a él primero? Tal vez mañana cuando cante el gallo no será tarde —y salió diciendo a Escobedo —wiracocha *compadritoy,* anda pues, sin cachaza, yo tengo que llevar los abrigos para Isidro y le contaré que tú vas a salvarnos, adiós.

—Ratón, caíste a la ratonera —díjose riendo Escobedo, y en seguida se preparó para ir en busca de Estéfano Benites para comunicarle el negocio que había arreglado, de que partirían por la mitad, dejando las cuatro vaquillas exentas del embargo decretado, pues aparecerían como propiedad de Escobedo o de Benites.

XI

Los acontecimientos políticos realizados en la capital de la República debían influir poderosa y directamente en el resultado de los negocios de reparto planteados con calor y entusiasmo por las nuevas autoridades de la provincia y de Kíllac.

El Subprefecto Paredes se encontraba de *visita* en uno de los pequeños pueblos de su jurisdicción, y allí topó con unos ojos que, colocados en peregrino rostro de mujer, le miraron hasta *la médula* del corazón; y como en materia de batallas libradas en los verdes campos de Cupido era condecorado no sólo con cruces, sino aún con heridas que rememoraba ufano en alegres corros *de hombres;* y como para la autoridad había siempre fieles ejecutores, su señoría dio por ganada la brecha a muy poca costa.

Es de advertir que así en Kíllac como en los pueblecitos limítrofes donde reina la sencillez de costumbres, es absolutamente desconocida la carcoma social que mina las bases de la familia, alejando a la juventud del matrimonio y presentándose bajo la triste forma de la *mujer perdida.*

Las seducciones arteras llevan el sello del infortunio y tras de cada una aparece, casi siempre, la figura de un potentado cuya *superioridad maliciosa* gana la víctima salvando al victimario.

Esta vez, la escogida por el Coronel para formar número en la ya larga lista de su martirologio de hombre emprendedor, era pues una graciosa joven en cuya casa recibió sincero hospedaje la nueva autoridad.

Teodora, entrada ya en sus veinte años, era de pequeña estatura, ojo vivos y mirar sereno. Vestía un gracioso traje de percal rosado con ramajes teñidos de color café, rodeado el cuello con un pañuelo de seda carmesí en forma de esclavina, sujeto hacia el pecho con un prendedor de oro falso con piedra imitación topacio. Sus largos cabellos esmeradamente cuidados, estaban trenzados y sujetos al extremo con cintas de listón negro.

El corazón de Teodora no estaba desierto. Apalabrada en matrimonio, debía ir a los altares tan pronto como llegase su novio, destinado en la administración de una finca donde ahorraba parte de sus sueldos para atender a los gastos de una *boda decente* con padrinos notables, tres días de mantel largo, y música de viento.

Teodora nació con carácter impetuoso y varonil. Salvada la niñez, sus pasiones se manifestaron ardientes.

Amaba a su novio, y la ausencia de éste aumentaba tal vez el calor del sol de sus ilusiones virginales, haciéndola suspirar por las cotidianas

visitas, y las amorosas frases repetidas a media voz en las horas de delicioso romanticismo, que sirven de portada al alcázar conyugal.

Cinco días se contaban de continuo jolgorio en casa de Teodora, fomentado por el Subprefecto, quien se consagró por completo a la beldad campestre, cuya resistencia no dejó de llamarle la atención, aumentando sus deseos.

Barricas de vino, cajones de cerveza, todo iba con profusión. Los dos ciegos violinistas del pueblo no cesaban de manejar el arco, arrancando *moza-malas* y *huainus* a las sonoras cuerdas del violín.

El Coronel llamó a un lado al Teniente Gobernador y muy quedito le dijo algo al oído. Este se sonrió maliciosamente y repuso a media voz:

—Prontito cazaremos a la rata, sí; sin gasto no se llega al trasto; en el acto, mi *usía* —y salió apresuradamente.

Teodora, cuyos oídos habían herido ya repetidas palabras terminantes o de intimación del Coronel, llamó también a su padre hacia la puerta, y más compungida que timorata, le dijo:

—¡Padre! ¡mi corazón padece en el purgatorio!

¿Por qué causa *Teoco*? más bien debías estar contenta, pues tantas visitas...

—Precisamente esa es la causa, el Subprefecto tiene malas intenciones para conmigo, y si lo sabe Mariano...

—¿Qué dices?... ¡mire qué diantre!... conque de esos tratos era *usía* —repuso Gaspar pasándose la mano por la boca que llevaba húmeda.

—Sí, padre; me ha dicho que a buenas o malas, pero... que me roba —dijo la muchacha poniéndose roja y bajando los ojos.

—¡Hum! —trinó el viejo mordiéndose los labios; y dando una vuelta como para inspeccionar el campo, agregó —el bocado se le ha de caer de los labios, ¡qué! ¿yo soy acaso zorro muerto?...

—¡Padre!...

—Entrate no más a la sala, disimula, deja que gaste un poco la plata hurtada a los pueblos, y... no apartes tu corazón de tu novio, ¿eh? Yo sabré lo que me hago después —dijo el padre de Teodora empujándola al centro de la reunión.

Uno de los convidados que vio esto, dijo entre dientes:

—¡Viejo mañoso! ¡vean cómo entrega a su hija!

Al poco rato llamaron a comer y todos fueron a la mesa, donde se sirvió, sobre manteles no tan blancos ni tan negros, una comida bien aderezada, celebrándose los cuyes rellenos, asados al rescoldo, gallo *nogado* con almendras, papas *adobadas* con habas verdes y el *locro* colorado con queso fresco.

El Subprefecto se colocó junto a Teodora y, con cierto aire de triunfo, dijo, levantando a la vez los cantos del mantel sobre las faldas:

—Yo siempre busco mi comodidad, señores, junto a una buena moza.

—¡Claro! y ese asiento le corresponde a *usía* —respondieron varios con intención.

—¿Y qué es de don Gaspar, señorita Teodora? —preguntó uno de los invitados con sorna.

—¿Mi padre?... no tardará en venir —respondió la muchacha mirando en torno.

Dos mozos secretearon con picardía, y otro dijo a media voz:

—Si el viejo sabe... las de *Quico* y *Caco*!... no quiere hacer sombra...

Y en aquel momento apareció don Gaspar frotándose las manos, y agarrando una botella para servir, dijo con marcada alegría:

—Un *abre-ganitas,* caballeros.

—¡Venga! ¡Qué a tiempo hace las cosas este don Gaspar! —respondió el Subprefecto.

La comida comenzó alegre y bulliciosa, dejando la amabilidad de Teodora sospechar al Coronel que estaba tomada la fortaleza.

XII

Manuel, después de la despedida de su madre, se fue a su cuarto, y engolfado en pensamientos esperó, desvelado, la llegada del nuevo día.

A hora competente, tomó su sombrero y se dirigió a la casa de don Fernando. Entró a la sala de recibo, donde encontró a Margarita sola, leyendo en un cuaderno con láminas iluminadas los cuentos de «Juan el Pulgarito». Al verla, se dijo Manuel con alegría:

—¡Qué propicia ocasión para sondear su corazón y decirla mi afecto! —y llegándose a la niña y abrazándola, dijo:

—¡Qué solita y cuán hermosa te encuentro, Margarita!

—Manuel, ¿cómo estás? —repuso la niña colocando el cuaderno sobre la mesa.

—¡Linda Margarita! Es la primera vez que voy a hablarte sin testigos; acaso sean minutos cortos, porque busco a don Fernando, y por lo mismo, te pido que me escuches, ¡Margarita mía! —dijo Manuel, tomando una mano de la niña para acariciarla entre las suyas, reflejando las ilusiones de su alma en sus pupilas, que despedían rayos de ternura y de amor en cada mirada.

—*¡Guá!* Manuel, ¡qué extraño vienes! —dijo Margarita, fijando sus hermosos ojos en los de Manuel y volviéndolos a bajar candorosamente.

—No me llames extraño Margarita; tú eres el alma de mi alma; desde que te conozco te he dado mi corazón y... yo quiero ser ¡digno de ti! —repuso Manuel acentuando las últimas frases, porque todo el temor que Manuel abrigaba, era que Margarita repudiase al hijo del sacrificador de Marcela, idea que no podía existir en la niña de hoy, pero posible en la mujer de mañana.

La huérfana permanecía muda y ruborosa como la amapola cuyo seno guarda la adormidera.

El acariciaba la diminuta mano de Margarita, que se perdía entre las suyas.

Hay ocasiones en que el silencio dice más que la palabra humana.

Manuel estaba ebrio de amor contemplando a la hermosa muchacha, y volvió a decirle:

—¡Habla! ¡responde, Margarita mía! ¡Sí! ¡eres aún niña, pero tú sabes ya que te amo!... Recuerda que junto a tu bendita madre te pedí ser tu hermano, hoy...

—Sí, Manuel, también yo, desde ese día te veo en mis alegrías, en mis tristezas; serás, pues, mi hermano —repuso la niña, pero Manuel rectificó con calor:

—No, ángel mío, hermano es poco, y yo te amo mucho; ¡quiero ser tu esposo!

—¿Mi esposo? —preguntó aturdida Margarita en cuya alma se acababa de descorrer el velo de las creaciones infantiles sacudiendo su organismo, clavando en su corazón el dardo del narcotismo de la juventud que, en el sublime sopor de las almas enamoradas, le iba a hacer soñar con ese mundo de poesía, temores y confianzas, risas y lágrimas, luces y sombras, en que vive la castidad de una virgen.

Margarita sabía desde este momento que era mujer. Sabía que amaba.

Para Manuel las impresiones se sucedían con la rapidez del pensamiento, si bien con distintas emociones que Margarita, porque su alma había perdido ya esa virginidad que es la ignorancia de los misterios reales de la vida.

Manuel amaba con intención.

Margarita sólo con sentimiento.

El primer ímpetu de Manuel fue sellar con sus labios la palabra *esposo* pronunciada por los labios de la mujer adorada, pero la reflexión contuvo la materia como la brida detiene el corcel lanzado en la carrera, y sólo dijo:

—¡Sí, tu esposo!. . y besó la frente de Margarita.

Ese no fue el ósculo de la brasa encendida sobre la fresca hoja de la azucena, pero su huella era indeleble.

Margarita sintió cruzar por sus venas una corriente desconocida; sus carrillos se tiñeron de grana, y salió corriendo de la habitación, diciendo a Manuel:

—Voy a llamar a mi padrino —y se dirigió a las viviendas de Lucía, deteniéndose instintivamente cuando llegó al pasadizo, para serenar su turbación.

Manuel continuaba en el arrobamiento del alma, que en nada se parece al sueño del cuerpo, y del cual sólo vino a sacudirlo la serena palabra de don Fernando.

Manuel era el esclavo de una mujer.

De una mujer, que sólo es, en suma:

Para un médico, aparato de reproducción.

Para un botánico, *planta ligera.*

Para un gordo, buena cocinera.

Para el Vicio, placer, sensación.

Para la Virtud, una madre.

Para un corazón noble y amante, ¡alma del alma!

Nadie irá a disputar sobre la exactitud de estas definiciones que, indudablemente, tendrán su inspirador, pero la verdad es que la última correspondió a Manuel con legítimo derecho, y por esto, al ver partir a Margarita, la despidió con ese suspiro que dice ¡alma de mi alma!...

XIII

Informada Lucía de la resolución de su esposo, y encontrándose sola con Margarita, se manifestó muy complacida con la idea del viaje, y dijo a su ahijada:

—Qué contenta vas a ponerte, Margarita, con la noticia que te guardo.

—¿Madrina?... —interrumpió la niña, fijando su mirada en el rostro de Lucía.

—Ya no harán solas tú y Rosalía el viaje a Lima.

—¿Quiénes más vamos? ¿tú? —preguntó con vivacidad la huérfana, en cuya mente revoloteaban las mil mariposas de la ansiedad, el entusiasmo y la curiosidad.

—Yo, tu padrino, toda la familia —contestó Lucía enumerando en los dedos de las manos y moviendo la cabeza.

—¡Tú, mi padrino, Rosalía! ¡ay, qué gloria! ¿y Manuel irá? —preguntó toda entusiasmada Margarita.

Lucía fijó su atención sobre las facciones de su ahijada para medir la impresión de su respuesta, y dijo:

—Manuel no irá; él tiene sus padres aquí.

Siguió un corto silencio.

Los ojos de Margarita se llenaron de lágrimas, que en vano trató de esconder tras el velo del disimulo preguntando:

—¡Qué linda ciudad debe ser Lima! ¿no?

—Es la más linda del Perú. Mas... ¿por qué lloras, hija? —preguntó Lucía tomando a Margarita de ambas manos, sentándola a su lado y diciéndole:

—Mira, hija mía, yo noto que te inclinas mucho a Manuel, y ahora acabo de comprender que ese joven ha impresionado tu corazón de niña, y me asaltan los temores de que mañana le pertenezca tu corazón de mujer.

—¡Madrina! Es que Manuel es muy bueno, nunca le he visto hacer nada malo —repuso Margarita con manifiesta timidez.

—Exactamente, hija, su bondad te ha hecho caer en una red, que es preciso cortar para libertarse. Tú no puedes querer al hijo del sacrificador de tus padres ¡ah, me horrorizo!... ¡pobre Manuel!...

Al terminar la frase, Lucía estaba emocionada: el temor y la duda asaltaron su corazón variando visiblemente el timbre de su voz. Por su mente cruzaban, uno en pos de otro, pensamientos que torturaban su pecho, e interiormente se preguntaba:

—¿He cometido una indiscreción al hablar de amor a mi ahijada? ¿He arrojado el eterno baldón sobre la frente de Manuel, a quien Margarita verá desde este momento como el hijo del verdugo de sus padres?... ¡y luego, Manuel!... ¡ah!... ¡corazón lleno de abismos!... ¡madeja de misterios!... ¡corazón humano!

Para Margarita, ¡cuánto decía también el silencio aparente de su madrina! Muda y temblorosa permanecía, como una azucena sobre cuyo tallo ha intentado posarse el ruiseñor, sin haber plegado las alas porque la debilidad de la planta le ha hecho continuar el vuelo en busca de mejor asilo.

Después de la entrevista que acababa de tener con Manuel, aquella declaración de su madrina era cruel, destrozaba su alma, tronchaba al nacer las flores de las esperanzas de dos corazones ligados por los lazos que constituyen la felicidad humana, de dos corazones que se amaban.

Por fin, pudo rehacerse la esposa de don Fernando, y cortando el hilo de la conversación anterior, dijo a Margarita:

—Cuida pues de tener tu baúl listo para el jueves, y no olvides las cosas de tu hermanita, ¿no? tú eres la mayor, y debes ayudarla.

—Sí, madrina —respondió Margarita levantando maquinalmente una madeja de seda azul que vio en el suelo; púsola sobre la mesa y salió. Lucía, al verse sola, tornó a decir:

—¡Pobre Manuel! ¡Lleno de prendas, dotado de aspiraciones nobles! ¡es indudable que ama a Margarita, de quien le separa un abis-

mo!... Pero... es verdad, en la vida práctica las aberraciones del corazón señalan el mundo insondable como la parte más poética del amor. ¿Acaso hay fuego comparable con el que alimentan los amores imposibles? ¿Acaso existe anhelo semejante al de acercarse a la posesión del objeto amado rompiendo ligaduras, traspasando cadenas de montañas formadas de espinos que han ensangrentado la planta, trepando empinadas cordilleras donde la nieve del imposible derretida por el sol del amor ha formado raudales de lágrimas?

¡Héroes del dolor, pobres desterrados del Paraíso de la Ventura, no sois comprendidos por el mundo! ¡Víctimas inmoladas en los altares del infortunio, las almas generosas os ofrecerán tal vez el incienso de su simpatía, y permaneceréis amando en el dolor!...

Lucía cayó sobre el sofá al terminar su soliloquio, llevándose la mano derecha a la frente bañada por un copioso sudor que resbalaba sobre sus mejillas, encendidas con el tinte de las amapolas de *Mayo*. Después, entrelazando sus dedos y estrujándolos hasta producir el sonido del descoyuntarse los nudos, se preguntó:

—¿Qué hago, pues? Mi situación es difícil y dramática, a la par que la de Manuel y Margarita; si se aman con el primer amor, irá éste a sublimarse con esos suspiros que, llenos del aroma del amor virginal, exhala el pecho oprimido por la nostalgia del ser amado... ¡Si acaso intentase algo directo!... ¡Ah!... ¡Pero mi Fernando salvará mis dudas, compartiremos nuestras ideas, y brotará la luz porque yo no puedo olvidar que Marcela murió legándome los dos pedazos de su corazón!...

Tenía razón Lucía; ella compartiría con don Fernando sus dudas, sus temores y sus esperanzas, apartando las sombras del momento. Manuel podría compartir con su madre, con el más noble de los corazones, las penas que acongojaban el suyo; esconderse en el regazo maternal y llorar hoy sus lágrimas de hombre como ayer enjugó su llanto de niño.

¿Pero Margarita?

Pobre huérfana, ave sin nido, tendría que buscar sombra de árbol extraño para entonar bajo su fronda el idilio de su alma enlazada a otra; tendría que esconder sus propios pensamientos; reír con los labios y llorar con el corazón.

Lucía era, para Margarita, la mejor de las mujeres, pero ¡Lucía no era su madre!

XIV

Vamos a viajar por un momento en busca del Coronel Paredes, a quien dejamos sentándose a la mesa en casa de Teodora.

La comida fue alegre y abundante, y no bien hubo terminado, entrada ya la noche, todos se dirigieron a la sala de recibo donde echarían una cana al aire con el *zapateo* y el bailecito de pañuelo.

Don Gaspar llamó a un lado a su hija y la dijo a secas:

—Sígueme, *Teoco*.

Y ambos se fueron a una cerca inmediata donde había tres cabalgaduras, una de ellas con arreos de silla de gancho y todo lo concerniente al equipo femenino, custodiadas por un indio *mitayo*.

—¿A dónde vamos, padre? —preguntó Teodora.

—A Kíllac, a casa de mi comadre doña Petronila, que, como sabes, es una señora a las derechas, y a su lado estarás segura como la custodia en el altar —repuso don Gaspar sin detener su paso, que era seguro y de grandes trancos a pesar de la oscuridad de la noche.

—Bueno, y vale que don Sebastián ya no es Gobernador; así que estaremos en paz hasta que venga Mariano —respondió Teodora siguiendo menudamente el paso acelerado de su padre.

Un *bulto* alto y emponchado se destacó de la sombra en este instante.

—¿Anselmo? —llamó don Gaspar.

—¡Señor! —contestó el llamado a secas, y todos tres siguieron la marcha hasta llegar a donde estaban los caballos.

Los dos varones levantaron a Teodora que con la agilidad de la campesina se colocó en su jaco llamado el *Cllopoccochi,* sin duda por ser negro y tener las patas blancas.

Cabalgaron después don Gaspar y Anselmo, que era un criado de toda la confianza de la casa, y el padre de Teodora dijo al *mitayo* con expresión de mandato:

—Vuelve a casa, atiza la candela, que no falte el té con bastante *tranca;* y si nos echan de menos, ya sabes, ¿eh?

—Sí, *tatay* —contestó el indio emprendiendo el regreso.

Sonaron tres latigazos simultáneos en las ancas de los brutos, que se lanzaron como una exhalación entre las tinieblas de la noche, llevando sus pesados jinetes, dando resoplidos por las abiertas narices y mordiendo con rabia los frenos.

El viejo iba sumergido en meditaciones, pues el cerebro elabora sin cesar la idea, y el pensamiento no se somete de grado a la quietud del cuerpo.

—Padre, moderemos el paso —dijo Teodora, sofrenando su caballo, pero don Gaspar no prestó atención o no oyó a su hija, que volvió a decir en voz más alta:

—¡Padre!

—¿Eh? ¿te has fatigado tan pronto? —contestó el viejo moderando a su vez la marcha.

—¡No estoy fatigada, qué disparate! pero he pensado una cosa.

—¡Habla! —repuso don Gaspar gobernando las riendas para acercarse más a Teodora.

—Sería mejor que te regresaras de aquí no más. Llegarás a casa en media hora; tu presencia alejará toda sospecha, y seguirán otro rato sin echarme de menos... y tú... al fin darías muchas disculpas.

—¿Y tú... seguirás... sola?... —observó don Gaspar tosiendo por repetidas veces.

—No corro riesgo alguno yendo con Anselmo, *Chocllopoccochi* es manso y conoce bien el camino, la distancia es ya corta, la luna no tardará en alumbrar; y sobre todo, si a ellos se les ha ocurrido averiguar por nosotros, si por acaso descubren lo del viaje, ni dudes que nos sigan, nos alcancen, nos pillen, y borrachitos...

—*¡Cataplum!* Teodora, hablas como el misal de la parroquia —interrumpió el viejo deteniendo el caballo, y agregó con sonrisa maliciosa: —lo cierto es que las mujeres se pintan para urdir estos lances.

Don Gaspar volvió a toser con fuerza.

—Ahí está, pues, ya estás constipado, regresa no más, que si viniese alguno, con tu vuelta perderá la madeja.

—*¡Cabalorum!* y en cuanto a que yo declare en dónde estás, que me *descueren* —contestó don Gaspar, y dando voces al criado que estaba lejos: —¡Anselmo! ¡Anselmo! —dijo.

El sirviente asomó su caballo al grupo y se sostuvo este diálogo entre padre e hija:

—Pues, hasta dentro de cuatro días en que iré a buscarte.

—Adiós, padre; abrígate la boca, estás con mucha tos.

—Golpea con tientas la casa, y cuéntale *todito* a mi comadre doña Petronila; sabe el sapo en qué agua se echa a nadar.

—Sí, yo le diré bien, todo.

—¿Anselmo? cuida a la niña y... hasta pronto, ¿eh? —al terminar esta frase don Gaspar volvió bridas, aplicó con toda fuerza los talones desprovistos de espuelas en los ijares de su potro *lobuno,* en cuya anca sonaron también un par de chicotazos que le estimularon el brío juntamente con la vuelta a la querencia.

Serían las once de la noche cuando se apeaban a la puerta de la casa de doña Petronila Hinojosa, Teodora y Anselmo. Tocaron con fuerza el *leoncito* de bronce que sirve de llamador, y a los golpes respondieron cuatro o cinco perros con ladrido desesperado, dejándose oír una voz soñolienta que preguntó con enfado:

—¿Quién es?

—Yo, que vengo de parte de don Gaspar Sierra a entregar a doña Petronila una prenda que le manda.

El portero que era el consabido *pongo,* no necesitó de más explicaciones; desquició la aldaba y las hojas de la puerta de calle giraron sobre sus goznes, dando paso a la fugitiva Teodora, que fue recibida por doña Petronila con el cariño proverbial de la madre de Manuel.

No hubo caminado dos millas don Gaspar desde el sitio en que se separó de Teodora, cuando distinguió gritería y tropel de gente a caballo. En pocos momentos más no abrigó duda de que esa era la comitiva del Subprefecto.

—Sí, bien dijo la *Teoco.* ¡Qué diantres! ¡las mujeres todas son brujas! Y lo gracioso es que todos los hombres nos dejamos embrujar, a oídas y vistas, a sabiendas o a callandas —se dijo don Gaspar y siguió caminando al paso llano de su *lobuno.*

XV

Al poco rato de la fuga de Teodora se apercibió de ella la reunión. El Teniente Gobernador dando el primer apunte, dijo:

—El viejo polilla es quien tiene la cuchara, mi Coronel, porque *ella* estaba ya llana, por lo visto, para complacer a *usía.*

—¿Se me burla así? ¿a mí? no lo consentiré, no, señor... ¡no lo consentiré, a fe de militar! —decía Paredes dando paseos acelerados en la habitación.

—Vamos a buscarla amigos —propuso el Teniente, agarrando una vela encendida, y en actitud de salir.

—¡Sí, señor! he de sacar a mi *hurí* del fondo de la tierra, ¡sí señor! —repetía con rabia el Subprefecto mientras los oficiosos salieron a registrar toda la casa, sometiendo a interrogatorio inquisitorial a la servidumbre, aunque pongos, mitayos y alcaldes no discrepaban en la respuesta.

—Han salido a la calle —repetían todos ellos.

Alguno preguntó como encontrando la hebra:

—¿Salieron a pie?

—No, señor, salieron en *aguelillo* —repuso uno de los alcaldes.

—Pues, *usía,* iremos tras ellos —dijeron en coro; —que el camino es uno, llano y ligero.

—A la obra, pues, amiguitos; y al que me traiga la niña...

—Juro que yo seré el afortunado —interrumpió el Teniente Gobernador. Se nombró la comisión y los designados salieron en pos de sus caballos.

La cólera del Subprefecto estaba a medio estallar, porque se decía:

—¡Canalla de viejo! sí señor, a presentárseme en estos momentos, lo fusilo sin forma de consejos de guerra. Para algo es *uno* autoridad. Pero... los muchachos estos son listos, y... conviene descansar un momento —diciendo esto se echó largo a largo sobre la cama colocada en una esquina, y se puso a dormitar.

A pocos momentos se oyó un tropel de caballos, y abriendo los ojos don Bruno Paredes, dijo entre dientes:

—Son ellos... ¡ya parten!... sí señor, pronto quedaré complacido mediante la actividad de mis... subordinados. ¡Si estos muchachos valen la plata del Cerro de Pasco! ¡uff!...

Simultáneamente salían los esbirros en pos de Teodora y llegaba un *chasqui,* alguacil de gobierno que, caminando a pie por las sinuosidades de la quebrada desde la capital de la provincia, ganó terreno con rapidez prodigiosa. Ese *chasqui* conducía un pliego cerrado con lacre colorado, sellado con las armas de la República, en cuyo sobre escrito se leía «oficial-urgente» al Coronel don Bruno de Paredes.

Cuando el *propio* puso el papel en manos de la autoridad, ésta se puso a leer medio recostado como se encontraba, pero, no bien se impuso de los primeros renglones, saltó como lanzado por una fuerza eléctrica, palideció primero y después le subió a la cara toda la sangre del corazón, quedándose suspenso por algunos momentos con el pliego abierto entre las manos.

De improviso lo arrojó sobre la cama y dando una patada en el suelo, dijo:

—¡Caracoles! ¡Esto huele feo!... No hay más remedio que asegurarse, sí señor... ¿A ver Alcaldes?... ¡quién vive por ahí! —dijo dando voces, a que acudieron varios indios de servicio y los nacionales de su escolta.

—¿Mi caballo?... ¡pronto, pronto! —gritó don Bruno, siendo obedecido como por ensalmo. Cabalgó, y seguido de tres personas tomó al galope del tordillo el camino de la ciudad, murmurando para su capote:

—Huir el bulto es de los prudentes; en la ciudad hallaré escondite cómodo, mientras se serena la tempestad política...

La gente que fue en seguimiento de Teodora y topó con don Gaspar, rodeó al buen viejo, y encerrándolo en un círculo, habló así el Teniente Gobernador:

—Hola, compadrito, qué escapada tan fea; ¿dónde está la niña Teodora?

—¿Cómo? —repuso don Gaspar aparentando inquietud— ¿ustedes buscan a mi hija? ¿qué? ¿no la dejé con ustedes en la casa? ¡Jesús!... Felizmente ella es honrada, y... allá estará, vamos —y aplicó un latigazo al *lobuno* que lo hizo brincar con fogosidad.

—¡Despacito, *taita!* —observaron varios, torciendo las riendas de sus cabalgaduras y amenazando así al Teniente:

—Vamos, pues; pero si no entregas la *prenda,* Gaspar, ¡ténte por frito!

—Regresemos, ¡sí! —dijeron varios, y entre cuchicheos se oyó esta reflexión:

—No habrá salido la *dómina,* pues no hay tiempo para ir y volver de ningún pueblo vecino.

—¿Y si *tú* no saliste con Teodora, don Gaspar, a qué *vino* por estos lugares? —observó el Teniente.

—¡Vaya, *tatay!* que tú no pareces del lugar; habrás llegado de Lima con bejuco y cuello tieso; he venido a hacer la ronda de los pastales —respondió don Gaspar con mucha formalidad.

—Ha salido al rodeo —dijo uno.

—¡Que cante *el gallito!* —gritaron dos; y se detuvo la comitiva.

El Teniente sacó de la bolsa del pellón una botella de *pisco* y de ella fueron tomando sucesivamente, midiendo la cantidad por un silbido que daba el inmediato, operación que se repitió con mucha frecuencia en el trayecto, llegando los viajeros a la casa de don Gaspar entre gallos y media noche.

La blanca luna lucía todo su disco plateado sobre aquella planicie de Saucedo donde se alzaban las alegres cabañas de los indios peruanos, por cuyas puertas cruzan al rayar la aurora el venado de pieles grises y la perdiz de codiciadas carnes.

La casa de don Gaspar estaba como la morada de un *ex* en toda regla: escueta y desmantelada.

Los *pongos* fueron los únicos que, acurrucados en el zaguán, roncaban como sochantres, siendo preciso sacudirlos para despertarlos y preguntarles algo.

—¿Qué es del señor Subprefecto?

—¿Sin duda duerme?

—¡Vamos! ¿y la niña Teodora?

—¡Encienda un fósforo, hombre!

Estas fueron las palabras de unos y otros, cuando uno de los *pongos* aclaró las dudas diciendo:

—El señor Subprefecto ha salido a caballo.

—¡Qué canarios! —exclamó el Teniente.

—Sin duda hemos tardado mucho, y habrá ido tras de nosotros.

—¡Cabales! el que espera desespera, y cuando está *enamorao*... ¡chist!...

Entre tales dichos penetraron a la sala que estaba abierta. Don Gaspar encendió la vela que estaba junto a la cama. Con la luz lo

primero que distinguieron fue el pliego cuya lectura hizo poner los pies en polvorosa al Coronel Bruno de Paredes.

Todos se juntaron para leer en corro, y al terminar, dijo el padre de Teodora:

—Se ha huido, pues, nuestro Subprefecto.

—¡Si era un papanatas el tal Coronel de Guardia Nacional! —dijo el Teniente Gobernador.

—¡Coronel de... soldados de habas!...

—¡Un cobarde! —agregó otro.

—¿Qué? un comerciante, un peculador, a mí me consta —dijo aquel.

—¡Cobarde! ¡desertor! —opinó éste.

—Una *¡ex-autoridad!* —aclaró don Gaspar riendo con la risa del que ha vivido mucho y oído mucho; y tomando la guitarra que estaba en la esquina de la habitación, se puso a rasgar cantando con voz acatarrada:

Pájaro que vas volando
A las orillas del mar,
Cómo no has de ir de miedo
Pues vas sin atapellón...

Quedando reconciliados raptores e injuriado a los acordes de tan extraña cantata, nosotros regresaremos a Kíllac, donde los nuestros nos esperan.

XVI

Don Fernando encontró a Manuel todavía abismado en las impresiones que le dejó la repentina salida de Margarita.

—¡Hola! ¿don Manuel? —dijo al entrar alargando la mano al joven.

—Excuse usted mi visita, don Fernando, la hora no es aparente, pero en estos casos la urgencia de los asuntos es la carta de *pase* —contestó Manuel al mismo tiempo que estrechaba la mano de su amigo.

—Nada de cumplimientos, don Manuel. Usted sabe que soy su amigo, y eso basta —dijo don Fernando arrastrando una silleta e invitando a sentarse al joven.

—Tanto lo sé, que sin la amistad de usted me habría vuelto loco: mi posición tan difícil ante usted después del asalto aquel, los acontecimientos tan íntimos y contradictorios que se desarrollan desde mi llegada a este pueblo, donde los *notables* no acatan ley ni conocen religión, y todo lo que pienso y medito, no son para menos.

—Verdad, querido Manuel, que horroriza el estado actual de esta pequeña sociedad; pero más preocupado que a usted me traen las noticias que acabo de recibir de la ciudad.

—¿Serán de interés privado para usted?

—¡No! Son de interés público. Me comunican el triste fin del cura Pascual, ese desventurado hombre a quien escuchamos palabras de dolor, echando de menos la sana influencia que ofrece la familia en su seno a los párrocos del porvenir.

—¿Ha muerto?...

—Sí, amigo, y de manera desastrosa.

—¿Y cómo y de qué ha muerto? —continuó preguntando Manuel con interés creciente prestando toda su atención a la respuesta.

—Ha muerto en los Descalzos. Fue arrastrado primero por la bestia, recogido por la conmiseración de algunos y asistido por los frailes; dicen que al beber un vaso de agua sufrió el accidente final —replicó el señor Marín.

—¿Al tomar un vaso de agua en el convento?

—Sí, y los médicos han opinado que ha sido un derrame seroso.

—¡Pobre hombre!... ¡descanse en paz!...

—Hay otras noticias más graves que me han hecho vacilar.

—¿Si serán las que ya sabemos en casa? ¿Las de la tormenta política descargada en la capital, y conjurada después de un delirio horrorizador?

—¡Exactamente, amigo Manuel! Pero... bien mirado esto será temible en las primeras horas por las medidas violentas que imponen las situaciones anormales. Después, ¡no! Tengo fe en la administración civil de su tocayo don Manuel —dijo don Fernando levantándose de su asiento.

Así mismo la abrigo yo don Fernando; porque don Manuel Pardo[11] es un hombre de talla superior; pero lo que me abruma en estos momentos, es... diré, amigo, aunque sea brusco el cambio...

—¿De opinión?

—No, señor, de tema; me abruma la tormenta doméstica. Veo que es imposible vivir en este pueblo sojuzgado por la tiranía de los mandones que se titulan notables.

—¿Qué de nuevo puede usted decirme, amigo Manuel? Sé que han reducido a prisión al campanero, acusándolo como culpable del asalto a mi casa...

—¿No le digo? ¡si esto hace perder el juicio! Y como por otra parte, de todos modos debo terminar mis estudios y recibirme de abo-

---

[11] La referencia a la presidencia de Manuel Pardo permite suponer que los sucesos ficticios de la novela están situados entre 1872 y 1876. Manuel Pardo establece el *Partido Civil* cuyo gobierno Fernando Marín elogia Para intelectuales peruanos como Clorinda Matto de Turner y Manuel González Prada el gobierno de Manuel Pardo representaba la posibilidad de superar el caudillismo militar en el Perú.

gado, es preciso que me marche; pero no me resuelvo a dejar a mi madre en esta jauría de lobos.

—Pues, amigo Manuel, casualmente yo acabo de resolver este grave asunto en casa en igual sentido. Dentro de breves días me retiro con mi familia.

—¿Usted, don Fernando? —interrumpió Manuel en cuyo semblante se pintó la sopresa sombreada por el dolor o la duda.

—Sí, amigo; he arreglado un traspaso de mis acciones en los minerales y los objetos de mi propiedad, con unos judíos que me dan veinte por ciento, y así, salgo satisfecho.

—¿Y a dónde se dirige?

—A la capital; en Lima, presumo que el domicilio tendrá garantías, y que las autoridades conocerán lo que es cumplir su misión. Quisiera sólo hacer algo antes de salir por la libertad del campanero.

—¡Don Fernando! mi brazo es suyo. Ambos haremos todo por ese indio infeliz. Ahora parece que el destino me sonríe. He venido a hablarle de algo relativo a mis proyectos.

—Con cuanto gusto le escucho.

—Como dije, deseo arrancar de aquí a mi madre. He tomado todas las medidas necesarias para llevarla con pretexto de un paseo a Lima, y una vez allá, no habrá buque para regresar.

—Perfectamente. ¿Y don Sebastián? —preguntó don Fernando con curiosidad.

—Usted sabe que la madre de familia es el sol de la casa cuyo calor busca el corazón; tras de mi madre... llevaría a don Sebastián, cuyo porvenir es también de los más tristes, aquí... ¡Ah! ¡don Fernando! usted no adivina los actos opresivos que soporto por amor a mi madre.

—¿Y qué? Don Manuel, su modo de expresarse respecto a su padre, hace tiempo que llama mi atención —dijo don Fernando inspirando con el tono de su voz cierta confianza al joven.

—Lo presumía, señor Marín. Mi nacimiento está envuelto en un velo misterioso que si alguna vez se descorre por mi mano, será ante usted que es un caballero y que es mi mejor amigo —dijo el joven turbado.

Don Fernando acababa de saber todo lo que necesitaba, porque para él no pasaron inadvertidas las recíprocas impresiones de Manuel y de Margarita. Manuel no era, no podía ser hijo de don Sebastián.

—¿Quién será su padre? —pensó don Fernando; —puedo interrogarle de nuevo, exigirle una confidencia de amigo a amigo, obtener el secreto y tener el campo por mío; pero es necesario respetar la prudente reserva de este joven; la ocasión llegará. —Y dirigiendo la palabra a Manuel dijo:

—Gracias don Manuel; creo ser digno de su confianza; mas... volvamos a su solicitud. Decía usted...

—Que deseo me facilite usted la traslación de unos fondos a Lima y la colocación garantizada de ellos en una casa comercial.

—Con el mayor agrado, don Manuel. Adquiriremos unos libramientos para cualquiera de los Bancos: el de «La Providencia», el de «Londres, México y Sud-América», en fin, el que usted elija.

—Será el de Londres.

—Bien; ¿y cuánto desea usted remitir?

—Por ahora unos diez mil soles. Más tarde será otro tanto, porque pienso realizar todas las propiedades de acá —repuso el joven.

—Téngalo por hecho, querido don Manuel. Esta tarde puede usted dejar el dinero donde Salas, en mi nombre, y mañana tendrá usted todos sus libramientos. Ahora, permítame felicitarlo por su resolución. Muy bien pensado. Usted será un hombre útil al país como tantos otros que han ido de provincias a la capital; honrará a su familia, se lo aseguro —dijo don Fernando acentuando sus últimas frases.

Manuel inclinó la cabeza como agradeciendo, y detuvo en sus labios una palabra inoportuna, pues iba a manifestar a don Fernando que el móvil de todas sus aspiraciones era Margarita, pero la reflexión paralizó este movimiento.

—¿Su madre ha debido sufrir mucho? —preguntó don Fernando rompiendo el silencio momentáneo y sacando un cigarro.

—¡Oh, cruelmente! ¡alma de ángel en corazón de mujer!... ¡pobre madre mía!... —respondió Manuel suspirando. Y tomando un nuevo giro su pensamiento, continuó: —¿Creo que usted no sabe otras noticias de bulto que se han realizado anoche como el complemento de esta situación?

—¿Qué ocurrencias son esas? —dijo don Fernando con curiosidad.

—Nos ha venido del pueblo vecino, de *Saucedo,* una joven asilada en casa por las persecuciones del Subprefecto Paredes.

—¿Esa niña pagaría algún impuesto o renta fiscal? ¿Tal vez predios?...

—Nada, don Fernando; el Coronel gustó de su belleza juvenil y quiso hacerla suya sin otra bendición que la de su voluntad dictatorial —dijo Manuel riéndose con expansión.

—¿Y?...

—Ha huido del hogar.

—¿De modo que por estos mundos las víctimas salvadas de manos del cura caen a la hoguera de la autoridad?

—Como usted lo oye —contestó Manuel turbándose visiblemente con las palabras de don Fernando.

—¡Esto horroriza! Y si fijamos la mirada en los indígenas ¡el corazón tiene que desesperarse ante la opresión que éstos soportan del cura y el cacique!...

—¡Ah, señor don Fernando! desconciertan estas cosas al hombre honrado que viene de otra parte, ve y siente. Cuando haga mi tesis para Bachiller, pienso probar con todos estos datos la necesidad del matrimonio eclesiástico de los curas.

—Tocará usted un punto de vital importancia, punto que los progresos sociales tienen que dilucidar antes que el siglo décimonono cierre su último año con el pesado puntero que van marcando las centurias.

—Esa es mi convicción don Fernando —dijo Manuel.

—¿Y qué me dice usted de las autoridades que vienen a gobernar estos apartados pueblos del rico y vasto Perú?

—¡Ay amigo! ellas buscan empleo, sueldo y comodidad, sin que ninguno de los elegidos haya tenido noticia de las palabras de Epaminondas para saber que «es el hombre el que dignifica los destinos», cosa que nos enseñan en la escuela.

—Es que en el país impera el favor —dijo don Fernando sacando una caja de fósforos y encendiendo el cigarro que, armado, tenía hacía rato entre los dedos.

—¿Usted podría decirme don Fernando en qué estado está el expediente relativo al asalto de su casa? —preguntó Manuel aprovechando del pequeño silencio que hubo para variar de conversación; y al preguntar aquello, sus carrillos se tiñeron del carmín más encendido.

—El expediente... ni sé qué decirle, amigo... sólo ayer he preguntado algo de eso al saber que han apresado al campanero, a quien creo completamente inocente; ¿le interesa? —contestó don Fernando arrojando una bocanada de humo.

—¡Mucho, don Fernando! Ya hemos acordado salvar al campanero, cuyo nombre ignoro, y por otra parte, desearía que... si Margarita conoce aquellos detalles, algún día... los conozca bajo otra forma...

—¡Pif! ¡fue tan trágico el fin de los infelices padres de la muchacha!

—¡Cuánto daría porque conociese en su verdadero fondo ese fin trágico la digna ahijada de ustedes! ¡Margarita! y Margarita...

Iba a decir Manuel todo el secreto de su alma, cuando apareció en la puerta doña Petronila acompañada de Teodora, a quien presentó con manifiesto cariño.

XVII

Martina, la mujer de Isidro Champi, luego que salió de la casa de su compadre Escobedo después de sacrificar las cuatro cabezas de gana-

do vacuno ante la avaricia del compadre, asustada con la noticia de que la prisión de su marido era realmente por las campanadas de la asonada, fue corriendo a su casa, tomó los ponchos de abrigo de Isidro, y se dirigió a la cárcel.

El carcelero le dejó entrada libre y cuando vio a su marido se echó a llorar como una loca:

—¡Isidro, *Isidrocha!* ¿dónde te veo?... ¡ay! ¡ay! ¡tus manos y las mías están limpias de robo y de muertes!... ¡ay! ¡ay!... —decía la pobre mujer.

—Paciencia *Martica,* guarda tus lágrimas y pide a la Virgen —contestó Isidro procurando calmar a la mujer, que secándose los ojos con el canto de uno de los ponchos, repuso:

—Sabes Isidro, he ido a ver a nuestro compadre Escobedo y él dice que prontito te saca libre.

—¿Eso ha dicho?

—Sí, y aun le he pagado.

—¿Qué cosa le has pagado? Te habrá pedido plata, ¿no?

—¡No! si ha dicho que te han traído por las campanadas de esa noche de las bullas de la casa de don Fernando. ¡Jesús! ¡y tantos muertos que hubo!... y ese wiracocha dice que tiene plata y nos perseguirá... —dijo la india santiguándose al mentar a los muertos.

—Así dijo también don Estéfano —contestó Isidro, e insistiendo en la primera pregunta, pues harto conocía a los notables del lugar, dijo:

—¿Y qué cosa has pagado? Dí, pues, claro.

—¡*Isidrocha!...* ¡tú te enojas!... ¡tú te estás poniendo amargo como la corteza del *molle!* —repuso la india con timidez.

—¡Vamos Martina! tú has venido a martirizarme como el gusano que roe el corazón de las ovejas. Habla, o si no, vete y déjame solo... Yo no sé por qué no quieres decir... ¿qué le pagaste?

—Bueno, Isidro. Yo le he dado a nuestro compadre lo que ha pedido, porque tú eres el encarcelado; porque yo soy tu paloma compañera; porque debo salvarte aunque sea a costa de mi vida. No te enojes, *tata,* le he dado las dos castañitas, la negra y la afrijolada;... —enumeró Martina acercándose más hacia su marido.

—¡Las cuatro vaquillas! —dijo el indio empalmando las manos al cielo y lanzando un suspiro tan hondo, que no sabemos si le quitaba un peso horrible del corazón, o le dejaba uno en cambio del otro.

—Si él quería que se le diese vacas; y apenas, como quien arranca la raíz de las gramas, le he arrancado el sí por las vaquillas, porque una es para el Gobernador, una para el Subprefecto, otra para el Juez y la afrijolada para nuestro compadre.

El indio al escuchar la relación inclinó la cabeza mustio y silencioso, sin atreverse a decir nada a Martina, quien después de algunos

momentos salía en pos de sus hijos, enjugando nuevas lágrimas y con el corazón repartido entre la cárcel y la choza.

Entre tanto, Escobedo, que encontró a Estéfano, le dijo:

—Compañero, *aseguratan*...

—*Ratan* —contestó Benites.

—Y como reza el refrán. Ya el indio Isidro aflojo cuatro *vaquillonas*.

—¿Eh?

—Como lo oyes; vino la mujer lloriqueando y le dije que era grave la cosa, porque la prisión era por las campanadas.

—¿Y?

—Me ofreció gallinas ¿qué te parece la ratona de la campanera?

—¿Pero aflojó vaquillas?

—Sí, pues; ahora ¿cómo nos partiremos?

—Le daremos una al Subprefecto, mejor ir derecho al santo, y las tres para *nones* —distribuyó Benites.

—Bueno; ¿y el indio sale o no sale?

—Ahora no conviene que salga; lo embromaremos unos dos meses, y después la sentencia hablará, porque primero está el cuero que la carne, hijo —opinó Benites.

—*Eso* es mucha verdad, que uno está antes que dos. ¿Y el embargo?

—El embargo que se notifique por fórmula, y con eso sacamos cuando menos otras...

—Cuatro vaquillas, claro. Si tú sabes como un vocal Estefito, y con razón todos te hacen su secretario —agregó Escobedo frotándose las manos.

—¿Y para qué estudia uno en la escuela del *Rebenque,* sino para dictar la plana y ganar la vida, y ser hombre público y hombre de respeto? —dijo con énfasis sacando su pañuelo sin orlar y limpiándose la boca.

—¿Cuándo hacen el embargo? —preguntó Escobedo.

—Podemos hacerlo dentro de dos días, y se me ocurre una idea, ¡qué canarios!... Tú no vayas al embargo, cosa que al indio le hacemos creer que tú por ser su compadre te has empeñado en guardar los ganados, porque si es otro el depositario se los lleva.

—¡Magnífico! Por ahora *tu zorro* te dicta como libro —repuso Escobedo riéndose y preguntando en seguida:

—¿Qué dirá don Hilarión?

—El viejo ni lee lo que pongo. A todo dice *amén* como que es *sobrino* de cura.

—No seas deslenguado. ¿Y don Sebastián? —advirtió y preguntó Escobedo.

—Don Sebastián dirá *francamente,* que así me parece bien, y nosotros de esta hecha estrenamos ropa y caballo para la fiesta del pueblo —repuso riéndose a carcajadas Estéfano Benites, en cuyo cerebro quedaba combinado todo su plan para explotar la inocencia de Isidro Champi, con el apoyo del compadre Escobedo, padrino de pila del hijo segundo del campanero.

—Muy bien, *compañerazo* y ahora que tenemos todo trazado a las claras, la lengua pide un *mojantito* —opinó Escobedo.

—De ordenanza, compadrito, pediremos un par de copas, a la pasada, donde la quiquijaneña, o donde la Rufa —contestó Estéfano aceptando la idea de su colega y arreglándose la falda del sombrero.

XVIII

Teodora, en la plenitud de su vida, como ya la hemos descrito al llegar a su pueblo, lucía una cabellera tan abundante y larga, que al tenerla destrenzada habríale cubierto las espaldas como una ancha manta de vapor ondulado. El conjunto de su persona era tan simpático y atrayente, con esa expresión dulce que enamora, que al verla don Fernando formuló en su pensamiento una especie de disculpa al Subprefecto. Invitó asiento a las recién llegadas, y llamó desde la puerta:

—¿Lucía, Lucía? —arrojando afuera el pucho del cigarro que fumaba.

Mientras tanto doña Petronila, dijo quedito a su hijo:

—Te pillé, bribonazo, te pillé en tu querencia —y sonrióse maliciosamente.

—¡Madrecita! —articuló Manuel como una disculpa de niño.

Don Fernando preguntó a Teodora:

—Señorita, ¿usted es recién llegada?

—Sí, señor, soy de Saucedo, y sólo hace horas que estoy aquí —contestó la joven con desenvoltura.

Lucía no se hizo aguardar y entrando dijo:

—¿De dónde bueno por su casa doña Petronila?... ¿y esta señorita?... —y abrazó a una y otra.

Doña Petronila, desprendiéndose el pañolón sujeto al hombro, y con aire de franqueza exclamó:

—¿Qué les parece a ustedes el dichoso Coronel Paredes, que después de dejar el *asperjes* de la discordia en mi casa, se fue a la de mi compadre don Gaspar a querer robarse su joya? —y señaló a Teodora.

—¡Madre! —dijo con timidez Manuel.

—¡Guá! ¿por qué no he de hablar claro? —continuó doña Petronila— si don Fernando los conoce muchísimo y asimismo la señora Lucía

—y relató punto por punto todo lo ocurrido en Saucedo. Cuando terminó su relación, que los esposos Marín escuchaban cambiando la mirada de la joven a doña Petronila y de ésta a aquélla, los carrillos de Teodora eran dos cerezas, permaneciendo ella con la mirada clavada en el suelo sin atreverse a levantar los ojos. En esta actitud soportó uno de los momentos más difíciles de su vida: ora recogiendo a ratos los pies bajo de la silleta, ora estrujando sus manos escondidas debajo de su pañolón de cachemira.

Manuel se sonreía a veces. Lucía bastillaba la orla de su fino pañuelo, encarrujándolo y volviendo a soltarlo.

—¿Así que esta señorita es una heroína del amor a su prometido? —dijo don Fernando.

—¡Muy bien! ¡qué simpática! ¡así fieles deben ser todas las mujeres cuando quieren! —expuso Lucía.

—¡Qué felicidad la de encontrar un cariño así! Envidio a Mariano —agregó Manuel.

—Pues, me gusta la pasada corrida al Subprefecto; ¡bien, muy bien, señorita Teodora! —dijo don Fernando levantándose de su asiento y estrechando la mano de Teodora.— Me parece que estos pueblos se irán poniendo trabajosos día por día —continuó el señor Marín, aquí todos abusan y nadie corrije el mal ni estimula el bien, notándose la circunstancia rarísima de que no hay parecido entre la conducta de los hombres y la de las mujeres...

—¡Si también las mujeres fuesen malas, éste ya sería un infierno, Jesús! —interrumpió Lucía guardando su pañuelo en el bolsillo de la bata.

—Usted, doña Petronila, debe salvar a su esposo y a su hijo, que es un cumplido caballero —dijo don Fernando dirigiéndose a la madre de Manuel, cuyos ojos brillaron con la luz del gozo materno. Manuel sonrió inclinando la cabeza, adivinando que la intención de su amigo era prepararle campo para convencer a doña Petronila.

Lucía salió en apoyo de su esposo, diciendo:

—Efectivamente, amiga, esto ya no es para nosotras; debemos alzar el vuelo a otras regiones serenas; nosotros nos retiramos pronto.

—¿Se van?... ¿ustedes se van? —preguntó doña Petronila con interés.

—Sí, señora, lo hemos resuelto —contestó don Fernando apoyando a Lucía.

—¡Jesús! ¡qué noticia tan triste la que vengo a recibir! —dijo doña Petronila, a quien Manuel insinuó diciendo:

—Ahora falta que tú te resuelvas, madre, y todos quedaremos contentos.

—Eso... veremos...

—¿Cómo? ¿que veremos?... ¡ah! pronto ha de saberse cuál de nosotros triunfa —repuso Manuel acompasando sus últimas palabras con golpecitos dados en el suelo con el tacón de sus botas.

—¡Margarita, Margarita, ven! —gritó Lucía al ver a la huérfana que pasó junto a la puerta. Lucía tuvo el deliberado intento de ver qué impresión producía el conocimiento de la niña en el corazón de doña Petronila, pues desde la conversación que tuvo con su ahijada, en cuyo corazón existían para con Manuel mayores preferencias de las que ella alcanzó a medir, estaba preocupada con el porvenir de la huérfana.

—Presentaré a usted a mi ahijada Margarita —dijo Lucía tomando a la niña de una mano y dirigiéndose a la madre de Manuel.

—¡Qué linda señorita!

—Simpática y amable.

Fueron las palabras que simultáneamente repitieron doña Petronila y Teodora.

—*¡Margarita!* ¿no es verdad que lleva bien su nombre de flor? —agregó Manuel en momentos que su madre abrazaba a la huérfana, prodigándola palabras de alabanza, que sonaron como música celestial en el corazón de Manuel que, ebrio de felicidad, no cabía en el pecho.

Al interrumpir esta escena de calma venturosa, llegó una mujer despavorida, llorosa y confundida, que desde la puerta dijo entre sollozos:

—Señor, wiracocha Fernando, ¡caridad por la Virgen!

—¿Quién es esta infeliz? —preguntó Marín sorprendido.

—Esta es la *Martina...* mujer del *Tapara* —repuso doña Petronila, cuando Lucía se tapaba los ojos con ambas manos, murmurando para sí:

—¡Marcela! ¡Marcela! ¡Parece su hermana!

Don Fernando volvió a preguntarle:

—Di quién eres, ¿qué pides?

—Soy la mujer de Isidro Champi, el campanero...

La última frase descorrió por completo el velo.

Don Fernando y Manuel se demudaron notablemente, y el primero dijo:

—¡Ah!... ya lo sé, hija; tu marido está preso, ¿no?...

—Sí, wiracochay, también ahorita se han llevado todos nuestros ganados

—¿Quién?

—¿Quiénes?

Preguntaron a una voz Manuel y don Fernando.

—¡Las justicias, señor! —repuso lacónicamente *Martina.*

—¡Las justicias! Pero, ¿quiénes son esas justicias? —replicó Manuel.

—¡Jesús! ¡qué cosas! —exclamó doña Petronila, mientras Lucía, muda de emoción, apenas abrió sus labios para decir a Margarita:

—Hija, anda, ve a Rosalía, y pide un vaso de agua.

Manuel, que en otra circunstancia habría sentido aquella despedida, dirigió a la señora de Marín una mirada que traslucía toda su gratitud, y sin desplegar los labios permaneció mirándola por varios segundos.

—¡El alcalde mayor[12] y el Gobernador, wiracochay, misericordia! —dijo Martina arrodillándose a los pies de don Fernando.

—¡Oh! ¡levántate!... ¡tranquilízate!... —repitió el señor Marín dando la mano a Martina.

—¡Por Dios!, que te salvaremos; se remediará todo; ¡sosiégate! —dijo Manuel acercándose hacia Martina.

—Bueno; ¿tú no nos persigues? —preguntó Martina a don Fernando.

—¡No, hija, no!

—¿Tú nos salvas entonces, sacas de la cárcel a Isidro y nuestros ganados del corralón del embargo?

—¡Sí! Te defenderé.

—¿Sí?

—¡Crueles!

—¡Descorazonados! —repitieron sucesivamente y Martina, sin más promesa que la de don Fernando y Manuel, salió llena de esperanzas que su amante corazón de esposa quería trasmitir sin tardanza al del esposo encarcelado.

XIX

El cambio de autoridad se efectuó pacíficamente en la provincia. El nuevo Subprefecto dirigió las circulares de estilo a los funcionarios de su dependencia, invocando *la Ley, la Justicia y la Equidad.*

Finalizada la diversión en casa de Teodora, don Gaspar llegó a Kíllac para relatar por sí mismo a su virtuosa hija todo lo ocurrido en Saucedo después de su fuga, agradecer a su comadre doña Petronila el hospedaje, y volver en compañía de Teodora a hacer nuevamente la tranquila vida del campo, mientras se vencía el plazo señalado en los esponsales del honrado Mariano.

Nadie supo dar razón del paradero del Coronel don Bruno de Paredes, porque, a pocas millas de su salida, despidió su escolta y, solo ya, buscó un refugio seguro.

Súpose, sí, en los días posteriores, que estaban bien mermadas las rentas de *Predios* rústicos y urbanos, y en mano de los indígenas una

---

12 Juez de Paz

respetable cantidad de recibos de una contribución personal y forzosa, creada *ad-hoc* por su señoría, titulada: *Derechos de Instrucción Popular.*

Don Sebastián, mohino y cariacontecido se golpeaba el pecho repitiendo:

—Francamente, mi mujer y Manuel sabían *la media de la misa;* francamente, me pesa, me pesa no haber seguido sus consejos.

Tal confesión era un nuevo apoyo para que Manuel llevase a la práctica sus teorías en la casa, donde su opinión prevalecería respetada y obedecida.

Manuel pasó toda la noche en vela, lápiz en mano, marcando y borrando números sobre un pliego de papel que tenía cerca, y recorriendo su dormitorio con pasos acelerados, que de rato en rato se detenían para apuntar algo o buscar ligero descanso en el sofá.

—¿Y por qué mi anhelo se reduce a dejar el pueblo donde he nacido —se decía— cuando es propensión innata del hombre amar el engrandecimiento del suelo donde vio la luz primera?... ¿por qué no aspiro a vivir aquí, donde nació Margarita, y donde, junto a ella, brotó lozana y bella la flor de mis amores?... ¡Ah! mi contrariedad se explica por la palabra de una experiencia razonada.

Los lugares donde no se cuenta con garantías para la propiedad y la familia, se despueblan: todos los que disponen de medios suficientes para emigrar a los centros civilizados lo hacen, y cuando uno se halla en la situación en que yo me encuentro, solo contra dos, uno contra cinco mil... no queda otro remedio que huir y buscar en otro suelo la tranquilidad de los míos y la eterna primavera de mi corazón... ¡Margarita! ¡Margarita mía! A ti te entumecería el invierno de los desengaños en esta puna donde se hielan los buenos sentimientos con el frío del abuso y el mal ejemplo. Tú vivirás bella y lozana, donde se comprenda tu alma y se admire tu hermosura; ¡tú serás el sol que me dé calor y vida bajo la sombra de árbol extraño!...

Por la mente del hijo de doña Petronila cruzaban, revoloteando, mil aristas chispeantes, llevando un enjambre de ilusiones sostenidas en su corazón por dos fuerzas activas: nobleza de sentimiento y pureza de pasión. Dio unas cuantas vueltas por la habitación, distraído y embebido en sus pensamientos, y sacó un cigarro guardado en una cajita de caucho. Manuel fumaba en raras ocasiones. El tabaco, lejos de constituir un vicio, era un agente de pasatiempo. Armó el cigarro y después de encenderlo a la lumbre de la vela de sebo, darle tres chupetones seguidos y arrojar humo por boca y narices, dijo:

—¡Sí! ellos salen pronto... ¡yo iré a encontrarlos, así sea al confín del mundo!... Y lejos ya de Kíllac, lejos del teatro de la tragedia del 5 de agosto, abriré mi corazón ante don Fernando, pediré la mano de Marga-

rita, y una vez aceptado, fijando un plazo, seguiré con fe y aliento el término de la carrera que he abrazado. ¡Sí, sí! ¡estoy resuelto!... Confiaré a don Fernando, a Lucía, a mi Margarita, el secreto de mi nacimiento, porque esa confidencia asegurará mi felicidad; pero... antes hablaré a mi generosa madre sobre cuya frente no puedo yo arrojar... ni las sombras siquiera de la deshonra. ¡Madre! ¡madre querida!... la fatalidad me colocó en tu seno, y después... ¡ay!... mi presencia torturó tu vida, reflejándose en la terquedad de un padrastro... Y hoy que me siento hombre, ¿por qué no es para ti todo el calor de mis afectos?... ¡Margarita!...

El primer rayo de la aurora, apacible y sereno, penetró por los resquicios de la puerta y ventana del dormitorio de Manuel, que veló desde la tarde a la mañana, de claro en claro, con el primer insomnio del amor y el deber.

XX

El objeto de la visita de doña Petronila a la casa de los esposos Marín no era sólo presentar a Teodora y trasmitir las noticias de Saucedo, sino obtener unas recomendaciones de don Fernando para la nueva autoridad. Por esto, luego que salió Martina, la mujer del campanero, dijo al señor Marín:

—He venido a molestarle, mi don Fernando, con una súplica.

—Molestia no será jamás, mi doña Petronila.

—Me han dicho que usted es amigo del nuevo Subprefecto.

—Le conozco, verdad, aunque muy de lejos; pero... ¿qué se ofrecía?

—¡Lástima! Yo quería una carta de recomendación para Teodorita y mi compadre don Gaspar; después de todo lo que ha pasado, figúrese usted cómo no estarán temblando los pobres de que vaya otra gente de malos tratos como ese militar —dijo doña Petronila prendiendo su pañolón.

—Siento contrariedad al no complacerle; pero yo trataré de buscar la influencia de otro amigo —contestó Marín.

—Salas es pariente del nuevo Subprefecto —indicó Lucía.

—Sí, pero no es él de quien pienso valerme sino de Guzmán, porque éste me ayudará a trabajar en favor de Isidro Champi.

—También usted, doña Petronila, por su parte vea cómo arregla don Sebastián el asunto del campanero —recomendó Lucía.

—Eso queda a mi cargo, y... hasta prontito —dijo doña Petronila despidiéndose junto con Teodora y Manuel, a quien dijo don Fernando:

—Nos veremos luego para acordar lo de Champi.

Margarita, que fue al interior de la casa en busca de Rosalía, respiró un poco de aire libre lejos de su madrina, cuyas miradas se le habían hecho sospechosas, desde las confidencias que tuvo con ella y el modo como se expresó de Manuel.

El aire que la soledad brinda a los corazones que sufren en la asfixia del dolor, está impregnado de melancolía, y parece entibiado por el bálsamo del consuelo.

El amor es como una planta.

Colocado en terreno fértil, exuberante y rico, crece con rapidez sorprendente.

El temperamento vigoroso y el físico robusto de Margarita abonaban el desarrollo prodigioso de sus simpatías por Manuel, y las condiciones en que la había colocado el destino, constituían un nuevo elemento motor dándole a los catorce años todos los impulsos de un cerebro maduro, y las fruiciones de un corazón de veinte primaveras.

Quedaban solos don Fernando y Lucía en el salón y ésta dijo:

—No dirás, querido Fernando, que es adelantamiento de juicio femenino, pero, creo saber que Margarita y Manuel se aman, y...

—Sería afecto celebrado por mí.

—¡Cómo, Fernando! ¿y los miramientos sociales, y los deberes de conciencia? ¡Margarita es la hija de Marcela, madre heroica, víctima de don Sebastián, y Manuel es el hijo del verdugo!...

—Aquí te gané la partida, hijita mía —dijo don Fernando sonriendo y tomando la mano de Lucía.— Manuel me ha dejado entrever un misterio en su nacimiento. Esa historia espero conocerla, y te aseguro que yo no he creído jamás que ese joven tan digno sea hijo de don Sebastián. Nunca lo he pensado, ni antes de que Manuel dejase escapar algunas frases en momentos de franqueza.

—¡Dios mío!... ¿ese viejo tan feo?... ¿Me ganarás, Fernando? Ese detalle importa a la solución de un problema que me llena de pesar, porque he sembrado la semilla de la aversión en el tierno corazón de nuestra Margarita.

—¿Cómo, de qué modo? —preguntó con sorpresa don Fernando soltando la mano de Lucía y mirándola con atención.

—Señalándole a Manuel como al hijo del matador de su madre...

—¡Imprudente!... —exclamó Marín con amargura; mas, como hallando reparación, agregó: —Si ella le ama, no habrá brotado el odio, y será doblemente feliz el día en que sepa que Manuel no es vástago del abusivo Gobernador de Kíllac.

—¡Desde hoy trabajaré, Fernando mío, para disipar en el corazón de mi ahijada esa sombra que ha proyectado mi palabra imprudente! Sí, conozco que, en realidad, es un partido ventajoso para nuestra Margarita.

—Inmejorable, querida Lucía; yo amo a esa juventud estudiosa y seria que encuentra en su propia inspiración el aliento para el trabajo; por esto amo a Manuel y preveo que será un abogado distinguido, capaz de dar lustre al Foro peruano. Fuera de esto, sabrás, Lucía, que los medios materiales de que dispone son más que suficientes para sostener con desahogo a su familia.

—Tus palabras me comunican satisfacción infinita, Fernando. Es preciso que ellos sean felices.

—Coadyuvar a la ventura de Margarita, es un deber para nosotros, hija mía.

—¡Sí, amado Fernando! Yo le juré esto a Marcela, cuando en los umbrales de la muerte, depositó en mi alma el secreto de que Margarita es la hija de aquel hombre, y me reveló los pormenores que tú sabes. Luego, Margarita será tan feliz como yo, si ella ama a Manuel como te quiero, mi Fernando.

—¡Adulona! —dijo don Fernando con voz cariñosa abrazando a Lucía.

¿Por qué había revelado Lucía a don Fernando el secreto de Marcela? ¿Es verdad que la mujer no puede ser nunca la guardadora de un secreto?

¡No!

Lucía amaba mucho a su esposo para haberle callado nada, y es de explicarse esa intimidad inherente al matrimonio que realiza la encantadora teoría de dos almas refundidas en una, formando la dicha del esposo, que permite leer, como en libro abierto, en el corazón de la mujer, que al dar su mano, no esquivó la ternura del alma enamorada, como la ofrenda del amor perdurable jurado en el altar.

El matrimonio no debe ser lo que en general se piensa de él, al concederle sólo el atributo de la propagación y conservación de la especie.

Tal será acaso la tendencia de los sentidos; pero existe algo superior en las aspiraciones del alma que busca su centro de repercusión en otra alma, como el ser espiritual unificado por las potencias de memoria, entendimiento y voluntad y estrechado por el vínculo santo del amor.

Lucía, que nació y creció en un hogar cristiano, cuando vistió la blanca túnica de desposada, aceptó para ella el nuevo hogar con los encantos ofrecidos por el cariño del esposo y los hijos, dejando para éste los negocios y las turbulencias de la vida, encariñada con aquella gran sentencia de la escritora española, que en su niñez leyó más de una vez, sentada junto a las faldas de su madre: *«olvidad, pobres mujeres, vuestros sueños de emancipación y de libertad. Esas son teorías de cabezas enfermas, que jamás se podrán practicar, porque la mujer ha nacido para poetizar la casa»*.

Lucía estaba llamada al magisterio de la maternidad, y Margarita era la primera discípula en quien ejercitaría la trasmisión de las virtudes domésticas.

—¡Bien, Fernando! Queda convenido que yo varío totalmente de parecer acerca de la inconveniencia de los amores de Manuel y Margarita, para quien buscaré una explicación en los límites de la prudencia —contestó Lucía.

—¡Bien! Pero yo tengo que ocuparme de esa pobre familia del campanero.

—¡Fernando, Fernando mío!... Mi corazón tiembla de terror ¡Ah!... cuando entró Martina creí ver la imagen de Marcela, y no sabes qué lúgubres presentimientos me han asaltado. No he dicho nada, he callado porque primero eres tú, y temo...

—No temas nada, hija; no tomaré las cosas de frente, pero es imposible dejar que asesinen a otro hombre con el estoicismo del verdugo.

—¡Quisiera ya estar lejos de Kíllac para no ver estas cosas!... ¿Y Manuel qué hará?

—Ten paciencia, hijita, pocos momentos te quedan en este lugar ya odioso. Manuel se encargará de todo, de acuerdo con Guzmán, y voy a escribir a éste ahora mismo —dijo don Fernando dirigiéndose a su escritorio. Lucía se retiró también de la sala.

Sentado a su pupitre escribió don Fernando las siguientes líneas:

Kíllac, a 13 de diciembre de 187...

SEÑOR DON FEDERICO GUZMAN

Aguas-claras

Querido amigo:

Estoy en vísperas de retirarme a la capital, resolución que he tomado por las razones que usted conoce.

Necesito de su amistad e influencia ante el nuevo Subprefecto, para sacar de la cárcel a Isidro Champi, campanero de este pueblo, a quien han apresado los verdaderos culpables de la asonada del 5 de agosto. Estoy perfectamente convencido de que ese indio es inocente; pero aquí nada se puede hacer contra las maquinaciones en masa de los vecinos notables que constituyen los tres poderes, eclesiástico, judicial y político. Casi me atrevería a asegurarle que Estéfano Benites, Pedro Escobedo y el Gobernador Pancorbo, son los verdaderos culpables, habiendo desaparecido ya el cura Pascual Vargas.

Tal vez extrañará a usted que pida la intervención de la autoridad política en este asunto sometido al juzgado; pero si reflexiona usted por un momento sobre el personal que administra aquí la Justicia, conocerá la necesidad de que una autoridad recta y bien intencionada haga cumplir las leyes.

No tengo interés en la prosecución del juicio. Deseo únicamente, dejar salvado al campanero cuya suerte me contrista, y es todo lo que le recomiendo.

Si puede usted conseguir esto, se lo agradeceré en el alma.

Necesito una cartita de recomendación de usted para el Subprefecto, a favor de don Gaspar Sierra y su familia. Todavía por acá se presta mucha importancia, amigo, a las cartitas de recomendación, lo que para mí es buen indicio, porque todavía se cree en la amistad y los servicios desinteresados, y no se ha olido que en otras partes no hay recomendación posible fuera de una onza de oro.

Prepáreme sus órdenes, querido amigo; acepte las memorias de mi Lucía, y disponga de la voluntad de su muy amigo y S.S.

Fernando Marín

Doblada y cerrada en un sobre azul, guardó don Fernando esta carta en el bolsillo interior de la levita, y salió en dirección a la calle, donde también esperaba ver a Manuel.

XXI

Martina penetró al calabozo de su marido con paso acelerado y respiración agitada, pero la lobreguez que reinaba en ese recinto para quien entraba de la claridad, cegó de pronto sus pupilas.

La tenue luz que se cernía por los intersticios de una ancha claraboya tapiada de adobes fue bañando la retina de la india, que al fin distinguió las paredes, el suelo, el poyo que hacía de cama, y sentado en él a su marido, el cual contemplaba a la recién llegada sin atreverse a preguntarle nada, temeroso de escuchar el anuncio de nuevas desgracias.

Martina, al distinguirle, dijo con entusiasmo:

—¡Isidro, Isidro! Arranca de tu corazón la pena negra. El *wiracocha* Fernando no nos persigue; es mentira, le he visto.

—¿Le has visto? —repitió Isidro con indiferencia.

—¡Sí, le he visto, le he hablado, y me ha dicho que te salva, que nos salva!

—¿Eso ha dicho? ¿y tú le crees, no?

—¿Por qué no he de creer si él no es de aquí? ¡Isidro! sólo en nuestro pueblo sacudió su poncho el diablo derramando candela y mentira.

—¿Y qué te ha pedido en pago?

—¡Nada! Ni siquiera me ha preguntado si tenemos ovejas.

—¿De veras? —preguntó el indio abriendo más los ojos.

—Deveritas, Isidro, y dice que él no te persigue. ¡Ay! ¡ay! yo creo que él nos salvará, como ha recogido a las hijas de Yupanqui; no lo dudes, Isidro; se enojaría el *Machula* de la oración... Las nubes tapan el sol, la tarde oscurece, pero esas nubes pasan recogidas por el mismo que las extiende, y el sol aparece y brilla y calienta de nuevo.

—¡Acaso, acaso, Martinacha! —dijo el indio ahogando un suspiro y estirando ambos pies.

—¡Por la Virgen, Isidro! ¡Nuestras penas pasarán también! Sin duda tú no has sabido encomendarte a la Virgen cuando tocabas las campanas del alba, y por esto nos ha caído tanta desgracia, como la helada que pone amarillas las hojas del maíz y malogra el choclo —dijo ella sentándose junto a Isidro.

—Pudiera ser, Martina, pero... ¡nunca es tarde para llorar! ¡La tierra que está un año, dos, tres, hasta cuatro sin dar fruto de repente se sacude, y... llena la troje con la cosecha!

—¡Bueno! Reza, pues, el alabado, y... hasta mañana, voy por nuestros hijos.

—¿Qué dicen nuestros hijos? ¿Por qué no me traes siquiera a la sietemesina?

—Cuando me preguntan por ti, digo que estás en viaje, Miguel calla y se agacha, porque ya él entiende y no lo puedo engañar. ¿Que los traiga?... ¡Jesús! ¿Para qué?... ¡Ay! basta con que tú y yo conozcamos la cárcel... hasta mañana —dijo y besó a Isidro con el tranquilo y casto beso de las palomas.

Mientras pasaba esta escena entre Isidro y su mujer, en casa de Estéfano Benites se encontraban reunidos varios vecinos comentando los últimos sucesos, entre copa y copa, cuando llegó Escobedo y dijo desde la puerta:

—¡A ver, qué convidan! Habrá miel cuando cargan moscas.

—¡Adelante compadrito! —contestó Estéfano disponiéndose a servir una copa al recién llegado.

—Ni mandado llamar con alguacil de gobierno —dijo uno.

—Sus narices lo han traído, ha olido la *tranquilla* —aclaró otro riendo.

—Por acá siéntese —agregó el primero invitándole asiento.

—No, amigotes, gracias, de sobre paradito no más, que estoy *ocupao* —contestó Escobedo recibiendo la copa de Estéfano, a quien dijo en secreto:

—¡Te necesito, suena gordo!

—¡A la salud de ustedes! —brindó Estéfano— advirtiendo a su amigo con el mismo sigilo: —Allá voy.

Y después de trincar se retiraron los dos hacia la puerta, donde tuvo lugar el siguiente diálogo sostenido a media voz:

—¿Sabes que el tal don Fernando está dando pasos por el campanero?

—¡Hola!... ¿Pero no dicen que se va?

—Sí, es verdad que se va, y eso no se opone a que quiera defender al indio, y si mete el brazo perdemos soga y cabra.

—¡Eso no es posible! ¡dejarse despabilar cuatro... qué! ¡Por lo menos ocho vacas! ¡Eso no es posible!

—También el hijo de don Sebastián está en correteos...

—¿Cómo?... ¡No entiendo lo que quiere ese pedante!... Bien dijiste que sonaba gordo.

¿Y qué *ideas* pues?...

Estéfano permaneció mudo por unos segundos con la vista fija en el suelo, y de improviso dijo:

—Me oculto con el expediente.

—Me parece bien.

—Lo que importa ahora es saber qué día se marcha ese bergante de Marín. Lo que es al peruétano de Manuelito no le tengo miedo; don Sebastián está de por medio, y... en último caso, le daremos una paliza.

—Así es. Yo averiguaré inmediatamente el día de la marcha, y los pasos que están dando, y...

—En el acto hago viaje al fondo de la tierra ¿Qué me pillen?... ¡píst!... dijo Estéfano pegando un silbido y agitando el labio inferior con el dedo índice de la derecha.

—¡Magnífico! ¡dicho y hecho! Y vamos a dejar *pelao* al entrometido de Marín.

—¡Tomemos otro trago, y a nadar patos! —dijo Estéfano alargando la mano a su camarada.

—Bueno compadrito —repuso Escobedo estrechándole la mano y ambos se llegaron a la mesa, sirvieron todas las copas, e invitando a beber, dijo Escobedo:

—¡Salud caballeros! Este es el *anda vete.* Vació su copa, limpió sus labios con la orla de la sobremesa, y salió a cumplir su comisión.

XXII

El transcurso de los días despejó el cielo de las nubes que lo entoldaban, y los arreglos económicos en casa de Manuel superaron todo cálculo.

Manuel iba a emprender su viaje a Lima para ingresar a San Carlos. Su alma recibió la esperanza de vivir cerca de Margarita, cuyo ingreso a uno de los mejores colegios de la capital era también cosa resuelta.

Entre tanto, todos los pasos dados por don Fernando y Manuel para arrancar de la cárcel a Isidro eran estériles, pues el Juez de Paz se encerró en el castillo de las fórmulas, pidió informe al promotor fiscal y se contentó con ofrecer a los interesados el despacho rápido del asunto.

Para don Fernando era imposible postergar su viaje, y dijo a su esposa:

—He ideado una forma, hija, de ver la reconciliación general entre los vecinos de acá y nosotros, pero con el solo propósito de alcanzar la libertad de Isidro.

—¿Cuál, Fernando? ¡Oh! Dios te inspire porque, verdaderamente nos sería doloroso irnos dejando en la cárcel a ese infeliz.

—Daremos un banquete de despedida para la mañana de nuestra salida, y allí comprometeremos a todos en favor de Isidro. Creo que éstos le han encarcelado sólo para que aparezca un culpable, y sincerarse ellos. Una vez que nos vamos, desaparece todo motivo para continuar ese juicio, y la libertad de Isidro será cosa resuelta.

—Apruebo, querido Fernando, tu idea, y ahora mismo ordenaré que preparen todo, aunque ha de costarnos algo caro, porque he visto que aquí explotan al recién llegado y al que se va.

—¡No importa, hija! ¡Cuánto dinero se bota en cosas inútiles! Y sobre todo, sea un capricho nuestro querer libertar a ese indio. Con cien soles tendremos de sobra, ¿no?...

—Ni tanto, hijo. ¿No sabes que una gallina vale veinte centavos, un par de pichones de paloma, diez centavos, y un carnero sesenta centavos?...

—¡Qué baratura, por Dios! ¿Y así hay quienes le roban al indio?

—¡Admírate, hijito! ¡Oh! ¡Pobres indios! ¡Pobre raza! Si pudiésemos libertar a toda ella como vamos a salvar a Isidro!...

Decía esto la señora Marín cuando tocaron a la puerta.

Era Manuel que llegaba con un rollo de papeles en la mano. Saludó, puso su sombrero sobre una silleta, y dirigiéndose a don Fernando dijo:

—Vengo con el ánimo contrariado, señor Marín. Después de tantas andanzas y haber presentado estos dos recursos que están con decreto, resulta que el expediente lo tiene Estéfano Benites, y éste no se halla en el pueblo. Su mujer me ha asegurado que ha ido a Saucedo, de donde volverá dentro de tres o cuatro días.

—¡Qué contrariedad, amigo Manuel! —contestó don Fernando.

—Tal vez se habrá escondido. Ese mocito tiene una cara de Pilatos —opinó Lucía.

—Eso no creo, señora, porque aquí no media interés privado —repuso Manuel.

—Lo peor es que no puedo postergar el día de la marcha. Esto de estar sujeto al silbato del tren... —dijo don Fernando moviendo la cabeza.

—¿Siempre es mañana el viaje? —preguntó Manuel.

—Mañana, amigo; todo está listo, y de quedarse habría que postergar quince días la marcha; tenemos cinco días de a caballo, el tren viene sólo quincenalmente a la Estación de los Andes, la última de la línea... En fin, usted que se queda...

—Sí, señor Marín, yo haré los esfuerzos posibles.

—Tal vez se arregle con tu plan —dijo Lucía.

—Veremos; he pensado invitar mañana a un almuerzo de despedida al vecindario, y allí hablar a todos por Isidro, comprometerlos, suplicarles...

—Encuentro feliz la idea, señor Marín, y concibo esperanzas de buen resultado.

—Se me ocurre una cosa, Fernando. Mándale una esquelita de invitación a *Pilatos,* y si está aquí, viene con seguridad —dijo Lucía.

—Vaya que lo has rebautizado al hombre —contestó riendo Marín. Manuel agregó:

—No será de más, porque a su regreso verá que usted no le ha excluido de la invitación, y tal vez se preste a servirnos.

—Sí, está bien; ocupémonos de invitarlos, porque otros quehaceres no me quedan ya; ¡felizmente estoy libre! —dijo Marín.

—Yo también voy a *inspeccionar el campo* de la cocina, porque las cosas preparadas con calma son sabrosas y sustanciosas —dijo Lucía, y salió.

—Pues la ocurrencia de la señora no ha podido ser más feliz, señor Marín. ¿Sabe usted que esa invitación a Benites o *Pilatos,* como ha dicho con tanta gracia su esposa, es muy importante? —observó Manuel a don Fernando.

—¡Oh, amigo! Las mujeres siempre nos ganarán en perspicacia y en imaginación. ¡Lucía tiene ocurrencias que me encantan! Le aseguro que cada día me siento más enamorado de mi mujer. Manuel, deseo que usted, cuando se case, sea tan feliz como yo —dijo Marín.

Manuel bajó los ojos, tomando sus carrillos el tinte de la grana, y el nombre de Margarita cruzó por su mente envuelto en el vaporoso tul de las ilusiones, y disimulando preguntó:

—¿En qué términos redactamos la invitación a Estéfano?

—Eso es sencillo; aquí hay recado de escribir —dijo don Fernando sentándose a la mesa, y después de trazar varios renglones alargó a Manuel el papel donde éste leyó lo siguiente:

Casa de usted a 15...

Estimado amigo:

Debiendo retirarme mañana a la capital, y deseando despedirme de los vecinos notables del lugar del modo más cordial, espero almorzar mañana en unión de todos; y siendo usted uno de los vecinos que deseo abrazar al separarme de Kíllac, tal vez para siempre, ruégole quiera honrarme aceptando el insinuado almuerzo a su muy atento y S.S.

Fernando Marín

Al señor don Estéfano Benites.
Pte.

—Está muy bien, señor Marín; aquí viene bien aquello de que estrechamos manos que quisiéramos ver cortadas —dijo Manuel doblando el papel.

—¡Exactamente! Cuánta farsa hay en la vida, ¿no?

—¿Y qué se va a hacer don Fernando? Bien; yo me encargo de remitir esta esquela con un sirviente.

—Gracias, amigo; y diga también a don Sebastián y doña Petronila que no falten, ¿eh?

—Así lo haré. Hasta pronto —dijo Manuel tomando su sombrero y saliendo.

XXIII

En el patio de la casa blanca se encontraban más de veinte caballos ensillados, pues los vecinos, al recibir la invitación de don Fernando, desearon hacerle los honores de costumbre, acompañándolo en su salida hasta una legua de la población.

Doce mulas, con sus aparejos y arreos de marcha, recibían carga de varios capataces que levantaban ya maletones, ya baúles, ya almofreces de cuero.

Transcurrían las últimas horas de permanencia de don Fernando Marín en Kíllac.

Los invitados fueron recibidos con amabilidad según iban llegando, siendo de los primeros Manuel y su familia.

La mesa, arreglada en el espacioso comedor, ofrecía como novedad de estación las olorosas frutillas y las ciruelas moradas, artísticamente

colocadas en fruteros de loza blanca; y enormes fuentes repletas de pichones, aderezados con el vinagre de manzana, y ramos de perejil en el pico, incitaban el apetito.

La sala de recibo estaba llena de gente, y el judío a quien traspasó las existencias don Fernando paseaba de un lado a otro con el semblante agestado, como vigilando que no sufriese más deterioro la que, mediante el contrato, pasó a ser su propiedad.

Por en medio del barullo de bestias y cargadores que invadían el patio, pasaron vestidas de riguroso luto Margarita y Rosalía, conducidas por una sirvienta, y se dirigieron al cementerio donde iban a orar por la postrera vez sobre la tumba de sus padres, a verter una lágrima de adiós, cuyo precio ignoraban ellas mismas.

Lucía cuidaba de que las huérfanas mantuviesen en su corazón la reliquia del amor filial.

El camposanto de Kíllac es un lugar desmantelado y pobre.

Allí no existen ni mausoleos que pregonen vanidad, ni inscripciones que señalen virtudes. Sólo pequeñas prominencias de tierra, señaladas con una tosca cruz de palo o de espino, indican la existencia de restos humanos bajo su seno.

Pero los esposos Marín, solícitos y buenos hasta para el sepulcro de Juan y Marcela, hicieron colocar una cruz de piedra blanca. Al pie de ella se arrodilló Margarita, cuyo corazón estaba preparado para todas las escenas en que la ternura ofrece mayor caudal.

Margarita, que al separarse de su madre muerta quedó en el mundo como el ruiseñor sin alas expertas para buscar su alimento y el árbol donde colgar su nido, se llegaba hoy ante los mismos despojos con el corazón ocupado por el amor de los amores.

—¡Madre! ¡Padre!... ¡Adiós!... —dijo Margarita después de recitar el *Padre Nuestro* y el *Ave María,* cuyas palabras, aprendidas de Lucía, hizo repetir una a una a Rosalía.

¿Saben acaso las niñas de la edad de Rosalía lo que es despedirse para siempre del sepulcro de una madre, urna sagrada que guarda las cenizas del supremo amor? ¡Dolor de los dolores! ¡El podía resarcir los desvíos del corazón desnudo de afectos!... Mientras las huérfanas hacen esta visita, veamos lo que pasa en la casa blanca.

En momentos de ir al comedor se presentó Estéfano Benites.

Al verlo, don Fernando, Lucía y Manuel cambiaron una mirada que encerraba un libro de filosofía moral, y Lucía sonrió con la sonrisa del triunfo.

—Señora, señor —se apresuró a decir Estéfano, y dirigiéndose a Marín agregó: —Yo sólo esta mañana he llegado de un viajecito que

hice a Saucedo, y recibiendo su cartita, en el acto me he pasado, aún en el mismo caballo, porque deseo acompañar a ustedes.

—Tantas gracias don Estéfano, eso esperaba de su amabilidad —repuso don Fernando.

En aquellos momentos llamaron a la mesa.

—A la cabecera la señora Petronila —indicó don Fernando.

—No, señor, qué disparate, estando aquí el señor cura-inter —replicó ella.

—Sí, es el señor cura quien debe presidirnos —opinaron varios.

—Como ustedes gusten; yo lo hacía porque las señoras...

—Sí, mi don Fernando, dice usted bien, la señora Petronila que se siente ahí: yo aquí me arrellano —resolvió el inter.

—Don Sebastián, por este lado.

—Para mí, francamente, cualquier punto es de *comodidá.*

—¿Todos están instalados?

—Sí, señor, todos —dijeron varios.

—¿Tomarán una copita de *biter?* —preguntó don Fernando.

—Cualquier cosa, señor, para *abrir mañas* todas son iguales —dijo el inter.

—Para mí, francamente, no hay como el *purito;* yo tomaré blanquito no más —pidió don Sebastián que había cambiado la capa por un poncho de vicuña con fajas de seda color aroma.

—Gabino, sirve a todos —ordenó don Fernando al mayordomo.

—¿Y la señora Lucía, tomará algo? —propuso Manuel.

—Yo tomaré un poquito de vino y nos acompañará su mamá —contestó Lucía.

Estando todos servidos, don Fernando se puso de pie, y dijo:

—Señores: no he querido irme de este generoso pueblo que me brindó su hospitalidad, sin despedirme de sus buenos y notables habitantes, y me he permitido reunirlos en este modestísimo almuerzo. Brindaré la primera copa por la salud y la prosperidad de los habitantes de Kíllac.

—¡Muy bien!

—¡Bravo! ¡bravo! —repitieron todas las voces masculinas, y siguió el almuerzo en íntimo regocijo, sirviéndose buenas y variadas viandas, sin faltar el cabrito al horno. Manuel estaba próximo a Lucía, y le preguntó a media voz:

—¿Qué es de su ahijada, señora?

—Margarita y Rosalía han ido a cumplir un deber de despedida; las niñas almorzaron temprano...

—Día de viaje no era posible de otro modo.

—Pero no tardarán mucho.

La bulla aumentaba por grados, y la confianza por supuesto.

Don Fernando, que todo lo medía y calculaba, volvió a ponerse de pie, y dijo:

—Señores: todavía pido la atención de ustedes. Ruego que mis amigos me den una muestra de afecto: quiero irme de Kíllac llevando sólo impresiones gratas, sin dejar tras mi infortunio alguno. Creo que en la cárcel existe un preso, parece que es el campanero, y aguardo que trabajen todos por la libertad del preso.

—¡Bravo! —gritaron muchos entre nutrido palmoteo que duró algunos segundos. Restablecida la calma y pasando al sirviente el plato que don Sebastián acababa de despachar, dijo:

—Mi cura-inter que hable, francamente, a él le toca contestar.

El cura-inter cruzando el tenedor y cuchillo sobe el plato, limpióse los labios con la servilleta.

—¡Sí, el señor cura tiene la palabra! —vocearon varios chocando las copas sobre los platos.

—Aquí al señor Juez le toca —repuso el inter dirigiéndose a Verdejo.

Estéfano y Escobedo se miraron con intención, y el aludido respondió:

—*Loqués yo ojalás soltara toititos* los presos, que me dan más dolores de cabeza que mi mujer.

—¡Jaaaa! —exclamó a carcajadas la reunión, encontrándole gracia al histe de don Hilarión, y Escobedo dijo a media voz a Estéfano:

—Compadrito, aviente por acá esa fuente de alcachofas.

—Allá va, qué mal gusto tienes —repuso Benites pasando la fuente.

—¿Entonces por dada la libertad?... —preguntó Manuel luego que hubo disminuido la algazara.

—En lo que me toca *comoede* decir que no, don Manuelito —dijo el Juez.

—Pues entonces por la libertad de mi campanero —propuso el inter.

—Sí, señores, copa llena, y... pensar en la marcha —dijo don Fernando dirigiendo sus últimas frases a Lucía, quien repuso:

—Sí, hijo, vamos: es más de la una.

—¡Salud, señores!

—¡Buen viaje, señor Marín!

—¡Qué desayuno tan suculento! Pero así, así, yo no perdono el chocolate, que será del Cuzco —dijo el cura-inter colocando la copa que acababa de vaciar y limpiándose la boca con la servilleta.

Margarita y Rosalía, que acababan de dejar una lágrima y una plegaria en el altar de sus afectos, volvieron a la casa blanca donde todo estaba listo para la marcha, cuando los concurrentes comenzaban a salir del comedor.

Manuel fue a recibir en sus brazos a la huérfana, rebosando de felicidad, porque, allanadas por ensalmo las dificultades, los sueños de rosa, como los tornasolados celajes que se apiñan en el horizonte, embargaron aquellos corazones juveniles, anunciando también venturosos días a los esposos Marín, interesados y en tejer la cadena de flores que ligase para siempre aquella linda pareja.

¡Manuel! ¡Margarita!

Pluguiera al cielo que esos celajes de rubí no se tornasen nunca plomizos ni tétricos.

¡La virtud! Ese dorado sol de verano que todo lo embellece con su cabellera de oro, extendida de los cielos a la tierra, que todo lo calienta y vivifica en los horizontes de la juventud, haciendo que el universo sonría de contento para quien ama y espera, no había plegado sus alas en el hogar de Lucía; pero la lucha es necesidad imperiosa de la vida para la perfecta armonía de lo creado.

Manuel y su madre tenían acordado ya su viaje a Lima; pero el primero iría antes a hacer los arreglos convenientes de casa, colocación de fondos y demás, estando ya resuelto que tomaría el inmediato tren para reunirse con don Fernando y su familia, quienes lo esperarían en el «Gran Hotel», para seguir juntos el viaje hasta llegar a las playas del Callao.

—¡Señora Lucía, adiós!

—¡Adiós, amigo!

—¡Margarita mía!

—Un abrazo, don Fernando.

—¡Hasta la vuelta!

—¡No se olviden de Kíllac!

—¡Dichosos los que se van!

—¡Quién se va olvida, y quien se queda llora!

—¡Adiós, adiós!

Tales fueron las palabras que se cambiaron, rápidas unas, expresivas otras.

Lucía vestía con su elegante bata de montar, sus guantes de cuero de Rusia y su sombrero de paja de Guayaquil con velo azul, iba a tomar la estribera cuando dejó caer su elegante chicotillo con puño de marfil.

Don Sebastián que estaba próximo se apresuró a levantarlo.

En este instante apareció por el zaguán de la calle una partida de hombres armados al mando de un Teniente de caballería, llamado José López, que dirigiéndose a don Sebastián, y mientras la tropa rodeaba la casa, dijo:

—¡De orden de la autoridad, dése usted preso, caballero!

Un rayo caído en medio de aquella gente no habría producido el efecto que causó la palabra del Teniente López, quien sacando un papel del bolsillo del *talismán,* desdoblándolo y leyendo agregó:

—Estéfano Benites, Pedro Escobedo, Hilarión Verdejo, se darán, igualmente presos.

—¡Traición! ¡Don Fernando nos ha tendido una red! —gritó colérico Benites.

—¡Miserable traición! —repitieron Verdejo y Escobedo dando un brinco.

—¿Y por qué me aprisionan a mí, francamente? —dijo don Sebastián, mientras que el pánico cundía entre los presentes, que no alcanzaban a explicarse el origen de las prisiones, pues ni memoria hacían del asalto de la noche del 5 de agosto, y olvidaban el derecho que asiste a una autoridad nueva para hacer justicia desde los primeros días.

Don Fernando, sin hacer mérito de las palabras de Benites, llamó al Teniente López, y le dijo:

—Señor oficial, ¿puedo saber a qué orden obedecen estas prisiones?

—No hay inconveniente en ello —repuso López alargando a Marín el pliego que aún tenía entre las manos.

Don Fernando, a quien se acercó Manuel lleno de ansiedad, se impuso de una resolución judicial, expedida a pedimento de la autoridad política, que mandaba capturar a los de la referencia. En seguida dijo a Manuel:

—Guarde usted, Manuel, su serenidad de hombre. La peor venda para los ojos de la razón es el acaloramiento; y con la frialdad necesaria proceda usted de frente. Póngase usted al habla con Guzmán, a quien escribiré por la primera posta.

—¡Jesús! ¡Si parece todo *tramao*! —decía Verdejo.

—¡No! ¿Cómo, a la cárcel? —gritaban Escobedo y Benites.

—Supongo que este incidente demorará la salida de usted —dijo don Fernando a Manuel, quien repuso, pálido como un convalesciente:

—Yo sabré salir del *atolladero.*

—Suplico a ustedes que no se alarmen tanto; esto se allanará en pocos días; yo respondo —dijo don Fernando intentando calmar los ánimos.

—No hay para qué desesperar —agregó Lucía queriendo también moderar la excitación general.

—Tomen sus cabalgaduras; ¡es hora de marchar! —ordenó en voz alta don Fernando; y salieron de la casa dos grupos con destinos muy opuestos. Uno a la cárcel, y otro al camino real.

Manuel contempló a Margarita que estaba conmovida y anegada en llanto. Sus lágrimas eran las valiosas perlas de mujer con que sembraba el camino desconocido que comenzaba a cruzar aquel día, dejando su mundo todo entre las playas donde se meció su cuna y nació su amor.

¡Triste del que sale como Margarita!

¡Más triste aún del que queda como Manuel, libando gota a gota el acíbar de la ausencia con los suspiros que arranca al corazón la nostalgia del alma que llora por otra alma!

XXIV

Una escena de prisión en los pueblos chicos es como la de un incendio en los pueblos grandes.

Cuando los soldados salieron de la casa de don Fernando conduciendo en el centro a don Sebastián, Estéfano y demás, todos los vecinos salían a las puertas de sus casas, los muchachos se agolpaban en multitud sorprendente, y por todas direcciones se oía decir:

—¡Jesús, María y José!

—¡Jesús *mampare!* ¿Es verdad?

—¿Don *Chapaco,* Estefito?...

—*¿Qués* lo que ven estos ojos que se *van* a volver tierra?

—Diz que es traición de don Fernando, que los había *convidao* para hacerlos prender —notició una vieja.

—No, diz que más bien él ha *salío* fiador —afirmó un hombre recogiendo su poncho sobre el hombro derecho.

—Qué fiador. Así son estos forasteros, meten candela y se largan —dijo otro.

—*Pa* eso que yo no *lei comíu* ni un pan —repuso la vieja dando una vuelta y mirando a su rededor.

—¡Valor, madre! No hay que asustarse; la confianza en Dios —dijo Manuel a doña Petronila, sobreponiéndose con toda su fortaleza viril al trance que torturaba su alma. Le ofreció el brazo y la condujo a su casa, tomando las calles más apartadas de la bulla.

Doña Petronila, que era reflexiva y serena, vertió algunas lágrimas y en silencio siguió con paso firme a su hijo. Una vez en la casa, dijo a éste:

—¡Déjame, Manuel, y anda, has tu deber!

Manuel, que ya tenía algunos conocimientos generales de Derecho, redactó inmediatamente un recurso de excepción de personería probando la inculpabilidad de su padre, y ofreciendo en el *otrosí* la información de los testigos, cuya lista acompañaba en pliego separado, así como las preguntas que éstos debían absolver en el término probatorio del artículo.

En seguida fue personalmente adonde el Juez de primera instancia que debía actuar en la causa, y se puso al habla con diferentes personas.

Aquella noche Manuel la pasó íntegra en vela consultando el Código de Enjuiciamientos, anotando artículos con lápiz, y haciendo extensos borradores en grandes pliegos de papel.

Abrió el cajón de su mesa de escribir, y sacando algunos papeles se puso a revisarlos.

—Esta es la defensa de Isidro Champi. ¿Hoy la abordaré en conjunto para defender a la vez al inocente y al culpable? —se preguntó.

—¡Aberraciones de la vida! ¡Este es el tejido misterioso del bien y del mal! Entre tanto, ¿hasta cuándo no podré salir de Kíllac? ¿Cuántos meses, pasados como siglos, estaré lejos de mi Margarita? —volvía a preguntarse Manuel cayendo de plano sobre el sofá, descansando cortos momentos y tornando a su labor y a sus soliloquios.

—Ante todo, es preciso sacar a don Sebastián y a Isidro; redactaré dos distintos recursos con un mismo fin, pidiendo la libertad bajo fianza de haz. ¡Sí! Pero, ¿quién podrá garantizar a Isidro? Necesito buscar fiador, y lo haré, pues, mañana. A don Sebastián lo puedo fiar yo... Ahora que recuerdo, don Fernando me ha encargado ponerme de acuerdo con el señor Guzmán. Iré adonde Guzmán y no daré descanso a mi cuerpo mientras todo no quede allanado y pueda mi alma volar en busca de su centro... ¡Margarita! ¡Margarita!

Aquella invocación del joven fue la oración elevada al dios del sueño, y recibida por el ángel de la noche que, batiendo sus vaporosas alas sobre la ardorosa frente del estudiante de Derecho, le dejó profundamente dormido sobre el sofá de su habitación, teniendo aún un libro entre las manos.

Doña Petronila lloraba y rezaba, elevando al cielo su cuidado por su esposo y su hijo; parecía resignada a todo género de calamidades, con esa resignación cristiana que lleva al hombre por encima de las desgracias a la cumbre del heroísmo.

—¡Tener fe y esperanza! —se dijo doña Petronila, y esperó el día de calma después de las horribles horas de tempestad.

XXV

Los viajeros ganaban terreno dejando tras sí la tormenta desencadenada.

La naturaleza, indiferente a las escenas dolorosas de Kíllac, y sin armonizarse con la tristeza de algunos de los corazones, mostraba sus panoramas rientes y variados.

Al trote de los caballos, cruzaba la comitiva de don Fernando pampas interminables cubiertas de ganados; doblaba colinas sombreadas

por árboles corpulentos, o trepaba rocas escarpadas cuya aridez, semejante a la calvicie del hombre pensador, nos habla del tiempo y nos sugiere la meditación. En cinco días que hay de Kíllac hasta la estación del tren, el viajero va hollando las flores de la campiña, cuyo aroma embalsama el aire que se respira; luego toca la empinada cordillera de los Andes cubierta de *algodón escarmenado,* donde se refleja el sol derritiendo las nieves, que se precipitan en corrientes cristalinas; luego desciende nuevamente a la llanura, donde la paja repite el lenguaje murmurador de los vientos que la mecen.

—¡Fernando! ¿qué te parecen las cosas que suceden? —preguntó Lucía a su esposo, después de caminar un buen trecho en silencio.

—Hija mía, estoy abismado contemplando las coincidencias. ¡Ah! la vida es una novela —contestó el señor Marín deteniendo un poco su caballo.

—Dios no ha querido que saliéramos de Kíllac sin ver el castigo de los culpables —tornó a decir Lucía.

—En efecto, hijita; jamás debemos dudar de la Providencia justiciera cuya acción tarda, a veces, pero al fin llega.

—¡Cierto Fernando, con razón se dice que para verdades el tiempo y para justicia Dios! ¿Cómo saldrá Isidro Champi?

—Espero que bien. Ese indio es inocente, no lo dudes.

—¿Yo? Jamás lo he dudado; sé que cuando hace algo malo el infeliz indio peruano, es obligado por la opresión, desesperado por los abusos...

—¡Cuidado con esa zanja!... tuerce la rienda sobre la derecha —advirtió Marín.

—¡Jesús! Si no me adviertes me habría llevado un susto con el brinco.

—Esto es si no caes a tomar posesión del sitio.

—A ese punto, no, pues, que no soy tan *chambona* para viajar a caballo. ¿Cuánto dista a la posta?

—Todavía algo; a las siete de la noche estaremos acampando, esto es, si apuramos el paso y no nos detenemos a conversar.

—Entonces... punto en boca y... ¡adelante! —dijo Lucía pegando un chicotillazo a su caballo...

. . . .

En esas llanuras inconmensurables serpentea a las veces el rayo que, terrífico, lleva en cintas de fuego la destrucción a la cabaña, o la muerte al ganado, que huye despavorido en pos del refugio escondido.

Y en medio de esas imponentes soledades, de improviso se distinguen dos sierpes de acero reverberantes, extendidas sobre la amarillenta grama, y sobre ellas el humo del vapor que, como la potente respiración de un gigante, da vida y movimiento a grandes *vagones.* De súbito se

oye el resoplido de la locomotora, que con su silbato anuncia el progreso llevado por los rieles a los umbrales donde se detuvo Manco Capac[13].

—¡El ferrocarril! —gritaron varias voces.

Era, en efecto, el tren que llegaba a la última estación del sur, situada en un pueblecito compuesto en su mayor parte de caseríos con techumbre de paja y paredes de adobe sin ninguna pintura exterior, que ofrecen un aspecto tétrico al caminante.

Pocas horas después de distinguir el tren, y apeados de sus cabalgaduras, los viajeros se dirigieron a un pequeño salón situado en la misma Estación.

Lucía, del brazo con su esposo, levantando las largas faldas de la bata, con la correa pendiente de la cintura; las dos niñas por delante, y en seguida varios sirvientes.

—Ustedes entren acá a arreglarse: yo voy a ver el regreso de los caballos, el embarque de los bultos y el pago de pasajes —dijo don Fernando soltando el brazo de su esposa y señalando el salón.

—A ver; ese maletón verde que venga por acá, Gabino —dijo Lucía dirigiéndose al sirviente que cargaba.

—¿Madrina, nos cambiamos traje? —preguntó Margarita aflojando las cintas de su sombrero.

—Claro, hija, desde aquí ya no nos sirven las batas de montar —repuso Lucía sacando de su bolsillo un manojo de llaves con que fue a abrir el maletón, diciendo a su ahijada:

—Ponte el vestido gris con lazos azules, Margarita. Este te sienta bien, y el color es aparente para viaje.

—Sí, madrina. ¿Y tú cuál te pones? —preguntó la huérfana.

—Para mí siempre el negro, no hay vestido más elegante que el negro para una señora.

—¡Y a ti que te viene tan bonito!

—¡Lisonjera! A ver ese sombrero.

En estos momentos llegaba un tren de carga previniendo *paso limpio* con la voz de la campana.

Al verlo, Gabino comenzó a santiguarse diciendo:

—¡Santísima Trinidad!... ¡Allí va el diablo!... ¿Quién otro puede mover esto?... *¡Supay! ¡Supay!*

Don Fernando que regresaba tocó la puerta y dijo:

—¡Apurarse mucho! ¡Señora, el tren no espera a nadie!

—¡Jesús! ¡No vaya a dejarnos! —exclamó Lucía echando dentro del maletón la ropa cambiada que estaba en desorden por el suelo.

[13] Según la leyenda, Manco Capac el primer Inca se detuvo en las tierras más fértiles del Cuzco para fundar el imperio incaico.

—¿La botellita de *Elíxir de coca?* Hay que llevarla a la mano porque es importante para precaverse del mareo y el *soroche* —dijo don Fernando entrando a la sala.

—Cabales, aquí está el *Elíxir de coca* —repuso Lucía después de escudriñar el maletón, y alcanzando a su esposo un frasco cuidadosamente envuelto en una hoja de papel rosado con las etiquetas verdes de la imprenta de «La Bolsa» de Arequipa.

—Tampoco olvides los libros, Lucía; el tren sin lectura es un tormento, ya lo verás —previno don Fernando; y al oírle Margarita, sacó un paquete liado con cintas de algodón color café, aforrado con un número del «Comercio»[14] y lo alcanzó a don Fernando diciendo:

—Padrino, aquí van los libros; tómalos tú porque yo voy a llevar de la mano a mi hermanita.

Don Fernando recibió el paquete de la niña, lo colocó bajo el brazo y dijo:

—Esta es importante *bucólica* espiritual. Gabino, toma la maleta... —Y todos se encaminaron hacia el coche del tren donde iban a viajar por primera vez las mujeres de esta comitiva.

XXVI

No obstante las recargadas tareas que tenía para sí Manuel, lo que podía ser fuente de distracción, la tristeza, invadió su semblante y el silencio selló sus labios, antes expansivos, sin dar paso más que a suspiros de honda pena.

En su corazón se levantaban olas de sangre, para él desconocidas, que el de una mujer había interpretado como presagio de desgracia.

Manuel comenzaba a desconfiar del porvenir, dudaba de la posibilidad de volver a ver a Margarita, pero perseguía su propósito de arreglar los asuntos de don Sebastián y de Isidro, y salir después a cualquier costo.

Sus entrevistas con el Juez de primera instancia, con el nuevo Subprefecto y con el señor Guzmán, tuvieron al fin un resultado, agregándose a esto los diversos empeños que corrían las familias de Estéfano, Verdejo y Escobedo.

Un día volvió a la casa y dijo a doña Petronila:

—¡Madre! he conseguido que se acepte la fianza de haz, y hoy saldrá don Sebastián.

---

[14] *El Comercio,* todavía vigente, era el periódico principal del Perú

—¿Ha decretado ya el Juez? —preguntó ella con interés.

—Sí, madre, están todas las diligencias corridas, y a las doce lo tendremos en casa.

—Bendito seas, hijo de mi corazón. ¿Y los otros?

—No sé nada de los otros; no me cuido de ellos; sólo he hecho algo por Isidro, que también saldrá pronto. Ya lo hubiese sacado sin ese auto de prisión y de embargo que hay que allanar y requiere paciencia.

Doña Petronila, que sumida en dolor contemplaba la actitud diaria de su hijo, despues de recibir la noticia de la próxima libertad de don Sebastián, lo atrajo hacia sí, y le dijo:

—Aparte de estas cosas del juzgado, ¡tú sufres, Manuelito! ¡tu corazón está roído por un gusano que te llevará al *amartelo* y a la muerte!... —y gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—¡Madre! ¡madre mía!, ¿por qué lloras?

—¡Por qué callas!... Mi corazón es el corazón de tu madre... ¡Acuérdate bien Manuelito, mi vida es para ti!...

Manuel no pudo resistir. Estaba débil como una mujer. ¡Había sufrido tanto!

¡Se arrojó entre los brazos de su madre y escondió sus lágrimas de hombre, como en otra época ocultaba sus juguetes de niño en aquel mismo regazo!

—¡Madre! ¡madre del alma! ¡bendita seas!... pero... ¡yo me siento morir!... —repuso entre sollozos el joven que, tímido para las escenas del hogar y del corazón, sabía mostrarse héroe en los momentos de combate.

—¡Manuelito, hijo mío, sí, yo sé, yo he adivinado qué gusano roe tu alma! Sí, tu amas a Margarita y lloras porque te han separado, ¡porque temes no verla más!...

—¡Madre bendita!... Perdona si mi corazón no es hoy todo para ti; ¡pero ese ángel cuyo nombre has pronunciado, es el ángel de mi dicha!... Yo la amo, sí, y tal vez...

—¿Por qué te desesperas Manuel? ¿porque no te casarás con ella? ¿porque no seré feliz teniendo dos hijos en lugar de uno?...

—¡Madre mía! ¡Tú eres mi Providencia! ¡Pero acuérdate que Margarita verá en mí al hijo del verdugo de sus padres, y me rehusará su mano, y me echará de su corazón!

—¡Qué herejía, Dios mío! ¿A ti? —repuso doña Petronila, empalmando las manos al cielo y quedándose muda y cavilosa por unos momentos, contemplada por la cariñosa mirada de su hijo. Y como quien vuelve de un éxtasis de lucha, agregó:

—Eso lo allanarás fácilmente; habla con don Fernando, y... revélale el nombre de tu verdadero padre...

—¡Madre mía!

—Sí, y ¿qué culpa tenemos nosotros? Fue una desgracia, y ¿por qué no he de pasar yo un bochorno por la felicidad eterna de mi hijo querido, por tu felicidad, Manuelito?

Doña Petronila hacía en este momento el último sacrificio de una madre amante y de una mujer engañada.

—¡Anda! —continuó doña Petronila—, alcánzalos en su viaje; tienes cómo hacerlo; no te faltan caballos ni plata; arregla tu casamiento y regresa tranquilo, para que puedas atender con razón cabal los asuntos de nuestra casa y del otro viaje. Ahora estás fuera de juicio.

Manuel besó una y cien veces, ya la frente, ya las manos de doña Petronila, con tal emoción que por muchos segundos no se oyó otro ruido que el producido por los labios de Manuel al contacto de su madre, por cuyas mejillas, encendidas, resbalaron gruesas lágrimas como el agua lustral que bendeciría el próximo enlace de Manuel y Margarita.

Doña Petronila, rompiendo aquel silencio de sublime fruición, dijo:

—Basta querido Manuelito.

El joven, alzando la cabeza con arrogancia viril, repuso:

—Hoy te juro, madre adorada, sacrificar el último aliento de mi vida por labrar tu felicidad y la de mi Margarita. Voy ahora a terminar todos los arreglos pendientes, y mañana al rayar la aurora, tomaré el camino para alcanzar a don Fernando, cuyo escrito de desistimiento y perdón ya no es tan urgente, y pedirle la mano de su ahijada —dijo y salió apresuradamente, dejando a su madre entregada a tiernas meditaciones que interrumpió ella, exclamando:

—¡Virgen misericordiosa! ¡Ruega tú por él que es tan bueno, y pide perdón para mí!... ¡Manuel!... ¡Yo!... ¿Somos culpables acaso, ni el uno ni el otro?... ¿No fue el peso de la fatalidad negra, negra como la noche sin luna, que me condujo a los brazos vedados de un hombre sin fe?...

¡Doña Petronila cayó de rodillas sumergida en llanto, repitiendo entre sus sollozos un nombre y tapándose la cara con ambas manos!...

¡Su corazón manaba sangre, sangre del alma, rememorando las escenas de veinte años atrás!...

XXVII

Un elegante coche de la máquina, bautizada con champagne bajo el nombre de *socabón*, estaba listo a partir luego que sonase la señal dada por el silbato del tren.

Mientras tanto, los pasajeros de primera recorrían las mercaderías colocadas a la izquierda y derecha de la línea, cuyas vendedoras indias

ofrecían guantes de vicuña, duraznos en conserva, mantequillas, quesos y chicharrones de las acreditadas ganaderías del interior, o sierra del Perú.

Don Fernando, después de acomodar a Lucía y las niñas, se arrellanó muellemente al lado de su esposa en una butaca de dos plazas, aforrada con pana granate. Sacó un cigarro, lo armó en silencio y después de encenderlo, guardó su caja de fósforos, arrojó unas cuantas bocanadas de humo, colocó el cigarro en los labios y desató el paquete de libros; volvió a dar dos chupetones al cigarro, y dijo a su esposa:

—¿Cuál quieres leer tú, querida Lucía?

—Dame las «*Poesías*» de Salaverry[15] —respondió ella con sonrisa de satisfacción.

—Bien, yo gozaré con las «*Tradiciones*»[16] de Palma, son relatos muy peruanos y me encantan —dijo don Fernando alargando al mismo tiempo un volumen a su esposa; y en seguida cruzó las piernas sostenidas en la tablilla del asiento inmediato, arrimó la espalda a la butaca, y abrió su libro, que era la segunda serie, en momentos en que el tren empezaba a caminar con la velocidad de quince millas por hora, tragando las distancias, dejando atrás llanuras, chozas, vaquerías y praderas con rapidez vertiginosa.

Los distintos pasajeros que ocupaban sus asientos y a quienes Lucía pasó revista con mirada curiosa, principiaron también a buscar entretenimiento.

Iba un militar flaco, trigueño y barbudo, junto a dos paisanos entrados ya en años, antiguos comerciantes en cochinilla y azúcar, a quienes invitó el militar, diciendo:

—¿Vamos matando el tiempo con una manita de rocambor?

—No sería malo, mi capitán; pero aquí ¿de dónde diantres sacamos naipes? —contestó uno de los paisanos que estaba envuelto con una bufanda de vicuña. El capitán, sacando un juego de barajas del bolsillo, dijo: —Salte la *liebre,* don Prudencio: militar que no juega, bebe y enamora, que se meta a fraile.

Frente a estos iba un mercedario que, teniéndose por aludido, retó con airados ojos a los jugadores, que sin parar mientes en ello, voltearon sobre la izquierda el espaldar del asiento inmediato, instalando así su mesa de rocambor.

El mercedario sacó a la vez un libro, y tres mujeres que estaban inmediatas se pusieron al habla con Margarita y Rosalía, convidándoles manzanas peladas con una cuchilla.

---

15 Carlos Augusto Salaverry (1830-1891) entonces considerado el más grande poeta peruano. Fallece dos años después de la publicación de *Aves sin nido.*

16 Ricardo Palma (1833-1919), maestro y amigo de Clorinda Matto de Turner, fue el prosista literario peruano más importante del siglo XIX.

Media hora después, las muchachas y las mujeres dormían como palomas acurrucadas en un mismo asiento, y el padre mercedario roncaba como un bendito, sin que las voces de: —Más, solo, codillo, y voltereta —repetidas con entusiasmo por los rocamboristas, interrumpiesen aquel dormir a pierna suelta; hasta que, abriéndose la portezuela del coche, se presentó un sujeto como de treinta años, alto, grueso, de tez tostada por el aire frío de las cordilleras, bigote atusado y lunar de carne en la oreja derecha.

Vestía pantalón y saco grises; cubríale la cabeza una cachucha de visera de hule negro y llevaba unas tenazas-tijera en la mano.

—¿El boleto, mi Reverendo? —dijo allegándose lo suficiente, y levantando su voz de contralto, a que el padre abrió los ojos soñolientos, y sacando con aire perezoso de entre su libro el boleto amarillo, alargó a su interlocutor sin despegar los labios.

El conductor del tren pegó su tijeretazo al cartoncillo y volvió a entregarlo, pasando donde los rocamboristas.

Los dos paisanos alcanzaron sus boletos respectivamente, y el militar desabrochándose el talismán, sacó del bolsillo un papel que enseñó al conductor. Este, después de examinar las firmas, lo devolvió murmurando para sí:

—Estos siempre andan con *papeletitas*—. Cuando se llegó hacia don Fernando, y mientras picaba los boletos, le dijo Lucía:

—¿Puede usted hacerme el favor de decir cuánto hemos andado?

—Cuatro horas, señora, es decir diez y seis leguas y nos resta otro tanto —respondió el conductor y pasó de largo.

—¿Qué prodigio de viaje, no? Y sin penurias ni molestias, pronto estaremos en la ciudad —dijo don Fernando a su esposa, cerrando su libro.

Lucía, que miraba a las chiquillas, repuso:

—¡Mucho prodigio, hijito!... Mira, Fernando, ¡qué preciosas, están dormidas!... ¡Parecen dos ángeles de paz!...

—Ciertamente que son angelitos americanos, con toda la sangre peruana que colora sus mejillas.

—¿Margarita soñará con Manuel?... Todavía no soñará...

Y en aquel momento los grandes ojos de su ahijada levantaron sus arqueadas pestañas fijando la mirada en su madrina.

En ese trecho del camino se alzaba un puente de madera y fierro, artísticamente colocado sobre un río vadeable.

El silbato dio la voz de alarma con repetidos resoplidos, pues al centro mismo del puente se encontraba una tropa de vacas, cuya presencia no fue notada por los maquinistas sino cuando ellas huían despavoridas, mas no con la rapidez que la velocidad del tren exigía.

Las maniobras del primer maquinista, los esfuerzos de los palanqueros y el galope de la vacada, no fueron bastantes a impedir un choque, y el siniestro llegó a ser inevitable.

El *animal rodado,* exhalando bufidos como el resoplido de la fiera, llevó la confusión primero, y la consternación después, a los pasajeros, cuya muerte era casi segura.

—¡Misericordia!

—¡Favor! ¡Dios mío!

—¡Esposo mío!

—¡Lucía! ¡Hijas!

—¡Madrina!

—¡Padrino!

—¡Ay, que va a ser!

—¡Bestias!

—¡Misericordia!

Tales fueron las palabras pronunciadas en distintos tonos en medio de la confusión y gritería espantosa levantada en los coches.

Mas, ¿a dónde huir embodegados?

Todo el convoy iba con la destructora velocidad del rayo y, alcanzando a los ganados, pasó sobre ellos triturando sus huesos y abandonando su vía trazada por los rieles.

¡Iba a precipitarse al río!

Mister Smith, el valiente maquinista, prefirió el sacrificio de su vida al de tantas existencias confiadas a su vigilancia, y quiso reventar los calderos con los tiros de su revólver, mas era tarde, y el coche de primera, desabracado por el brequero, fue a encallar en las arenas mojadas de la ribera izquierda del río.

XXVIII

La actividad de Manuel se había centuplicado durante el día.

Volvió a casa y dijo a su madre:

—Todo va bien, madre. Parece que Dios protege mis esperanzas. Don Sebastián y Champi ya están libres. Se acaba de pasar la orden al alcalde de la cárcel, y calculando el momento, iré a traer personalmente a don Sebastián.

—Conque aceptó el juez, y ¿qué condiciones ha dictado? —preguntó doña Petronila.

—Nada más sino que *esté a derecho,* y tenga por prisión el pueblo.

—¿De modo que no podremos salir de aquí?

—Ustedes no, pero yo me marcho mañana mismo para tomar el tren del jueves y poder alcanzar a don Fernando y mi Margarita.

—Pero hijo, si el juicio sigue todavía, y tu padre no sabrá dirigirlo.

—Todo lo he prevenido para los pocos días de mi ausencia, y sobre esto, como a mi regreso he de traer el recurso de transacción, nada importaría —repuso Manuel dando paseos.

—¿O sería mejor que pidieses la mano de Margarita y esos papeles por carta? —dijo doña Petronila como arrepentida de haber consentido en la partida inmediata de su hijo.

—¡Madre, madre! En otras circunstancias sería correcto el escribir una carta, pero recuerda que tengo que aclarar algo... —observó Manuel.

—Sí, sí, te entiendo, pero...

—¡Madre! El corazón de veinte años, fogoso y apasionado, no retrocede ante el peligro, y la dilación le asesina. Yo marcho; ajustaré mi compromiso, y volveré, sin detenerme, a tu lado.

—¡Qué he de hacer!... —repuso ella moviendo la cabeza.

—¡Madre! ¿Confías en mí?

—Del todo, hijo; ¿por qué me preguntas eso?

—Porque te veo vacilante; porque tú debes comprender que aparte de mi amor a Margarita, está mi deber para contigo, y mi interés respecto a don Sebastián, aun cuando él fue conmigo, en la niñez, un verdadero padrastro.

—¡Para qué recuerdas esas cosas! Ahora se maneja bien contigo... —decía doña Petronila cuando se presentó don Sebastián acompañado de un sirviente de la casa.

—¡Chapaco! —dijo doña Petronila echándole los brazos al esposo.

—Me ha ganado usted —exclamó Manuel.

—¿Petruca? —dijo don Sebastián correspondiendo el abrazo a su mujer, y dirigiéndose a Manuel, agregó:

—¿Con que no regresaste, no? Francamente, yo esperaba que fueras a traerme.

—Don Sebastián, usted me ha ganado, pues vine a dar la noticia a mi madre para que no se sorprendiese al verle de repente, y ya estaba para ir.

—Bueno, bueno; ¿qué convidas Petruca? Francamente que tengo una *sé*...

—Te haré una *chabela,* hay buena chicha y buen vino.

—Más que sea.

—Ya que está usted en casa, le pediré su bendición y su permiso, don Sebastián.

—¿Cómo? No te entiendo, francamente.

—Es usted mi segundo padre. Pienso pedir la mano de Margarita, lo que cortará más de raíz estas desavenencias —dijo con estudiada intención Manuel.

—No desapruebo tus intenciones, Manuelito; francamente, la niñita es una perla, pero todavía es muy *huahua,* y en estos tiempos... bonitos están los tiempos para casaca, francamente —repuso don Sebastián.

—No trato de casarme en el día, don Sebastián; quiero pedirla, y una vez comprometido, seguir mis estudios, recibirme de abogado, y cumplir...

—Ese es otro cuento, hijo, francamente me das gusto.

—Quiere ir en alcance de don Fernando —dijo doña Petronila desde un extremo de la sala, donde estaba preparando la *chabela* sobre la mesa.

—¡Qué disparates! Francamente, te digo Manuel que esa es una... descabellada de colegial, ¿qué?...

—Dos Sebastián, es una necesidad mi viaje. Mi presencia aquí no hace falta, y tengo que sacarle a don Fernando el recurso de transacción y desistimiento para que este juicio quede fenecido, y no nos vuelvan a molestar. De otro modo, estaremos pleiteando hasta el día del juicio.

—Esa es otra cosa, francamente, yo no me opongo a que marche Manuel, y dale mi reloj de oro y mi poncho de vicuña con fajas azules —contestó don Sebastián dirigiéndose a doña Petronila que se aproximaba con un vaso conteniendo un líquido mixto y curioso, con el fondo amarillo y la superficie roja.

—Está visto, Chapaco, que una cosa es hablar de uno y otra cosa es hablar de otro —dijo doña Petronila alcanzando el vaso a su marido.

—¡Ajá! ¡ajá! ¡ajáá! Como que el dolor de barriga, francamente, no es lo mismo que el dolor de muelas —dijo tosiendo don Sebastián y recibiendo el vaso.

—¡Jesús! ¡qué tos! ¡te habrás constipado en la cárcel! ¡pobrecito!...

Don Sebastián consumió la última gota de la *chabela,* paladeándola con sonido parecido a un beso, limpió sus labios y dijo:

—¡Qué *chabela* tan rica! Petruca, con esto, francamente, engorda un ético —y después preguntó a Manuel: —¿Y cómo, cuándo quieres marchar?

—Mañana temprano, señor.

—Bueno; dale pues todo Petruca, y que escoja caballos y demás, francamente, que en otras tierras como nos ven nos tratan.

—¡Gracias, señor! Usted me colma de favores —repuso Manuel y salió a preparar su marcha.

Eran las nueve de la noche cuando volvió Manuel y entró al cuarto de doña Petronila; encontró allí a don Sebastián platicando íntimamente con su madre.

—Buenas noches, don Sebastián; madre mía, vengo a despedirme; todo queda arreglado definitivamente con el auxilio de Dios —dijo Manuel.

—¡Hijo mío! Que la Virgen te lleve con vida y salud y me devuelva mi hijo —contestó doña Petronila sacándose un escapulario del Carmen que llevaba puesto al cuello, y colocándolo en el pecho de Manuel, a quien abrazó enternecida.

—Don Sebastián, tenga usted mucha prudencia... solo... en silencio. Nadie lo molestará. Ustedes no tengan cuidados por mí—. A ver un abrazo... ¡adiós!

—Que no tardes, que no tardes... Francamente, muchas esperanzas me da tu marcha... ¿Llevas el *reló?* —contestó don Sebastián despidiendo a Manuel, que salió para ir a descansar en su cuarto, pues, al rayar la aurora, en alas de sus esperanzas y con el brío de su edad, iba a emprender el mismo camino por donde días antes vio partir a su gentil Margarita.

Isidro Champi, acompañado de su fiel Martina y seguido por Zambito y Desertor, llegó también aquel día a su casa, pálido y triste.

Al verlo sus hijos corrieron hacia él, como la bandada de perdices que distingue a su madre.

El corazón del campanero, que estaba lóbrego como el boquerón de que hablan los cuentos de las brujas, recibió luz y calor al beso de sus hijos, a quienes acariciaba silencioso.

Martina penetró con paso lento en la choza; se arrodilló en el centro de la habitación levantando sus manos empalmadas al cielo.

—*¡Allpa mama!* —exclamó ahogando en su pecho, con esa palabra, todos los cargos que su alma herida podía abrir a la humanidad injusta representada por los notables de Kíllac, y sus ojos vertieron copiosas lágrimas.

—¿Lloras Martinacu? ¿Aún no cesó la lluvia en tu corazón? —preguntó Isidro fijándose en su mujer.

—¡Ay, compañero! —repuso Martina levantándose— el dolor nada en el llanto como la gaviota en el remanso de las lagunas y como aquella moja las plumas, pero refresca el pecho; ¡ay! ¡ay!

Isidro parecía consolado con la presencia de sus hijos; pero al pasar revista llamándolos por sus nombres, su mente se fijó en el recuerdo de sus vaquillas perdidas y dijo suspirando:

—¡La castañita! ¡la negra!...

—¡Guay Isidro! En la noche de la tormenta, cuando relampaguea el rayo y truena en la roca, el hombre se esconde en su cabaña y salen de la guarida la puma y los zorros a robar los corderos. Para nosotros

sonó la fiera tempestad —dijo Martina sentando en la cama del poyo a su hija la sietemesina.

—Dices bien, ¿qué vamos a hacer? Los zorros de camisa blanca han robado nuestros ganados, como robaron mi libertad, como nos roban el trabajo de cada día —dijo Isidro convencido y aún entusiasmado por las palabras de su mujer, echándose en la cama junto a la chiquilla sietemesina.

—Para la puma y el zorro tenemos la trampa de la piedra amarilla; pero de *éstos* no hay cómo libertarse. Paciencia, paciencia Isidro, que la muerte es dulce para el triste —agregó Martina volviendo a tomar su actitud melancólica.

—¡La tumba debe ser tranquila como la noche de luna en que se oye la *quena* del pastor! ¡Ay! si no tuviésemos estos *pollitos,* ¿qué dichosos moriríamos, eh? —preguntó Isidro, señalando a los muchachos que daban vueltas y brincos junto a Miguel el primogénito. Martina contestó:

—¡Nacimos indios, esclavos del cura, esclavos del gobernador, esclavos del cacique, esclavos de todos los que agarran la vara del mandón!

Isidro Champi, acomodando un poncho doblado en cuatro bajo su cabeza como un almohadón, repitió:

—¡Indios! ¡sí! La muerte es nuestra dulce esperanza de libertad!

Martina se había llegado junto a su marido, y deseando apartar de él la negra pena, le preguntó pasándole la mano por entre los cabellos:

—¿Volverás a subir a la torre?

—Tal vez —repuso el indio— mañana volveré a tocar esas malditas campanas que, desde ahora, aborrezco.

XXIX

El primero que se lanzó en tierra, enfangándose hasta las rodillas, fue Mister Smith, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¿Eh? nadi se muve, ¿eh? ¡Todos quieta, no más!

Y al punto asomaron multitud de cabezas por las ventanillas del coche, que habían quedado sin un vidrio.

El choque que hizo salir de quicio el *vagón* ocasionó heridas felizmente leves.

—¡El susto ha helado toda nuestra sangre! ¿Hijita, tú te has asustado mucho? —dijo don Fernando a Lucía.

—Mucho, hijo, ¡sólo Dios nos ha salvado!

—Estás muy pálida. ¿Si se habrá roto la botellita de la coca? —preguntó Marín buscando una maletita de mano.

—¡Dios mío!... —volvió a exclamar Lucía asomando la cabeza por la ventanilla del tren para ver en qué región se hallaban, sin atender a los gritos de Margarita que levantaba a Rosalía bañada en sangre, ni a los comentarios de los demás.

—¡Caracoles, de lo que escapamos! —dijo el militar.

—¡Hemos vuelto a nacer! ¡Bendito sea Dios! —articuló el mercedario.

—¡Si estos *gringos* brutos son capaces de llevarnos a los profundos! —dijo uno de los rocamboristas, a lo que otro agregó:

—Me lo temía desde que vi subir al reverendo.

—¡Chist!... ¿Qué hay señoras, eh?... —observó aquél.

—¿A todo esto, cómo salimos?

—Pues ha salvado el elixir de coca, voy a darte un poquito, hija —dijo don Fernando buscando en su bolsillo una cuchilla con tirabuzón.

—Felizmente ha sido un descarrilamiento ya pasado el puente, que se remediará —dijo un brequero corriendo de un extremo al otro del coche con un rollo de piolas, y a quien interpelaron varias voces.

—¡Hombre! ¿Qué hacemos?

—*Na,* mi patrón, no es *na,* que ya *too* ha *pasao* —respondió el brequero.

Mientras esto pasaba en el coche de primera, los pasajeros de segunda, que quedaron al otro extremo, desenganchados con oportunidad, corrían hacia el primero, encallado, dando voces:

—¡Paulino!

—¿Indalecio?

—Por acá, hombre.

—¡Con siete mil diablos!

—Calma, señor pasajera; el culpa no es mí. ¿Entiende? Culpa los vacas e facilmente se remedió —dijo el maquinista Smith, *ilustrando* el habla de Castilla con el modismo del hijo de la América del Norte, cuya palabra llevó la confianza a los atribulados espíritus de los pasajeros de primera.

—Mr. Smith, ¿cuándo llegaremos? Casi nos despachamos —dijo don Fernando dirigiéndose al maquinista que era su conocido.

—¡Oh, señor Marín, mucho fatalidad el mí! Pero llegará tren a la mañana, tener paciensо —repuso Mr. Smith, dirigiendo la maniobra que había ordenado.

Y con la energía que distingue a la raza, se practicaron evoluciones de ruedas y chumaceras, que en constante trabajo de dos horas sacaron el coche encallado, colocándolo sobre los rieles en disposición de continuar la marcha.

—Verdaderamente, hemos vuelto a nacer; ¡pobres hijas mías! —dijo Lucía limpiando con su pañuelo la sangre que brotaban los labios de Rosalía a causa de un golpe recibido en la boca.

—¡Oh, por Dios! ¡calla hija mía!... ¡pobrecita!... —agregó don Fernando llegándose a la chiquilla con un paquetico de galletas de Arturo Field, que puso en sus manos.

—Todavía tardaremos cinco horas —dijo el capitán de artillería.

—Estas cosas sólo en el Perú pasan, en otra parte lo desuellan al gringo —observó el comerciante en cochinilla.

—No me ha vuelto aún el alma al cuerpo.

—Ni a mí, ¡Jesús! —dijeron las dos mujeres.

Y el tren seguía su marcha rápida y acompasada, como si no hubiese sufrido la catástrofe aquella.

El silbato se dejó oír otra vez con insistencia.

—¿Otro siniestro? —preguntaron varias personas sorprendidas.

—No, ésta es la segunda estación de la ciudad; dan la señal de llegada —aclaró el militar.

—¡Jesús! ¡Cómo se pone el cuerpo nervioso con los sustos! —observó Lucía.

—Es que la cosa ha sido seria —contestó don Fernando.

Al poco momento los viajeros señalaban por las rotas ventanillas un punto blanco en medio de un panorama de verdor vivo y alegre.

—¡La ciudad! —exclamaron varios. Y el silbato volvió a gritar, como el animal aguijoneado por una arma punzante.

—¡Qué hermosa campiña! ¡Qué linda ciudad! —dijo Lucía asomando más la cabeza a las ventanillas.

—Parece una paloma blanca reposando en su nido de sauces y moreras —agregó el señor Marín, a quien preguntó su esposa:

—Fernando, ¿es la segunda ciudad del Perú? ¿Qué tales serán sus habitantes?

—Sí, hija, la segunda; y su belleza sólo es comparable con la bondad de sus hijas; gozarás mucho durante los días que hemos de quedarnos —contestó don Fernando; y la campana con su toque de esquilón avisaba que entraba el convoy en la estación principal, donde aguardaba un gentío considerable, pues el alambre telegráfico ya había comunicado la noticia del siniestro, y la curiosidad convocó centenares de personas.

Abiertos los coches, bandadas de granujas se precipitaron sobre ellos en demanda de equipajes, confundiéndose los pasajeros del tren con los del ferrocarril de sangre, que recorriendo una línea conveniente, condujo a don Fernando Marín y su familia hasta la puerta misma del «Gran Hotel Imperial», donde se apearon todos.

XXX

Entraron en una sala espaciosa, cuyas paredes estaban empapeladas con un papel color sangre de toro con dorados, y grandes pilastras, de oro también, formando esquinas; las puertas y ventanas, cubiertas con cortinajes blancos como el armiño, coronados por un sobrepuesto de brocatel grana y cenefa dorada recogida por cordones de seda. El piso, cubierto con ricos alfombrados de Bruselas, formaba un contraste agradable con los muebles, estilo Luis XV, entapizados con borlón de seda azul opaco, multiplicados por dos enormes espejos que cubrían casi el total de la testera derecha.

—Esta es la sala de recibo —¿agrada a la señora? —dijo monsieur Petit, inclinándose con reverencia exagerada.

—Sí, el azul es mi color favorito; yo estaré contenta acá —respondió Lucía al hotelero, que era monsieur Petit.

—¿Ese debe ser dormitorio? —preguntó don Fernando señalando una puerta de comunicación.

—Exactamente, mi señor; aquí hallan toda comodidad y buen servicio los pasajeros que hacen la gracia de honrar el «Hotel Imperial» —contestó monsieur Petit con toda la urbanidad de un francés recomendando su hospedaje.

—Así lo esperamos.

—Si algo necesitan, mi señor, mi señorita, ese cordón es del llamador —advirtió el hotelero, se inclinó y salió.

Margarita, que escudriñaba cuanto veía, preguntó con candorosa sencillez:

—¿Madrina, qué habría dicho de esto Manuel?

Lucía se sonrió con la sonrisa de la madre que goza con el ardor de los sentimientos, leyendo en esa pregunta todo el poema de los recuerdos del corazón virginal, y contestó:

—El mismo te lo dirá cuando llegue.

—¿Aquí lo esperamos?

—Sí, pues, hija —aseguró don Fernando tomando parte en las confidencias de la madrina y la ahijada.

Rosalía fue a abrazar las rodillas del señor Marín, diciendo:

—Dame, pues, otra galleta.

El sirviente apareció en la puerta conduciendo al carretero con los equipajes...

. . . .

Ocho días fueron suficientes para que los viajeros conocieran la gran ciudad, observándolo todo, escudriñando sus tendencias y costumbres con

la prolijidad propia del que viaja con aquellos conocimientos rudimentarios, pero de propia convicción, que van a explayarse ante el libro abierto de la instrucción, adquirida en la escuela práctica del gran mundo.

Calles anchas y rectas mal empedradas; templos de construcción morisca y variada, de asfaltos y traquitas enfriadas o petrificadas por el transcurso de los años; mujeres bellas como una leyenda de oro; campesinas robustas con todo el candor de su alma pintado en el semblante; casas de judíos con anuncios de compra y venta; teatros en camino de su ensanche civilizador; todo vieron y juzgaron. Nada escapó a la microscópica observación de Lucía, ilustrada a cada paso por la autorizada palabra de don Fernando, a quien ésta dijo:

—Te declaro, Fernando mío, que ésta sería mansión celestial, sin los inconvenientes morales que he notado con mi simple experiencia.

—Lo sé hijita, de antemano los sabía: el inconveniente que presenta en el espíritu para quedarse en cualquier parte, la ansiedad de llegar a Lima, a ese foco de luz que cautiva a todas las mariposas del Perú; verdad que es invencible.

—Me gusta tu lógica, Fernando, pero no has dado en la clave —repuso Lucía riendo y dándole una palmada en el hombro.

—¿No?... Pues dime en tal caso, ¿qué es lo que más ha cautivado tu atención?

—A mí dos cosas me han llamado la atención —repuso Lucía con llaneza, llevándose el pañuelo para enjugar sus labios ligeramente humedecidos por su risa.

—¡Ah!... ¡ya las sé... picarona!... —contestó don Fernando devolviendo la palmadita de afecto.

—¿Di cuáles?... y cuenta que... no adivinas.

—Será la cantidad de frailes de todos colores que transitan por las calles.

—Pues te fuiste a Roma, hijo.

—Y ¿qué?...

Lucía se puso grave, reconcentró su espíritu como evocando algo lejano, lanzó un suspiro profundo del fondo de su corazón, y dijo:

—¡Lo que más ha llamado mi atención es el número sorprendente de huérfanos en la casa de expósitos! ¡Ah! ¡Fernando mío!... yo sé que la mujer del pueblo no arroja así a los pedazos de sus entrañas;... sé que no tiene necesidad de arrojarlos, porque esos miramientos sociales que ponen la careta de la virtud fingida, nada, nada de familiar tienen entre la madre del pueblo y el hijo nacido del acaso... o del crimen. —¡Fernando, perdone Dios mi mal pensamiento, pero esta idea ha sugerido en mí tristes, tristísimos pensamientos, recordando, sin quererlo yo, el secreto de Marcela!...

Don Fernando escuchaba atento y sorprendido aquel razonamiento de moral filosófica. Estaba abismado por la lucidez de un alma grande, cuya superioridad acaso ignoraba hasta aquel momento; reinó el silencio junto a los esposos, hasta que él suspiró con igual pena que Lucía, diciendo:

—¡También la miseria abre, a veces, los buzones de las casas de expósitos! —se acercó a su esposa y besó la frente de la que pronto iba a ser la madre de su primogénito.

XXXI

Manuel hizo un viaje de todo punto feliz. Parecía que los dioses alados del Amor y el Himeneo hubiesen soplado su aliento de ámbar sobre los nevados y los pajonales que recorrió en el ferrocarril, ignorando los peligros en que días antes se encontró la familia Marín y con ella su Margarita, ese poema de ternura entonado para él con las notas arrancadas a las fibras más delicadas de su corazón, como del arpa eólica pulsada por los ángeles de la Felicidad al batir sus vaporosas alas en la inmensa llanura.

También él distinguió la deseada ciudad de los valles andinos, para él entonces la sultana del mundo, porque hospedaba a la reina de su corazón. Llegó; fue a tomar alojamiento en el «Casino Rosado», aligeró sus afeites indispensables, cambió de ropa, y se lanzó a la calle en dirección al «Imperial», diciéndose:

—¡Dios mío, gracias! ¡Voy a verla! ¡Es tan cierto que a los veinte años la sangre quema y la tardanza exaspera! Yo no puedo retardar ni un día más la realidad de mi ventura... pero... ¿hablaré en seguida a don Fernando?... ¡Esta exigida prudencia que refrena los ímpetus del alma!... Ya los celos me han picado con su aguijón envenenado en los días de su ausencia... ¡Oh! ¿Cómo no pensar que la hermosura peruana de Margarita, la belleza de su alma virgen de las frases del mundo, no la rodee de adoradores, que aturdiendo sus oídos, manchen el corazón de la mujer que yo amo?...

Manuel caminaba como un ebrio sin fijarse en nada de las calles que transitaba por primera vez, obedeciendo casi maquinalmente a la dirección que le dio el portero del «Casino».

—Los celos son ruines y son nobles a la vez —tornó a decirse— en el fondo del amor supremo y satisfecho duermen enroscados como una víbora; en la superficie de un amor vulgar se arrastran y muerden con su veneno. ¡Que no despierten mis celos! ¡no!, ¡no! ¡Yo amo mucho a Margarita!...

Los pasos de Manuel resonaron en el patio del «Hotel Imperial», y aquel sonido hizo estremecer el alma de Margarita.

¿Por qué razón la mujer que ama conoce no sólo el sonido de los pasos de su amante, sino que siente el perfume de su aliento a la distancia, y el eco de su voz vibra sonoro entre multitud de otras voces?

¡Misterios de esa corriente magnética que une las almas sacudiendo el organismo!

El portón de vidrios giró sobre sus bisagras; el viento agitó ligeramente los finos cortinajes, y Manuel apareció en la sala azul con el porte más distinguido y simpático.

—¡Sí, era él! —se dijo Margarita, que estaba parada junto a una mesa con tablero de mármol, sobre la que se alzaba un enorme jarrón de porcelana de la China lleno de juncos y jazmines que perfumaban la atmósfera.

—¡Señora! ¡Señor! —dijo Manuel alargando la mano a quienes se dirigía.

—¡Don Manuel! —respondieron casi a una voz los esposos Marín, estrechándole la mano a su vez.

—¡Margarita mía!...

—Manuel, ¿has llegado?...

Los dos jóvenes iban a abrazarse, y un algo los detuvo. Sin embargo, sus pupilas tradujeron el abrazo de dos almas que sueñan en confundirse para siempre.

—Siéntese, pues; y... ¿cómo quedan los de Kíllac? —preguntó Marín.

—Bien, señor.

—¿Se arregló el asunto de su padre? ¿Salió Isidro, el pobre campanero?

—Don Sebastián ha salido libre sin muchos trabajos, sólo para Isidro necesité de otras diligencias por haber mediado auto de prisión, embargo y qué sé yo; así es que vengo con el corazón feliz después de dejar cumplido su encargo, don Fernando —contestó Manuel.

—¡Hombre! Es usted un cumplido caballero. No pude mandarle la carta para Guzmán, por no haber encontrado ni un correo en las postas del tránsito. Y la autoridad política sigue...

—Mal, muy mal, don Fernando. Los primeros días, como cedacito nuevo. Después, sé que para la libertad de Estéfano, de Escobedo y de Verdejo, ha recibido unas vaquillas.

—Está visto, amigo, no hay remedio —dijo don Fernando levantándose.

—¿Y qué le pareció mi perspicacia respecto al viaje fingido de Estéfano? —preguntó Lucía a Manuel.

—¡Ah! ¡señora! Ustedes nos ganarán siempre la partida en tratándose de malicia y conocimiento de las gentes. Para mí se ha hecho insoportable el tal sujeto —repuso Manuel.

—Esos tinterillos, con ilustración a medias y aspiración no definida, son la verdadera plaga de aquellos pobres pueblos —dijo don Fernando.

—Son... *Pilatos,* como lo bautizó la señora —agregó sonriendo Manuel.

—¡Jesús! Es el primer día que me río desde el susto —observó Lucía, mirando a Margarita que también se sonreía.

—¿Usted no sabe los percances que pasamos en el tren? —preguntó don Fernando a Manuel.

—No señor; ¿qué hubo?

—Pues hemos salvado en un hilo de morir triturados.

—¿Cómo? —preguntó Manuel estremeciéndose y mirando a Margarita.

—Se descarriló el tren ¿no le han dicho nada en el camino?

—Sí, ahora que recuerdo, algo oí a dos pasajeros que conversaban, pero creí que se referían a época muy anterior.

—¡Jesús! ¡Qué escenas! —interrumpió Lucía.

—Rosalía salió herida —dijo Margarita.

—¿Y ustedes?

—No hubo más, felizmente, y todo pasó. No hablemos de esto porque se le sublevan los nervios a Lucía —opinó don Fernando.

—No es para menos, señor Marín.

—¿Y qué dice usted que exigió el Juez para la libertad de Isidro? —preguntó don Fernando.

—Para sobreseer la causa, se necesita que usted presente un escrito, manifestando que el asalto de su casa fue un error de concepto, persiguiendo a unos asaltadores que se creían refugiados, y que ha sido una poblada, y demás. Yo volveré inmediatamente para arreglar todo, asegurar la tranquilidad de don Sebastián y mi viaje definitivo a Lima —instruyó Manuel.

—Pues voy a redactar el recurso claro y terminante, amigo mío. Yo no regreso a Kíllac y deseo asegurar al pobre indio inocente que algún día podía ser molestado con este pretexto. ¿Cree usted que se acabe todo con mi recurso? —dijo el señor Marín.

—Sí, don Fernando, aunque sin él la acción sería del ministerio Fiscal, y.... llamémosle cero.

—Así es que usted ha libertado a Isidro Champi; ¡oh! y ¿quién libertará a toda su desheredada raza?

—¡Esta pregunta habría que hacerla a todos los hombres del Perú, querido amigo!...

—¿De modo que usted regresa a Kíllac? —preguntó Lucía.

—Sí, señora.

—¿Y no seguimos a Lima? —dijo a su vez Margarita, estrujando un jazmín que había arrancado del ramo.

—Sí, Margarita, yo voy y vuelvo; los viajes son muy sencillos para un hombre —repuso Manuel.

—¿Y doña Petronila, cómo está? —preguntó Lucía.

—¡Considere usted, señora, cómo habrá quedado con mi ausencia la pobre!...

—Bien, pues mañana sale correo, luego estará listo el recurso que he de dirigirle a Guzmán para que llegue antes que usted: ahora tengo que hacer unas diligencias en la calle y usted dispensará —dijo don Fernando poniéndose de pie.

—Perfectamente, señor Marín; me parece abreviar el tiempo mandando el pliego al señor Guzmán; pero... tengo también otro asunto muy importante de que hablar a usted. ¿Cuándo podrá atenderme? —preguntó Manuel, visiblemente emocionado, alzando su sombrero.

—Esta noche, amigo, de ocho para adelante, estoy a su disposición.

—Véngase a tomar el chocolate con nosotros —invitó Lucía.

—Gracias, señora, no faltaré —contestó el joven despidiéndose cortesmente, y tras él se cerró el portón de vidrios que le separaba de la soberana de su existencia.

Una vez en la calle, púsose a recorrer la ciudad y, al pasar por una joyería, vio una preciosa cruz de ágata, delicadamente engastada en oro y puesta en su caja de terciopelo morado.

—¡Qué bonita prenda! ¡Cómo luciría en el pecho de Margarita! —pensó Manuel, y se detuvo a examinarla. ¡Pues la compro! —resolvió, entrando a la joyería; trató y pagó con tres gruesos billetes del «Banco de Arequipa» y, guardando la cajita en el bolsillo, siguió su camino, absorbido por pensamientos que revoloteaban en su mente, ora como lucientes aristas, ora como golondrinas que pasan rozando las veredas con sus negras alas.

XXXII

La luna en sus primeras horas de menguante, suspendida en un cielo sin nubes, derramaba su plateada luz, que si no da calor ni hiere la pupila como los rayos solares, empapa la naturaleza de una melan-

colía dulce y serena, y brinda una atmósfera tibia y olorosa en esas noches de diciembre, creadas para los coloquios del amor.

Manuel consultaba con frecuencia su reloj de oro, inquieto y pensativo.

Los punteros marcaban la hora, y tomando su sombrero salió con paso acelerado.

La sala azul del «Imperial», profusamente iluminada por elegantes arañas de cristal, tenía las mamparas de la puerta abiertas de par en par.

Margarita recostada en uno de los asientos inmediatos a la mesa y las flores, jugaba con la orla de un pañuelo blanco, con el pensamiento transportado al cielo de sus ilusiones, y el silencio más imponente reinaba en su rededor.

Cuando asomó Manuel a la puerta, ella cambió de posición con ligereza, y su primera mirada se dirigió a la alcoba donde, sin duda, estaba Lucía.

—¡Margarita, alma de mi alma! Yo vengo, yo he venido por ti —dijo Manuel tomando la mano de la niña y sentándose a su lado.

—¿De veras? Pero tú te vuelves —replicó ella sin apartar su mano que oprimía suavemente la de Manuel.

—¡No dudes ni un punto, querida Margarita; yo voy a pedirte por mi esposa a don Fernando!...

—¿Y sabrá mi madrina? —interrumpió la muchacha.

—A los dos; tú... vas a ser mía —dijo el joven clavando su mirada en los ojos de Margarita, a la vez que llevaba la mano de ésta a sus labios.

—¿Y si no quieren ellos? —observó con inocencia Margarita bajando su mirada ruborosa.

—¿Pero tú me quieres?... ¡Margarita!... ¿tú me quieres?... ¡respóndeme por Dios! —insistió Manuel dominado por la ansiedad de los ojos: su mirada lo devoraba todo.

—Sí —dijo con tímido acento la hija de Marcela, y Manuel en el vértigo de la dicha acercó sus labios a los labios de su amada y recibió su aliento, y bebió la purísima gota del rocío de las almas en el cáliz de la ventura, para quedar más sediento que antes... y Margarita dijo conmovida:

—¡Manuel!...

Por la mente de Manuel cruzó un recuerdo con oportunidad novelesca; llevó la mano al bolsillo, sacó la cajita de terciopelo, la abrió, y presentándole la joya, dijo:

—¡Margarita! ¡por esta cruz te juro que mi primer beso de amor no ha de mancharte!... ¡Guárdala querida mía; la ágata tiene la virtud de fortificar el corazón!...

Margarita tomó casi maquinalmente la cruz, cerró la caja y la guardó en su seno con la ligereza del hurto, pues crujieron las mamparas de la alcoba y salieron Lucía y don Fernando.

Manuel apenas podía moderar sus impresiones.

Su semblante tenía el tinte de las flores del granado, y un ligero temblor agitó su organismo. Si hubiésemos podido tomarle la mano, la habríamos encontrado humedecida por un sudor frío; penetrando en su pensamiento, habríamos visto cien ideas agolpadas como abejas, disputándose la primacía para brotar moduladas por la palabra.

Margarita, como aturdida por todo lo nuevo que pasaba en su corazón, mal podía disimular su estado.

—Algo grave pasa a usted Manuel —dijo don Fernando fijándose en el joven.

—Señor Marín —repuso él con voz temblorosa y frase entrecortada— ¡es... lo más grave que espero... en mi vida!... Amo a Margarita y he venido... a pedirle su mano... con... un plazo de... tres años.

—Manuel, tendría yo sumo placer, pero don Sebastián...

—Señor, ya sé su argumento, y es necesario que comience por destruirlo. Yo no soy hijo de don Sebastián Pancorbo. Una desgracia, el abuso de un hombre sobre la debilidad de mi madre, me dio el ser. Estoy ligado a don Sebastián por la gratitud; porque al casarse con mi madre estando yo en su seno, le dio a ella el honor y a mí... me prestó su apellido.

—¡Bendito sea! —dijo Margarita elevando las manos al cielo sin poder conservar su silencio.

—¡Hija mía! —articuló Lucía.

—La hidalguía de usted nos obliga a usar del derecho que legó Marcela, antes de su muerte, en el secreto que confió a Lucía —respondió don Fernando con gravedad.

—Me place, don Fernando; el hijo no es responsable en estos casos, y debemos culpar a las leyes de los hombres, y en ningún caso a Dios.

—Así es.

Manuel bajando algo la voz y aun la mirada avergonzada, dijo:

—Don Fernando, mi padre fue el Obispo don Pedro Miranda y Claro, antiguo cura de Kíllac.

Don Fernando y Lucía palidecieron como sacudidos por una sola corriente eléctrica; la sorpresa anudó la palabra en la garganta de ambos, y reinó un silencio absoluto por algunos momentos, silencio que rompió Lucía exclamando:

—¡Dios mío!... —y las coyunturas de sus manos entrelazadas crujieron bajo la fuerza con que la emoción las unió.

Por la mente de don Fernando pasó como una ráfaga el nombre y la vida del cura Pascual, y se dijo:

—¿La culpa del padre tronchará la dicha de dos ángeles de bondad? —y como dudando aún de lo que había oído, preguntó de nuevo:

—¿Quién ha dicho usted?

Manuel se apresuró a decir menos turbado ya:

—El Obispo Claro, señor.

Don Fernando, acercándose al joven y estrechándole contra su pecho, agregó:

—Usted lo ha dicho, don Manuel; no culpemos a Dios, culpemos a las leyes inhumanas de los hombres que quitan el padre al hijo, el nido al ave, el tallo a la flor...

—¡Manuel! ¡Margarita!... ¡aves sin nido!... —interrumpió Lucía, pálida como la flor del almendro, sin poderse contener, y gruesas gotas de lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Manuel no alcanzaba a explicarse aquel cuadro donde Margarita, muda, temblaba como la azucena juguete del vendaval.

La palabra de don Fernando debía finalizar aquella situación de agonía, pero su voz viril, siempre firme y franca, estaba temblorosa como la de un niño. El sudor invadía su frente noble y levantada, y sacudía la cabeza en ademán, ya de duda, ya de asombro.

Por fin, señalando a Margarita con la acción, como recomendándola a los cuidados de su esposa, y dirigiéndose a Manuel, continuó:

—¡Hay cosas que anonadan en la vida!... ¡Valor joven!... ¡infortunado joven!... Marcela en los bordes del sepulcro confió a Lucía el secreto del nacimiento de Margarita, quien no es la hija del indio Juan Yupanqui, sino... del Obispo Claro.

—¡Mi hermana!

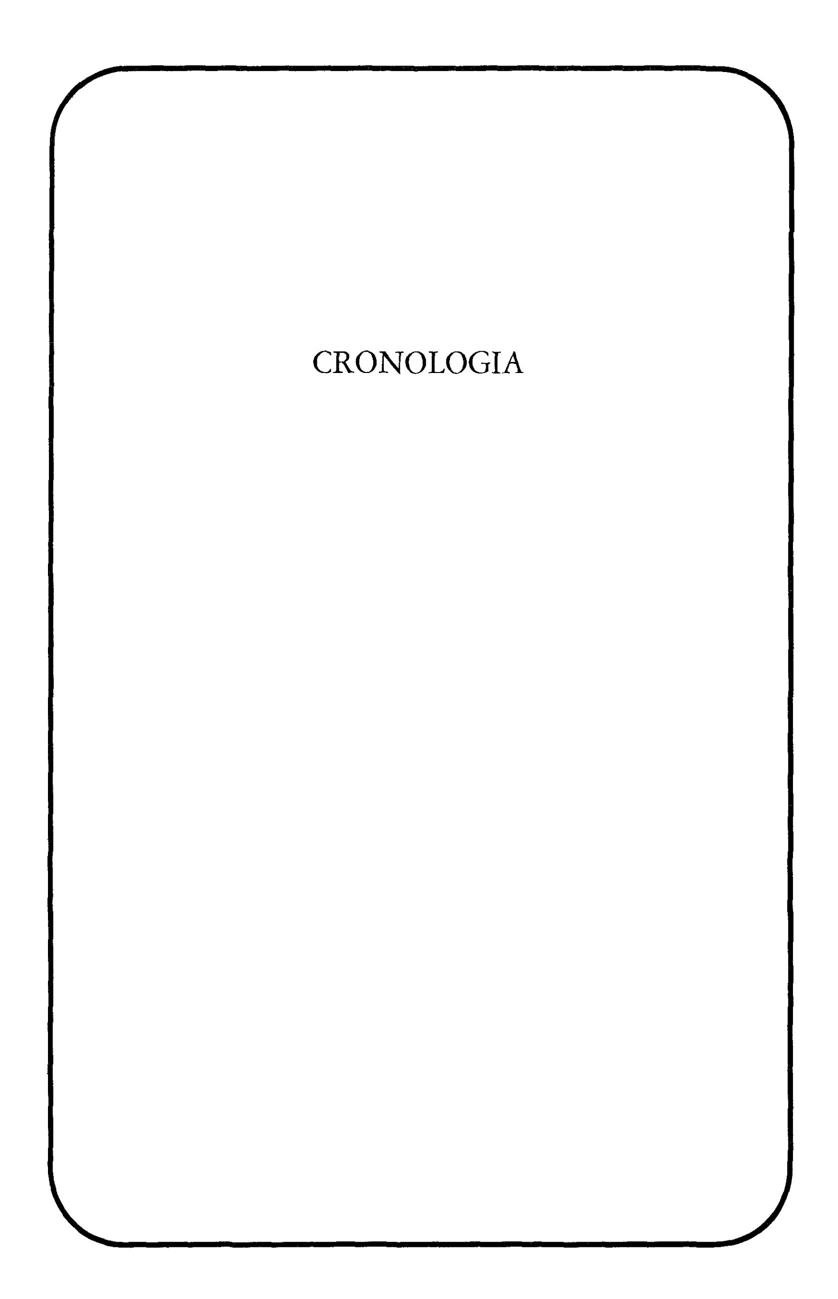
—¡Mi hermano!

Dijeron a una voz Manuel y Margarita, cayendo ésta en los brazos de su madrina, cuyos sollozos acompañaban el dolor de aquellas tiernas *aves sin nido*.

PALABRAS QUE DEBEN CONOCERSE ANTES DE LEER ESTE LIBRO

ALPACHO. —Alpaca.
AMARTELO: —Nostalgia.
ARDÍ: —Ardid.
¡AYALAY!: —Exclamación como ¡ay! ¡ay!
CACHARPAS: —Utiles o herramientas, a veces significa el equipaje ligero.
CCAPANA Y CAPACHICA: —Nombres de lugares.
CHACO: —Burla con que se le quita a una persona lo que tiene entre las manos.
CHAPACO: —Diminutivo de Sebastián.
CHUPETES. —Zarcillos colgantes.
CHUSPA: —Bolsón de lana tejido, que los indios llevan pendiente del cinturón y sirve para guardar la coca.
CHUZE: —Frazada gruesa.
CORBATÓN: —Nombre dado a la moneda mala y a los cigarros ordinarios de papel blanco y grueso.
CCOYA: —Mujer de respeto y alta jerarquía.
COYUNTA: —Modismo de coyunda.
CUJA: —Catre antiguo de madera.
CURAY: —Mi cura, determina afecto.
ESCORZONERA: —Escorzonera hispánica.
ESTANCIA: —Morada, residencia y casa.
FAENAS: —Trabajos gratuitos y forzosos que las autoridades imponen a los indios.
HUACA: —Antigüedad extraída generalmente de los sepulcros de los Incas.
HUACHIPAIRIS: —Nombre de una tribu salvaje.
HUAÑUCHIY: —Significa dale muerte.
JUANICO, MARLUCA: —Diminutivos afectuosos de Juan y Marcela.
KÍLLAC: —Nombre de lugar que significa alumbrando con luz de luna.
LICLLA: —Manto pequeño, tejido con guardas de colores, que usan las indias. También las fabrican de la bayeta felpada que es conocida con el nombre de *castilla,* y eligen colores vivos.
LLIPTA: —Preparación estimulante de lejía y salitre que los indios mascan con la coca.
LLOQQUE: —Palo flexible: crece en varillas tan largas y rectas, que se fabrican de él puentes colgantes y se hacen bastones.
LUCRE: —Nombre de un caserío donde existe la única fábrica de casimires en el Perú.
MAJEÑOS: —Naturales del valle de Majes, que por lo regular comercian con licores.
MARINERAS: —Baile peruano, de pañuelo, llamado también *moza mala.*
MITA Y MITANI: —Servicio gratuito y forzoso que hacen las mujeres indias en casa de los párrocos y las autoridades.
MI VIRGEN: —Mi esposa primera.
MORITO: —Aguardiente puro, sin adulteración.
MOTE: —Maíz hervido.
NATURALES: —Los peruanos de pura raza.
NIÑA: —Sinónimo de señorita de alta clase.
NIÑAY: —Idem, equivale a *mi niña.*
PICANA: —Pica.
PONGO: —Sirviente gratuito y forzoso de la casa parroquial y de autoridades, mitayo.

PROPIO: —Enviado o comisionado para ir de un lugar a otro llevando pliegos importantes.
QUICO: —Flor amarilla.
QUIQUIJANEÑA: —Natural del pueblo llamado Quiquijana.
ROÑONA: —Roñosa.
ROSACHA: —Diminutivo de Rosa; modismo quechuisado.
ROSACU: —Diminutivo de Rosa y Rosalía, que expresa afecto.
RUFA. —Rufina.
SEÑORACHA: —Modismo quechuisado, diminutivo de señora.
SUCHES: —Pescados muy grandes y estimados por su sabor exquisito. Se encuentran en los ríos y lagos del sur del Perú.
SUHUA: —Palabra quechua que significa ladrón.
TACARPUS: —Palos o estacas.
TATA: —Padre.
TOPOS· —Prendedores cuyo mango tiene la forma de una cuchara y remata en alfiler.
TRANQUITA, RASPADA, PURO, TRAGUITO, GORRITO: —Nombres dados al aguardiente.
WIFALAS: —Nombre de unos danzantes.
WIRACOCHA: —Caballero.
ZUMBAILLO Y HUARANGO: —Se llaman dos maderas del Perú valiosas y estimadas.



CRONOLOGIA

1852 Grimanesa Martina Mato Usandivares —más tarde llamada Clorinda Matto— nace en Cuzco el 11 de noviembre. Vive buena parte de su infancia en Paullu-Chico, el fundo de su padre cerca de su ciudad natal. Sus padres son Ramón Mato y Torres, y Grimanesa Concepción Usandivares. Es de notar que el apellido paterno tenía variantes: el nombre legal del padre de Clorinda era Mato, pero prefería Matto y había ancestros que usaban Matos.
Se pensaba que Clorinda Matto había nacido en 1854. Manuel E. Cuadros insiste que la fecha es 1852 en base a la partida de nacimiento de Grimanesa Martina Mato Usandivares.

1860 Se establece la *Revista de Lima* fundada por Manuel Pardo. En dicha revista Ricardo Palma inicia su carrera literaria y elabora el género de la «Tradición peruana» que Clorinda iba a aprovechar en sus primeros trabajos literarios. En dicha revista se plantean también las propuestas del futuro *Partido Civil* cuyo proyecto político es celebrado por los personajes ilustrados de *Aves sin nido.*

1862 El 27 de septiembre muere su madre y Grimanesa Mato es internada en el Colegio de Nuestra Señora de las Mercedes, hoy llamado el Colegio Nacional de Educandas del Cuzco.

1868 Cuando su padre, Ramón Mato y Torres es nombrado subprefecto de la provincia de Calca, Grimanesa regresa a la casa de Paullu-Chico para cuidarle y a sus dos hermanos menores, Ramón Segundo David y Ramón Daniel.

1871 El 27 de julio se casa con el inglés John Turner, médico según unos y comerciante o empresario según otros. Según Alberto Tauro es después de su matrimonio que nuestra autora asume el nombre de Clorinda y el apellido Matto de Turner. Francisco Carillo señala, sin embargo, que el nombre Clorinda Matto ya había aparecido en documentos escolares en la década de 1860. En cualquier caso, Turner reside con su nueva esposa en Tinta, un pueblo a unos cien kilómetros del Cuzco y que iba a convertirse en el modelo de «Kíllac», el villorio de *Aves sin nido.* En Tinta, Matto empieza a publicar poesía y ensayos en periódicos andinos hoy olvidados o perdidos.

1876 Con el apoyo de su esposo, Clorinda establece un semanario literario que se llama *El recreo.* Es de notar que su primera producción periodística todavía no ha sido trabajada cabalmente por la crítica, seguramente por la dificultad de consultar periódicos de corta vida y escasa circulación.

1877 Primer viaje a Lima acompañada por su esposo. Juana Manuela Gorriti celebra una velada literaria en su honor para consagrar a la escritora que había publicado algunas «tradiciones» cuzqueñas en el estilo de Ricardo Palma, el inventor del género. Asisten a la velada Ricardo Palma, Abelardo Gamarra, Mercedes Cabello de Carbonera y otros intelectuales peruanos de la época que la reciben amistosamente.

1879 Estalla la guerra del Pacífico entre Perú, Bolivia y Chile. Matto participa activamente en la defensa del Perú ante la invasión chilena. Hace donativos pecuniarios al ejército peruano y convierte su casa de Tinta en un hospital. Apoya

en ensayos periodísticos durante y después de la guerra al general Andrés Avelino Cáceres, héroe militar y futuro presidente del Perú.
Primera presidencia de Nicolás de Piérola hasta 1881. Piérola, futuro rival político de Cáceres, es la figura pública más despreciada por Clorinda Matto de Turner.

1881 El 3 de marzo fallece John Turner, dos años antes del final de la guerra del Pacífico. Clorinda toma las riendas de los negocios de su esposo en Tinta con poco éxito.

1883 Se retiran las tropas chilenas del territorio peruano. Clorinda se traslada a Arequipa.

1884 En Arequipa asume la jefatura de Redacción del periódico *La Bolsa.* Ese mismo año publica sus primeros libros: Las *Tradiciones cuzqueñas* con un prólogo de Ricardo Palma y *Elementos de literatura. Según el reglamento de instrucción pública. Para el uso del bello sexo.* Se estrena asimismo en Arequipa su obra teatral «Hima Sumac» basada en *El tesoro de los Incas,* novela de Juana Manuela Gorriti.

1885 Se establece el *Círculo literario* de Lima, asociación que acogerá a Clorinda Matto de Turner un año después.

1886 Se traslada a Lima donde se reeditan sus *Tradiciones cuzqueñas* y participa activamente en la vida cultural de la capital peruana. Participa en las asociaciones literarias más importantes de su momento en el Perú: el «Ateneo» (llamado antes el «Club literario») y el «Círculo literario». Se inicia la primera presidencia de su admirado Andrés Avelino Cáceres que durará hasta 1890.

1888 Manuel González Prada redacta su «Discurso en el teatro Politeama »cuyas resonancias en *Aves sin nido* son evidentes. En dicho discurso González Prada achaca la explotación del indio peruano a «la tiranía» del juez, del gobernador y del cura a quienes llama «la trinidad embrutecedora del indio». El discurso de González Prada aparece en *Páginas libres.*

1889 Es jefe de redacción del *Perú Ilustrado,* la revista literaria más importante del momento donde se presenta por primera vez en el Perú la obra de importantes escritores americanos como Rubén Darío y en el que publican grandes figuras literarias peruanas como Ricardo Palma y Manuel González Prada. Ese mismo año se publica su novela *Aves sin nido.*

1890 La publicación en el *Perú Ilustrado* de «Magdala» cuento del escritor brasileño Enrique Coelho Netto en la que Jesús desea a María Magdalena le cuesta su puesto de jefa de redacción de la importante revista y una persecución por altas autoridades religiosas que eventualmente la excomulgarán. Publica sus *Bocetos al lápiz de americanos célebres.*

1891 Por el escándalo en torno al cuento de Coelho Netto *Aves sin nido* pasa a una lista de publicaciones prohibidas por la iglesia católica en el Perú. Publica su segunda novela *Indole.*

1892 Establece una editora, «La equitativa», con la participación de sus hermanos.

1893 Publica *Leyendas y recortes.* Entre 1893 y 1895 fallece su hermano Ramón Daniel.

1894 Se inicia la segunda presidencia de Andrés Avelino Cáceres. Clorinda lo apoya y ataca a su rival Nicolás de Piérola.

1895 Publica su tercera novela, *Herencia.* Luego de publicarla Nicolás de Piérola toma la presidencia del Perú por medio de un golpe militar. Clorinda Matto de Turner, asociada al ex presidente Andrés Avelino Cáceres, enemigo del nuevo presidente, pierde el apoyo de las personalidades políticas y literarias del Perú. Su casa e imprenta son saqueadas. En abril inicia un viaje de exilio que la llevará por Santiago de Chile y Valparaíso antes de llegar a Buenos Aires el 15 de mayo. No regresará al Perú.

1901 Por encargo de la Sociedad Bíblica Americana traduce al quechua los evangelios de San Juan y de San Lucas, así como otros textos religiosos.

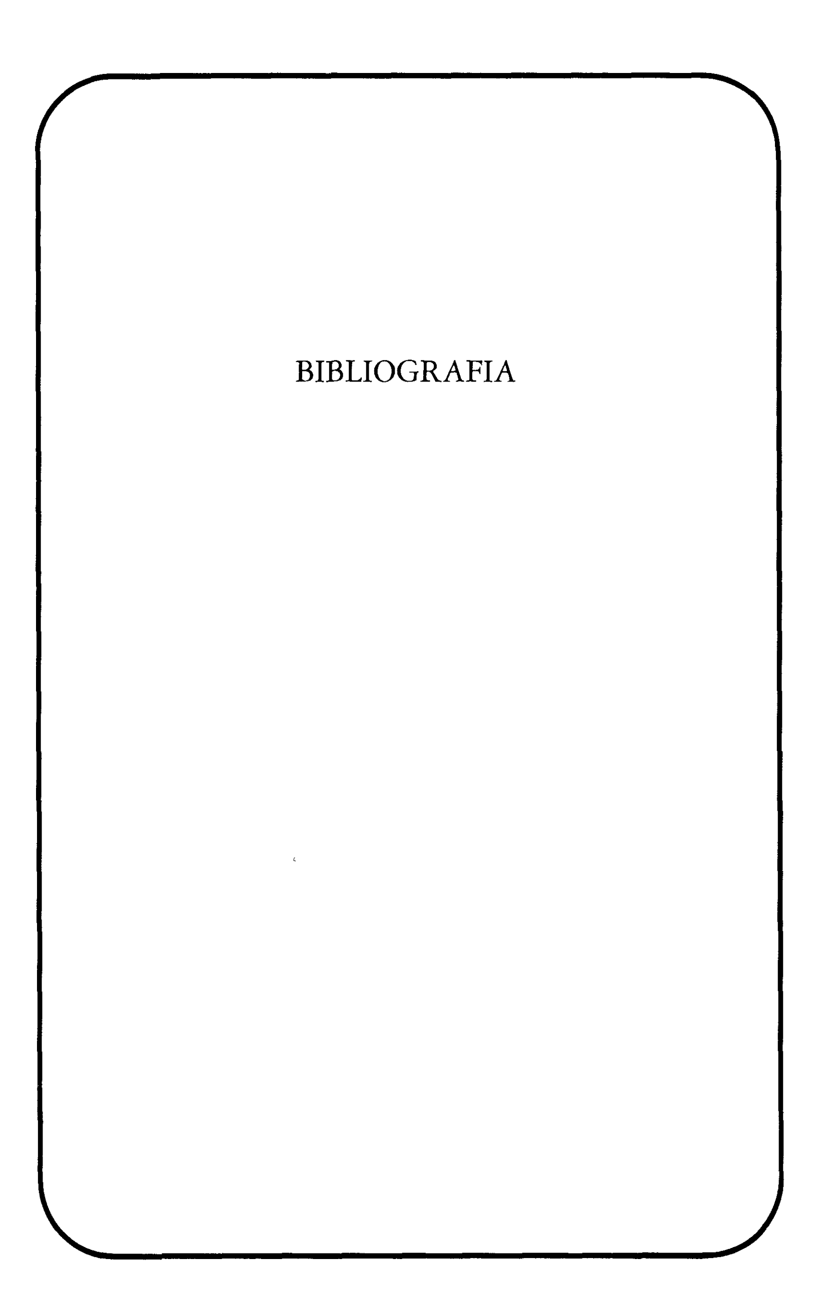
1902 Publica sus *Boreales, miniaturas y porcelanas.*

1908 Hace su único viaje a Europa. Recibe una audiencia con el Papa, con lo cual se siente reivindicada por su persecución religiosa en el Perú. Se enferma durante el viaje de una bronquitis de la que no se recuperará.

1909 El 25 de octubre fallece en Buenos Aires de una pulmonía. Aparece póstumamente *Viaje de recreo: España, Francia, Inglaterra, Italia, Suiza y Alemania* en España. Hay noticias de dos novelas póstumas que no se conocen.

1924 El presidente Augusto B. Leguía consigue la repatriación de los restos de Clorinda Matto de Turner al Perú.

1934 Con la reivindicación literaria de Clorinda Matto de Turner por la crítica puertorriqueña Concha Meléndez en su libro *La novela indianista en hispanoamérica 1832-1889,* se reinicia el interés crítico por la obra de la escritora peruana.


BIBLIOGRAFIA

Ediciones de *Aves sin nido* en vida de la autora

1 Lima Imprenta del Universo de Carlos Prince, 1889

2 Buenos Aires Félix Lajoauane, Editor, 1889

3 Valencia F Sempere y Compañía, Editores, 1906

4 Traducción al inglés *Birds Without a Nest A Story of Indian Life and Priestly Oppression in Perú,* Traducción de J G Hudson Prólogo de Andrew M Milme Londres C J Thyne, 1904

Obras de la autora

Tradiciones cuzqueñas, Prólogo de Ricardo Palma Arequipa, Perú, Imprenta de «La Bolsa», 1884 Incluye «Apuntes Biográficos» de Julio F Sandoval Edición moderna *Tradiciones cuzqueñas completas* Lima, PEISA, 1976 Prólogo de Estuardo Núñez

Elementos de literatura Según el reglamento de instrucción pública Para el uso del bello sexo (Manual literario) Arequipa, Perú, Editorial «La Bolsa», 1884

Aves sin nido (novela) Edición moderna México D F Editorial Oasis Prólogo de Luis Mario Schneider, 1981

Bocetos al lápiz de americanos célebres Lima, Bacigalupi, 1890 Incluye «Apuntes de viaje, Clorinda Matto de Turner» de Abelardo Gamarra

Indole (novela) Lima, Bacigalupi, 1891 Edición moderna Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1974 Prólogo de Antonio Cornejo Polar

Hima Sumac, drama en tres actos y en prosa Estrenado en el Teatro de Arequipa el 16 de oct de 1884 y representado en el Olimpo de Lima el 27 de abril de 1888 Lima, Imprenta «La Equitativa», 1892 Incluye «Crítica a Hima Sumac» de Gerardo Chávez

Leyendas y recortes Lima, Imprenta «La Equitativa», 1893 Incluye «Clorinda Matto de Turner» Lectura hecha por Joaquín Lemoine en el Palacio de la Exposición de Lima en el solemne aniversario de la instalación del «Círculo Literario» y «Una nota crítica sobre la autora» de Nicanor Bolet Peraza

Herencia (novela) Lima, Imprenta Masías, 1895 Edición moderna Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1974 Prólogo de Antonio Cornejo Polar

Analogía Segundo año de gramática en las escuelas normales, según el programa oficial Buenos Aires, 1897

Apostulcunac ruraskancona panan chis Clorinda Matto de Turner castellanonanta runa sin iman (Traducción de los evangelios de Juan y Lucas al quechua) Buenos Aires, n e , 1901

Boreales, miniaturas y porcelanas Buenos Aires, Imprenta de Juan A Alsina, 1902

Cuatro conferencias sobre la América del Sur Buenos Aires, Imprenta de Juan A Alsina, 1909

Viaje de recreo España, Francia, Inglaterra, Italia, Suiza y Alemania Valencia, F Sempere y Compañía, 1909

Bibliografía selecta

Alegría, Fernando *Nueva historia de la novela hispanoamericana* Hanover, New Hampshire, Ediciones del Norte, 1986 Pp 72-74, 78-79

Cáceres, Andrés Avelino «Carta a Clorinda Matto de Turner» El *Perú Ilustrado* 156 1802 (1980)

Carrillo, Francisco *Clorinda Matto de Turner y su indigenismo literario* Lima, 1967 Incluye una importante bibliografía de artículos que Clorinda Matto de Turner publicara en periódicos y revistas literarias

Castro Arenas, Mario *La novela peruana y la evolución social* Segunda edición Lima, José Godard, 1967 Pp 105-112

Cornejo Polar, Antonio «*Aves sin nido* Indios, notables y forasteros» En *La novela peruana, siete estudios* Lima, Horizonte, 1977

————, *La novela indigenista* Lima, Lasontay, 1980, Pp 38-44

————, «Clorinda Matto de Turner para una imagen de la novela peruana del siglo XIX», *Escritura* II, 3 (1977), 91-107

Cuadros, Manuel E *Paisaje i obra Mujer e historia Clorinda Matto de Turner* Cuzco, Perú, Rozas, 1949

Delgado, Washington *Historia de la literatura republicana* Lima, 1980 Pp 88-90

Franco, Jean *An introduction to Spanish American Literature* London, Cambridge University Press, 1969 Pp 101-103

García Calderón, Ventura *Del romanticismo al modernismo, Prosistas y poetas peruanos* París, Librarie Paul Ollendorf, 1910 Pp 283-330

Gutiérrez de Quintanilla *Aves sin nido, novela peruana por Clorinda Matto de Turner, juicio crítico* Lima, Imprenta de la Librería Bacigalupi, 1896

Kristal, Efraín, «The political dimension of Clorinda Matto de Turner's Indigenismo» en *The Andes Viewed from the City Literary and Political Discourse on the Indian in Peru, 1848 1930* New York, Peter Lang, 1988 Pp 127-161

Meléndez, Concha *La novela indianista en Hispanoamérica, 1832 1889* Madrid, Imprenta de la Librería y Casa Editorial, Hernando, 1934 Pp 171-178

Miller, John C «Clorinda Matto de Turner and Mercedes Cabello de Carbonera Societal Criticism and Morality» En *Latin American Women Writers Yesterday and Today,* Miller, Ivette E y Charles M Tatum (editores) Pittsburgh, Latin American Literary Review, 1977

Riva Agüero, José de la. *Carácter de la literatura del Perú independiente.* Lima, 1905. Aparece en sus *Obras completas 1.* Lima, Pontífica Universidad Católica del Perú, 1962. Pp. 255-257.

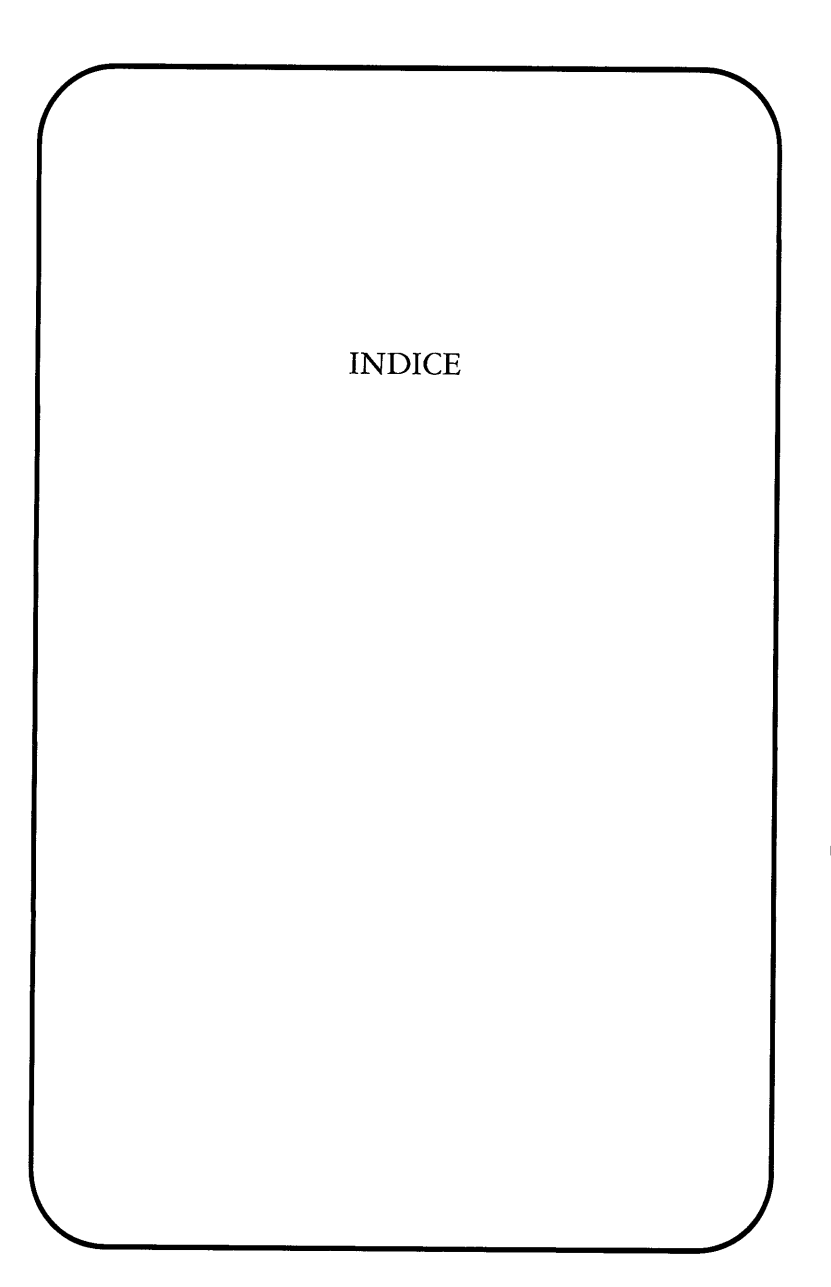
Rodríguez-Luis, Julio.«Clorinda Matto». En *Hermenéutica y praxis del indigenismo. La novela indigenista de Clorinda Matto a José María Arguedas.* México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1980. Pp. 17-55.

Satake Kenichi. «El mundo privado de Clorinda Matto de Turner en *Herencia. Revista de Estudios Hispánicos.*Mayo 1986; 20 (2): 21-33.

Schneider, Luis Mario. «Clorinda Matto de Turner», prólogo a *Aves sin nido.* México, D. F., 1981. Pp. 7-46.

Tanner, Roy. «La presencia de Ricardo Palma en *Aves sin nido. Hispanic Journal*». Fall, 1986, 8 (1): 99-107.

Tauro, Alberto. *Clorinda Matto de Turner y la novela indigenista.* Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1976.



INDICE

TITULOS PUBLICADOS

1
SIMON BOLIVAR
Doctrina del Libertador
Prólogo: Augusto Mijares
Selección, notas y cronología:
Manuel Pérez Vila

2
PABLO NERUDA
Canto General
Prólogo, notas y cronología:
Fernando Alegría

3
JOSE ENRIQUE RODO
Ariel - Motivos de Proteo
Prólogo: Carlos Real de Azúa
Edición y cronología: Angel Rama

4
JOSE EUSTASIO RIVERA
La Vorágine
Prólogo y cronología: Juan Loveluck
Variantes:
Luis Carlos Herrera Molina, S.J.

5-6
INCA GARCILASO DE LA VEGA
Comentarios Reales
Prólogo, edición y cronología:
Aurelio Miró Quesada

7
RICARDO PALMA
Cien Tradiciones Peruanas
Selección, prólogo y cronología:
José Miguel Oviedo

8
Teatro Rioplatense
(1886 - 1930)
Prólogo: David Viñas
Selección, notas y cronología:
Jorge Lafforgue

9
RUBEN DARIO
Poesía
Prólogo: Angel Rama
Edición: Ernesto Mejía Sánchez
Cronología: Julio Valle-Castillo

10
JOSE RIZAL
Noli me Tangere
Prólogo: Leopoldo Zea
Edición y cronología: Márgara Russotto

11
GILBERTO FREYRE
Casa-Grande y Senzala
Prólogo y cronología: Darcy Ribeiro
Traducción: Benjamín de Garay
y Lucrecia Manduca

12
DOMINGO F. SARMIENTO
Facundo
Prólogo: Noé Jitrik
Notas y cronología:
Susana Zanetti y Nora Dottori

13
JUAN RULFO
Obra Completa
Prólogo y cronología: Jorge Ruffinelli

14
MANUEL GONZALEZ PRADA
Páginas Libres - Horas de Lucha
Prólogo y notas: Luis Alberto Sánchez

15
JOSE MARTI
Nuestra América
Prólogo: Juan Marinello
Selección y notas: Hugo Achugar
Cronología: Cintio Vitier

16
SALARRUE
El Angel del Espejo
Prólogo, selección, notas y cronología:
Sergio Ramírez

17
ALBERTO BLEST GANA
Martín Rivas
Prólogo, notas y cronología:
Jaime Concha

18
ROMULO GALLEGOS
Doña Bárbara
Prólogo: Juan Liscano
Notas, variantes, cronología y bibliografía:
Efraín Subero

19
MIGUEL ANGEL ASTURIAS
Tres Obras (Leyendas de Guatemala - El Alhajadito - El Señor Presidente)
Introducción: Arturo Uslar Pietri
Notas y cronología: Giuseppe Bellini

20
JOSE ASUNCION SILVA
Obra Completa
Prólogo: Eduardo Camacho Guizado
Edición, notas y cronología:
Eduardo Camacho Guizado
y Gustavo Mejía

21
JUSTO SIERRA
Evolución Política del Pueblo Mexicano
Prólogo y cronología: Abelardo Villegas

22
JUAN MONTALVO
Las Catilinarias
(El Cosmopolita - El Regenerador)
Selección y prólogo: Benjamín Carrión
Cronología y notas:
Gustavo Alfredo Jácome

23-24
Pensamiento Político de la Emancipación (1790-1825)
Prólogo: José Luis Romero
Selección, notas y cronología:
José Luis Romero y Luis Alberto Romero

25
MANUEL ANTONIO DE ALMEIDA
Memorias de un Sargento de Milicias
Prólogo y notas: Antonio Cándido
Cronología: Laura de Campos Vergueiro
Traducción: Elvio Romero

26
Utopismo Socialista (1830-1893)
Prólogo, compilación, notas y cronología:
Carlos M. Rama

27
ROBERTO ARLT
Los Siete Locos - Los Lanzallamas
Prólogo, edición, vocabulario
y cronología: Adolfo Prieto

28
Literatura del México Antiguo
Edición, compilación, estudios
introductorios, versión de textos
y cronología: Miguel León-Portilla

29
Poesía Gauchesca
Prólogo: Angel Rama
Selección, notas, vocabulario
y cronología: Jorge B. Rivera

30
RAFAEL BARRETT
El Dolor Paraguayo
Prólogo: Augusto Roa Bastos
Compilación y notas: Miguel A. Fernández
Cronología: Alberto Sato

31
Pensamiento Conservador (1815-1898)
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología:
José Luis Romero y Luis Alberto Romero

32
LUIS PALES MATOS
Poesía Completa y Prosa Selecta
Compilación, prólogo, notas
y cronología: Margot Arce de Vásquez

33
JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS
Cuentos
Prólogo y selección: Alfredo Bosi
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Santiago Kovadloff

34
JORGE ISAACS
María
Prólogo, notas y cronología:
Gustavo Mejía

35
JUAN DE MIRAMONTES Y ZUAZOLA
Armas Antárticas
Prólogo y cronología: Rodrigo Miró

36
RUFINO BLANCO FOMBONA
Ensayos Históricos
Prólogo: Jesús Sanoja Hernández
Selección y cronología:
Rafael Ramón Castellanos

37
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
La Utopía de América
Prólogo: Rafael Gutiérrez Girardot
Compilación y cronología: Angel Rama
y Rafael Gutiérrez Girardot

38
JOSE M. ARGUEDAS
Los Ríos Profundos y Cuentos Selectos
Prólogo: Mario Vargas Llosa
Cronología: E. Mildred Merino de Zela

39
La Reforma Universitaria (1918-1930)
Selección, prólogo y cronología:
Dardo Cúneo

40
JOSE MARTI
Obra Literaria
Prólogo y cronología: Cintio Vitier
Selección y notas: Cintio Vitier
y Fina García Marruz

41
CIRO ALEGRIA
El Mundo es Ancho y Ajeno
Prólogo y cronología:
Antonio Cornejo Polar

42
FERNANDO ORTIZ
Contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar
Prólogo y cronología: Julio Le Riverend

43
FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
Ideario Político
Selección, prólogo, notas y cronología:
Edmundo O'Gorman

44
FRANCISCO GARCIA CALDERON
Las Democracias Latinas de América
La Creación de un Continente
Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología: Angel Rama
Traducción: Ana María Juilliand

45
MANUEL UGARTE
La Nación Latinoamericana
Compilación, prólogo, notas y cronología:
Norberto Galasso

46
JULIO HERRERA Y REISSIG
Poesía Completa y Prosa Selecta
Prólogo: Idea Vilariño
Edición, notas y cronología: Alicia Migdal

47
Arte y Arquitectura
del Modernismo Brasileño (1917-1930)
Compilación y prólogo: Aracy Amaral
Cronología: José Carlos Serroni
Traducción: Marta Traba

48
BALDOMERO SANIN CANO
El Oficio de Lector
Compilación, prólogo y cronología:
Juan Gustavo Cobo Borda

49
LIMA BARRETO
Dos Novelas (Recuerdos del escribiente Isaías Caminha. El triste fin de Policarpo Quaresma)
Prólogo y cronología:
Francisco de Assis Barbosa
Traducción y notas: Haydée Jofre Barroso

50
ANDRES BELLO
Obra Literaria
Selección y prólogo: Pedro Grases
Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta

51
Pensamiento de la Ilustración (Economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII)
Compilación, prólogo, notas y cronología:
José Carlos Chiaramonte

52
JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS
Quincas Borba
Prólogo: Roberto Schwarz
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Juan García Gayo

53
ALEJO CARPENTIER
El Siglo de las Luces
Prólogo: Carlos Fuentes
Cronología: Araceli García Carranza

54
LEOPOLDO LUGONES
El Payador y Antología de Poesía y Prosa
Prólogo: Jorge Luis Borges (con la colaboración de Bettina Edelberg)
Selección, notas y cronología:
Guillermo Ara

55
MANUEL ZENO GANDIA
La Charca
Prólogo, notas y cronología:
Enrique Laguerre

56
MARIO DE ANDRADE
Obra Escogida
(Novela, cuento, ensayo, epistolario)
Selección, prólogo y notas:
Gilda de Mello e Souza
Cronología: Gilda de Mello e Souza y Laura de Campos Vergueiro
Traducciones: Santiago Kovadloff y Héctor Olea

57
Literatura Maya
Compilación, prólogo y notas:
Mercedes de la Garza
Cronología: Miguel León-Portilla
Traducciones: Adrián Recinos, Alfredo Barrera y Mediz Bolio

58
CESAR VALLEJO
Obra Poética Completa
Edición, prólogo, notas y cronología:
Enrique Ballón Aguirre

59
Poesía de la Independencia
Compilación, prólogo, notas y cronología: Emilio Carilla
Traducción: Ida Vitale

60
ARTURO USLAR PIETRI
Las Lanzas Coloradas y Cuentos Selectos
Prólogo y cronología: Domingo Miliani

61
CARLOS VAZ FERREIRA
Lógica Viva - Moral para Intelectuales
Prólogo: Manuel Claps
Cronología: Sara Vaz Ferreira

62
FRANZ TAMAYO
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología:
Mariano Baptista Gumucio

63
GUILLERMO ENRIQUE HUDSON
La Tierra Purpúrea
Allá Lejos y Hace Tiempo
Prólogo y cronología: Jean Franco
Traducciones: Idea Vilariño y Jaime Rest

64
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia General de las Indias
y Vida de Hernán Cortés
Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

65
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia de la Conquista de México
Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

66
JUAN RODRIGUEZ FREYLE
El Carnero
Prólogo, notas y cronología:
Darío Achury Valenzuela

67
Tradiciones Hispanoamericanas
Compilación, prólogo y cronología:
Estuardo Núñez

68
Proyecto y Construcción de una Nación (Argentina 1846-1880)
Compilación, prólogo y cronología:
Tulio Halperin Donghi

69
JOSE CARLOS MARIATEGUI
7 Ensayos de Interpretación
de la Realidad Peruana
Prólogo: Aníbal Quijano
Notas y cronología: Elizabeth Garrels

70
Literatura Guaraní del Paraguay
Compilación, estudios introductorios,
notas y cronología: Rubén Bareiro Saguier

71-72
Pensamiento Positivista Latinoamericano
Compilación, prólogo y cronología:
Leopoldo Zea

73
JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE
Obra Completa
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología: Sonia García

74
ALEJANDRO DE HUMBOLDT
Cartas Americanas
Compilación, prólogo, notas
y cronología: Charles Minguet
Traducción: Marta Traba

75-76
FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA
Nueva Corónica y Buen Gobierno
Transcripción, prólogo, notas
y cronología: Franklin Pease

77
JULIO CORTAZAR
Rayuela
Prólogo y cronología: Jaime Alazraki

78
Literatura Quechua
Compilación, prólogo, traducción, notas
y cronología: Edmundo Bendezú Aybar

79
EUCLIDES DA CUNHA
Los Sertones
Prólogo, notas y cronología:
Walnice Nogueira Galvão
Traducción: Estela Dos Santos

80
FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN
El México Antiguo
Edición, selección, prólogo y cronología:
José Luis Martínez

81
GUILLERMO MENESES
Espejos y Disfraces
Selección y prólogo: José Balza
Cronología: Salvador Tenreiro
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

82
JUAN DE VELASCO
Historia del Reino de Quito
Edición, prólogo, notas
y cronología: Alfredo Pareja Diezcanseco

83
JOSE LEZAMA LIMA
El Reino de la Imagen
Selección, prólogo y cronología:
Julio Ortega

84
OSWALD DE ANDRADE
Obra Escogida
Selección y prólogo: Haroldo de Campos
Cronología: David Jackson
Traducciones: Santiago Kovadloff,
Héctor Olea y Márgara Russotto

85
Narradores Ecuatorianos del 30
Prólogo: Jorge Enrique Adoum
Selección y cronología: Pedro Jorge Vera

86
MANUEL DIAZ RODRIGUEZ
Narrativa y Ensayo
Selección y prólogo: Orlando Araujo
Cronología: María Beatriz Medina
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

87
CIRILO VILLAVERDE
Cecilia Valdés o la Loma del Angel
Prólogo, notas y cronología: Iván Schulman

88
HORACIO QUIROGA
Cuentos
Selección y prólogo:
Emir Rodríguez Monegal
Cronología: Alberto Oreggioni

89
EUGENIO DE SANTA
CRUZ Y ESPEJO
Obra Educativa
Edición, prólogo, notas
y cronología: Philip L. Astuto

90
ANTONIO JOSE DE SUCRE
De mi Propia Mano
Selección y prólogo:
José Luis Salcedo-Bastardo
Cronología: Inés Mercedes Quintero
Montiel y Andrés Eloy Romero

91
MACEDONIO FERNANDEZ
Museo de la Novela de la Eterna
Selección, prólogo y cronología:
César Fernández Moreno

92
JUSTO AROSEMENA
Fundación de la Nacionalidad Panameña
Selección, prólogo y cronología: Ricaurte Soler
Bibliografía: Juan Antonio Susto
y Ricaurte Soler

93
SILVIO ROMERO
Ensayos Literarios
Selección, prólogo y cronología:
Antonio Cándido
Traducción: Jorge Aguilar Mora

94
JUAN RUIZ DE ALARCON
Comedias
Edición, prólogo, notas
y cronología: Margit Frenk

95
TERESA DE LA PARRA
Obra
(Narrativa, ensayos, cartas)
Selección, estudio crítico
y cronología: Velia Bosch
Teresa de la Parra: Las voces
de la palabra: Julieta Fombona
Bibliografía: Horacio Jorge Becco
y Rafael Angel Rivas

96
JOSE CECILIO DEL VALLE
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología:
Jorge Mario García Laguardia

97
EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Moral Social - Sociología
Prólogo y cronología:
Manuel Maldonado Denis

98
JUAN DE ESPINOSA MEDRANO
Apologético
Selección, prólogo y cronología:
Augusto Tamayo Vargas

99
AMADEO FREZIER
Relación del Viaje por el Mar del Sur
Prólogo: Gregorio Weinberg
Traducción, notas y cronología:
Miguel A. Guerin

100
FRANCISCO DE MIRANDA
América Espera
Selección y prólogo: J. L. Salcedo-Bastardo
Cronología: Manuel Pérez Vila
y Josefina Rodríguez de Alonso
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

101
MARIANO PICON SALAS
Viejos y Nuevos Mundos
Selección, prólogo y cronología:
Guillermo Sucre
Bibliografía: Rafael Angel Rivas Dugarte

102
TOMAS CARRASQUILLA
La Marquesa de Yolombó
Prólogo: Jaime Mejía Duque
Edición y cronología: Kurt L. Levy

103
NICOLAS GUILLEN
Las Grandes Elegías y Otros Poemas
Selección, prólogo, notas
y cronología: Angel Augier

104
RICARDO GÜIRALDES
Don Segundo Sombra - Prosas y Poemas
Selección, estudios y cronología:
Luis Harss y Alberto Blasi

105
LUCIO V. MANSILLA
Una Excursión a los Indios Ranqueles
Prólogo, notas y cronología:
Saúl Sosnowski

106
CARLOS DE SIGÜENZA Y GONGORA
Seis Obras
Prólogo: Irving A. Leonard
Edición, notas y cronología:
William G. Bryant

107
JUAN DEL VALLE Y CAVIEDES
Obra Completa
Edición, prólogo, notas
y cronología: Daniel R. Reedy

108-109-110
BARTOLOME DE LAS CASAS
Historia de las Indias
Edición, prólogo, notas
y cronología: André Saint-Lu

111
MIGUEL OTERO SILVA
Casas Muertas - Lope de Aguirre, Príncipe de la Libertad
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología y bibliografía: Efraín Subero

112
Letras de la Audiencia de Quito (Período Jesuítico)
Selección, prólogo y cronología:
Hernán Rodríguez Castelo

113
ROBERTO J. PAYRO
Obras
Selección, prólogo, notas
y cronología: Beatriz Sarlo

114
ALONSO CARRIO DE LA VANDERA
El Lazarillo de Ciegos Caminantes
Introducción, cronología y bibliografía:
Antonio Lorente Medina

115
Costumbristas Cubanos del Siglo XIX
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Salvador Bueno

116
FELISBERTO HERNANDEZ
Novelas y Cuentos
Carta en mano propia: Julio Cortázar
Selección, notas, cronología
y bibliografía: José Pedro Díaz

117
ERNESTO SABATO
Sobre Héroes y Tumbas
Prólogo: A. M. Vázquez Bigi
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

118
JORGE LUIS BORGES
Ficciones El Aleph El Informe de Brodie
Prólogo Iraset Páez Urdaneta
Cronología y bibliografía
Horacio Jorge Becco

119
ANGEL RAMA
La Crítica de la Cultura en América Latina
Selección y prólogo Saúl Sosnowski
y Tomás Eloy Martínez
Cronología y bibliografía
Fundación Internacional Angel Rama

120
FERNANDO PAZ CASTILLO
Poesía
Selección, prólogo y cronología
Oscar Sambrano Urdaneta
Bibliografía Horacio Jorge Becco

121
HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO
Obras
Prólogo Giovanni Meo Zilio
Cronología y bibliografía
Horacio Jorge Becco

122
VICENTE GERBASI
Obra Poética
Selección y prólogo
Francisco Pérez Perdomo
Cronología y bibliografía Elí Galindo

123
AUGUSTO ROA BASTOS
Yo el Supremo
Introducción, cronología y bibliografía
Carlos Pacheco

124
ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ
Novelas y Ensayos
Selección y prólogo
Osvaldo Larrazábal Henríquez
Cronología y bibliografía
Roberto J Lovera De-Sola

125
SERGIO BUARQUE DE HOLANDA
Visión del Paraíso
Prólogo Francisco de Assis Barbosa
Cronología Arlinda Da Rocha Nogueira
Bibliografía Rosemarie Erika Horch
Traducción del texto de Sergio Buarque
de Holanda Estela Dos Santos
Traducción del prólogo y la cronología
Agustín Martínez

126
MARIO BRICEÑO-IRAGORRY
Mensaje sin Destino y Otros Ensayos
Selección Oscar Sambrano Urdaneta
Prólogo Mario Briceño-Iragorry
Cronología Elvira Macht de Vera
Bibliografía Horacio Jorge Becco

127-128
JOSE RAFAEL POCATERRA
Memorias de un Venezolano
de la Decadencia
Prólogo y cronología
Jesús Sanoja Hernández
Bibliografía Roberto Lovera De Sola

129
FRANCISCO BILBAO
El Evangelio Americano
Selección, prólogo y bibliografía
Alejandro Witker
Cronología Leopoldo Benavides

130
JUAN MARINELLO
Obras Martianas
Selección y prólogo Ramón Losada Aldana
Cronología y bibliografía
Trinidad Pérez y Pedro Simón

131
HUMBERTO DIAZ-CASANUEVA
Obra Poética
Prólogo, cronología y bibliografía
Ana María del Re

132
Manifiestos, Proclamas y Polémicas de la
Vanguardia Literaria Hispanoamericana
Edición, selección, prólogo,
notas y bibliografía Nelson Osorio T

133
Pensamiento Político
de la Emancipación Venezolana
Compilación, prólogo y cronología:
Pedro Grases
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

134
AUGUSTO CESAR SANDINO
Pensamiento Político
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía: Sergio Ramírez

135
LUIS ALBERTO SANCHEZ
La Vida del Siglo
Compilación, prólogo y notas:
Hugo García Salvattecci
Cronología y bibliografía:
Marlene Polo Miranda

136
EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Obra Literaria Selecta
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Julio César López

137
Cancionero Rioplatense (1880-1925)
Edición, prólogo, selección, notas,
bibliografía y apéndices:
Clara Rey de Guido y Walter Guido

138
Relatos Venezolanos del Siglo XX
Selección, prólogo, notas y bibliografía:
Gabriel Jiménez Emán

139
VENTURA GARCIA CALDERON
Obra Literaria Selecta
Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología y bibliografía:
Marlene Polo Miranda

140
Viajeros Hispanoamericanos
Selección, prólogo y bibliografía:
Estuardo Núñez

141
VICENTE HUIDOBRO
Obra Selecta
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía: Luis Navarrete Orta

142
JUAN CARLOS ONETTI
Novelas y Relatos
Prólogo, cronología y bibliografía:
Hugo Verani

143
SALVADOR GARMENDIA
Los Pequeños Seres - Memorias
de Altagracia y Otros Relatos
Prólogo, cronología y bibliografía:
Oscar Rodríguez Ortiz

144
PEDRO GRASES
Escritos Selectos
Presentación: Arturo Uslar Pietri
Selección y prólogo: Rafael Di Prisco
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

145
PEDRO GOMEZ VALDERRAMA
Más Arriba del Reino -
La Otra Raya del Tigre
Prólogo, cronología y bibliografía:
Jorge Eliécer Ruiz

146
ANTONIA PALACIOS
Ficciones y Aflicciones
Selección y prólogo:
Luis Alberto Crespo
Cronología y bibliografía:
Antonio López Ortega

147
JOSE MARIA HEREDIA
Niágara y Otros Textos
(Poesía y Prosa Selectas)
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Angel Augier

148
GABRIEL GARCIA MARQUEZ
Cien Años de Soledad -
El Coronel no Tiene Quien le Escriba
Prólogo: Agustín Cueva
Cronología y bibliografía: Patricia Rubio

149
CARLOS FUENTES
La Muerte de Artemio Cruz - Aura
Prólogo: Jean Paul Borel
Cronología y bibliografía: Wilfrido H Corral

150
SIMON RODRIGUEZ
Sociedades Americanas
Prólogo: Juan David García Bacca
Edición y notas: Oscar Rodríguez Ortiz
Cronología: Fabio Morales
Bibliografía: Roberto J. Lovera De-Sola

151
GUILLERMO CABRERA INFANTE
Tres Tristes Tigres
Prólogo y cronología:
Guillermo Cabrera Infante
Bibliografía: Patricia Rubio

152
GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA
Obra Selecta
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Mary Cruz

153
ISAAC J. PARDO
Fuegos Bajo el Agua
Prólogo: Juan David García Bacca
Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

154
Poesía Colonial Hispanoamericana
Selección, prólogo y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

155
El Anarquismo en América Latina
Selección y notas: Carlos M. Rama
y Angel J. Cappelletti
Prólogo y cronología: Angel J. Cappelletti

156
EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA
Diferencias y Semejanzas
entre los Países de la América Latina
Prólogo: Liliana Weinberg de Magis
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

157
JOSE DONOSO
El Lugar sin Límites - El Obsceno
Pájaro de la Noche
Prólogo, cronología
y bibliografía: Hugo Achugar

158
GERMAN ARCINIEGAS
América, Tierra Firme y Otros Ensayos
Prólogo: Pedro Gómez Valderrama
Cronología y bibliografía:
Juan Gustavo Cobo Borda

159
MARIO VARGAS LLOSA
La Guerra del Fin del Mundo
Prólogo y bibliografía: José Miguel Oviedo
Cronología: José Miguel Oviedo
y María del Carmen Ghezzi

160
LEOPOLDO ZEA
La Filosofía como Compromiso de Liberación
Prólogo: Arturo Ardao
Selección, cronología y bibliografía:
Liliana Weinberg de Magis y Mario Magallón

161
ELISEO DIEGO
Poesía y Prosa Selectas
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Aramís Quintero

162
ANTONIO CANDIDO
Crítica Radical
Selección, notas, cronología
y bibliografía: Márgara Russotto
Prólogo: Agustín Martínez

163
ALFONSO REYES
Ultima Tule y Otros Ensayos
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Rafael Gutiérrez Girardot

164
LAUREANO VALLENILLA LANZ
Cesarismo Democrático y Otros Textos
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía Nikita Harwich Vallenilla

165
MARIANO AZUELA
Los de Abajo La Luciérnaga
y Otros Textos
Selección, prólogo y bibliografía
Arturo Azuela
Cronología Jorge Ruffinelli

166
JUAN LISCANO
Fundaciones, Vencimientos y Contiendas
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía Oscar Rodríguez Ortiz

167
JOAQUIM NABUCO
Un Estadista del Imperio y Otros Textos
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía Francisco Iglesias

168
JULIO ORTEGA
Una Poética del Cambio
Prólogo José Lezama Lima
Cronología y bibliografía Lourdes Blanco

169
ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO
Obra Selecta
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía Edmundo Ribadeneira M

170
ESTEBAN ECHEVERRIA
Obras Escogidas
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía Beatriz Sarlo
y Carlos Altamirano

171
JORGE AMADO
Cacao Gabriela, Clavo y Canela
Prólogo, cronología
y bibliografía José Paulo Paes
Traducción Estela Dos Santos
y Haydée Jofre Barroso

172
PABLO ANTONIO CUADRA
Poesía Selecta
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía Jorge Eduardo Arellano

173-174
FRAY PEDRO SIMON
Noticias Historiales de Venezuela
Selección y prólogo Guillermo Morón
Restablecimiento y notas del texto
Demetrio Ramos Pérez
Cronología y bibliografía
Roberto J Lovera De Sola

175
JOSE OVIEDO Y BAÑOS
Historia de la Conquista y Población
de la Provincia de Venezuela
Prólogo Tomás Eloy Martínez
y Susana Rotker
Notas Alicia Ríos
Cronología Tomás Eloy Martínez
Bibliografía Tomás Eloy Martínez
y Alicia Ríos

176
Historia Real y Fantástica del Nuevo Mundo
Introducción José Ramón Medina
Prólogo, selección y bibliografía
Horacio Jorge Becco

177
JORGE BASADRE
Perú Problema y Posibilidad
y Otros Ensayos
Selección, prólogo y cronología
David Sobrevilla
Bibliografía Miguel Angel Rodríguez Rea

178
Testimonios, Cartas y Manifiestos Indígenas
(Desde la Conquista hasta
comienzos del siglo XX)
Selección, prólogo, notas, glosario
y bibliografía Martín Lienhard

179
JUAN ANTONIO PEREZ BONALDE
Poesía Selecta
Selección, prólogo, notas y cronología
Argenis Pérez Huggins
Bibliografía Horacio Jorge Becco

180
DARCY RIBEIRO
Las Américas y la Civilización
Prólogo: María Elena Rodríguez Ozán
Cronología y bibliografía:
Mercio Pereira Gomes
Traducción: Renzo Pi Hugarte

181
JOSE VASCONCELOS
Obra Selecta
Estudio preliminar, selección, notas,
cronología y bibliografía:
Christopher Domínguez Michael

182
Poesía y Poética del Grupo Orígenes
Selección, prólogo, cronología testimonial
y bibliografía: Alfredo Chacón

183
CARACCIOLO PARRA PEREZ
Historia de la Primera
República de Venezuela
Estudio preliminar: Cristóbal L Mendoza
Cronología y bibliografía:
Rafael Angel Rivas

184
MIGUEL ANTONIO CARO
Obra Selecta
Selección, prólogo, cronología y bibliografía:
Carlos Valderrama Andrade

185
La Fundación de Brasil
Testimonios 1500-1700
Prólogo: Darcy Ribeiro
Selección de textos: Darcy Ribeiro
y Carlos de Araujo Moreira Neto
Notas introductorias
a los textos-testimonios:
Carlos de Araujo Moreira Neto
Cronología y revisión
de textos traducidos:
Gisela Jacon de A. Moreira
Traducciones: Aldo Gamboa
y Marcelo Montenegro
Reproducción fotográfica:
Luiz Carlos Miguel

Este volumen, el CLXXXVI de la BIBLIOTECA AYACUCHO, se terminó de imprimir en Caracas (Venezuela), en el mes de diciembre de mil novecientos noventa y cuatro, en los Talleres de ANAUCO EDICIONES, C. A. La edición consta de 3.000 ejemplares (1.500 rústicos y 1.500 empastados)

PROXIMOS TITULOS

Lisandro Otero
PASION DE URBINO
GENERAL A CABALLO
TEMPORADA DE ANGELES

León de Greiff
OBRA POETICA



En la portada: *El hijo muerto* s/f.
(Detalle) por Teófilo Allain (Perú)
Oleo sobre tela 139×99,5 cm.
Museo de Bellas Artes, Caracas

CLORINDA MATTO DE TURNER

AVES SIN NIDO

Prólogo: Antonio Cornejo Polar

Notas: Efraín Kristal y Carlos García Bedoya

Bibliografía y cronología: Efraín Kristal

La eficiencia del mensaje de Matto, de *Aves sin nido* pero también de sus otras obras indigenistas, necesitaba basarse en una previa reivindicación de ciertos aspectos propios del pueblo indígena. Tenía que acabar con muchos prejuicios y permitir que su idea central —afirmativa de la necesidad nacional de integrar a los indios a la vida republicana— fuera socialmente aceptada. Usó por cierto el repertorio de la idealización del imperio incaico, pero se preocupó especialmente por demostrar, como lo hace en *Aves sin nido,* que los indios son naturalmente buenos y que podían progresar a través de la educación.

ANTONIO CORNEJO POLAR

BIBLIOTECA  AYACUCHO